Mariano Torcal

De votantes a hooligans

La polarización política en España

CATARATA

Prólogo de
Ignacio Sánchez-Cuenca

Mariano Torcal

De votantes a hooligans

La polarización política en España

CATARATA

Prólogo de
Ignacio Sánchez-Cuenca

Mariano Torcal

De votantes a hooligans

La polarización política en España

Prólogo de
Ignacio Sánchez-Cuenca

CATARATA

Índice

PRÓLOGO, por Ignacio Sánchez-Cuenca

INTRODUCCIÓN

Polarización política: una definición

El argumento

Los datos

PARTE I. CONCEPTO, MEDICIÓN Y PERSPECTIVA TEMPORAL Y COMPARADA

CAPÍTULO 1. CONCEPTO Y TIPOS DE POLARIZACIÓN POLÍTICA

La polarización ideológica

La polarización afectiva

¿Cómo medir la polarización afectiva?

Conclusión

CAPÍTULO 2. LA POLARIZACIÓN EN ESPAÑA: COMPARACIÓN Y EVOLUCIÓN TEMPORAL

Polarización política en perspectiva comparada

España en perspectiva temporal

El cambio individual en la polarización

Conclusión

CAPÍTULO 3. LAS MEGAIDENTIDADES PARTIDISTAS

La naturaleza de las megaidentidades partidistas

Las megaidentidades en España

El efecto de las identidades en la polarización afectiva

Conclusión

CAPÍTULO 4. DE VOTANTES A HOLLIGANS

¿Cómo se pasa de votante a hooligan?

El razonamiento motivado de los españoles

El efecto de las megaidentidades en el voto

Conclusión

PARTE II. ANTECEDENTES DE LA POLARIZACIÓN AFECTIVA

CAPÍTULO 5. EL EFECTO DE LA OFERTA PARTIDISTA EN LA POLARIZACIÓN AFECTIVA

Élites políticas y polarización

¿Cómo apreciar el efecto polarizador de las élites partidistas frente a la ideología?

La importancia de la percepción de la oferta partidista

El efecto del liderazgo entre los más interesados

Conclusión

CAPÍTULO 6. POLARIZACIÓN Y PARTIDOS RADICALES DE DERECHA: EL CASO DE VOX

Las raíces afectivas de la emergencia electoral de la derecha radical

Los antecedentes afectivos a la llegada de Vox

Consecuencias afectivas de la emergencia electoral de la derecha radical

Los sentimientos hacia el propio grupo con la irrupción de Vox

Los sentimientos de los otros partidarios con la irrupción de Vox

Conclusión

CAPÍTULO 7. EL USO DE REDES SOCIALES Y LA POLARIZACIÓN AFECTIVA

Medios sociales, exposición selectiva y polarización afectiva

Efectos del uso declarado de Twitter en la polarización

El diseño del experimento de encuesta

Análisis del contenido de las cuentas de Twitter

Los efectos directos de la exposición a Twitter

Conclusión

CAPÍTULO 8. LA DISCUSIÓN POLÍTICA Y LA POLARIZACIÓN AFECTIVA

La discusión política y la polarización

La discusión en Twitter y la polarización afectiva

La discusión política interpersonal y la polarización afectiva

La discusión política en Twitter y la polarización afectiva

Conclusión

PARTE III. CONSECUENCIAS DE LA POLARIZACIÓN AFECTIVA

CAPÍTULO 9. POLARIZACIÓN AFECTIVA Y CONFIANZA SOCIAL

La confianza social y la confianza personalizada

La confianza social y la polarización afectiva

Medir la confianza social

Polarización afectiva y confianza social

Conclusión

CAPÍTULO 10. POLARIZACIÓN Y APOYO A LA DEMOCRACIA LIBERAL

Polarización afectiva y apoyo a la democracia

Medir el apoyo a la democracia y a los principios de la democracia liberal

Tolerancia, rechazo del anticonstitucionalismo y apoyo a la democracia

Polarización afectiva y apoyo a los principios de la democracia liberal y a la democracia en general

Conclusión

CAPÍTULO 11. POLARIZACIÓN AFECTIVA Y CONFIANZA EN LAS INSTITUCIONES

Confianza política y polarización afectiva

Medir la confianza política

Polarización afectiva y confianza en instituciones

El efecto de los partidos radicales y populistas

Conclusión

CONCLUSIÓN

CAPÍTULO 12. EL ENDIABLADO CÍRCULO VICIOSO EN DONDE ESTAMOS Y SUS POTENCIALES SOLUCIONES

¿Qué he mostrado?

Algunas propuestas para mitigar la polarización afectiva

AGRADECIMIENTOS

NOTAS

Mariano Torcal

Catedrático de Ciencia Política de la Universitat Pompeu Fabra, director del Research and Expertise Centre for Survey Methodology (RECSM) y profesor adjunto en la Universidad de Denver. Expresidente de la Asociación Mundial de Investigación de Opinión Pública en Latinoamérica (WAPOR-LATAM). Ha publicado numerosos libros en inglés y español, y artículos en las principales revistas internacionales de mayor prestigio, además de ser miembro de los consejos de redacción de varias de ellas. Sus trabajos más importantes se han centrado en temas como desafección política, confianza en las instituciones, institucionalización de sistemas de partidos y en comportamiento político.

Mariano Torcal

De votantes a hooligans

La polarización política en España

Diseño de cubierta: Pablo Nanclares

© Mariano Torcal, 2023

© Los libros de la Catarata, 2023

Fuencarral, 70

28004 Madrid

Tel. 91 532 20 77

www.catarata.org

De votantes a hooligans:

La polarización política en España

isbne: 978-84-1352-656-0

ISBN: 978-84-1352-614-0

DEPÓSITO LEGAL: M-803-2023

thema: JP/1DSE

impreso por artes gráficas coyve

este libro ha sido editado para ser distribuido. La intención de

los editores es que sea utilizado lo más ampliamente posible, que sean adquiridos originales para permitir la edición de otros nuevos y que, de reproducir partes, se haga constar el título y la autoría.

Prólogo

Hay algo desconcertante en la importancia que ha adquirido en estos tiempos el fenómeno de la polarización política. Si nos situamos en los años previos a la gran crisis de 2008, todo parecía indicar entonces que nos dirigíamos a un mundo en el que la ideología pesaría cada vez menos. Por un lado, la alternativa al capitalismo liberal, es decir, el modelo comunista de planificación central, se derrumbó definitivamente en 1989. La URSS se rompió en trozos y los países del Pacto de Varsovia iniciaron un tránsito rápido y traumático al capitalismo. China no rompió formalmente con el ideario comunista, pero se deslizó con una determinación de hierro hacia una forma sui generis de capitalismo de Estado. Por otro lado, la integración de los sistemas económicos nacionales en las cadenas globales de producción y distribución limitó considerablemente el margen de acción de los gobiernos, ya fueran democráticos o autoritarios. Se establecieron unos férreos consensos internacionales sobre la política económica y se reforzó enormemente el peso de los reguladores independientes, incluyendo, por supuesto, a los bancos centrales. Todo ello redundó en una limitación de lo que los gobiernos podían intentar hacer unilateralmente, sin contar con el resto. Quizá la manifestación más clara del espíritu de los tiempos fue la tercera vía que adoptaron muchos de los partidos socialdemócratas occidentales: la socialdemocracia hacía suyos buena parte de los principios del neoliberalismo dominante (privatizaciones, libre comercio, desregulación de los mercados de trabajo, etcétera).

Si las diferencias ideológicas entre los partidos se estrechaban, si nadie era capaz de pensar en políticas fuera de los consensos del establishment, lo lógico era esperar que las diferencias ideológicas fueran diluyéndose. Y, sin embargo, en los últimos quince años hemos sido testigos de cómo la política, en muchos países, se ha ido volviendo cada vez más divisiva. La posibilidad de alcanzar grandes acuerdos entre fuerzas de distinta ideología se ha vuelto remota, pues muchos ciudadanos entienden que cualquier forma de

transacción es una traición a unos valores que considera irrenunciables.

¿Cómo puede suceder que habiendo tan pocas diferencias en las políticas económicas que ofrecen los partidos, la polarización haya aumentado de forma tan acusada? Se trata, en cualquier caso, de una polarización peculiar, que no guarda demasiada relación con la que se vivió en el periodo de entreguerras. En aquella época, la democracia liberal tenía que lidiar con dos alternativas formidables, el fascismo y el comunismo. Ahora, en cambio, la democracia no tiene rivales. Aunque un número preocupante de democracias ha ido perdiendo su condición liberal y algunas incluso han mutado en regímenes autoritarios, el hecho es que, al menos en el plano teórico, no hay alternativas a la democracia. Por muy tramposo que resulte, los regímenes autoritarios siguen recurriendo como principio legitimador al principio democrático, no son capaces de establecer una fuente distinta de legitimación. Se justifican alegando que la democracia liberal no es auténtica, que los deseos de los ciudadanos no cuentan en las democracias realmente existentes y que es preciso establecer formas más directas de hacer política: en el fondo, no son sino formas perversas de intentar legitimar democráticamente formas de gobierno iliberales o autoritarias, pero el hecho mismo de que no puedan desbordar el marco conceptual de la soberanía popular resulta muy elocuente sobre la hegemonía alcanzada por la democracia en las últimas décadas.

¿Cómo hemos llegado hasta aquí? ¿Por qué la ideología parece haberse enseñoreado de la política? Como apunta el autor de este libro, Mariano Torcal, los votantes parecen actuar en mayor medida como hooligans que como ciudadanos reflexivos. ¿De dónde procede tanto apasionamiento y tantas ganas de tener razón a toda costa?

Para entender esta aparente paradoja de que la polarización se haya disparado en medio de la hegemonía del capitalismo globalizado, es preciso distinguir entre la polarización ideológica y la afectiva. Como muestra Torcal con precisión y gran riqueza de análisis empíricos, la polarización que ha aumentado considerablemente es la afectiva, no la ideológica. Se trata del disgusto que nos provocan

quienes no piensan como nosotros. Nos enfrentamos unos con otros porque, aun si aceptamos que no haya diferencias profundas en la gestión de los asuntos económicos, tenemos, en todo lo demás, concepciones del mundo radicalmente diferentes. Ahora bien, ¿no había sido siempre así? ¿Qué hay de nuevo para que concluyamos que la polarización, aun si limitada solo al plano afectivo, es hoy un problema?

A menudo se responsabiliza a las redes sociales y, más en general, a la creciente digitalización de los asuntos públicos, del aumento de la polarización afectiva. Los análisis rigurosos y sistemáticos que ofrece el autor en este libro arrojan dudas sobre esa interpretación. Aunque resulte muy socorrido echar todas las culpas a Twitter o WhatsApp, parece que, en todo caso, las redes sociales son facilitadores, pero no causantes. Es decir, permiten que la polarización reine a sus anchas, reforzándola quizá por la inmediatez de las comunicaciones, pero no provocándola en primera instancia.

Torcal habla en este libro de identidades megapartidistas. En torno a los partidos se construyen cosmovisiones que resultan irreconciliables entre sí. La clave está en que la política se organice según identidades, que son siempre menos negociables que los intereses. Se constituyen de esta manera grupos o colectivos nucleados a partir de identidades políticas y morales fuertes que están destinados a no entenderse entre sí. La ideología se cuela por los pliegues de la identidad, provocando un alineamiento de preferencias en torno a cuestiones en principio muy diversas. Así, una persona de izquierdas desarrollará una fuerte conciencia crítica sobre el cambio climático, sobre la libertad de elección de estilos de vida, sobre los derechos de las minorías, sobre la resolución bélica de los conflictos internacionales, sobre los derechos civiles, sobre la memoria histórica, etc. La persona de derechas hará lo mismo, solo que en sentido inverso. A pesar de que se trata de asuntos muy distintos, que podrían tratarse por separado, la ideología actúa como un poderoso pegamento que acaba uniéndolos todos en una especie de paquete político que se toma o se deja en su integridad. A veces la ideología falla, no cumple su función como se espera y se producen debates ásperos dentro de cada ideología (como, por ejemplo, cuando en la izquierda se consuma una división entre

partidarios y detractores de la libre elección de género), reproduciéndose, en el seno de un mismo bloque ideológico, una especie de polarización recursiva entre maneras alternativas de entender los valores ideológicos.

En realidad, el cambio cultural acelerado de nuestras sociedades, condensado en la aparición de lo que Ronald Inglehart llamó preferencias "posmaterialistas" o "egoexpresivas", ha generado una ampliación del radio de acción de la política. Los asuntos socioeconómicos continúan siendo importantes, pero, en la política contemporánea, no son los únicos, pues todo lo que tiene que ver con elecciones morales (relativas a derechos civiles, estilos de vida, medioambiente, etc.) constituye hoy una parte importante del debate político. En esas elecciones morales cristalizan las identidades de los individuos, que en ocasiones se decantan hacia lo liberal/cosmopolita/abierto o hacia su reverso, lo tradicional/nacional/cerrado, con múltiples modulaciones dependiendo de las características políticas y culturales de cada país. Al acoplarse estas diferencias valorativas a las diferencias tradicionales en el plano socioeconómico entre la izquierda y la derecha, se configuran unas sólidas identidades ideológicas o megapartidistas que, al enfrentarse en la esfera pública, provocan el aumento de la polarización afectiva.

Según muestra Torcal en las páginas que siguen, tanto la polarización afectiva como la ideológica han aumentado en España significativamente, si bien nos mantenemos en posiciones intermedias dentro del ranking de países. En cualquier caso, ¿por qué debería preocuparnos? ¿Acaso la democracia no puede funcionar adecuadamente con niveles elevados de polarización? No es que haya un peligro inminente de colapso democrático, pero, no obstante, la polarización afectiva tiene consecuencias importantes sobre el sistema político: reduce la confianza social, la valoración de la democracia y la confianza en las instituciones. Todo ello nos lleva a sociedades más fragmentadas, menos cohesionadas. Con todo, hay que introducir una matización de gran interés: gracias a los detallados análisis que realiza Torcal en este libro, descubrimos que no toda la polarización afectiva produce los mismos efectos. En concreto, los datos revelan que la polarización que ha introducido VOX en España es más tóxica y negativa que la que trajo en su

momento la irrupción de Podemos. Parece sugerirse así que las consecuencias de la polarización afectiva deben examinarse en función de las características propias de las distintas identidades megapartidistas.

El presente libro es, de lejos, el análisis más exhaustivo y sistemático sobre la polarización afectiva en España. El autor es uno de los politólogos más prolíficos y prestigiosos de España. Lamentablemente, se prodiga poco en la esfera pública, habiéndose concentrado en una investigación insobornablemente académica. Aunque no abandona en ningún momento el rigor académico, presenta aquí una visión integral del fenómeno de estudio (una visión comparada, que aborda las manifestaciones de la polarización, su evolución, su relación con las redes sociales, sus efectos en la cultura política) que servirá de referencia para que nuestros debates sobre el tema sean más ricos y estén mejor informados.

Ignacio Sánchez-Cuenca

Introducción

En España no pasan muchos días sin que algún informativo de televisión, radio o prensa se haga eco de algún exabrupto, insulto o descalificación pronunciados por algún líder o comentarista político en algún medio de comunicación o en redes sociales. Esto suele ir acompañado del uso recurrente de etiquetas que son utilizadas por políticos o generadores de opinión con afanes descalificativos del supuesto oponente político, como “bolivarianos”, “comunistas”, “golpistas”, “fascistas”, “rojos”, “separatistas”, “centralitas” o “terroristas”, entre otros muchos. Este fenómeno está adquiriendo carácter generalizado en cualquiera de los medios de comunicación que, con un marcado tono sensacionalista, se empeñan con gran ahínco en la venta de su “producto (des)informativo”. Para confirmarlo solo hace falta darse una vuelta por la gran mayoría de las tertulias televisivas y radiofónicas matinales que proliferan en todos los medios. A esto hay que añadir las polarizadas redes sociales, cuyo contenido ya se encargan dichos medios de hacernos saber, contribuyendo a crear, como afirma el investigador norteamericano Chris Bail en su libro más reciente[1], un prisma que nos hace percibir un estado de “polarización y confrontación generalizados”. Todo ello propicia que se perciba un ambiente extendido de crispación y confrontación en la esfera pública en donde una gran mayoría de informadores y ciudadanos y ciudadanas no se comportan como tales, sino como “hooligans partidistas”.

Por este motivo, y aunque no se trate de algo nuevo, el fenómeno “polarización política” en España ha adquirido recientemente una presencia importante en los debates públicos. Durante los últimos años, expertos, periodistas y creadores de opinión pública han venido afirmando de manera reiterada que el clima de polarización ha aumentado de manera notable. Aunque hay discrepancias con respecto a su intensificación y sus causas, el debate se ha centrado en torno al creciente “tono de crispación” de nuestras y nuestros representantes políticos. Además, esta percepción se ha agudizado

por el apoyo y atención otorgados a partidos más radicales y extremistas que hacen de dichos discursos y nivel de confrontación una estrategia comunicativa constante. ¿Pero en qué medida esto se corresponde con unos niveles de polarización política elevados entre la ciudadanía? ¿Realmente las y los españoles se han convertido en hooligans partidistas e ideológicos?

Polarización política: una definición

Cuando se habla de polarización debe distinguirse bien de qué tipo de polarización se está hablando, ya que cada una de ellas tiene una naturaleza y orígenes distintos con variadas consecuencias sobre los sistemas democráticos. El término polarización se refiere a una determinada distribución de la opinión pública en la que los ciudadanos se concentran en polos opuestos en detrimento de aquellos con valores intermedios[2]. Cuando dicho término es utilizado en el contexto de la política, normalmente describe la presencia de actitudes extremas que se ubican en polos opuestos del espectro político y que son responsables de conductas políticas más radicales. ¿Pero de qué actitudes estaríamos hablando al referirnos a la polarización política? En este punto, es necesario reconocer que en las ciencias sociales se vienen utilizando varios conceptos relacionados sin una clarificación adecuada.

En el estudio sociocientífico de la política, el concepto polarización describe tradicionalmente una expansión de la distancia entre las posiciones temáticas de las y los partidarios de los distintos partidos. El proceso de polarización se define porque las y los partidarios del partido conservador más importante adquieren posiciones temáticas más conservadoras y los de partidos del partido progresista más importante adquieren posiciones temáticas más izquierdistas. En la misma línea, la clasificación suele definirse como una alineación creciente entre el partido y la ideología, donde la ideología indica un conjunto de posiciones temáticas o valores. Esta polarización propicia o va acompañada de un proceso de clasificación que se advierte en el hecho de que determinados partidarios y partidarias, por ejemplo, los del Partido Socialista Obrero Español (PSOE), mantienen posiciones temáticas más consistentemente izquierdistas, y los del Partido Popular (PP), posiciones temáticas más marcadamente conservadoras.

Pero frente a este tipo de polarización, existe aquella de naturaleza

distinta, generada en torno a identidades sociales partidistas, que se constituye alrededor de los sentimientos de adhesión social de las personas a ese grupo social, y no tanto en sus preferencias por determinadas políticas públicas y por los posicionamientos sobre los grandes temas de debate. En este sentido, se trata de una polarización que propicia la presencia de "megaidentidades partidistas" [3] que favorecen la distancia social entre las y los identificados con los distintos partidos y que se compone de tres fenómenos: el aumento del sesgo partidista, el aumento de la reactividad emocional y el aumento del activismo. Además, este fenómeno suele ir acompañado de una "clasificación social" o social sorting en torno a otras identidades políticas y sociales, lo que propicia una creciente homogeneidad social dentro de cada grupo de partidarios de los distintos partidos, de modo que las divisiones religiosas, sociales e ideológicas tienden a alinearse a lo largo de las opciones partidistas, reforzando el proceso de polarización[4].

Es, por tanto, importante distinguir aquella polarización resultado de nuestras crecientes diferencias sobre asuntos o políticas que se debaten en la esfera pública, de aquella otra, conocida como "polarización afectiva"[5], consecuencia de los sentimientos encontrados, odios, amores y fobias generadas en torno a las megaidentidades partidistas que forman parte de nuestro acervo personal. La primera depende, en gran medida, de nuestras creencias ideológicas y valores personales, mientras que la segunda responde a dinámicas generadas por identidades personales con grupos de partidarios de determinados partidos políticos. Ambas pueden tener alguna relación, pero son diferentes en su naturaleza, se miden de modo distinto y sus consecuencias son bien diversas.

El pluralismo político presupone que los individuos y sus pautas de relación determinen sus lealtades políticas, pero en una democracia conviene que la política partidista permanezca en un segundo plano, organizando los intereses y las identidades, pero sin dictar la vida cotidiana y las relaciones sociales. Ciudadanos y ciudadanas con identidades partidistas, nacionales y subnacionales, religiosas y culturales "transversales" no impiden necesariamente el diálogo y la aceptación de las y los ciudadanos de identidades y preferencias partidistas diversas. En cambio, la política en torno a megaidentidades partidistas que aglutina una colección de

identidades que se refuerzan mutuamente deviene mucho más conflictiva, lo cual facilita que los grupos diferentes al propio sean percibidos más como una amenaza a la existencia del propio grupo y haciendo que el intercambio de opiniones y el diálogo resulte mucho más inviable e improductivo. De este modo, cuando las identidades con determinados grupos partidistas y el partidismo toman el control y van acompañadas de la creciente exposición a medios de comunicación concretos para informarse o a la elección de redes sociales determinadas para intercambiar opiniones es probable que la polarización afectiva en torno a esas megaidentidades partidistas se convierta en un proceso arrollador y distorsionador del espacio público al convertir a los votantes y a las y los partidarios de los partidos en "hooligans partidistas"[6].

Además, dichas mega-identidades partidistas no solo están permeando el espacio público generando grupos sociales más divididos e irreconciliables, sino que son responsables de lo que Lilliana Mason ha denominado "clasificación ideológica" (ideological sorting)[7] que explicaría que esas distintas mega-identidades acaben generando la confrontación en dos grandes grupos ideológicos encontrados: "conservadores" frente a "liberales", o, en sistemas europeos, en las "izquierdas" y las "derechas". Más concretamente, y según estudios recientes, estas etiquetas ideológicas generalistas pueden constituirse en elementos simbólicos de identificación de grupo, que generan identidades con los partidos del mismo campo ideológico y "acentúan", al mismo tiempo, una fuerte confrontación entre los identificados con los partidos de los grupos ideológicos distintos[8].

Es importante reseñar de nuevo que esto es claramente algo distinto que la confrontación ideológica propiciada por los posicionamientos individuales respecto a los grandes temas de debate o determinadas políticas públicas. A lo que esta autora se refiere es a la ideología basada en la identidad (o simbólica) que hace que los individuos desarrollen un sentimiento de pertenencia a los grupos denominados de izquierda o de derecha, independientemente de las preferencias políticas que ambas etiquetas entrañan con respecto a determinadas políticas públicas o grandes debates temáticos. En este sentido, es de destacar que la polarización afectiva parece tener unos efectos perniciosos mucho mayores para la democracia[9]. El

incremento de esta polarización en dos bloques tan antagónicos puede llevarnos a una creciente confrontación, descalificación de aquellos que percibimos como nuestros adversarios políticos, cuestionando su mera existencia y sus presupuestos básicos y justificando cualquier medio con tal de ganar a toda costa. Podemos caer en la tentación de no aceptar su victoria, pese a que puede ser legítima y como resultado de unas elecciones justas y competitivas. Incluso, podría caerse en la tentación de apoyar cambios institucionales que favorezcan su desaparición en el espacio público o en las instituciones.

El presente libro trata de dar respuesta a este tema en España con un tono divulgador, pero no exento de abundante y rigurosa evidencia empírica. Más particularmente, en las siguientes páginas intentaré abordar las siguientes cuestiones: ¿Son nuestros niveles de polarización mucho más altos de los que se observan en otras democracias de Europa y de otras partes del mundo? ¿Estamos realmente en un momento de creciente polarización entre la ciudadanía española? ¿Qué tipo de polarización es la preponderante en este proceso? ¿La actual crispación observada se está reflejando en una clasificación social en torno a megaidentidades partidistas? ¿Es este proceso especialmente importante con respecto al pasado más reciente de nuestra democracia? ¿Qué responsabilidad tienen los líderes políticos y, más concretamente, los líderes de las formaciones más extremistas? ¿Es la polarización afectiva la responsable o el resultado de la aparición de partidos extremistas? ¿Qué papel juegan las redes sociales? ¿Qué consecuencias más visibles tiene la polarización afectiva en las actitudes y el comportamiento de los españoles?

El argumento

En este libro se presenta y discute cómo ha evolucionado la polarización política en España y sus más notables consecuencias. Para empezar, mostraré el destacado aumento de la polarización ideológica a partir de 2011, con un llamativo incremento de en torno al 20%, tras un periodo caracterizado hasta entonces por un descenso y posterior estabilidad, confirmando algunas evidencias de estudios anteriores[10]. Ahora bien, sin dejar de resaltar la importancia de dicho cambio en los niveles de polarización ideológica, es importante reseñar que esta, por definición, no es mala. Sus potenciales efectos negativos son una cuestión de grado. Una escasa polarización ideológica genera problemas en los sistemas democráticos, consecuencia de la falta de diferenciación percibida o real de la oferta partidista. Si todos los partidos, sus líderes y propuestas nos parecen muy parecidos, cuando llega el momento de tener que elegir entre las distintas opciones tendemos a frustrarnos propiciando la abstención, la falta de interés por los asuntos públicos y la elección poco meditada de alternativas partidistas.

El problema de la polarización actual en España puede que no resida en un aumento de la polarización ideológica. Como voy a mostrar en este libro, el problema está en el crecimiento de la polarización afectiva. Esto significa que los españoles no discrepamos tanto sobre los temas centrales debatidos en el espacio público, ni nos estamos yendo a los extremos ideológicos, sino que nos hemos polarizado en torno al crecimiento de megaidentidades partidistas que favorece un conjunto de emociones y sentimientos que están afectando la manera en que la ciudadanía española percibe y actúa en la esfera pública. Dichas identidades, resultado de un subgrupo variado de otras identidades políticas y culturales que las refuerzan, convierten a la ciudadanía en “hooligans partidistas” que, llevados por sus distintos “odios” y “amores”, perciben y entienden todo lo político en términos del

reduccionismo: “nosotros” frente a “ellos”. Este proceso de aumento de la polarización afectiva se inicia principalmente a partir de 2008, salvo por lo ocurrido con las excepcionales elecciones de 2011, que dieron la mayoría al Partido Popular (PP) como resultado de una enorme crisis financiera, lo que supuso un importante grado de polarización afectiva que parece consolidarse y crecer a partir de 2019. La ciudanía española se caracteriza por una proporción muy significativa de ellos que se agrupa en torno a dichas megaidentidades, aislándose y cerrándose a la interacción e intercambio de opiniones con las y los ciudadanos identificados con otros partidos, lo que convierte a sus preferencias partidistas en una herramienta de división y confrontación más que de expresión de sus preferencias políticas “razonadas”. Incluso si dichas interacciones se producen, en vez de intercambio de opiniones constructivas, se generan reacciones emocionales que refuerzan dichas identidades a través de la reafirmación o rechazo como consecuencia del sentimiento de amenaza frente al otro grupo partidista. Llevando, como se verá, a que las y los partidarios de los distintos partidos trasladen dicho conflicto a sus entornos sociales más inmediatos para evitar el contacto con miembros de diferentes partidos y generar una creciente “distancia social”.

Otra parte importante del presente libro está dedicada a mostrar que dicha polarización no deviene como consecuencia de la demanda ciudadana, es decir, del creciente extremismo ideológico de los españoles propiciado por las crisis económicas y sociales que se originan a partir de 2008 y que se exacerban con la pandemia iniciada en 2020. La creciente polarización afectiva es más bien consecuencia de las estrategias discursivas de las élites políticas que, llevadas del cortoplacismo electoral y de los réditos que aparentemente generan en la competencia electoral, han hecho de los eslóganes en torno a las identidades elementos principales de su discurso político. Como afirman Murat Somer et al., se trata de un proceso pernicioso propiciado de manera deliberada por las élites partidistas a través de las identidades políticas y sociales básicas con el fin de alcanzar sus distintos objetivos políticos y electorales[11].

En este sentido, existe una tendencia en España a argumentar que dicha polarización se ha debido a la emergencia de Vox y a la

convergencia del Partido Popular (PP) con sus posiciones. Ciertamente la evolución de los datos parecen mostrarlo así, y no cabe duda de que la irrupción de Vox, su discurso y sus convergencias con los sectores más conservadores del PP han contribuido de manera marcada a ello. Pero el diagnóstico no es tan sencillo. La polarización no solo se da entre los votantes de esos partidos, sino también, como se verá, entre las y los partidarios del espectro político opuesto que reaccionan de modo negativo polarizándose ante la percepción de la amenaza que supone su surgimiento y visualización en la esfera pública. Además, este proceso no se produce solo con la irrupción en la arena electoral y el espacio público de los partidos de extrema derecha. La aparición de Podemos en 2014 generó también unas dinámicas muy parecidas respecto de la polarización afectiva, aunque, eso sí, con una menor incidencia a la observada con la más reciente aparición de Vox en 2018-2019. Y todo ello propiciado por un contexto de profunda crisis económica y social, y aderezado por constantes escándalos de corrupción.

Como va a discutirse, las dinámicas que generan la polarización afectiva tienen en general que ver con la irrupción y éxito electoral de los nuevos partidos "desafiantes/retadores" (challengers) que adoptan una estrategia de comunicación mucho más agresiva y salpicada de ataques al statu quo y las instituciones de representación con vistas a obtener rédito electoral. Se trata de una estrategia por la que apuestan estos últimos para combatir la situación ventajosa de la que parten los partidos dominantes (mainstream), los cuales gozan, como muestran y discuten en extensión las profesoras De Vries y Hobolt en su reciente libro[12], del conocimiento extendido entre todos los votantes y de la ventaja de la credibilidad que da la experiencia de gobierno.

Además, este proceso de crecimiento de la polarización afectiva en España no ha ido acompañado de una creciente polarización bimodal en la opinión pública respecto de los grandes temas de debate público como parece que ocurre en los Estados Unidos[13]. En cambio, sí parece claro que ha desencadenado una clasificación de otras identidades sociales (social sorting) e ideológicas (ideological sorting)[14] que han propiciado la creación de las mencionadas megaidentidades partidistas, responsables de la polarización

afectiva[15] y de un conflicto bipolar entre dos bloques ideológicos antagónicos: la izquierda frente a la derecha.

En cualquier caso, el efecto de las "pistas" proporcionadas por las élites partidistas agudiza la polarización afectiva, algo que adquiere más relevancia en contextos en donde ya se da una alta polarización[16], propiciando un proceso de retroalimentación y de equilibrio muy inestable como el que vivimos en España. Además, las redes sociales y la proliferación de medios de comunicación de marcado signo partidista han hecho el resto. Como mostraré, estas redes no son sus causantes, pero contribuyen a la reproducción del círculo pernicioso de creciente polarización afectiva facilitado por las élites políticas de este país. Las redes sociales en España se limitan a reproducir, aunque con algo más de fuerza y efectividad, lo que ocurre de siempre en nuestros entornos sociales con la política[17], en donde seleccionamos con quiénes discutimos de política en función de la percepción de las preferencias del potencial interlocutor con el fin de confirmar nuestras predisposiciones y preferencias.

La parte final de este libro está dedicada a evaluar las consecuencias de la creciente polarización afectiva. En este sentido, trato de mostrar tres aspectos muy relevantes. Primero, que la polarización afectiva propicia una disminución de la confianza social individual hacia todos los miembros de la comunidad política y social (desconfianza social general), esencial para cimentar y sostener el buen funcionamiento de nuestros sistemas políticos, e incluso económicos. Al mismo tiempo, la autoafirmación afectiva en torno de los grupos partidistas más afines podría estar dando lugar a un aumento de la vinculación intragrupal, pero solo para los miembros de los círculos sociales y familiares más cercanos, sin tener efectos puente visibles para el resto de la sociedad, ni siquiera para nuestras comunidades sociales y políticas más pequeñas (por ejemplo, nuestros vecinos).

Segundo, esta polarización puede llevar a justificar entre cierto tipo de partidarios el apoyo a presupuestos y acciones de naturaleza antiliberales que constituyen la antesala al apoyo de aquellos líderes y acciones encaminadas al deterioro democrático (democratic backsliding, en inglés). De este modo, la polarización de las élites

podría representar una amenaza para la democracia española. Más concretamente, la polarización afectiva entre los partidistas de determinados partidos de la derecha va acompañada por unos niveles de intolerancia más elevados y un apoyo a medidas anticonstitucionales y antiliberales. Esto, curiosamente, se acompaña de un apoyo mayoritario abstracto y generalista a la democracia, constituyendo, lo que se ha denominado por Simonovits et al.[18], "hipócritas democráticos". Sin embargo, esto no ocurre entre las y los partidarios de los partidos de izquierda más polarizados que tienden a mostrar una mayor tolerancia, un rechazo a las medidas de naturaleza anticonstitucional, acompañados de un mayoritario apoyo a la democracia. Por tanto, como va a argumentarse, existen ciertas posturas en los medios de comunicación en España que tienden a culpar y equiparar la polarización generada desde la extrema izquierda con la de la extrema derecha en un intento de legitimar esta última. Ciertamente, los nuevos partidos "desafiantes/retadores", sean del signo ideológico que sean o sean nacionales o nacionalistas, contribuyen a aumentar la polarización en general, pero sus consecuencias en el devenir de la opinión pública y en el comportamiento ciudadano no son las mismas, especialmente en el contexto de crisis política y económica. Una cosa es plantear alternativas para mejorar los mecanismos de expresión y agregación de intereses políticos e individuales, y otra bien distinta es cuestionar e incluso mostrarse dispuesto a apoyar acciones que, si llega el caso, van contra los principios e instituciones básicas de la democracia liberal.

Unido a esta discusión, voy a tratar de mostrar en otro capítulo que la hostilidad hacia los otros grupos partidistas es responsable de una disminución de la confianza política en las principales instituciones y actores de representación política. Esta evidencia puede ser debida tanto al colapso que dicha polarización genera en el funcionamiento normalizado de dichas instituciones como al discurso antiliberal que predominaba en la irrupción de estos partidos. Este aspecto, como era de esperar, se da entre los seguidores de Vox más polarizados que suelen tener una notable menor confianza en las instituciones de representación, el gobierno y la justicia. Estos resultados son una primera aproximación a este tema y requieren de un estudio más detallado, pero todo lo anterior

parece indicar que esta relación puede propiciar un equilibrio de creciente polarización y deterioro de la confianza en las instituciones básicas de la democracia española de muy negativas consecuencias.

Conviene aclarar desde el principio que este libro no se opone a todo partidismo, a todos los partidos, a todos los sistemas de partidos o incluso a la discordia partidista. Ha habido, y puede haber, un sistema bipartidista o multipartidista responsable y funcional. En cambio, este libro trata de explicar cómo puede cuestionarse el devenir funcional de un sistema de partidos competitivo cuando el propio electorado comienza a perder la perspectiva de las diferencias entre los oponentes políticos y empiezan a percibirlos como enemigos a neutralizar o incluso a eliminar. Si el electorado de masas puede ser impulsado a aislarse de sus oponentes partidistas, cerrándose a la interacción cordial, y propiciando el distanciamiento social, entonces los partidos se convierten en una herramienta de división más que de organización. Los partidos pueden ayudar a la ciudadanía a construir y mantener un gobierno que funcione, pero si esta concibe los partidos como línea divisoria social, esos mismos partidos pueden impedir que la ciudadanía acceda al compromiso y la cooperación que necesariamente definen la democracia. El partidismo y la competencia partidista se vuelven "perniciosos" cuando envían a las y los partidarios a la acción por razones equivocadas[19]. El activismo es casi siempre algo bueno, especialmente cuando la apatía ha sido objeto de tanta preocupación, pero, como afirma la profesora Liliana Mason, si el electorado se mueve a la acción por un deseo de victoria que excede su deseo de un bien mayor, la acción política ya es disfuncional[20].

Los datos

Todo el apoyo empírico de este libro va a estar basado en los datos más completos (hasta donde este autor conoce) que se han podido recoger sobre polarización política. Para ello, utilizaremos los datos de seis encuestas distintas. Para los datos comparados, utilizaremos dos provenientes de los estudios comparados internacionales Comparative Study of Electoral Systems (CSES)[21] y Comparative National Election Project (CNEP)[22] y los datos del proyecto TRI-POL[23], un estudio de encuesta de panel comparado de cinco países cuyos datos se han recogido a finales de 2021 y principios de 2022, financiado dentro del Plan Nacional de I + D + i[24] y por la Fundación BBVA[25], y del que yo mismo he sido investigador principal. Para los datos de España se ha utilizado la base de datos del Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS), principalmente para el estudio de la polarización ideológica, y dos encuestas de panel diseñadas para el estudio de la polarización en España (CIUPANEL y E-DEM[26]).

Parte I

Concepto, medición y perspectiva temporal y comparada

Capítulo 1

Concepto y tipos de polarización política

Hay dos tipos de polarización política. La primera es la polarización ideológica, sobre la que existen muchos más estudios y muchos más datos tanto en España como en muchos otros países; y la segunda es la polarización afectiva, algo de lo que se ha hablado y discutido más recientemente y sobre la que existen pocos datos más allá de los estudios realizados en los Estados Unidos.

La polarización ideológica

Respecto de la primera, la ideológica, habría que distinguir asimismo dos tipos: el extremismo y la polarización. El extremismo ideológico refleja la medida en la que un ciudadano está más alejado ideológicamente del votante mediano. Se mide por la distancia absoluta de cada individuo con respecto de la posición media del electorado en la escala izquierda/derecha. Cuanto más alejado se encuentra un individuo hacia la izquierda o la derecha de dicha posición media, más extremo se considera su posicionamiento ideológico. Aunque no deja de ser resultado de ciertas preferencias partidistas, se trata de una medida que refleja las preferencias ideológicas y valorativas de cada votante y lo alejadas que se encuentran de los posicionamientos más frecuentes que se dan en el resto de la sociedad.

La noción de que el extremismo ideológico es antitético a la democracia liberal tiene un largo pedigrí histórico. En el discurso moderno, el propio concepto de extremismo se estableció, primero, en el contexto de la Revolución rusa de 1917, para describir la amenaza de la "extrema izquierda" al establecimiento democrático, y se amplió más tarde para describir la amenaza procedente de la "extrema derecha", consecuencia del ascenso del fascismo y el nazismo. Esta es la base fundamental de la noción que subyace a la relación entre el extremismo ideológico o el radicalismo —entendido en términos espaciales, a lo largo de un eje izquierda-derecha— y las posiciones antidemocráticas.

Muchos estudios empíricos muestran que, en la medida en que los votantes se sitúan en posiciones ideológicas, temáticas y políticas extremas, estos se encuentran más proclives a expresar actitudes poco favorables a la aceptación de las normas y prácticas democráticas, como la alternancia en el gobierno, los controles y equilibrios del poder ejecutivo o el respeto a los derechos de las minorías. Por ejemplo, los extremistas ideológicos parecen menos

propensos que los moderados a mostrar el “consentimiento del perdedor”[27], es decir, a aceptar la derrota electoral como un resultado legítimo, y, en cambio, son más proclives a adherirse a teorías conspirativas sobre la integridad electoral[28]. Los extremistas ideológicos también tienden a rechazar el statu quo de la democracia representativa en favor de otras formas de gobierno, a ser más desconfiados políticamente, a tener opiniones intolerantes sobre las minorías étnicas, religiosas o ideológicas, a ser más inflexibles sobre la corrección de sus creencias y la incorrección de las de los demás, y a sentir una mayor animosidad hacia los partidos distintos al suyo. Finalmente, como han mostrado Mathew Graham y Milan Svolik, los votantes que mantienen posiciones políticas más extremas están más dispuestos a tolerar los comportamientos antidemocráticos mostrados por los candidatos, a cambio de conseguir políticas más cercanas a sus preferencias[29]. Esto sugiere que los votantes con posiciones más extremas son menos propensos a comprometerse de forma coherente con la democracia liberal y sus principios.

El extremismo ideológico está basado en la idea de que los ciudadanos poseen un “sistema de creencias” conocido como ideología; es decir, “una configuración de ideas y actitudes en la que los elementos están unidos por alguna forma de restricción o interdependencia funcional”[30]. Este tipo de ideología se basa en creencias y convicciones de principios sobre el papel adecuado del gobierno, constituye una guía para interpretar y responder a aspectos de los entornos políticos y sociales, y ha demostrado ser un buen predictor del posicionamiento de los individuos sobre los problemas[31]. De hecho, en la literatura sobre polarización en los Estados Unidos, la polarización ideológica se mide por el grado de polarización que los individuos muestran a la hora de apoyar políticas sociales redistributivas y de adoptar posturas progresistas en temas culturales, mientras que las personas de derecha o conservadores son más reacias a respaldar soluciones basadas en el gobierno para los problemas socioeconómicos y mantienen posiciones más tradicionales sobre diversos aspectos culturales. Este tipo de ideología, conocida como “ideología basada en problemas”[32], requiere del estudio de opiniones y posturas hacia diferentes cuestiones políticas destacadas y suele entenderse como la medida en que los ciudadanos tienen opiniones extremas sobre

un conjunto determinado de problemas (issue-based polarization).

Ahora bien, es importante distinguir entre el extremismo ideológico y la polarización ideológica, dos conceptos que se intercambian, e incluso se hacen sinónimos, con bastante frecuencia. Aunque ambos estén empíricamente relacionados[33], distinguirlos es esencial, ya que se trata de dos conceptos distintos que reflejan realidades diversas. El primero representa el que existe entre los votantes a consecuencia de sus preferencias y creencias, y en este sentido refleja la polarización del lado de la demanda. En cambio, el segundo tipo, al que equivocadamente se denomina "polarización ideológica", refleja la percepción que cada ciudadano tiene de los posicionamientos de todos los partidos y la distancia que existe entre ellos. En este sentido, dicho indicador refleja la percepción ideológica de cada ciudadano respecto de la oferta partidista. Está claro que esta percepción puede estar relacionada con el grado de extremismo ideológico de cada individuo, pero, en definitiva, no deja de ser principalmente resultado de la acción y discurso político de los líderes de los distintos partidos políticos. De este modo, los votantes pueden mantener posiciones extremas en sistemas de partidos que no están muy polarizados ideológicamente, o a la inversa.

Además, los votantes no necesariamente perciben los altos niveles de polarización que realmente existen entre las élites. Como demuestran Oddbjørn Knutsen y Staffan Kumlin, aunque existe una relación positiva entre la polarización real del sistema de partidos —recogida en los manifiestos de los partidos o en las encuestas a expertos— y la percepción de los votantes sobre la polarización ideológica, dicha relación dista mucho de ser perfecta[34]. Dado que no puede suponerse que los votantes miden con precisión la "polarización real", es esencial poder medir cómo la perciben y conocer sus consecuencias, ya que, como dicen Adam Enders y Miles Armaly, "el mundo social se basa en percepciones, y son estas percepciones sobre las que los individuos actúan"[35].

La polarización afectiva

Al contrario que las dos variantes de la polarización ideológica que acabamos de discutir, la polarización afectiva siempre se refiere a aquella generada por sentimientos respecto de determinadas identidades o actores políticos del sistema. En concreto, este concepto se relaciona y se mide por los sentimientos que nos despiertan los partidos políticos, sus líderes y sus respectivos votantes. Además, la polarización afectiva tiene dos componentes. Primero, está aquella consecuencia de los sentimientos que a una persona le despiertan los partidos, sus líderes y partidarios con los que se identifica. Estos sentimientos positivos o afinidades hacia su partido y sus partidarios y líderes se denominan polarización "intrapartido" (in-party, en inglés) o "intragrupo" (in-group). El otro componente se genera como consecuencia de aquellos sentimientos negativos u hostilidades que le propician los líderes, formaciones y las y los partidarios con los que no se identifica y que se denominan como polarización "interpartidista"(out-party) o "intergrupo" (out-group). Las líneas divisorias que generan tales polarizaciones fragmentan la esfera pública en dos grupos, "los nuestros" y "ellos"[36].

Dicha división produce un contexto adornado de prejuicios y percepciones sesgadas del adversario político que supera con creces los efectos de las divisiones basadas en las preferencias sobre ciertas políticas públicas o posicionamientos sobre grandes temas, lo que puede tener unas consecuencias más devastadoras sobre el devenir del conflicto en una democracia. En democracia, los partidos pueden ayudar a la cuidadanía a construir y mantener un gobierno que funcione. Pero, como dice la investigadora estadounidense Lilliana Mason, "si las y los ciudadanos utilizan los partidos como línea divisoria social, esos mismos partidos pueden impedir que estos accedan al compromiso y la cooperación que necesariamente definen el buen funcionamiento de la democracia" [37]. Teóricamente, una democracia debería representar la voluntad de sus ciudadanos y

ciudadanas. En el entendimiento más común de la democracia representativa, las opiniones de la ciudadanía con respecto a las políticas están relacionadas con sus propios intereses o valores y principios ideológicos subyacentes. Estos ciudadanos y ciudadanas evalúan qué partido se acerca más a su propia posición conforme a estas preferencias. Apoyan a ese partido a través del voto o el activismo e, idealmente, cambian de partido cuando el otro partido se acerca más a su posición o intereses. Valdimer O. Key, en 1966, describió a este tipo de electorado como aquel "movido por la preocupación por cuestiones centrales y relevantes de política pública, desempeño gubernamental y capacidad ejecutiva"[38]. En este sentido, la democracia se define como un sistema político competitivo en el que líderes y organizaciones en competencia definen las alternativas de política pública de tal manera que el público puede participar en el proceso de toma de decisiones. La elección pública informada sobre las políticas es un elemento ideal de una democracia que funcione bien.

Ahora bien, esta visión tradicional de la elección y la competición en democracia puede verse difuminada por la presencia de las identidades sociales individuales capaces de impulsar el comportamiento político en relación con ese grupo específico. Como afirma Pamela Conover, en ese caso, la pregunta clave ya no es si "¿la gente piensa ideológicamente?", sino simplemente "¿cómo piensa la gente en política?"[39]. Para dar respuesta a esta cuestión es esencial tener en cuenta la noción de que los vínculos de las personas con diversos grupos ayudan a estructurar su pensamiento político. El uso de los vínculos de los individuos con sus distintos grupos sociales ha sido, de hecho, una forma productiva de ayudar a los politólogos a entender cómo la ciudadanía organiza sus opiniones políticas. Pieter Klandermans, por ejemplo, explica que "la identidad colectiva se vuelve políticamente relevante cuando las personas que comparten una identidad específica participan en la acción política en nombre de ese colectivo"[40]. En otras palabras, las identidades sociales se traducen en políticas cuando el grupo expresa demandas políticas. A veces, incluso en sustitución de la sofisticación ideológica, una fuerte identidad racial o religiosa puede motivar a los individuos a emprender acciones políticas. Sin embargo, se trata de entradas intrínsecamente limitadas en la política porque nos obligan a considerar cada identidad de forma

aislada de las demás identidades que componen la visión del mundo de una persona.

La polarización afectiva como producto de la identidad social

La mayor parte de la producción teórica sobre la polarización afectiva se basa en la teoría de la identidad social que acabamos de discutir y en las consecuencias que tienen sobre los sentimientos que generan entre el propio grupo partidista y en aquellos percibidos como rivales[41]. Así, la explicación dominante para el aumento de los niveles de polarización afectiva es que el partidismo ya no indica simplemente las preferencias políticas, sino que se ha convertido en una importante identidad social[42].

Según la teoría de la identidad social clásica de los conocidos profesores Henri Tajfel y John Turner, un grupo social es "un conjunto de individuos que se perciben a sí mismos como miembros de la misma categoría social, comparten la implicación emocional en esta definición común de sí mismos y alcanzan cierto grado de consenso social sobre la evaluación de su grupo y su pertenencia a él"[43]. Siguiendo esta teoría, los orígenes de la identidad social se basan principalmente en factores que contienen tres componentes: cognitivo (autocategorización, o conciencia de la propia pertenencia a un grupo social), evaluativo (autoestima del grupo, o una connotación de valor atribuida a esta pertenencia al grupo) y emocional (compromiso afectivo, o un sentimiento de implicación emocional con el grupo)[44]. De este modo, la identidad social es una identidad basada en el grupo que pasa a formar parte de la identidad propia. Cuando una de esas categorizaciones personales se comparte con otros individuos, se convierte en un espacio compartido y, por tanto, en una identidad de grupo.

La identificación basada en el partido o en el líder produce, pues, dos tipos de identidad: la "identidad personal partidista" (partidismo) y la "identidad social partidista" (autocategorización

con su grupo de seguidores). La teoría de la autocategorización sostiene que una persona puede actuar individualmente de acuerdo con su identidad personal, o como miembro de un grupo, según una de las diversas identidades grupales. Cuando un individuo percibe una identidad como compartida, expresa su autoconciencia de la existencia del grupo y hace explícitos sus lazos emocionales, tanto con el grupo como con sus símbolos, convirtiéndola en una identidad colectiva o grupal. Por lo tanto, es posible que identificarse como miembro de un grupo haga que los individuos se formen actitudes que promuevan una imagen positiva de su grupo interno y de sus "compañeros identificadores"[45]. En este sentido, la distinción "nosotros" frente a "ellos" refuerza el sentido de autoconciencia, las evaluaciones y las emociones de un individuo hacia el grupo y sus miembros, lo que resulta en una mayor disposición y probabilidad de defenderlo. Quienes comparten una identificación social son más propensos a apoyar activamente a su grupo a través de diversas formas.

Además, estas identidades sociales se pueden transformar en elementos de polarización a través de tres mecanismos básicos:

El prejuicio de grupo:cuando dos grupos están en una competencia de suma cero, se tratan entre sí con sesgo e incluso con prejuicios.

La defensa de grupo: quienes se identifican con un grupo social tienen más probabilidades de actuar para defenderlo. Cuando el estado de un grupo se ve amenazado, un miembro del grupo fuertemente identificado luchará para mantener el estado del grupo.

La reactividad emocional: se sostiene en la teoría de las emociones intergrupales, que especifica que los miembros del grupo pueden sentir y sienten emociones en nombre del grupo. En particular, los miembros del grupo más fuertemente identificados sentirán una mayor ira frente a una amenaza para el grupo y un mayor entusiasmo cuando el grupo sale victorioso.

El problema de las megaidentidades partidistas

La identidad con un determinado grupo de votantes puede tener efectos poderosos en sí misma, pero las identidades múltiples que se refuerzan mutuamente formando una "megaidentidad partidista" pueden llevar a una división social e incluso cultural muy profunda[46]. La existencia de sentimientos subjetivos de apego con ciertos grupos partidistas puede propiciar una cierta tendencia a la clasificación social, pero sin que eso se traduzca necesariamente en grupos sociales enfrentados. Sin embargo, cuando esos sentimientos de apego van acompañados de la acción de los partidos propiciando grupos partidistas más homogéneos respecto de otras identidades, como "españolistas", "abortistas", "rojos", "separatistas", "religiosos" o "fascistas", generan unas megaidentidades psicológicas que dividen a la ciudadanía según las líneas partidistas, lo que tiene serias implicaciones para el pensamiento, el comportamiento y las emociones de los distintos grupos de partidarios[47].

La aparición de estas megaidentidades partidistas, que engloban varias identidades sociales o políticas, dan lugar a que nuestras percepciones se agudicen por los "amores" y "odios" que generan, lo cual implica lo que Christopher Achen y Larry Bartels llaman la "teoría popular" de la democracia[48]. En este escenario, las y los ciudadanos no eligen a qué partido apoyar basándose en opiniones políticas o preferencias sobre determinadas políticas públicas, sino que forman y modifican sus opiniones políticas según el partido con el que se identifican. Toda la ciudadanía quiere creer que sus valores políticos son sólidos y están bien razonados. Sin embargo, con mayor frecuencia, sus opiniones y acciones surgen de las emociones que van unidas a dichas identidades colectivas. De este modo, el megapartidismo enturbia el camino que transita de los intereses a los resultados, a veces enviando a una persona en una dirección equivocada o más allá de lo que sus intereses y valores dictarían por sí solos. En esta democracia basada en las megaidentidades partidistas, las discusiones sobre las cuestiones importantes del momento tratan más sobre qué lado está ganando y no tanto sobre el fondo de dichas cuestiones. Así, la acción política está impulsada no solo por preocupaciones políticas, sino también, poderosamente, por la necesidad de sentirse victorioso. Como

consecuencia, los partidos y sus políticas se evalúan de manera injusta, con un ojo sesgado y distorsionado. La ciudadanía se enoja fácilmente, en cierto modo por las derrotas políticas, pero más intensamente por las derrotas de los partidos con los que se identifica. En estos escenarios, en la disputa por influir en la determinación del comportamiento político entre los intereses y preferencias individuales y el simple racionalismo partidista, lo último claramente prevalece[49].

La fuerza de las emociones

La teoría de las emociones intergrupales (una consecuencia de la teoría de la identidad social) ha descubierto que los miembros del grupo fuertemente identificados reaccionan con emociones más fuertes, especialmente con ira y entusiasmo, ante las amenazas del grupo[50]. Según esta teoría, el sesgo partidista basado en el grupo lleva a las y los partidarios fuertemente identificados con su grupo a creer (correctamente o no) que su partido es el partido generalmente favorecido por el resto de la ciudadanía. La sensación de que el partido es fuerte y que goza de apoyo colectivo aumenta los sentimientos positivos respecto a este y, con ello, la capacidad individual de sentir ira y de participar en comportamientos de confrontación. Esto se debe a que, cuando se percibe que el intragrupo es más fuerte que los "otros" grupos, la competencia intergrupal genera ira y propicia la acción. En cambio, cuando la percepción de un intragrupo es débil la competencia grupal provoca principalmente ansiedad. Se trata, por tanto, de reacciones psicológicas naturales ante la competencia grupal, impulsadas no por pensamientos prácticos sobre los resultados concretos de una competencia intergrupal, sino por reacciones ante la competencia y la amenaza grupal.

Es importante destacar que estas reacciones emocionales dependen de una amenaza al estatus del grupo. A medida que las identidades se fortalecen, la ira o la ansiedad varían conforme al grado en el que el grupo se percibe bajo algún tipo de amenaza por parte del grupo externo, algo que cada vez se acrecienta más a través de los

medios informativos partidistas. El objetivo aparente es acerar y energizar a los propios partidarios mientras se burlan de los otros partidarios. Este tipo de amenazas partidistas están presentes en los anuncios políticos, en los medios impresos y digitales de marcado signo partidista e incluso, y especialmente, durante las campañas electorales[51]. Por tanto, las amenazas al estatus de un grupo son potentes catalizadores de ambas emociones.

Sin embargo, estas reacciones negativas pueden también generar otras emociones. Cuando las y los partidarios pierden unas elecciones, reciben un golpe en su autoestima ligada a la identidad partidista. Una forma eficaz de calmar este daño es arremeter contra los oponentes partidistas, impulsando la confrontación y la rabia partidistas con la consiguiente mejora de la autoestima. Se trata de un ciclo en el que las amenazas al estatus del grupo conducen a reacciones de ira e insulto, que a su vez conducen a una mayor valoración del estatus del grupo, lo que hace que las amenazas tengan efectos aún mayores. En suma, la ira y el entusiasmo se alimentan mutuamente. Esto es lo que explicaría, como han demostrado Enrique Hernández et al., que la polarización afectiva aumente de manera marcada durante los procesos electorales[52].

No solo las identidades fuertes empujan a las y los partidarios a reaccionar a las amenazas con ira y entusiasmo, sino que las megaidentidades partidistas, producto de un alineamiento de varias de ellas, añaden aún más ira a cada respuesta frente a las amenazas[53]. Esto se debe a que una persona con un conjunto de identidades coincidentes está más aislada socialmente y, por lo tanto, tiene menos experiencia en el manejo de los conflictos, propiciando, aún más, las emociones negativas. Cuando las identidades múltiples están fuertemente alineadas, una amenaza a una identidad afecta al estatus de otras múltiples identidades. El posible daño a la autoestima de una persona crece a medida que más identidades se asocian con el grupo partidista objeto del ataque[54].

Por tanto, las y los ciudadanos con megaidentidades partidistas son especialmente receptivos desde el punto de vista emocional. Se enfadan ante cualquier mensaje de amenaza y se alegran ante

cualquier mensaje de victoria. Tanto si se basan en un partido como si se basan en un tema, los individuos cuyas identidades partidistas se encuentran reforzadas por otras identidades reaccionan a los mensajes políticos con una mayor intensidad. Sin embargo, las reacciones de los individuos con identidades transversales, es decir, por ejemplo, personas conservadoras en asuntos económicos, pero que se declaran proabortistas, tienden a ser significativamente menos intensas. La presencia de identidades transversales amortigua las reacciones emocionales a los mensajes políticos o a las derrotas electorales, de manera que las identidades más transversales conducen a una disminución de la respuesta emocional.

En otras palabras, el enfado impulsado por el conflicto intergrupal y la reducción gradual de las identidades transversales en el electorado están perjudicando activamente la capacidad para debatir razonablemente las cuestiones importantes que la ciudadanía debe afrontar. Cuantas más personas se sientan enfadadas, menos capaces son como ciudadanía de encontrar un terreno común en el que poder discutir sobre las distintas políticas a adoptar, o incluso de tratar a sus oponentes como seres humanos. Por tanto, es necesario abordar el problema de las relaciones emocionales entre oponentes políticos antes de que pueda llegarse a los importantes compromisos políticos que se requieren para gobernar.

Como mostraré en las siguientes páginas de este libro, las y los ciudadanos españoles con megaidentidades han aumentado en los últimos años, convirtiéndose no solo en más intransigentes, sino también más activos en la política a la hora de conocer sus inclinaciones y opiniones. En suma, se trata de un proceso que ha propiciado un tipo de participación política claramente emocional, en la que las y los partidarios de los distintos partidos participan o discuten no solo para dar a conocer sus posiciones políticas, sino, y en igual medida, porque se sienten especialmente enfadados o eufóricos.

¿Cómo medir la polarización afectiva?

Los estudios sobre polarización afectiva, aunque inicialmente centrados en los estudios de opinión pública de Estados Unidos, han ido creciendo de manera importante en Europa, donde se ha tratado de desarrollar fórmulas para calcular el grado de polarización individual y agregada utilizando una batería de sentimientos hacia líderes, partidos o sus votantes más adaptados a la realidad de sistemas de partidos multipartidistas[55], y que ha sido altamente contrastada[56]. En concreto, para medir la polarización afectiva en este trabajo parto del artículo seminal de Markus Wagner[57] que propone dos fórmulas generales: la primera, basada en la distancia entre los sentimientos hacia el propio partido y el resto (Weighted Affective Polarization Distance, WAPD), y la segunda, basada en la dispersión media de estos sentimientos para todos los partidos (Weighted Affective Polarization Spread, WAPS), todo ello ponderado por el peso electoral de cada uno de ellos[58].

En este trabajo voy fundamentalmente a utilizar la fórmula de la distancia (WAPD) de Wagner, ya que este índice puede dividirse en dos de sus componentes: los sentimientos de afinidad hacia el partido propio, sus líderes o sus partidarios[59], y que voy a denominar "polarización afectiva intragrupo", y, por el otro lado, los de hostilidad expresados hacia el resto de partidos, líderes y votantes, que llamaré "polarización afectiva intergrupo".

Todas estas medidas están basadas en una escala de 0 a 100 en donde los entrevistados deben expresar los sentimientos que les generan una lista de los principales líderes/partidos/o sus votantes), donde el 0 representa sentimientos muy desfavorables, 50 ni desfavorables ni favorables y el 100 muy favorables. La pertenencia al grupo partidista se define a partir del partido, líder o grupos de partidarios por el que cada entrevistado muestra los sentimientos más favorables. De este modo, una vez que sabemos cuál es el partido con mayores sentimientos positivos en una o un

entrevistado (sentimientos o polarización intrapartidista o intragrupo), se pasa a calcular la distancia en los sentimientos con el resto de los partidos. Esta diferencia se pondera por el peso electoral de cada uno de ellos y se procede a sumarlos y luego dividir su resultado por el número total de partidos.

La polarización intergrupo o interpartidista se calcula igualmente con los sentimientos hacia los partidarios de los otros partidos, pero invirtiendo la escala, y calculando de nuevo su media ponderada para cada individuo. De este modo, se tienen tres indicadores de polarización que voy a utilizar en el presente trabajo a partir de esta batería de sentimientos para los distintos grupos de votantes: polarización afectiva (WAPD), polarización intragrupo (afinidad intrapartidista) y polarización intergrupo (hostilidad interpartidista).

Finalmente, es importante señalar que, para todos estos cálculos de las distintas fórmulas de la polarización afectiva, la literatura ha utilizado preferentemente bien el indicador de los sentimientos hacia los partidos o bien hacia sus líderes en lugar de utilizar sentimientos hacia sus respectivos partidarios. Sin embargo, el uso de sentimientos hacia los partidos en lugar de sus partidarios tiende a generar una sobreestimación de la polarización[60], algo que también ocurre cuando se utilizan sentimientos hacia los líderes de los partidos[61]. En mi caso, voy a utilizar los sentimientos hacia los votantes cuando sea posible, dado que considero, como he mostrado en otro lugar, que su utilización es más válida desde el punto de vista teórico y empírico[62].

Conclusión

En este primer capítulo se han discutido las diferencias entre polarización ideológica, extremismo ideológico y polarización afectiva. Aunque relacionadas en alguna medida, y pese a que con frecuencia se tratan como sinónimos o incluso se meten bajo el paraguas general de la polarización política, son conceptos distintos basados en supuestos teóricos y empíricos muy diferentes. En este sentido, en las páginas anteriores se ha desarrollado el concepto de polarización afectiva, sus implicaciones teóricas y empíricas. En concreto, se ha explicado su sustento sobre las teorías de la identificación social. Además, se ha introducido el concepto de megaidentidades partidistas, que son aquellas que surgen al albor de las identidades sociales partidistas y que generan una reagrupación y reordenamiento de diversas identidades sociales y políticas, desembocando en otras que propician una fractura social y política de gran calado con importantes consecuencias en el comportamiento y manera de razonar y decidir de la ciudadanía, transformándolos de votantes a "hooligans partidistas". Estas megaidentidades son las causantes de la polarización afectiva.

Por último, se ha discutido brevemente cómo medir la polarización afectiva y los dos componentes principales que las generan: los sentimientos favorables de afinidad hacia el propio grupo de partidarios (polarización partidista intragrupo), de un lado, y los sentimientos negativos de hostilidad hacia las y los partidarios de los "otros" partidos (polarización partidista intergrupo).

Capítulo 2

La polarización en España:

comparación y evolución temporal

Una vez discutidos estos distintos tipos de polarización política, puede pasarse a mostrar qué grado de polarización existe entre los españoles desde una perspectiva comparada y cuál ha sido su evolución desde que se tienen datos. Existe una sensación generalizada entre los comentaristas que la polarización entre los españoles es exageradamente elevada como consecuencia del tono ciertamente polarizador que, de manera creciente, se da entre los líderes de los distintos partidos políticos. Esto ha venido refrendado por algunos estudios comparados que han situado a España precisamente en ese lugar de dudoso honor con respecto del grado de polarización[63]. Por ello, en las páginas siguientes, voy a mostrar si este proceso se ha reflejado durante los últimos años en un aumento de todos los indicadores de la polarización que se han discutido en el capítulo anterior y en dónde realmente se sitúa España en términos comparados.

Polarización política en perspectiva comparada

En la tabla 2.1, que contiene los datos de los niveles de varios países y años, puede observarse una evidencia más completa del nivel de polarización en España con respecto a otros países. Hasta donde conozco, esta tabla contiene la serie de datos comparados más importantes sobre polarización política. En esta tabla he reproducido los índices de polarización afectiva intragrupo, intergrupos y la polarización ideológica que ya he introducido en el capítulo anterior. Además, he calculado el índice de polarización afectiva agregado por sistema de partidos según la fórmula del investigador Andrés Reiljan[64]. Los países se han ordenado, primero, por el nivel general de polarización afectiva según esta última fórmula, y en la cuarta y quinta columnas, por los niveles de polarización ideológica, para, de este modo, visualizar si existen diferencias apreciables en el orden de países y años según estos indicadores. No he querido añadir los datos de extremismo ideológico para no sobrecargar esta tabla con tanta información.

En todos estos cálculos se han utilizado todas las bases de datos comparadas que contienen la información suficiente para aplicar las distintas fórmulas de polarización. Estas son: primero, la base de datos del CNEP, que ya he mencionado en la introducción y que contiene los indicadores de sentimientos hacia líderes políticos de los distintos partidos; y segundo, los datos del CSES, especialmente para completar los países del sur de Europa.

Como puede apreciarse, los niveles comparados de polarización política (afectiva e ideológica) en España no son tan elevados. Ahora bien, sí es cierto que parecen haber aumentado en esta última década como puede verse en los datos de las elecciones de 2015 que sitúan la polarización afectiva en un 5,05 (en una escala de 0-10) y en un 2,96 para la polarización ideológica (en una escala de 0-5). Estos niveles la sitúan muy por encima de las elecciones anteriores, y desde luego bastante por encima de la media de todas

las elecciones de todos los países (4,80) e, incluso, por encima de los valores intermedios de dichas escalas. Este dato sobre el incremento de la polarización para las elecciones de 2015 ya ha sido señalado en un estudio reciente sobre polarización ideológica[65]. Este incremento se corresponde con el llamado "segundo terremoto electoral" de 2015, caracterizado por una enorme fragmentación electoral y realineamiento político[66].

En cualquier caso, y pese a ese notable incremento —lo que la sitúa ya en un valor elevado—, España se encontraba todavía alejada de los niveles de otros países/años con una polarización mayor, como Estados Unidos, en donde destacan las elecciones de 2016, en las que fue elegido Donald Trump, y especialmente la última de 2020, en la que se observa además una enorme polarización intergrupo. España también está muy distante de la polarización observada en Turquía, caracterizada por una confrontación religiosa/ideológica que ha marcado la política de ese país durante los gobiernos de Erdogan y las estrategias de su partido, el Partido Justicia y Desarrollo (AKP)[67]. Esta es incluso menor a la observada en elecciones recientes de países más próximos a nosotros, como las de Francia en 2017, Portugal en 2015, Grecia en 2015 y el Reino Unido en 2017. Ahora bien, como se verá más adelante, esta polarización se ha agudizado en España a partir de 2018-2019.

Los niveles comparados de polarización afectiva son muy parecidos a los apreciables con la polarización ideológica. Como se observa en las columnas cuarta y quinta, el orden de los países/años es muy semejante, mostrando la relación entre ambas, al menos a nivel agregado. Además, puede apreciarse que la polarización política parece ser un fenómeno en crecimiento en los últimos años incluso en las democracias más emblemáticas. En este sentido, España no constituye una excepción, sino más bien la regla.

Tabla 2.1

Niveles comparados de polarización política en 56 países y elecciones en el mundoa

País (año)	Índice de [illegible]	[illegible]	[illegible]	[illegible]
Indonesia (2014)	2,74	7,98	4,68	Argentina (2017)
Rusia (2016)	2,84	7,31	5,69	Rusia (2016)
Argentina (2017)	3,07	7,11	6,16	Hong Kong (1998)
Indonesia (2004)	3,09	8,74	5,15	España (2000)
Hong Kong (1998)	3,58	6,73	6,72	Taiwán (2016)
Grecia (2009)	3,66*	7,99*	5,67*	R. África del Sur (2014)
Taiwán (2004)	3,68	7,42	6,33	Grecia (2002)
España (2000)	3,75*	6,85*	6,89*	Portugal (2012)
Taiwán (2013)	3,76	6,99	6,86	R. África del Sur (2009)
México (2012)	3,78	8,4	5,31	Grecia (2004)
España (2004)	3,82	7,16	6,75	Colombia (2016)
Chile (1993)	3,85	8,87	5,07	Italia (2018)
España (2015)	3,89	7,25	6,6	Alemania (2018)
Alemania (2017)	4,07	7,8	6,41	Colombia (2018)
Italia (1996)	4,19	8,14	5,93	Portugal (2010)
Italia (2013)	4,25	6,56	7,59	R. África del Sur (2004)
Colombia (2014)	4,27	6,75	7,58	España (1996)
Portugal (2009)	4,35*	7,68*	6,67*	España (2011)
Estados Unidos (1992)	4,39	8,1	6,31	Grecia (2012)
Grecia (2015)	4,45*	6,56*	7,88*	Portugal (2004)
Italia (2006)	4,5	8,18	6,2	España (2008)
Colombia (2018)	4,58	8,04	6,62	Reino Unido (2017)
México (2014)	4,85	8,81	5,98	España (2004)
España (1996)	4,85*	7,42*	7,23*	Uruguay (1994)
Portugal (2013)	4,89	7,96	6,65	Estados Unidos (2016)
España (1993)	4,92	7,63	7,09	Hungría (1996)
España (2008)	4,93	7,05	7,68*	Chile (1993)
Portugal (2004)	4,94*	7,74*	7,00*	España (1993)
Italia (2018)	4,97	7,73*	7,04*	Grecia (1996)
Hungría (1987)	4,97	8,45	6,41	Estados Unidos (2020)
Grecia (2012)	4,99*	7,18*	7,81*	Grecia (2012)
España (2015)	5,05	7,95	7,12	Grecia (2018)
Chile (2017)	5,06	6,57	8,41	Portugal (2014)
R. África del Sur (2014)	5,1	7,88	7,3	Italia (2013)
Grecia (1995)	5,14	8,07	6,99	Rep. Dominicana (2010)
Uruguay (2018)	5,18	8,74	6,67	México (2012)
México (2006)	5,19	8,48	6,71	España (2015)
Grecia (2015)	5,19	7,63	7,93	México (2012)
R. África del Sur (2004)	5,2	8,44	6,74	Estados Unidos (2004)

Bulgaria (1997)	6,62	8,76	6,52	Francia (2017)	2,78
Kenia (2013)	6,28	8,74	6,54	Chile (2017)	2,98
Grecia (2004)	6,29	9,98	6,28	Turquía (2011)	2,98
Rep. Dominicana (2016)	6,33	8,7	6,74	Turquía (2018)	3,09*
Reino Unido (2017)	6,36	7,56	7,81	Italia (2006)	3,11
Portugal (2015)	6,38	8,26	7,08	Estados Unidos (2012)	3,12
Turquía (2015)	6,45	7,38	8,4	México (2006)	3,15
Francia (2012)	6,54	8,18	7,52	Turquía (2014)	3,16*
Hungría (2018)	6,69	8,76	6,98	Uruguay (2004)	3,34
R. África del Sur (2008)	6,78	8,71	6,86	Turquía (2013)	3,40*
Turquía (2015)	6,89*	7,78*	8,10*	Italia (1996)	3,55
Estados Unidos (2004)	6,8	7,94	8,34	Bulgaria (1997)	3,56
Estados Unidos (2012)	6,41	7,94	8,5	Mozambique (2004)	3,57
Mozambique (2004)	6,43	9,44	7,6	Hungría (2018)	3,59
Turquía (2011)	6,71*	8,61*	8,10*	Kenia (2013)	4,09
Turquía (2013)	6,78*	8,26*	5,52*		
Estados Unidos (2016)	6,81	7,79	8,8		
Estados Unidos (2020)	6,81	7,79	9,31		
Total	4,80	7,91	6,88		2,69
Rango	0-10	0-10	0-10		0-5

Notas: a Los índices de polarización afectiva están construidos a partir de se

España en perspectiva temporal

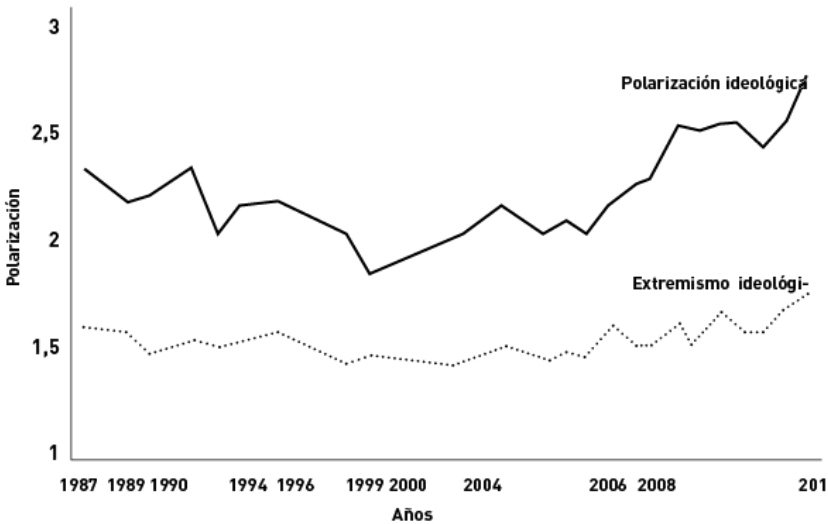
Ahora voy a mostrar con mayor detalle la evolución de la polarización política en España en los últimos años. Para empezar, el gráfico 2.1 muestra la evolución de la polarización y el extremismo ideológicos desde 1987 utilizando los datos del CIS. Como puede apreciarse en este gráfico, tras un proceso de descenso durante los años finales de los ochenta y una estabilización a la baja durante la década de los noventa, la polarización ideológica comienza a incrementarse durante la primera década de este siglo disparándose a partir de las elecciones de 2011 con un incremento de casi un punto en una escala de 0 a 5. Este incremento es importante y nada despreciable, especialmente teniendo en cuenta la etapa de descenso y estabilidad que le precedieron. Al mismo tiempo, es de destacar que este incremento no ha ido acompañado de un aumento del extremismo ideológico que, como puede apreciarse, apenas ha sufrido variación alguna. De este modo, puede afirmarse que existen escenarios, como en España, en donde la percepción de la oferta partidista es crecientemente más polarizada como consecuencia del discurso de las élites, pero en donde la ciudadanía permanece con unos niveles estables y bajos de extremismo ideológico en función de sus valores y convicciones.

El gráfico 2.2 muestra las mismas dos variables, pero desde julio de 2013 hasta abril de 2022. En este puede observarse con mayor detalle las tendencias de la polarización ideológica durante los meses de mayor cambio político y electoral en España de la última década y media; es decir, los transcurridos entre los inicios de 2014 y la convocatoria electoral de finales de 2016, y aquellos que transitan entre diciembre de 2018 a 2022. El primero de ellos supuso un momento de cambio electoral importante con la irrupción de Podemos, un partido populista de izquierdas, y de Ciudadanos, un partido desafiante al statu quo dominante del PP en la derecha del espectro político[68]. El segundo periodo coincide con la irrupción electoral en las elecciones autonómicas andaluzas, y su

posterior llegada a la arena nacional, de Vox, un partido populista radical de extrema derecha con un marcado contenido antisistema y claras reminiscencias con el pasado franquista[69].

Gráfico 2.1

Polarización y extremismo ideológicos en España (1987-2020)



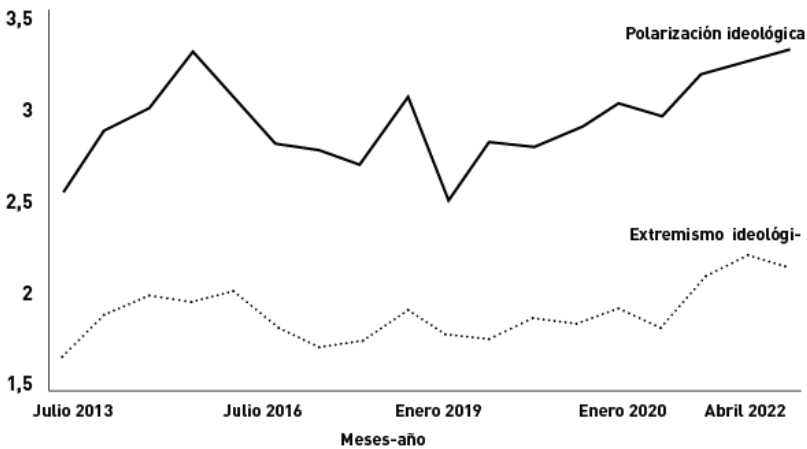
Fuente: Elaboración propia en colaboración con Josep Comellas (RECSM) a partir de los datos del Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS).

Como puede apreciarse en este último gráfico, el aumento de la polarización ideológica —es decir, la percepción de la distancia ideológica de la oferta partidista que percibe la ciudadanía— coincidió con la aparición de Podemos y Ciudadanos, y posteriormente, con la de Vox. Sin embargo, estas oscilaciones, de nuevo, se reflejan en mucho menos grado en el extremismo ideológico. Por tanto, cuando hablamos de polarización ideológica, debe señalarse que esta resulta visible principalmente en la

percepción ciudadana de la distancia ideológica existente entre los partidos (es decir, en la percepción de la oferta partidista), haciéndose eco de la confrontación entre élites políticas, pero no tanto en el aumento del extremismo ideológico de los españoles; esto es, en una creciente confrontación sobre principios ideológicos y diferencias sobre determinados temas, en donde la mayoría de la población ha permanecido moderada.

Gráfico 2.2

Polarización ideológica y extremismo ideológico en España, julio 2013-abril 2022



Fuente: Estudios 2,993; 3,145; 3,191; 3,226; 3,238; 3,247; 3,257; 3,267; 3,271 del Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS), CIUPANEL, E-DEM y TRI-POL. Elaboración propia en colaboración con Josep Comellas (RECSM).

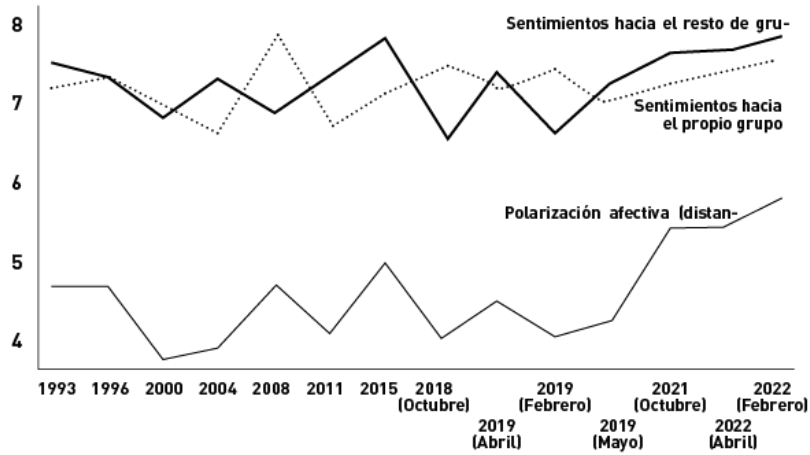
¿Pero qué pasa con la evolución de la polarización afectiva? El gráfico 2.3 muestra la serie más completa hasta ahora conocida del índice total de polarización afectiva en España entre 1993 y 2021.

Para ello se han aplicado las fórmulas discutidas en el anexo del capítulo a los datos de CNEP, CSES, CIS (cuando así ha sido posible) y a las tres encuestas de panel mencionadas, CIUPANEL, E-DEM y TRI-POL. Este gráfico muestra el índice de polarización construido a partir de los sentimientos hacia el líder con sentimientos más positivos (polarización intragrupo), y el calculado a partir de aquellos de hostilidad hacia el resto de líderes (polarización intergrupo). Por último, este gráfico muestra el índice de polarización total (WAPD y siempre por sentimientos hacia líderes, dado que hacia los votantes la serie es mucho más incompleta).

Dicha representación gráfica de los distintos índices de polarización afectiva nos invita a reflexionar sobre algunos aspectos importantes. Primero, que la polarización afectiva en general se ha caracterizado en España por una cierta oscilación en el tiempo que responde principalmente al contexto electoral de cada momento, si bien ha mostrado una pauta general de crecimiento. Segundo, que los periodos de menor polarización se han iniciado con las mayorías absolutas del PP en 2000 y 2011, en las que el PSOE se encontraba en la oposición. Sin embargo, ha tendido a incrementarse cuando el PP estaba en la oposición, y especialmente desde la llegada de Pedro Sánchez a la presidencia del Gobierno. Tercero, que la polarización afectiva se instala en el sistema español desde 2008, durante el periodo en el que se inicia lo que Bonnie Field ha denominado como "la segunda transición"[70]. Este proceso se interrumpe con las elecciones de 2011, en las que el PP obtuvo una gran mayoría, como consecuencia de la crisis económica y financiera en España. Pero desde entonces se aprecia que, con la excepción de estas especiales elecciones de 2011, la polarización ya estaba instalada en nuestro sistema, volviendo a alcanzar unos niveles elevados en las elecciones de 2015[71], posiblemente propiciado por la irrupción de Podemos. Finalmente, tras su pequeño descenso en el comienzo de 2019, esta empieza a crecer de nuevo a partir de julio de ese mismo año, aumentando considerablemente desde entonces. Este último periodo, como se sabe, coincide con la irrupción de Vox y la posterior llegada de la pandemia.

Gráfico 2.3

Polarización afectiva (sentimientos líderes) general, intragrupo e intergrupo (1993-2022)



Fuente: CNEP (1993, 2004, 2011, 2015); CSES (1996, 2000, 2008); E-DEM (2019) y TRI-POL (2021 y 2022). Elaboración propia en colaboración con Josep Comellas (RECSM).

Además, en este mismo gráfico puede apreciarse la evolución de los dos componentes de la polarización afectiva de forma desagregada (intragrupo e intergrupo). En las tres primeras elecciones de la serie, ninguno de estos dos tipos de polarización domina con claridad. Sin embargo, puede verse que a partir del 2004 existe una tendencia creciente al aumento de los sentimientos positivos hacia el líder propio que se consolida en las últimas etapas. Esto significa que la polarización afectiva actual en España parece tener un poco más que ver con el "amor" al líder del partido propio, que con el "odio" hacia el resto de los líderes, lo contrario a lo que se ha venido observando en la polarización norteamericana, fundamentada principalmente en la hostilidad hacia el contrario[72]. Los únicos momentos en los que se produjo un incremento

importante de los sentimientos negativos hacia los otros grupos fue en 2008, octubre de 2018 y abril de 2019, que, de acuerdo con nuestros datos, son los únicos momentos en donde este tipo de polarización negativa hacia los otros grupos supera a la polarización generada como consecuencia del aumento de los sentimientos de afinidad hacia el grupo propio. En cualquier caso, la polarización generada respecto de los "odios" en torno a los otros grupos es siempre alta y destacada en todos los periodos estudiados.

Ahora bien, para entender mejor la naturaleza en el crecimiento de la polarización afectiva y su relación con la ideológica y el extremismo, voy a remitirme a un análisis más pormenorizado utilizando los datos de las encuestas de panel, ya mencionadas en la introducción. La tabla 2.1 muestra la media de todos estos indicadores para los periodos 2014-2015, 2018-2019 y 2021-2022 por partidos. En esta tabla queda claro que los tres periodos de crecimiento de la polarización afectiva han venido de la mano de la generada por los sentimientos de las y los partidarios de los dos partidos "desafiantes" del sistema a nivel nacional, que principalmente han sido Podemos/Unidas Podemos (UP) y Vox. Entre los partidos desafiantes destaca la polarización generada en torno a Democracia i Llibertat/Junts per Catalunya (JxC), todas refundaciones de la antigua Convergencia Democratica de Catalunya, que adoptó una estrategia retadora y extrema a partir de 2010. También hay que destacar Esquerra Republicana de Catalunya (ERC) que, aunque no es un partido nuevo ni refundado, sí que se constituyó en este sentido en un partido "desafiante" a nivel autonómico, e incluso estatal, con una estrategia muy parecida a la JxC, y que propició un reto generalizado al sistema de partidos obteniendo unos importantes réditos electorales, ya que pasó de obtener un 8,8% en la autonómicas de 1999 y un 5,7% en las generales de 2000, a más de un 20% de los votos (22,7) en las generales de 2019 y un 21,5% en las autonómicas de 2019. Los datos del periodo 2021-2022 vuelven a reafirmar de nuevo el papel de los partidos desafiantes en la polarización, al que se une Bildu (si bien no tengo los datos de este partido en periodos anteriores). En este último periodo, Unidas Podemos (UP), aunque sigue contribuyendo a la polarización, no adquiere un protagonismo tan marcado, probablemente debido a su moderación en el discurso al formar parte del gobierno de coalición desde los inicios de 2020.

A la vista de los datos de esta misma tabla, hay que añadir que, en todos los casos, y confirmando lo observado en otros estudios comparados[73], la polarización que generan los sentimientos hacia los líderes es siempre superior a la que generan los sentimientos hacia sus partidarios. Asimismo, y como ya hemos visto en el gráfico anterior, salvo contadísimas excepciones, la polarización aumenta un poco más debido al incremento de los sentimientos positivos hacia el propio grupo, si bien la hostilidad hacia los otros grupos son también elevados. Por último, parece claro que no existe una relación obvia entre la polarización afectiva y el grado de extremismo ideológico por partidos, aunque sí parece haberla, en algún grado, con la polarización ideológica.

Tabla 2.2

Polarización afectiva en España por partidos (2018-2022)

	Polariza							
Media 2014-2015 por partidos								
PP	4,72	--	7,17	--	7,20	--	2,96	3,07
PSOE	4,11	--	7,37	--	6,36	--	3,96	1,53
Ciudadanos	3,49	--	6,78	--	6,35	--	2,91	1,64
Podemos	5,08	--	8,14	--	6,49	--	3,13	2,03
PNV	4,36	--	7,59	--	6,40	--	2,89	1,45
Democracia i Llibertat*	5,38	--	7,92	--	7,11	--	3,01	1,61
Media 2018-2019 por partidos								
PP	3,50	4,58	7,12	6,72	5,84	7,28	3,09	2,70
PSOE	4,22	4,89	7,36	7,31	6,44	7,13	3,36	1,56
Ciudadanos	3,01	4,38	6,91	6,80	5,70	7,15	3,10	1,74
Unidas Podemos	4,91	5,39	7,48	7,61	6,90	7,21	3,13	2,12
Vox	5,06	6,04	8,28	8,14	6,19	7,27	3,09	3,40
ERC	5,09	6,91	6,89	9,22	7,77	7,07	3,04	2,37
JxC	4,55	6,95	6,2	9,33	8,01	7,12	2,90	2,19
PNV	3,37	4,91	6,31	7,82	6,62	6,65	2,88	1,64
Media 2021-2022 por partidos								
PP	4,67	5,27	7,76	7,28	6,39	7,44	3,54	3,05
PSOE	4,92	5,33	7,82	7,43	6,68	7,53	3,55	1,77
Ciudadanos	4,03	5,30	7,63	7,61	5,93	7,28	3,31	1,42

Unidas Podemos	5,28	5,42	8,13	7,74	6,53	7,08	3,16	2,49
Vox	5,66	6,93	8,52	8,68	6,51	7,78	3,54	3,53
ERC	5,75	6,45	8,41	8,76	6,83	7,13	2,98	2,05
JxC	6,28	6,91	8,44	8,98	7,42	7,43	2,74	1,86
PNV	5,19	5,17	8,04	7,45	6,66	7,02	3,16	2,05
Bildu	5,94	5,60	8,69	7,85	6,85	7,27	2,77	2,68

*Coalición generada para las elecciones nacionales de 2015 e integrada por

El cambio individual en la polarización

Hasta este momento, solamente se han presentado y discutido las tendencias agregadas (medias) respecto de la polarización en el tiempo y por partidarios de los distintos partidos. Sin embargo, contar con datos de encuestas de panel (CIUPANEL, E-DEM y TRI-POL) con la misma medida de polarización repetida en el tiempo permite observar la evolución temporal en cada individuo. En concreto, voy a fijarme en el cambio individual medio en niveles de polarización política durante los mismos tres periodos recientes, 2014-2015, 2018-2019 y 2021-2022, caracterizados, como ya se ha dicho, por un crecimiento medio de la polarización afectiva agregada.

Las dos primeras filas de la tabla 2.2 recogen la media de cada periodo de los cambios individuales de cada índice de polarización para cada uno de los periodos señalados. Como puede observarse, el cambio medio de la polarización en el primero (2014 y 2015) fue notorio y el más importante de los tres, si bien varió mucho entre las olas. Ahora bien, mientras que la afinidad intragrupo aumentó en una medida destacable, la que lo hizo principalmente fue la referida a los sentimientos de hostilidad hacia los otros grupos (polarización intergrupos partidistas)[74], mostrando que este sí fue un periodo en donde la polarización se alimentaba de los sentimientos crecientemente negativos hacia "los otros", resultado, como discutiré, de la irrupción de Podemos en el sistema de partidos.

En el periodo 2018-2019, los cambios individuales medios en los niveles individuales de polarización fueron algo más reducidos, aunque nada despreciables si se tiene en cuenta el ya alto nivel de polarización existente. Ahora bien, este crecimiento, y contrariamente a lo observado para el periodo 2014-15, se debió principalmente a la polarización afectiva intragrupo, es decir, al reforzamiento de afinidad hacia el grupo propio, mientras decreció

en la intergrupo (o los sentimientos de hostilidad para otros grupos). En cualquier caso, se está hablando de oscilaciones pequeñas que reflejan, una vez más, que la polarización se instala entre los españoles con anterioridad a estos periodos y a la propia irrupción de Vox. Tal vez fue esa polarización, como voy a discutir más adelante en otro capítulo, la que facilitó su llegada. Esto quiere decir que la polarización es el caldo de cultivo del que se alimenta el voto y crecimiento de estos partidos "desafiantes", sean del signo ideológico que sean, cuya irrupción posterior propicia un aumento mayor de la polarización.

Ahora bien, poder observar la evolución del cambio individual por olas y partidos dentro de cada periodo permite matizar mucho más algunos de estos detalles. Por ejemplo, la polarización del primer periodo 2014-2015 se debió, como ya se ha dicho, a la llegada de Podemos a la esfera electoral, en donde todavía no estaba presente otro partido "desafiante", excepto los nacionalistas. Esto generó, además de un sentimiento más positivo entre sus partidarios, un rechazo entre las y los partidarios de los otros partidos (véase polarización intergrupo entre los votantes del PP, Ciudadanos y PSOE).

Tabla 2.3

Cambio individual medio en la polarización afectiva en España (2015-2022)

	Polarización [illegible]	[illegible]	[illegible]	[illegible]	[illegible]	[illegible]	[illegible]	[illegible]
Cambio medio total (2014-2015)	0,629	--	0,140	--	−0,027	--	0,072	0,007
Cambio medio total (2018-2019)	0,104	0,067	0,182	0,177	−0,053	−0,133	0,057	0,073
Cambio medio total (2008-2019)	0,026	0,021	−0,006	−0,013	0,033	0,076	0,062	0,049
Entre las 4 olas 2018-2019								
Octubre 2018-febrero 2019	0,013	0,040	−0,065	0,059	0,109	−0,023	0,067	0,026
Febrero 2019-abril 2019	0,010	0,196	0,526	0,453	−0,347	−0,332	0,045	0,127
Abril 2019-mayo 2019	−0,012	−0,038	−0,052	0,029	0,053	−0,061	n.i.	n.i.
Entre las 3 olas 2021-2022								
Octubre 2021-febrero 2022	0,026	0,375	0,205	0,175	0,412	0,229	0,023	0,118
Febrero 2022-abril 2022	−0,027	−0,136	−0,235	−0,214	−0,379	−0,086	0,102	−0,025

Fuentes: Bases de datos CIUPANEL (2014-2015, olas 3 y 5), E-DEM (2018-2

También puede advertirse que el cambio mayor en el periodo 2018-2019 se dio entre febrero y abril de 2019, que coincidió con el mayor crecimiento de Vox y que culminó con su irrupción en las elecciones generales. Desde entonces hasta mayo de ese año la polarización se mantuvo estable e incluso resultó algo negativa.

Finalmente, para el periodo bajo estudio se da un enorme crecimiento de la polarización entre octubre de 2021 y febrero de 2022. En cambio, entre esa última fecha y abril de 2022 se produce un significativo descenso de esta al coincidir con la crisis interna del PP, la renuncia de Pablo Casado y el desplome de la intención de voto hacia ese partido. No hay que olvidar que la crisis interna del partido conservador hizo que se situase casi cinco puntos por debajo del PSOE y que el voltaje de la crispación entre ambos partidos bajó con la irrupción de su ya nuevo candidato a liderarlo, Alberto Núñez Feijóo, que adquirió un tono más moderado, o al menos así se percibía en el momento de su llegada a la esfera nacional.

La importancia de los partidos "desafiantes" en el crecimiento de la polarización afectiva se observa mejor con los datos de la tabla 2.3 que recogen estos mismos cambios individuales en la polarización por simpatizantes de los distintos partidos nacionales. Lo más destacable de lo que estos datos evidencian es que el crecimiento en 2014-2015 se debió a la llegada de dos partidos "desafiantes", Podemos y Democracia i Llibertad (manifestado en un aumento de la polarización intergrupo entre sus partidarios e incluso de los sentimientos hacia su propio grupo, especialmente en el caso del partido nacionalista). Algo parecido ocurre en el periodo que se inicia en octubre de 2018 con la irrupción de Vox, un periodo caracterizado por el enorme crecimiento de los sentimientos de afinidad entre las y los partidarios de Vox (polarización intragrupo), lo que propició las reacciones de hostilidad entre los de los otros partidos, como, por ejemplo, entre los del PSOE. Finalmente, en el periodo 2021-2022, se produjo un incremento importante de la polarización en el transcurso de octubre de 2021 a febrero de 2022, principalmente entre las y los partidarios de Vox.

Tabla 2.4

Cambio individual medio en la polarización afectiva en España por partidos (2018-2022)

	Polarización afectiva							
Cambio medio total (2014-2015) por partidos								
PP	0,799	--	1,334	--	–0,711	--	0,044	0,039
PSOE	0,424	--	0,668	--	–0,295	--	0,036	0,074
Ciudadanos	0,952	--	1,378	--	–0,590	--	0,084	0,036
Podemos	0,587	--	0,283	--	0,307	--	0,054	0,035
PNV	–0,105	--	–0,217	--	0,124	--	–0,293	0,035
Democràcia i Llibertat*	0,921	--	0,087	--	0,748	--	0,122	–0,175
Cambio medio total (2018-2019) por partidos								
PP	–0,111	–0,158	–0,104	0,033	0,017	–0,119	0,133	0,060
PSOE	0,267	0,181	0,167	0,227	0,059	–0,069	0,084	0,039
Ciudadanos	0,055	–0,079	–0,040	0,081	–0,035	–0,168	0,087	0,054
Unidas Podemos	0,023	–0,021	0,130	0,107	–0,164	–0,133	0,003	0,057
Vox	0,559	0,456	0,715	0,672	–0,140	–0,251	0,156	0,371
ERC	–0,026	–0,112	0,223	0,044	–0,281	–0,232	0,149	0,063
JxC	0,061	0,182	–0,106	0,031	0,287	–0,257	0,032	0,316
PNV	0,323	–0,045	0,423	0,141	–0,068	–0,241	0,078	0,175
Cambio medio total (2021-2022) por partidos								
PP	0,016	–0,207	–0,035	–0,268	0,084	0,141	0,081	0,132
PSOE	0,092	0,118	–0,065	0,042	0,180	0,089	0,031	0,051
Ciudadanos	0,086	0,368	0,031	0,255	–0,164	0,175	–0,088	–0,061
Unidas Podemos	0,053	0,026	–0,011	–0,055	–0,060	0,043	0,070	0,035
Vox	0,277	0,447	0,178	0,239	0,090	0,353	0,101	0,115
ERC	–0,421	–0,181	–0,350	–0,137	–0,122	–0,041	0,188	0,032
JxC	–0,230	–0,122	–0,108	–0,045	–0,153	–0,041	0,107	0,077
PNV	0,042	–0,246	–0,200	–0,200	0,328	–0,037	–0,093	0,053
Bildu	0,837	0,344	1,333	0,156	-0,512	0,177	0,203	0,052

*Coalición generada para las elecciones nacionales de 2015 e integrada por

Finalmente, si tratamos de observar el cambio entre las distintas olas del panel (solo visible para el periodo 2018-2019, ya que en 2014-15 únicamente se hicieron dos), puede apreciarse que el mayor crecimiento de la polarización se da entre febrero de 2019 y abril de ese mismo año, justamente el periodo en donde se consolida la aparición en escena de Vox en el panorama electoral español.

Parece correcta, por tanto, la afirmación de que la entrada de los partidos más radicales en el escenario electoral propicia un crecimiento de la polarización[75], pero estos datos también muestran que muchas veces esta se genera no solo entre aquellos que apoyan a los partidos más extremos, sino también entre aquellos votantes que reaccionan ante tal amenaza, como ha discutido recientemente Juan Rodríguez-Teruel respecto del efecto de la llegada de Vox[76].

Hay otro dato más que refuerza esta impresión. Las y los ciudadanos partidarios del PP son los únicos que disminuyen los niveles generales de polarización en el periodo desde la aparición de Vox, dado que son los más próximos en el espectro ideológico y, por tanto, los que se sienten menos amenazados por su irrupción. Al mismo tiempo, estas ciudadanas y ciudadanos son los segundos que más se extreman ideológicamente y los que más perciben que la oferta partidista se ha polarizado (polarización ideológica). Ello demuestra, como veremos en otro capítulo más adelante, que la polarización es un proceso complejo en donde la autoafirmación hacia el grupo propio y la reacción ante la amenaza de los otros se retroalimentan impulsando la polarización.

Conclusión

En este capítulo hemos observado que la polarización política en general ha aumentado especialmente en España durante los últimos años y que, sin embargo, esto no se ha correspondido, excepto para Vox, con un creciente extremismo ideológico de la ciudadanía. Centrados más en la polarización afectiva, parece que esta ha seguido una pauta de crecimiento que se inicia en 2008 y, pese a algunos altibajos, se ha mantenido en continuo crecimiento, especialmente desde 2018, fecha en la que irrumpe Vox, aunque también en la que se dan las dos crisis más importantes del último siglo, la crisis financiera de 2008 y la pandemia. Parece, entonces, que tanto a nivel individual como agregado se producen oscilaciones significativas de la polarización afectiva dentro de un tono general de crecimiento, especialmente en los últimos años, muy ligadas a la aparición e irrupción de nuevos partidos opositores que se transforman en "desafiantes/polarizantes". Sin embargo, las oscilaciones parecen responder, como ya se ha mostrado por otros autores[77], a momentos muy concretos que tienen que ver con la proximidad de procesos electorales y ciertos efectos de cambios de liderazgos y de discursos en determinados partidos.

Capítulo 3

Las megaidentidades partidistas

Como se ha explicado en el primer capítulo, la mayor parte del soporte teórico sobre la polarización afectiva está muy vinculada a la teoría de la identidad social. La identidad social se refiere a los conocimientos construidos socialmente por un individuo sobre su pertenencia a uno o varios grupos. De este modo, las personas ocupan muchos lugares diferentes entre distintos grupos sociales desarrollando distintas identidades con cada uno de ellos. Unas identidades pueden ser exclusivas, es decir, integradas por un reducido número, como estudiantes universitarios, desempleados, agricultores, políticos o profesores. Otras pueden ser más inclusivas, abarcando un gran número de personas, como europeos, españoles o catalanes. Algunas son mutuamente excluyentes, como hombre-mujer o empleado-desempleado; otras son anidadas, por ejemplo, español y europeo; y, finalmente, algunas son transversales, como mujer y estudiante.

La existencia de esas identidades no constituye en sí mismo un problema o conflicto irresoluble. El problema surge cuando pueden alinearse y reforzarse mutuamente en torno a identidades partidistas que generen grandes divisiones sociales anulando el efecto de la presencia de identidades sociales múltiples en cada uno de los individuos. Como ha señalado Leonie Huddy, la identificación más o menos fuerte con un grupo puede suponer una diferencia real, especialmente en contextos políticos[78], propiciando que la percepción y acción en la esfera política se asiente sobre los sentimientos que dichas identidades sociales generan entre el propio grupo y en aquellos percibidos como rivales.

Así, la explicación dominante para el aumento de los niveles de polarización afectiva es que el partidismo ya no indica simplemente las preferencias políticas respecto de un conjunto de temas y sus líderes, sino que se ha convertido en una importante megaidentidad social, resultado de organizar y aglutinar diferentes identidades sociales que se refuerzan mutuamente en una megaidentidad política. Esto, conocido en la literatura como la “clasificación social” (social sorting) de las identidades partidistas, propicia una

división social e incluso cultural muy profunda[79], algo que se ha observado no solo en Estados Unidos, sino también en una multiplicidad de sistemas políticos[80]. Además, esas megaidentidades partidistas no solo son resultado de los efectos de clasificación social, sino también de la "clasificación ideológica" (ideological sorting)[81] que suele acompañarlas. Su creciente presencia en el espacio público convierte, así, a los votantes tradicionales en meros "hooligans partidistas".

Este capítulo está dedicado a tratar de mostrar si en España se han generado esas megaidentidades partidistas que agrupan a su vez diversas identidades que le dan más fuerza e intensidad, lo que favorece una creciente distancia social y resulta, al mismo tiempo, en la confrontación entre los dos grandes grupos ideológicos, la izquierda y la derecha.

La naturaleza de las megaidentidades partidistas

En las páginas anteriores, he hablado de las identidades partidistas y de cómo estas pueden integrar otras sociales/políticas. Todas ellas son simples identificaciones individuales con un grupo. Sin embargo, la clasificación social que se atribuye a las megaidentidades partidistas implica una creciente homogeneidad social en torno a cada uno de los partidos y sus partidarios, de modo que las divisiones religiosas, culturales, nacionales e ideológicas tienden a acomodarse a lo largo de las líneas partidistas. De esta manera, más que las formas pasadas de partidismo que existían en otras democracias, la actual ola de identificación partidista parece estar fuertemente caracterizada por dinámicas de apego hacia los distintos grupos partidistas, resultado de una constante interacción entre los distintos grupos o identidades que lo integran y lo retroalimentan. Como se desprende de recientes trabajos en los Estados Unidos, estas polarizaciones no son el resultado de un conjunto de efectos aditivos coincidentes. Más bien, la polarización respecto de cada una de las identidades refuerza a la otra a través de una retroalimentación que genera esas megaidentidades en un proceso creciente y difícilmente reversible[82]. Esto se debe a que, a medida que las identidades partidistas, sociales e ideológicas de la ciudadanía se vayan superponiendo y ordenando, esta se irá volviendo más intolerante con sus oponentes partidistas y sus posicionamientos políticos.

La naturaleza de este creciente conflicto entre identidades partidistas no proviene simplemente de desacuerdos políticos más extremos e intensos sino de la simple fuerza que suponen la superposición de dos o más identidades sociales que se alinean. Cuando varios grupos se ordenan en torno a una identidad con un partido o con el grupo de sus partidarios, el sentimiento de pérdida o ganancia aumenta. Por un lado, la humillación de la pérdida se amplifica. Por otro, la victoria, se vuelve más importante que los resultados políticos. Incluso cuando ambos bandos mantienen las

mismas posiciones políticas, la prioridad suele ser asegurarse de que no ganen los "contrarios del otro grupo"[83]. En definitiva, los votantes se convierten en "hooligans partidistas".

A este proceso en la configuración de esas megaidentidades hay que añadir el efecto de las identidades ideológicas o clasificación ideológica (ideological sorting). El punto clave de esta parte del argumento sobre las megaidentidades depende de la necesaria distinción entre la identidad ideológica, por un lado, y el conjunto de posiciones políticas y valores, que suele denominarse ideología, por el otro. Por ello, cuando se habla de la clasificación ideológica en esta literatura, en realidad se hace en referencia a la identidad ideológica o a la intensidad con la que los individuos se identifican con los grupos que se etiquetan como "izquierda", "derecha" o, incluso, "centro".

Aunque los estudiosos se han centrado durante mucho tiempo en analizar su contenido político sustantivo, estas etiquetas ideológicas también sirven en gran medida como identificadores simbólicos de grupos políticos. Como tales, estas etiquetas tienen un decidido impacto en la categorización que realiza la ciudadanía y que constituye un proceso cognitivo básico en el que la gente organiza la realidad clasificando los objetos en grupos en función de algunas características relevantes[84]. En este sentido, como se ha demostrado principalmente en el contexto europeo, cuando los términos izquierda y derecha reflejan fuertemente los apegos simbólicos de grupo, la ciudadanía tiende a acentuar las posiciones ideológicas[85].

Durante más de una década, esta distinción de la ideología y su relación con la polarización afectiva ha sido objeto de debate entre dos grupos de académicos. En un lado, están, entre otros, Morris Fiorina et al.[86], que afirman que el conflicto que ha dado lugar a la polarización afectiva está basado en el posicionamiento sobre temas o políticas públicas. En el otro, están autores como Alan Abramowitz et al.[87], que defienden que es más el resultado de la creciente clasificación social e ideológica generada por el crecimiento de ciertas megaidentidades partidistas. En las páginas siguientes trataré de mostrar, en línea con este segundo argumento, que las y los partidarios de los distintos partidos se han ido agrupando en dos bloques ideológicos separados, cada vez más

parciales, intolerantes, enfadados y políticamente activos, que han generado megaidentidades que van mucho más allá de lo que pueden explicar sus desacuerdos políticos respecto de su posicionamiento acerca de determinados temas políticos o sociales.

Las megaidentidades en España

En este apartado voy a mostrar el conjunto de las distintas identidades sociales/políticas que forman parte de las megaidentidades partidistas en España que propician la polarización afectiva. Para comenzar, he creado dos variables que miden la intensidad de dichas identidades partidistas a partir de los sentimientos que se generan entre los distintos grupos de partidarios. La primera es la diferencia en los sentimientos generados entre el primer y segundo partido más positivamente valorado por cada entrevistado. La segunda es esa misma diferencia, pero entre el primero y el menos valorado. Lo que se trata de mostrar con estas variables es que, cuanto mayor sea la diferencia, mayor es la fuerza de esa megaidentidad partidista y más notorias sus consecuencias.

Como puede apreciarse en la tabla 3.1, y como era de esperar en un sistema multipartidista[88], la diferencia entre el primero y el segundo en los sentimientos hacia los respetivos partidarios es en general muy escasa. Eso se debe a que la diferencia en los sentimientos que se generan entre votantes de identidades partidistas próximas desde el punto de visto ideológico o social tiende a ser pequeña en un sistema multipartidista. Ahora bien, como muestran estos mismos datos, las diferencias respecto de los sentimientos que se producen entre las y los partidarios que despiertan los sentimientos más encontrados tienden a ser realmente notables. En este sentido, los votantes de los partidos nacionalistas del País Vasco y Cataluña muestran las distancias más marcadas respecto de los partidos más alejados. A nivel nacional, solamente los votantes de Vox se aproximan a esas diferencias en los sentimientos respecto a los "otros", estando muy próximos los votantes de Unidas Podemos. En definitiva, las y los ciudadanos que muestran los sentimientos más encontrados hacia el resto de los simpatizantes son los nacionalistas catalanes. Pero, a nivel estatal, son Vox y Unidas Podemos, y, por tanto, parecen ser los principales causantes de la polarización

afectiva y de su crecimiento y posterior estabilización en España, algo que ya hemos discutido en el anterior capítulo.

Pero esta misma tabla 3.1 muestra algo interesante respecto de la evolución de los sentimientos generados por dichas megaidentidades. Parece que el contraste de los sentimientos entre los distintos partidarios ha aumentado de manera notable para todos los partidos de la derecha, tanto en las distancias respecto de los más próximos como de aquellos que despiertan una mayor aversión. En los dos partidos mayoritarios de izquierda, en cambio, hay fundamentalmente gran estabilidad al menos para esos periodos estudiados. En cuanto a la interpretación de los datos que se refieren a las y los partidarios de los partidos nacionalistas del País Vasco y Cataluña, hay que ser más cauto, ya que estos representan los sentimientos hacia los partidos, y no tanto a sus votantes o partidarios, lo que, como se ha discutido en el capítulo 1, generalmente muestra sentimientos más encontrados y mayor polarización[89]. Por tanto, solo en el transcurso de estos últimos años (desafortunadamente no disponemos de medidas semejantes para años anteriores), en España se produjo un incremento notable en las distancias que generan los sentimientos para el grupo propio de votantes (intragrupo) y el de los otros (intergrupo), revelando un aumento de la fuerza de las megaidentidades partidistas que son las responsables de la creciente polarización afectiva.

Tabla 3.1

Distancias en los sentimientos hacia los simpatizantes de los otros partidos por partidos, 2019 y 2021

Partidos*	Diferencias sentimientos entre propios y el más negativo segun			
2019	2021	2019	2021	
Junts per Catalunya	8,51	8,07	1,36	1,33
Esquerra Republicana de Catalunya	8,52	8,13	1,44	1,63
Partido Nacionalista Vasco	6,13	8,00	2,05	1,82
Bildu	Sin datos	7,71	Sin datos	1,41
Vox	6,53	7,65	1,79	1,94
Unidas Podemos	7,30	7,20	2,21	1,09

Ciudadanos	4,65	6,52	1,17	1,66
Partido Popular	5,61	6,49	1,08	1,13
Partido Socialista Obrero Español	6,35	6,35	1,57	1,65

* Partidos organizados de mayores a menores diferencias respecto de la pri

Megaidentidades e identidades sociales partidistas

Como se ha dicho en el primer capítulo, la mayor parte de la producción teórica sobre la polarización afectiva se basa en la teoría de la identidad social y en las consecuencias que tienen sobre los sentimientos que generan entre el propio grupo y respecto de aquellos percibidos como rivales[90]. Dicha teoría se fundamenta en tres componentes: el cognitivo (autocategorización, o conciencia de la propia pertenencia a un grupo social), el evaluativo (autoestima del grupo, o una connotación de valor atribuida a esta pertenencia al grupo) y el emocional (compromiso afectivo, o un sentimiento de implicación emocional con el grupo)[91]. En este sentido, la identificación basada en el partido o en el líder produce, pues, dos tipos de identidad: la "identidad personal partidista" (partidismo) y la "identidad social partidista" (autocategorización con su grupo de seguidores). En definitiva, la identificación social con un grupo de votantes de un partido constituye un elemento esencial en el "yo social" de cada individuo, que adquiere una significación muy fuerte en momentos de disputa política importante, como, por ejemplo, durante un periodo electoral[92].

En este sentido, existen dos tipos de partidismo, como esbozan y demuestran Lionie Huddy et al. en el trabajo seminal sobre partidismo tanto en los Estados Unidos[93] como en varios países de Europa[94]. Estos estudiosos distinguen entre el partidismo expresivo (resultante de las emociones asociadas a la identificación con un grupo que expresa un apoyo abierto a un partido) y el partidismo instrumental individual (como resultado de cálculos y evaluaciones instrumentales/racionales que los individuos hacen respecto de las propuestas y evaluación de la gestión de cada partido). Así, aunque ambos tipos de identidades están indiscutiblemente vinculadas, ambas responden a causas diferentes e influyen en el comportamiento de los individuos de manera distinta.

Para comprobar la importancia de estas identidades sociales de grupo en la composición de las megaidentidades partidistas de los españoles se ha incluido en el estudio TRI-POL una batería de

cuestiones para crear la denominada “escala de identificación con un grupo psicológico” (IDPG)[95] y que he utilizado para medir el grado de identificación con su respectivo grupo de votantes. Esta batería permite captar el sentido subjetivo de pertenencia al grupo, dando importancia a la autoadscripción afectiva al grupo y a las consecuencias afectivas del estatus de ese grupo partidista, todos ellos elementos cruciales de una identidad social[96]. Esta batería contiene el siguiente listado de afirmaciones con las que el entrevistado declara su grado de acuerdo:

Cuando hablo de este partido, normalmente utilizo “nosotros” en vez de “ellos”.

Me interesa lo que las demás personas piensan de este partido.

Cuando alguien critica a este partido, me siento personalmente ofendido.

Tengo mucho en común con otros votantes de este partido.

Me molesta si a este partido le va mal en las encuestas de opinión.

Cuando conozco a alguien que apoya a este partido, siento una conexión con esa persona.

Cuando hablo de este partido, me refiero a este como “mi partido”.

Cuando alguien elogia este partido, me siento bien.

Los resultados de un análisis factorial confirmatorio de esta batería de preguntas muestran la fuerte relación de todos estos indicadores, lo que constituye una medida latente de gran validez a la hora de medir la identificación social con el grupo de los votantes de un mismo partido[97]. A partir de estos resultados he generado una variable capaz de captar el grado de identificación individual con el grupo de votantes de cada partido[98].

Lo más importante a destacar respecto de esta identificación social

partidista es que muestra una destacable correlación de 0,44 con los sentimientos respecto de los votantes del grupo propio (polarización intragrupo). Además, muestra una correlación igualmente significativa con las variables que he discutido y que miden la distancia en los sentimientos hacia el primer partido y el último. En concreto, en el primer caso es de 0,42, mientras que es mucho más reducida (0,10) cuando se trata de la diferencia entre los sentimientos hacia el propio partido y el más próximo. Este dato muestra la importancia del componente de identidad social que subyace en las megaidentidades partidistas de los españoles y los sentimientos que generan sobre el resto de grupos y que constituyen el germen de la polarización afectiva.

Megaidentidades partidistas y distanciamiento social

Pero ¿qué efecto tienen dichas identidades en el distanciamiento social? En los estudios existentes sobre polarización afectiva, especialmente en los Estados Unidos, se ha optado en algunos casos por medir directamente la polarización afectiva mediante el uso de un indicador de aceptación de determinadas situaciones de interacción con miembros de otros grupos. En concreto, se ha medido el grado de rechazo que genera la posibilidad de que los hijos se casen con miembros de "otros" grupos partidistas[99]. Esta medida, aunque problemática para los sistemas multipartidistas, sigue siendo utilizada en muchos estudios de polarización[100]. Por tanto, y pese a esos problemas, esta pregunta no deja ser un buen indicador de la distancia social que genera el partidismo, entendido este como el rechazo a interactuar e incluso a aceptar el establecimiento de relaciones sociales y familiares con un miembro del grupo político adversario.

En la tercera ola (abril de 2022) de la encuesta del proyecto TRI-POL, he incluido esta medida para tres situaciones: matrimonio, compañeros de trabajo y amigos. La primera hace referencia al matrimonio con alguien del grupo partidista más distanciado de

cada entrevistado o entrevistada; la segunda, a tener amistad con alguien de ese grupo, y la tercera, a tener que trabajar con alguien de ese mismo grupo. Esto me ha permitido crear una escala de distancia social para cada entrevistado. La tabla 3.2 reproduce la relación entre esta medida y las medidas utilizadas hasta ahora con los sentimientos hacia, primero, los grupos de partidistas del que se tienen sentimientos más negativos (columna 1) y, segundo, hacia aquellos grupos sobre los que albergamos sentimientos más positivos después del propio. Estos datos muestran claramente la relación que existe entre los sentimientos que se dan hacia los distintos grupos de partidistas, consecuencia de las megaidentidades partidistas y la distancia social. Como puede observarse en la primera columna de esta tabla, las correlaciones entre la distancia social y la medida de intensidad de la identidad social son muy fuertes, con una correlación de 0,35 para toda la muestra. En cambio, como muestra la segunda columna, dicha relación no existe con la diferencia de sentimientos que generan los simpatizantes del partido propio y el segundo más próximo (correlación de 0,08).

Esta relación, sin embargo, no es igual para los simpatizantes de todos los partidos. Como puede apreciarse en esta misma tabla 3.2, los que albergan sentimientos más positivos a Junts per Catalunya (JxC) (0,45), Vox (0,42) y Unidas Podemos (UP) (0,41) son los que expresan un distanciamiento social más elevado, mostrando, una vez más, que son los mayores causantes de la polarización afectiva y el distanciamiento social que se genera en torno a ella. En una situación más intermedia se encuentran las y los partidarios del Partido Popular (PP), Partido Socialista Obrero Español (PSOE) y Ciudadanos (Cs), con correlaciones semejantes, en torno al 0,30; y a poca distancia, los de Esquerra Republicana de Catalunya (ERC) (0,23).

Tabla 3.2

Distancias en los sentimientos hacia los simpatizantes de los otros partidos y distancia social por partidos, abril 2022

Partidos*	Diferencias sentimientos	Diferencias propio y el más negat

Muestra entera	0,35	0,08
Junts per Catalunya	0,45	–0,13
Vox	0,42	0,04
Unidas Podemos	0,41	0,08
Partido Popular	0,30	0,03
Partido Socialista Obrero Español	0,30	0,08
Ciudadanos	0,28	–0,01
Esquerra Republicana de Catalunya	0,23	0,16
Bildu	0,19	–0,02
Partido Nacionalista Vasco	0,04	–0,09

* Partidos organizados de mayor a menor relación respecto de la primera co

El efecto de las identidades

en la polarización afectiva

¿Pero qué identidades sociales o políticas son responsables con su refuerzo de la intensidad de esas megaidentidades? Para responder a esta pregunta voy a mostrar los resultados de un modelo de regresión con un conjunto de variables que miden los sentimientos hacia distintos grupos sociales, teniendo como variables dependientes las que miden la intensidad de estas megaidentideades que he discutido anteriormente. La idea sería tratar de mostrar que, cuanto más fuerte es esa identidad, mayor es la influencia de la identidad con otros grupos, lo que explicaría la fuerza con la que están creciendo dichas megaidentidades.

Ahora bien, es muy importante tener en cuenta que, a diferencia de otros sistemas, España tiene un sistema de partidos multipartidista. Como se ha demostrado en un estudio reciente sobre este tema, realizado en sistemas multipartidistas[101], la ciudadanía tiende a acentuar su percepción de similitud con los partidos de su propio campo ideológico y, en cambio, a hacer lo contrario con las diferencias de los partidos del campo ideológico opuesto, algo que esperamos que ocurra también en España. Esto es claramente esperable para todas las identidades, pero mucho más si se utilizan las etiquetas ideológicas “izquierda” y “derecha” como identificadoras simbólicas de los grupos políticos. En este caso, es de esperar que las similitudes y diferencias ideológicas estén sesgadas hacia la uniformidad dentro del grupo ideológico y hacia la acentuación de las diferencias y hostilidades entre los grupos ideológicos diferentes.

Para comprobarlo, en un primer modelo, estimo el efecto de las tres grandes etiquetas ideológicas (izquierda, derecha y centro) en las diferencias en los sentimientos a los distintos grupos de votantes. En este caso, hay dos variables dependientes: la polarización (o

distanciamiento) entre los partidos más próximos de cada entrevistado, y la que se genera entre los partidos más distantes afectivamente. Para estimar el efecto de las identidades ideológicas en estas dos variables se cuenta con una pregunta en la que se pedía a cada entrevistado que dijese en qué medida se sentía identificado con una de estas identidades ideológicas (mucho, bastante, poco o nada)[102]. En este modelo, además, se han incluido algunas variables sociodemográficas para controlar su potencial efecto. Estas variables son el género y la edad del entrevistado/a, tamaño del municipio en donde reside, su grado de religiosidad y, por último, si trabaja como autónomo/a, es dueño/a de un pequeño negocio personal, si está desempleado/a o si está jubilado/a.

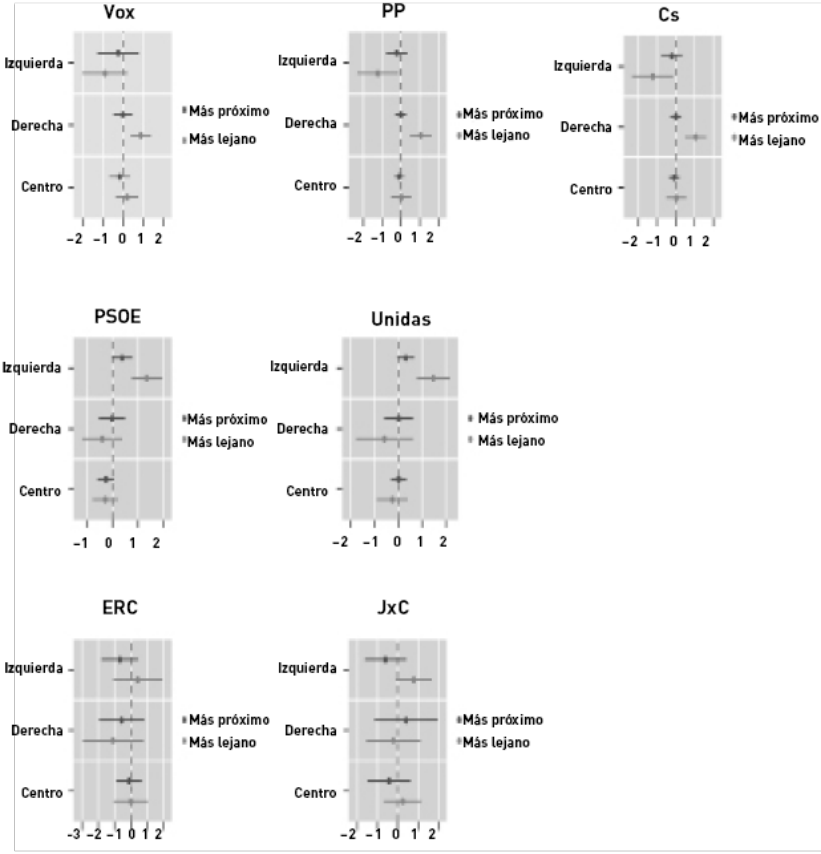
Los resultados de este análisis por cada uno de los y las partidarias de los distintos partidos se presentan en el gráfico 3.1. Los puntos aquí representan cuánto aumenta la intensidad de las megaidentidades. La barra horizontal a los lados de dichos puntos refleja la variabilidad de esa predicción con un intervalo de confianza del 95%. Si dicha barra cruza la línea negra discontinua vertical, significa que ese coeficiente no tiene significación en la población, es decir, su valor más probable en la población es cero. Cuando ocurre esto último puede decirse que no hay relación entre los sentimientos hacia esos distintos grupos ideológicos y las dos variables que miden la intensidad de las megaidentidades.

Este gráfico muestra algunos aspectos destacables. Para empezar, y como era de esperar, las identidades ideológicas no tienen efecto alguno cuando se trata de explicar la diferencia que despiertan los sentimientos hacia el partido propio y el segundo que despierta mejores sentimientos (véanse los puntos y líneas negras oscuras). Ahora bien, cuando queremos explicar las diferencias entre los sentimientos hacia el partido propio y el más alejado, la identificación con las distintas identidades ideológicas emerge con fuerza (observar los puntos y líneas grises).

Gráfico 3.1

Identidades ideológicas y distancias en los sentimientos

hacia distintos partidarios, 2021



Nota: Intervalos de confianza al 95%.

Fuente: Base de datos TRI-POL, ola 1.

Pero, pasando al análisis por cada uno de los y las partidarias de los distintos partidos, puede verse que, en términos sustantivos, "sentirse de derechas" entre las y los partidarios de Vox, PP y Cs refuerza el recelo hacia los otros votantes. Mientras que "sentirse de izquierdas" consigue lo propio con las y los partidarios del PSOE y del UP. Estas identidades no tienen efecto alguno, en cambio, entre

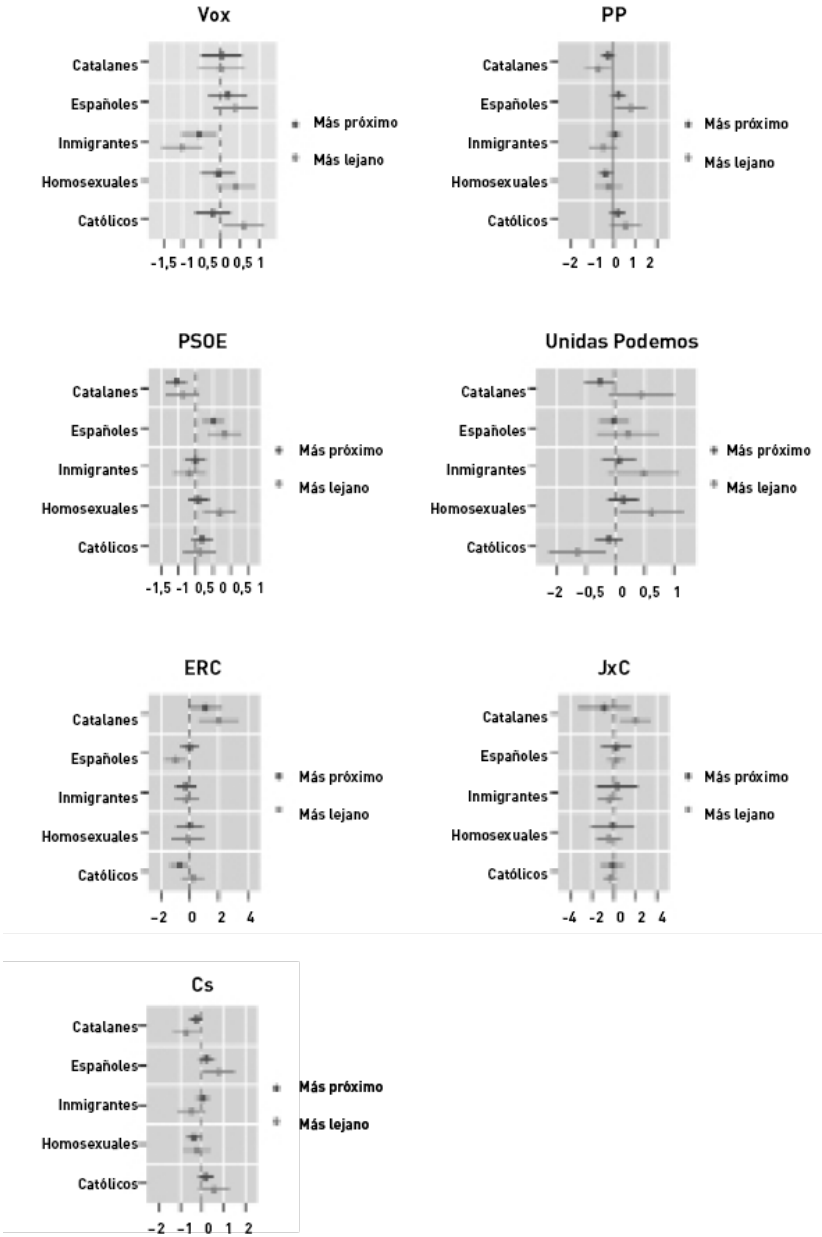
las y los partidarios de los dos partidos nacionalistas catalanes principales: ERC y JxC. Por tanto, a nivel nacional, se observa que la formación de las megaidentidades de partidarios de los distintos partidos de ámbito nacional ha ido acompañada de una "clasificación ideológica" en dos grandes grupos ideológicos simbólicos: la izquierda y la derecha. Esto explicaría el grado de confrontación en dos grandes bloques ideológicos que caracteriza a la opinión pública española y su retorno al conflicto de las "dos Españas tradicionales". Sin embargo, esto, curiosamente, no se observa con los identificados con los partidos nacionalistas catalanes, mostrando el limitado efecto que este conflicto ideológico tiene a la hora explicar la polarización que ha surgido en torno a estos dos partidos.

Pero ¿qué pasa con respecto al resto de posibles identidades? Para responder a esta pregunta he repetido los mismos modelos, pero reemplazando las identidades ideológicas por los sentimientos hacia cinco grupos sociales/políticos: catalanes, españoles, inmigrantes, homosexuales y católicos. Las variables dependientes son, de nuevo, las dos medidas para medir la intensidad de las megaidentidades. Como en el modelo anterior se han incluido las mismas variables sociodemográficas de control.

Como puede apreciarse en el gráfico 3.2, el efecto de las distintas identidades sociales a la hora de explicar las diferencias entre los sentimientos hacia el grupo propio de votantes y aquellos más próximos vuelven a tener poca significación, como ocurría con las ideológicas. Solo parece apreciarse que las y los partidarios de Vox tienden a diferenciarse por sus sentimientos negativos hacia los inmigrantes, y los del PP y Cs, hacia los homosexuales.

Gráfico 3.2

Identidades sociales y megaidentidades partidistas, 2021



Nota: Intervalos de confianza al 95%.

Fuente: Base de datos TRI-POL, ola 1.

Sin embargo, como puede observarse con las líneas y puntos grises de ese mismo gráfico 3.2, existe una fuerte relación entre los sentimientos hacia los distintos grupos sociales y el grado de intensidad de estas megaidentidades cuando se mide por las diferencias de sentimientos entre el partido propio y aquel que genera sentimientos más negativos. Las y los partidarios de Vox, es decir, aquellos que albergan los sentimientos más positivos hacia ese partido, se caracterizan por que su intensidad megapartidista es producto de los sentimientos negativos hacia los inmigrantes, algo que también ocurre con las y los partidarios del PP. Además, estos últimos se caracterizan también por mostrar sentimientos positivos hacia los españoles. Las diferencias en la intensidad de estas megaidentidades entre partidarias y partidarios de Cs y del PP se explican por sus sentimientos negativos hacia los catalanes. Entre las y los partidarios del PSOE, por sus sentimientos positivos hacia los españoles y hacia los homosexuales. Esto último también explica la intensidad de dichas identidades entre las y los partidarios de Podemos, junto con sus sentimientos negativos hacia los católicos. Finalmente, entre las y los partidarios de los dos partidos nacionalistas se debe fundamentalmente a sus sentimientos positivos hacia los catalanes.

Todos estos resultados muestran que las megaidentidades partidistas de los españoles adquieren una mayor fuerza al converger con otras identidades de distintos grupos sociales o políticos que caracterizan el debate público en el actual sistema político español. Esto claramente incluye también, y de manera muy importante, las identidades que surgen en torno al conflicto territorial, que, como recientes estudios han mostrado[103], aunque tienen un carácter transversal (ortogonal) y diferenciado respecto de los tradicionales conflictos ideológicos (derecha e izquierda), han contribuido de manera notable a incrementar los niveles generales de polarización afectiva.

Conclusión

En este capítulo se ha visto que en España las y los ciudadanos han ido construyendo unas megaidentidades partidistas en torno a las cuales se ha producido una clasificación o convergencia de varias identidades sociales e ideológicas. Primero, en torno a las identidades ideológicas "izquierda y derecha", lo que ha propiciado la generación de dos grandes grupos de partidarios enfrentados a consecuencia de este conflicto de naturaleza ideológico-simbólica. Segundo, alrededor de las identidades territoriales. Estas, de mayor fuerza entre los votantes de Vox y UP a nivel nacional y entre aquellos identificados con partidos nacionalistas, están adquiriendo una fuerza creciente que está favoreciendo un creciente distanciamiento social, observado en el rechazo que propicia en el ámbito social y que se materializa en el rechazo a interactuar e incluso a aceptar el establecimiento de relaciones sociales y familiares con el grupo político adversario. Todo ello está detrás del crecimiento de la polarización afectiva en España, lo que, como consecuencia y como veremos en el capítulo siguiente, anula la capacidad de juicio a la hora de que la ciudadanía realice una valoración informada de la situación en los diversos temas que forman la agenda del debate político y electoral.

Ahora bien, como se ha visto en este mismo capítulo, la presencia de megaidentidades no se da igual entre todos los y las partidarias de todos los partidos, ni tienen los mismos efectos a la hora de generar la distancia social. Por ejemplo, los que albergan sentimientos más positivos a JxC, Vox y Podemos son los que expresan un distanciamiento social más elevado, mostrando, una vez más, que son los mayores causantes de la polarización afectiva y el distanciamiento social que propician. Son, en definitiva, tres partidos "desafiantes" nuevos (o producto de la recreación de alguno ya existente) cuya estrategia dominante es o ha estado caracterizada por un discurso más agresivo y retador en contra del statu quo y las instituciones de representación.

Capítulo 4

De votantes a hooligans

Un aspecto final a considerar con las megaidentidades partidistas es analizar en qué medida estas limitan la elasticidad de las preferencias de la ciudadanía; es decir, anulan la capacidad de los votantes de pedir cuentas a los partidos durante los procesos electorales. En las democracias representativas se presupone que la ciudadanía elige a qué partido apoyar por medio de una estructura de opiniones coherente y sólidamente conformada que sirve de base para evaluar su quehacer en el gobierno o su valoración de las propuestas respecto de una serie de problemas sociales y políticos de los partidos que se presentan como alternativa de gobierno[104]. En el fondo, la ciudadanía quiere creer que sus valores políticos son sólidos y sus decisiones, partiendo de estos valores, están bien razonadas.

Sin embargo, lo más frecuente cuando están inmersos en un proceso de polarización afectiva es que sus opiniones y evaluaciones solo sean consecuencia de la defensa del grupo político con el que se identifican. De este modo, la gran mayoría de las y los ciudadanos modifican o mantienen su opinión y evaluación en función del partido al que apoyan, algo de lo que en muchos casos no son conscientes o prefieren no verbalizar. Esto adquiere una dimensión mucho mayor en contextos de creciente polarización afectiva. El megapartidismo enturbia la vía popular que va de los intereses a los resultados, enviando a veces a una persona en una dirección equivocada o más allá de lo que el interés propio y los valores que por sí solos dictasen sus opiniones y decisiones[105].

En este capítulo comprobaremos cómo las megaidentidades partidistas de los españoles les convierten en ciegos seguidores de los partidos a la hora de evaluar la situación sobre los grandes temas de debate que influyen en sus decisiones electorales, e incluso a la hora de informar la misma evaluación de la labor del gobierno. En la segunda parte de este mismo capítulo veremos cómo la intensidad de dichas megaidentidades partidistas constituye el factor fundamental que explica la probabilidad de que voten a ese partido por encima de otras consideraciones más relacionadas con

sus preferencias ideológicas o sobre sus posicionamientos y valoraciones respecto de la situación acerca de temas de debate público y que deberían ser importantes a la hora de definir sus preferencias políticas.

¿Cómo se pasa de votante a hooligan?

En las democracias más tradicionales, los intereses individuales y el partidismo siempre han rivalizado en la determinación del comportamiento político, pero en las democracias actuales, las identidades políticas son cada vez más dominantes. En una democracia basada en las identidades, las discusiones sobre política se refieren en parte a las cuestiones importantes del momento y, en parte, a qué bando va ganando. La acción política está impulsada no solo por las preocupaciones políticas, sino también, y de manera poderosa, por la necesidad de sentirse victorioso. Además, y debido a ello, los partidos y sus políticas son evaluados injustamente, con una mirada sesgada y distorsionada. Las y los ciudadanos se enfadan fácilmente por las derrotas políticas, pero más intensamente por las que sufren los partidos con los que se identifican.

Parte de la razón por la que las opiniones sobre políticas son tan vulnerables a las señales partidistas es que las y los partidarios tienden a involucrarse más en el "razonamiento motivado" cuando sus entornos sociales son más homogéneos[106]. A medida que la identificación con un partido aumenta, perdemos la perspectiva de lo que realmente creemos y se comienza a defender simplemente las posiciones que adopta nuestro partido. Es un mecanismo de autodefensa que se afianza cuando nuestros partidos asumen una parte cada vez mayor de quienes creemos que somos. Además, cuantas más partes de las identidades que nos conforman individualmente estén vinculadas con esos partidos y lo que representan socialmente, el éxito que adquieran en términos electorales y políticos será más importante que la evaluación que se haga de cualquiera de sus resultados políticos, sociales y económicos reales.

Además, "el razonamiento motivado partidista", como ponen de manifiesto Dennis Chong y James Druckman[107], y el mismo James

Druckman et al.[108], puede llevar a la adhesión dogmática a una opinión previa hasta el punto de la inflexibilidad y de la intolerancia extremas; es decir, la polarización y las megaidentidades sobre las que se sustentan aparecen como responsables últimos del razonamiento motivado. Es por ello que, en condiciones de polarización, las y los ciudadanos recurren a los prejuicios partidistas ignorando la información sustantiva o las argumentaciones informadas contrarias a los partidos de los que son partidarios, considerándolas como "exageradas", o incluso "falsas". Puede, por tanto, que la polarización en general facilite la creación de opiniones ideológicamente coherentes y que favorezca el uso de pistas partidistas, aumentando la probabilidad de "votar correctamente" (es decir, como lo harían personas muy bien informadas)[109]. Ahora bien, como estos mismos autores han mostrado[110], existe una clara evidencia de que en contextos de polarización afectiva la ciudadanía cambia la forma en que toma sus decisiones, pues da prevalencia a los mensajes valorativos emitidos por las propias élites, disminuye el impacto de la información más sustantiva y estimula la confianza en aquellos y aquellas con opiniones más fuertes pero menos sustantivamente mantenidas. En suma, la polarización afectiva convierte a los votantes en "hooligans partidistas".

El razonamiento motivado de los españoles

Para comprobar si este efecto se da entre las y los ciudadanos españoles más polarizados afectivamente, he realizado un análisis muy sencillo teniendo como variables dependientes las valoraciones individuales, primero, de la labor general de gobierno (en donde no se nombra ni el signo político de este ni el partido que lo forma), y luego, las valoraciones de la actual situación en temas como la economía, el desempleo, la educación, las pensiones, la sanidad, la inmigración e incluso la pandemia. Como variables de control, además de las sociodemográficas ya discutidas para los capítulos anteriores (religiosidad, ocupación, tamaño de ciudad de residencia, edad y género), se han incluido el posicionamiento en la escala izquierda y derecha y el extremismo ideológico.

La variable más importante para comprobar si la preferencia por el partido es el principal elemento a la hora de valorar la labor del gobierno y expresar una opinión sobre los grandes temas de debate es una variable que mide el grupo partidista por el que se expresan los sentimientos más positivos. De este modo, tendremos una variable que mide si el grupo de partidistas más valorado es del PP, Vox, PSOE, Ciudadanos (Cs), Unidas Podemos (UP), Partido Nacionalista Vasco (PNV), Esquerra Republicana de Catalunya (ERC) o Junts per Catalunya (JxC). Dado que se trata de una variable categórica, para meterla en el modelo se debe dejar un grupo de referencia, que, en este caso, son los votantes del PSOE, que es el principal partido del actual gobierno de coalición. Si alguna de estas categorías es estadísticamente significativa en el modelo debe entenderse que la megaidentidad con ese partido es un factor explicativo en la evaluación del gobierno y de las distintas situaciones respecto de cada uno de estos temas, pero siempre comparando su efecto con respecto a aquellos que tienen los sentimientos más favorables hacia el PSOE, que es la categoría de referencia. En cambio, si esa variable no tiene significación, es decir, que su intervalo de confianza (línea horizontal) cruza la línea

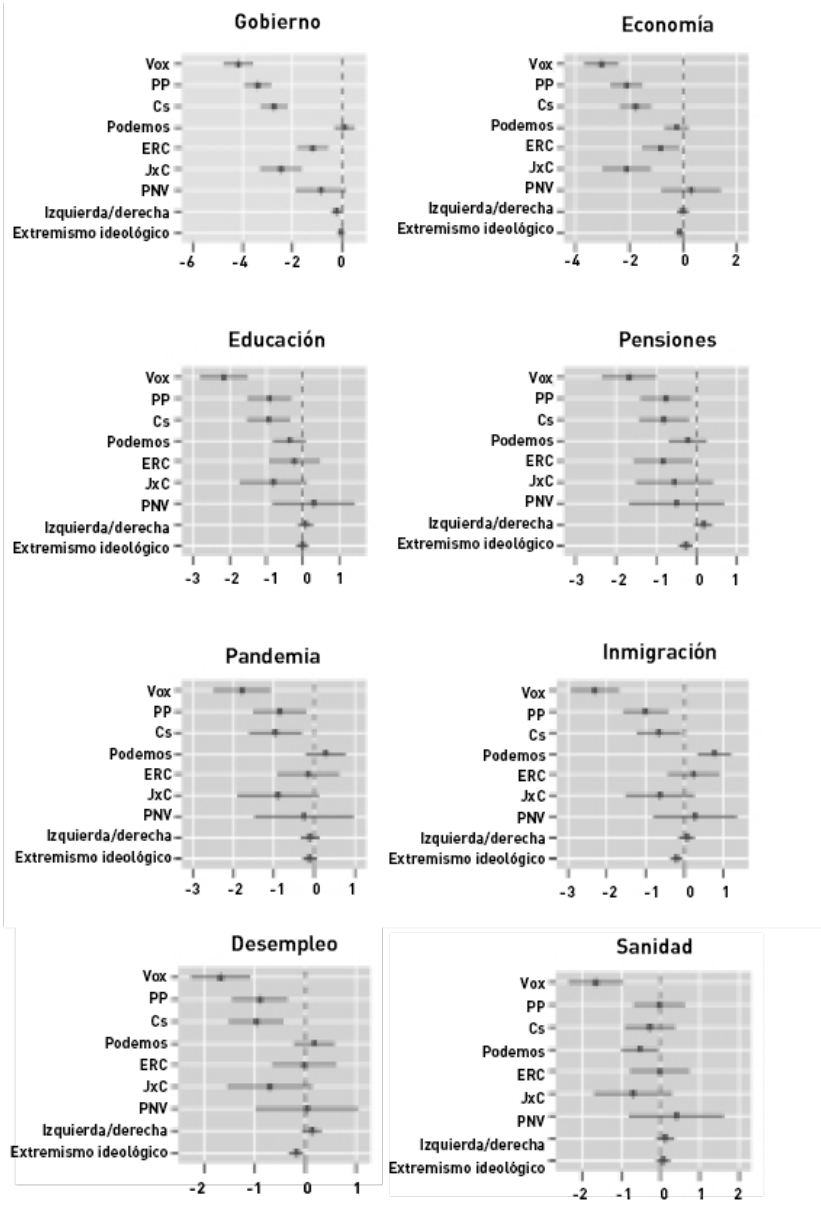
vertical negra discontinua en el gráfico, puede afirmarse que la identificación con las y los partidarios de esos partidos no es importante a la hora de explicar las evaluaciones y opiniones en cuanto a estos temas, al menos en comparación con los y las votantes del partido de referencia en el modelo, el PSOE.

Los resultados de estos modelos son presentados en el gráfico 4.1 en diversos paneles que corresponden a cada una de las variables dependientes (valoración del gobierno y de la situación con respecto a economía, desempleo, sanidad, educación, pensiones, inmigración y la pandemia). En este solo se han incluido los coeficientes o relaciones con las variables importantes para este argumento, omitiendo, por simplicidad, los efectos de las variables sociodemográficas u otras variables de control, dado que, además, todas estas resultan tener una relación no significativa.

La primera figura a la izquierda superior de dicho gráfico, que tiene como variable dependiente la valoración del gobierno, muestra los siguientes resultados reveladores. Primero, los que declaran sus sentimientos más positivos hacia las y los partidarios de Vox, PP y Cs tienden a mostrar una valoración muy negativa de la labor del gobierno. En cambio, los de Unidas Podemos no pueden distinguirse a la hora de valorar la tarea del gobierno de como lo hacen las y los del PSOE. Asimismo, los que muestran los sentimientos más positivos hacia los votantes de los partidos catalanes tienden a valorar negativamente al gobierno, aunque en mucha menor medida. De los nacionalistas, solo las y los partidarios del PNV parecen no ser distinguibles, en este aspecto, de los del partido socialista.

Gráfico 4.1

Megaidentidades partidistas y evaluaciones de la situación económica y social, 2021



Nota: Intervalos de confianza al 95%. La referencia en las variables de partidos son las y los partidarios del PSOE, lo que quiere decir que los coeficientes del resto de partidos se deben de entender con referencia al efecto de expresar los sentimientos más positivos hacia las y los partidarios de ese

partido.

Fuente: Base de datos TRI-POL, ola 1.

Además, esta primera figura del gráfico 4.1 muestra un segundo aspecto esencial a destacar: la ideología y el extremismo ideológico no tienen efecto visible alguno en la valoración de la labor del gobierno. En este sentido, esto significa que las preferencias individuales de contenido ideológico no parecen afectar tales valoraciones, como tampoco el extremismo que se genera en torno a ellas. Todo parece reducirse a las identidades sociales con los respectivos partidos.

En el resto de los paneles del gráfico 4.1, en donde se reproducen los resultados del mismo modelo para explicar la valoración individual acerca de la situación actual sobre determinados temas (economía desempleo, sanidad, educación, pensiones, inmigración y la pandemia), muestran exactamente el mismo patrón que acaba de verse con la valoración del gobierno. Se trate del tema que se trate, todas las valoraciones de la situación actual dependen de la identificación social con un partido correspondiente: para los identificados con Vox, PP y Cs es negativa; y para los de izquierda no tiene impacto.

Por tanto, las y los partidarios de los votantes de estos tres partidos conservadores se muestran igualmente críticos si se les compara con los del PSOE a la hora de expresar su opinión sobre la situación en cada uno de estos temas (a excepción de la valoración de la situación de la sanidad, en donde la valoración actual solo parece ocurrir entre las y los partidarios de Vox). Del mismo modo, aquellos que expresan los sentimientos más positivos hacia las y los partidarios de los partidos de izquierda apenas muestran diferencias con los del PSOE a la hora de expresar su opinión respecto de la situación actual. A este grupo se unen las y los partidarios de los partidos nacionalistas que apoyan a la actual coalición del gobierno, e incluso los de JxC, que, pese a valorar negativamente la labor del gobierno, parecen expresar opiniones respecto de la situación actual más próximas a los del PSOE (a excepción de la situación económica).

En suma, todas estas opiniones parecen ser más resultado del partidismo que de una valoración objetiva de la situación. Además, de nuevo, ni la ideología ni el extremismo parecen tener influencia alguna en dichas valoraciones. Estos resultados, por tanto, muestran de manera clara que las megaidentidades partidistas no solo son responsables de la creciente polarización, sino que convierten en ciegos a las y los partidarios de los distintos partidos a la hora de hacer una valoración de aspectos básicos de la situación actual en temas de gran trascendencia en los procesos de decisión electoral: valoración de la situación económica, sanidad, educación, inmigración, desempleo, pensiones e incluso la pandemia. En todos los casos son prácticamente un reflejo de lo que hacen cuando tratan de valorar la labor del gobierno, propiciando desde una visión partidista una cierta ceguera a la hora de evaluar la situación en distintos ámbitos de la situación económica y social y anulando un mínimo de capacidad de precisión y matización respecto del estado de dichas situaciones. En línea con lo que dicen sus líderes, la valoración que hacen las y los partidarios de Vox, PP y Cs de la situación en todos los ámbitos es negativa; mientras que ocurre lo contrario con aquellos que expresan la mayor simpatía con las y los partidarios de los partidos integrantes del gobierno, o con los partidos que lo apoyan en la Cámara de Diputados. En definitiva, los resultados muestran que esas megaidentidades y su fuerza arrolladora convierten a los votantes en “hooligans partidistas”.

El efecto de las megaidentidades en el voto

Ahora bien, ¿se traduce esa ceguera a la hora de evaluar la situación política, económica y social en una falta total de elasticidad del voto? Para probar la fuerza de las megaidentidades partidistas a la hora de apoyar o sancionar electoralmente a un partido, en detrimento de los mecanismos de control político que la ciudadanía debe realizar en toda elección, voy a comprobar su efecto en la probabilidad de votar por los principales partidos. En concreto, voy a utilizar una batería de preguntas en las que se interroga a las y los ciudadanos por la probabilidad, en una escala de 0 a 10, de votar por cada uno de los partidos del sistema, siendo el 0 "nada probable" y el 10 "muy probable". Esta batería, conocida como la "probabilidad total de voto" (PTV), es defendida por cierta literatura como aquella que captura en mejor medida la elección electoral individual en sistemas multipartidistas[111].

Para comprobar el efecto de las megaidentidades partidistas en la probabilidad de votar a los diferentes partidos voy a utilizar dos variables. La primera es una variable dicotómica con dos valores: el valor "1", que señala si las y los partidarios por los que el entrevistado muestra los sentimientos más positivos son los mismos por los que expresa su probabilidad de votar, y el valor "0", si no es ese partido. La segunda es el grado individual de polarización intergrupo (out-group) ya discutido. El efecto de estas dos variables en la probabilidad de votar por cada partido va a estimarse con un modelo de regresión que incluye, además de las dos anteriores, variables de control sociodemográficas, como género, edad, bienestar personal, religiosidad, tamaño de hábitat y educación. Además, se ha incluido, de nuevo, la escala izquierda/derecha y, también, las variables que miden la valoración de la situación económica, del desempleo, la educación, la sanidad, la inmigración, las pensiones e incluso la pandemia. Estas últimas variables deberían ser importantes entre los votantes "racionales" o "ideológicos" que deciden sus preferencias partidistas según la

evaluación que hacen de la situación de todos estos aspectos básicos de la sociedad y la economía del país.

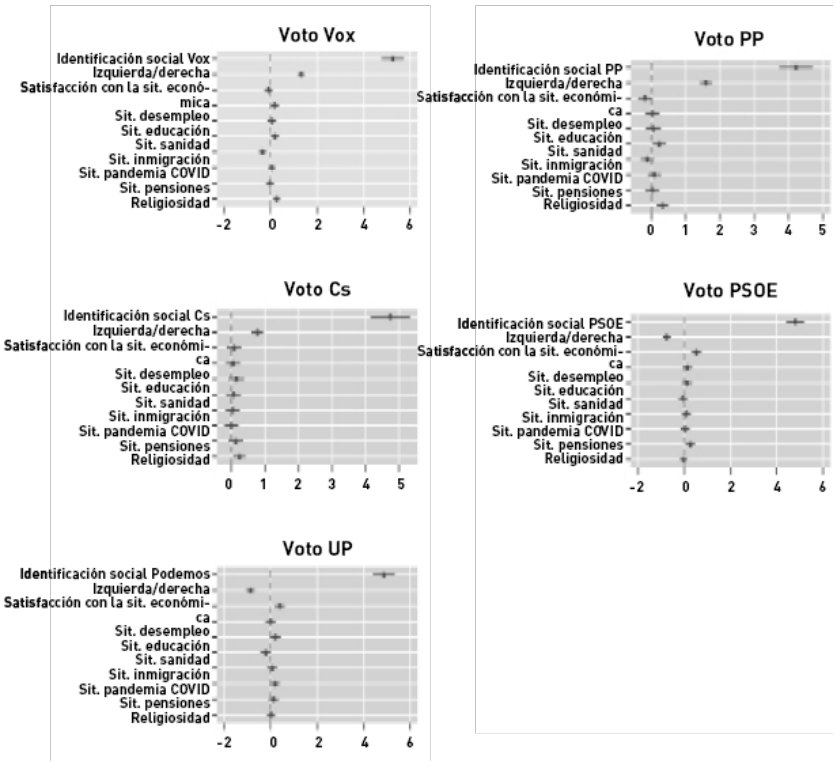
El gráfico 4.2 muestra los resultados del modelo que estima la probabilidad de votar a cada uno de los principales partidos nacionales. No se incluyen en este las variables de control que no son significativas en aras de una mayor simplicidad. Como puede verse, hay dos variables que son sistemáticamente significativas para explicar la probabilidad de votar a los cinco partidos de ámbito estatal. Entre ellas se encuentra, con una gran significación, el indicador de identidad partidista con el grupo de votantes de cada uno de los partidos. Esta es la variable más fuerte en todos los casos, y en muchos partidos muy por encima de la ideología. Por tanto, la identificación positiva con el grupo de votantes de un partido siempre genera un aumento considerable de la probabilidad de votar por el respectivo partido. La otra variable importante en la mayoría de los casos es la escala izquierda/derecha, que es positiva para los partidos de la derecha: Cs, PP y Vox (cuanto más de derechas, más aumenta la probabilidad de votarlos); y negativa para los partidos de izquierda, PSOE y UP. Pero como se ha dicho, aunque significativa, su efecto en la mayoría de los casos es bastante menor que la identificación con las y los partidarios de ese partido. Esto muestra que la identificación social con un partido contribuye a reafirmarse con el grupo propio cristalizando en una alta probabilidad de votarlo con independencia de la incidencia de otras variables como la ideología, la evaluación de la situación económica y de otros aspectos importantes de la situación política y social.

Otras variables que parecen tener alguna incidencia a la hora de expresar las preferencias partidistas es el grado de religiosidad del entrevistado, que muestra la importancia que este aspecto tiene todavía en el apoyo concedido a los partidos de derecha. Respecto de las valoraciones de las distintas situaciones sobre los grandes temas en el espacio público, existen muy pocas relaciones significativas, excepto la que existe entre inmigración y voto a Vox (negativa; es decir, a mejor valoración de la situación, menos probabilidad de votar por ese partido), y la económica con voto al PP (negativa) y PSOE (positiva). En cualquier caso son siempre coeficientes pequeños, lo que pone de manifiesto la escasa

incidencia de estas valoraciones en las decisiones electorales.

Gráfico 4.2

Polarización afectiva y voto estatales, 2021



Nota: Intervalos de confianza al 95%.

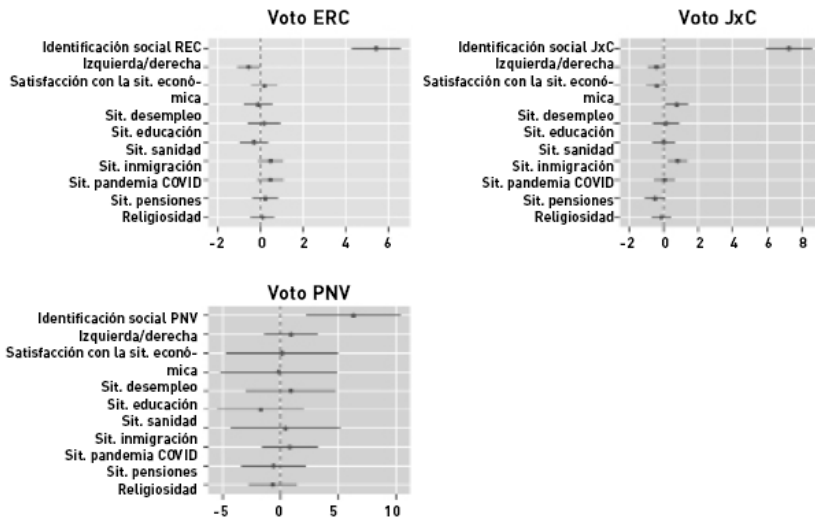
Fuente: Base de datos TRI-POL, ola 1.

En el gráfico 4.3 se muestran los resultados de los mismos modelos, pero con la probabilidad de votar a los tres partidos nacionalistas. Como puede observarse, el patrón es el mismo, excepto por la no significación de la escala izquierda/derecha, que crecientemente ha

venido perdiendo mucha incidencia a la hora de explicar la probabilidad de votar por estos partidos en favor del conflicto de identidades nacionales.

Gráfico 4.3

Polarización afectiva y voto a partidos nacionalistas, 2021



Nota: Intervalos de confianza al 95%.

Fuente: Base de datos TRI-POL, ola 1.

Conclusión

En este capítulo, y para concluir esta primera parte del libro, se ha visto que las megaidentidades partidistas, producto de la convergencia (clasificación social) de varias identidades, constituyen un instrumento poderoso que articula tanto las valoraciones de la ciudadanía acerca de la labor de gobierno y de las distintas situaciones sociales y económicas como la propia decisión de elegir a qué partido votar. Parece que identificarse con el grupo de votantes de un partido, y lo que todo ello representa, no solo propicia, como se ha visto, una creciente polarización afectiva, sino que además nubla la capacidad de rendición de cuentas y control político que en teoría debería regir las decisiones electorales de la ciudadanía. Esto convierte a los votantes en "hooligans partidistas", lo que favorece que el fin sea la victoria en sí misma, y no tanto en qué se ha basado e incluso en cómo se ha logrado. Esto es un primer paso y un claro síntoma hacia un creciente deterioro democrático en donde ese orden de preferencias puede incluso justificar cualquier estrategia con tal de ganar, dando paso a la justificación de procesos de retroceso democrático como ha sido ya estudiado en los Estados Unidos[112]. Pero esto ya lo voy a tratar con mayor detalle en un capítulo posterior de este libro.

Parte II

Antecedentes de la polarización afectiva

Capítulo 5

El efecto de la oferta partidista

en la polarización afectiva

El incremento de la polarización afectiva se atribuye en una parte importante de la literatura a la confrontación y polarización entre las élites políticas. Como afirman Murat Somer et al.[113], la polarización afectiva deviene de un proceso pernicioso propiciado de manera deliberada por las élites apelando a las identidades sociales generadas en torno a los partidos para alcanzar sus distintos objetivos políticos y electorales, algo que se manifiesta con nitidez durante los procesos electorales[114].

Hay al menos tres razones que explicarían la tendencia creciente de las élites a generar polarización afectiva en contextos de alta competición partidista[115]. En primer lugar, como se ha señalado anteriormente, una mayor polarización en la oferta ayuda a la gente a discernir con mayor claridad las diferencias entre los partidos cuando estas son grandes y obvias en comparación con cuando son pequeñas y sutiles. En segundo lugar, este proceso se agudiza y acrecienta en contextos de mayor polarización, dado que las élites partidistas están más inclinadas a criticar al partido contrario como método para resaltar las diferencias entre ellos y la oposición. La tercera razón se centra en el papel de los medios de comunicación, que, por lo general, no producen mucha cobertura sustantiva de los asuntos políticos, pero que tienden a resaltar los conflictos y los discursos de confrontación. Este argumento ha tratado de mostrarse con diversos experimentos de encuesta para evidenciar cómo las personas reportan mayores niveles de polarización afectiva al evaluar candidatos ideológicamente divergentes[116].

Frente a dicho argumento respecto de la importancia de la confrontación de las élites políticas como mecanismo principal responsable de la polarización, se han planteado dos explicaciones alternativas. Primero, que la polarización afectiva se deba a un creciente extremismo ideológico, producto del descontento generado a partir de sus preferencias ideológicas y normativas y en respuesta a su creciente adopción de posicionamientos más

extremos sobre los principales problemas a los que nos enfrentamos y las políticas que requieren. Esta tesis ha tratado de probarse mostrando la relación entre extremismo ideológico y la polarización afectiva[117].

El segundo argumento sería que la polarización es resultado de que las preferencias y posicionamientos sobre los grandes temas de debate público sean cada vez más extremas y se muevan hacia opciones políticas marcadamente progresistas o conservadoras[118], dando lugar a lo que Matthew Levendusky ha denominado la "clasificación partidista" o partisan sorting[119]. Como ha tratado de mostrar Yphtach Lelkes[120], la polarización en los Estados Unidos se debe al conflicto ideológico sobre las preferencias de naturaleza ideológica y no tanto a las identidades partidistas con el grupo de sus seguidores; es decir, las crecientes divergencias sobre políticas públicas en los temas de mayor interés han marcado las identidades con los distintos partidos, propiciando la polarización afectiva[121]. Esta tesis se ha tratado de probar de manera comparada mostrando la relación de la polarización afectiva con el posicionamiento ideológico de los votantes[122].

En cualquier caso, ambos argumentos descansan en la idea común de que la polarización afectiva se debe fundamentalmente al efecto de las crecientes discrepancias ideológicas entre los votantes. Ahora bien, también puede argumentarse que dicha polarización puede más bien deberse a la incidencia que las élites tienen a través de propiciar la identificación con un determinado partido, su grupo de partidarios y todo lo que ellos representan[123]. La importancia de las élites a la hora de alentar dicha polarización ya ha sido apuntada en España con algunas aportaciones, como la efectuada por Juan Rodríguez-Teruel[124] o la realizada por Lluis Orriols y Sandra León[125]; sin embargo, dichas evidencias no dejan de ser limitadas y algo impresionistas. Además, no acaban de resolver la naturaleza de este debate teórico y empírico.

Este capítulo está dedicado a exponer, de una manera más sólida, cómo en España la percepción individual de la oferta partidista, es decir, el mapa que cada individuo tiene del posicionamiento ideológico de los partidos del sistema, es un catalizador de la polarización afectiva esencial, incluso cuando se controlan por los

efectos del extremismo ideológico o de la polarización que se genera en torno al posicionamiento sobre los grandes temas de debate en la esfera pública.

Élites políticas y polarización

Es difícil establecer la causalidad entre posicionamiento de las élites políticas y polarización ideológica o afectiva entre la ciudadanía y esclarecer los mecanismos causales por lo que esto se produce. Sin embargo, existe ya un cúmulo de estudios que, bien con datos de encuesta o bien con experimentos, manifiestan la importancia primigenia de las élites en esta ecuación. Por ejemplo, Kevin Banda y John Cluverius[126] revelan en un estudio para los Estados Unidos que la polarización de las y los ciudadanos sigue a la polarización que se produce entre los partidos, algo que apenas ocurre a la inversa. También son frecuentes las evidencias en esta misma dirección a través del diseño de experimentos de encuesta, utilizando "pistas partidistas" o party cueing, tanto en Estados Unidos[127] como en Europa[128] o América Latina[129].

Ahora bien, queda poco claro el mecanismo por el que las élites alteran las preferencias de la ciudadanía propiciando su polarización. Por un lado, están aquellos que defienden que este efecto se debe a que los partidos, con sus "pistas", están ayudando a los electores a alinear mejor sus preferencias partidistas con su posicionamiento respecto de los grandes asuntos y las políticas públicas que ellos promueven[130]; es decir, lo que Matthew Levendusky[131] ha denominado, en el trabajo mencionado anteriormente, la "clasificación partidista" o partisan sorting. Sin embargo, frente a esta postura, existe un número creciente de investigadores que, a caballo del supuesto de que la ciudadanía carece de auténticos entramados ideológicos[132], afirman que la formación de preferencias deviene como consecuencia de la polarización propiciada por las élites partidistas por medio de apelar a las identidades que conforman al grupo de sus partidarios[133].

En esta discusión, hay un aspecto adicional relacionado con el efecto heterogéneo del efecto de las élites. Por un lado, están

aquellos que defienden que su repercusión es heterogénea y que se da en mayor medida entre los más motivados y polarizados. Este es el caso, por ejemplo, de John Rogowski y Joseph Sutherland, quienes muestran que la influencia de las élites en la polarización parece ser más fuerte entre las y los ciudadanos que son más ideológicos y que tienen mayores niveles de interés en la política[134]. Este argumento también es defendido por Kevin Banda y John Cluverius[135] cuando tratan de explicar que la polarización afectiva parece aumentar a medida que ambos partidos se vuelven cada vez más extremos ideológicamente. Por tanto, según este grupo de expertos, los efectos de la percepción de la polarización de las élites sobre la polarización afectiva de la ciudadanía no solo son robustos y consistentes, sino que, además, los encontramos en mayor medida entre los encuestados con mayores niveles de interés y extremismo ideológico.

Sin embargo, puede ser que estos efectos no dependan tanto de estos elementos condicionantes, lo que sugiere que la polarización afectiva se genera principalmente como consecuencia de la competencia política entre las élites partidistas sin depender del grado de sofisticación del votante y de la fuerza o debilidad de sus preferencias ideológicas; es decir, sin estar condicionado por su grado de "inocencia" desde el punto de vista ideológico[136]. Si el efecto de la disputa partidista es homogéneo y no depende del interés, motivación o conocimiento político de cada ciudadano o ciudadana se confirmaría la fuerza que tienen las élites partidistas y su apelación a las identidades durante la competencia partidista. El resultado de la percepción de la oferta partidista sería "igual para todos" y con igual potencial de convertir a todos los y las ciudadanas en "hooligans partidistas".

¿Cómo apreciar el efecto polarizador

de las élites partidistas frente a la ideología?

Existen varios intentos de mostrar cómo la polarización política y afectiva responde a la polarización entre líderes/partidos, es decir, la que se genera entre los componentes de la oferta partidista. Esto se ha tratado de mostrar al analizar su relación con indicadores agregados de polarización entre las élites[137]. Sin embargo, la utilización de dichos indicadores o medidas agregadas hace imposible saber en qué medida dicha polarización de las élites afecta a cada uno de los y las ciudadanas. No se puede asumir que una disputa entre dos líderes tenga el mismo efecto para todos, ya que puede estar condicionado por un grupo importante de distintos factores, como, por ejemplo, el seguimiento que cada uno de ellos hace de la política, su grado de información, sus preferencias o creencias preexistentes o los medios que sigue para obtener información. En este sentido, es mejor contar con un indicador individual que mida el grado en el que las y los ciudadanos perciben la polarización de la oferta partidista, es decir, el indicador de polarización ideológica ya discutido en el capítulo 2 del presente libro.

Frente al posible efecto de esta variable, voy a tratar de observar el efecto de dos variables reflejo de las preferencias ideológicas y de la polarización que se genera en torno a ellas. En primer lugar, está el extremismo ideológico (distanciamiento en la escala izquierda/derecha de cada individuo con respecto de la media), que ya se ha discutido en capítulos anteriores. Por el otro, la polarización con respecto a grandes ejes del debate público y confrontación en España: conflicto socioeconómico, cultural, sobre la inmigración y, finalmente, sobre el proceso de descentralización del Estado[138].

La importancia relativa de cada una de estas variables va a informarnos en qué medida la polarización afectiva es consecuencia

de la competencia partidista y de la percepción de esta por parte de la ciudadanía (percepción de la polarización ideológica) o si, por el contrario, es efecto bien del creciente extremismo ideológico o bien de la configuración bipolar de opinión pública respecto de los grandes temas de debate público.

Para tratar de obtener una respuesta a este asunto, voy a hacer uso una vez más de la riqueza de los datos de la encuesta panel E-DEM, que se llevó a cabo entre diciembre de 2018 y mayo de 2019. Estos datos nos permiten estimar un modelo longitudinal de dobles efectos fijos, a nivel individual y controlando los efectos del paso del tiempo (es decir, de cada una de las tres olas)[139].

Por tanto, he estimado un primer modelo, teniendo como variable dependiente el grado de variación o cambio individual de la polarización afectiva (construido a partir de los indicadores de sentimientos hacia votantes) en el transcurso de estas tres olas. Las variables independientes son la polarización ideológica (para medir el efecto de la percepción de la oferta partidista), el extremismo ideológico y, finalmente, el grado de polarización individual sobre estos grandes temas del debate público: socioeconómicos, socioculturales, inmigración, y descentralización del Estado. En este modelo se han introducido las siguientes variables de control: cambios en el posicionamiento en la escala izquierda/derecha (lo que permitirá observar si la polarización afectiva se genera más en alguno de ambos lados del espectro ideológico), evolución de la satisfacción con la situación económica, evolución de la condición socioeconómica personal, evolución de la valoración de la corrupción en el país y evolución de la situación de bienestar personal[140].

La importancia de la percepción de la oferta partidista

Los resultados de este modelo con estas variables aparecen en el gráfico 5.1. Como en los anteriores gráficos, se trata de ver el efecto de cada variable (positivo, por encima del 0, o negativo por debajo de este) y su significación (observando si su intervalo cruza la línea de guiones vertical que parte del valor 0). Este gráfico evidencia de forma manifiesta que la percepción de la polarización en la oferta partidista es, junto con el extremismo ideológico, el principal causante de la evolución temporal de la polarización afectiva a nivel individual. Solamente el interés por la política tiene una fuerza parecida a estos dos factores, algo de lo que voy a hablar más adelante. Ninguna de las demás variables parece tener efecto alguno. Tampoco parece que la variación en las condiciones económicas individuales o familiares haya tenido efecto alguno en el cambio individual en los niveles de polarización. Finalmente, conviene resaltar que tampoco tiene relación con la escala ideológica (lo que muestra que la polarización crece a ambos lados del espectro ideológico y no solo en la derecha), algo de lo que he venido hablando y que trataré con mayor detalle en el siguiente capítulo.

Estos resultados también evidencian que la polarización en torno a los grandes temas de debate en la esfera pública no es capaz de explicar la evolución individual media en el grado de polarización afectiva de cada uno de los españoles. Ni siquiera parece que la polarización en torno a la descentralización tenga incidencia directa significativa en la polarización afectiva (aunque podría ser indirecta a través del efecto de la oferta partidista). Podría pensarse, por tanto, que el conflicto no se exacerba como consecuencia de la discrepancia con respecto a los grandes temas que han estado en la agenda de la disputa política en España en los últimos años.

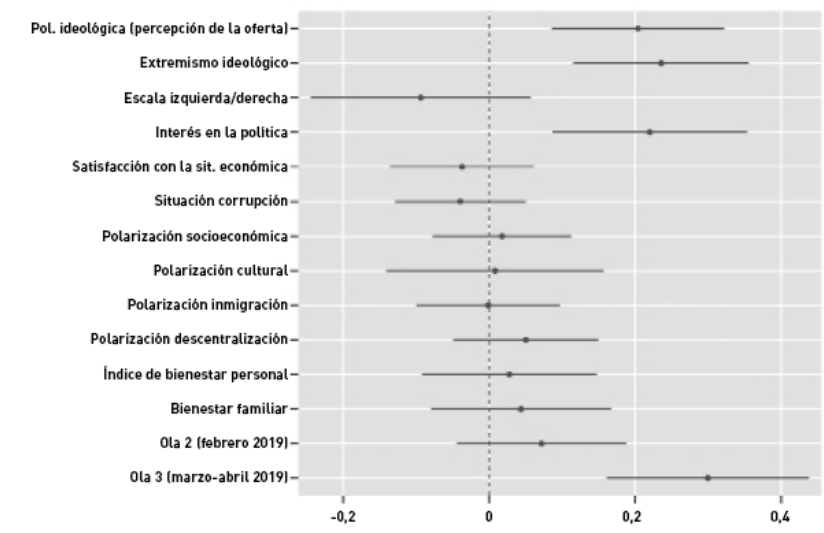
Hay que reseñar, además, que no parece que ninguna de las variables que miden el deterioro de las condiciones económicas y

sociales de cada individuo afecte a la polarización afectiva, lo que evidencia que no son las cambiantes condiciones sociales y económicas las causantes de la polarización en sí misma, sino la politización que determinados líderes políticos hagan de estas.

Gráfico 5.1

Predictores de polarización afectiva en España, 2018-2019

(regresión de dobles efectos fijos)



Nota: Intervalos de confianza al 95%.

Fuente: Base de datos E-DEM, olas 1, 2 y 3.

El efecto del liderazgo

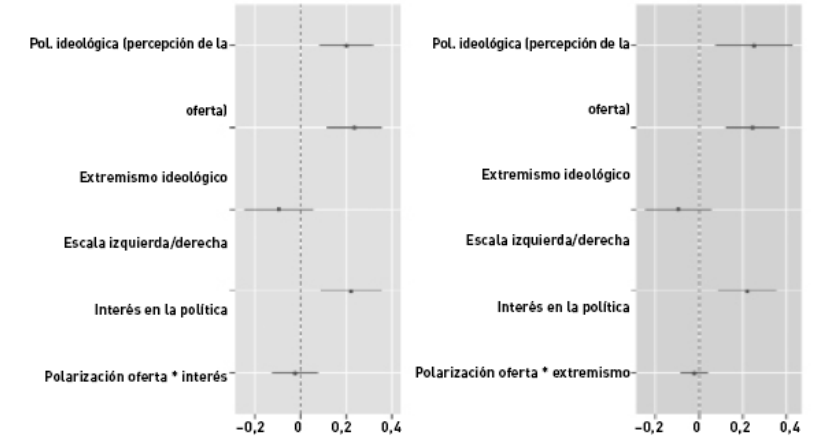
entre los más interesados

Hay una parte sustancial de la literatura que afirma que este impacto de la oferta partidista se agudiza entre las personas más motivadas y con mayor interés en la política, o entre aquellas que se caracterizan por un mayor extremismo ideológico[141]. Ya se ha visto en la sección anterior que un mayor interés propicia una mayor polarización. Sin embargo, esta, aunque destacable, no es la cuestión de fondo. Lo importante es conocer si el efecto de la percepción de la oferta partidista es homogéneo con independencia de la motivación, la sofisticación o incluso el mismo extremismo de cada uno de los y las ciudadanas. En caso contrario, podría argumentarse que el efecto de las élites en la polarización se vehicula en torno al conocimiento de las distintas posiciones de los partidos respecto de los grandes temas de debate y de cómo estas se adecúan a las preferencias ideológicas preexistentes entre la ciudadanía.

Gráfico 5.2

Efecto polarización oferta condicionado por interés y por extremismo ideológico en España (2018-2019) (regresión de dobles efectos fijos)

Efecto condicionante del interés Efecto condicionante del extremismo



Nota: Intervalos de confianza al 95%.

Fuente: Base de datos E-DEM, olas 1, 2 y 3.

Para comprobar esta posibilidad, he estimado dos modelos más, pero añadiendo en el primero una interacción entre percepción de la oferta partidista e interés, por un lado, y, para el otro, lo mismo, pero con la variable que mide el extremismo ideológico individual. La idea es tratar de probar que el efecto de la percepción de la oferta partidista en la polarización afectiva aumenta para los individuos con mayor interés en la política o en aquellos más motivados como consecuencia de su mayor extremismo ideológico. Si estos coeficientes no salen estadísticamente significativos, debe entenderse que los efectos de la percepción de la oferta partidista son homogéneos en todos los y las ciudadanas y no dependen ni de su grado de interés ni de su extremismo ideológico.

El gráfico 5.2 muestra los resultados de este modelo, aunque solo para las variables más relevantes, si bien el modelo incluye todas las variables que aparecen en el gráfico anterior. Como puede verse, los coeficientes de la interacción que aparecen al final de la lista de variables de estas dos figuras no son significativos (sus intervalos de confianza cruzan la línea de guiones vertical), lo que significa que los efectos de la oferta partidista en la polarización afectiva parecen

ser homogéneos o similares entre todos los individuos, con independencia de su nivel de interés político o extremismo ideológico. Esto quiere decir que la “fuerza polarizante” de las confrontaciones entre las élites y el efecto de confrontación que generan entre la población no se dan en mayor medida entre los más interesados o los que tienen unas posiciones ideológicas más extremas.

Conclusión

Los resultados presentados en este capítulo confirman que el conflicto basado en las "filias y fobias" generadas en torno a identidades partidistas que vemos crecer en España está siendo alimentado y fomentado por la creciente crispación del debate entre los líderes de los partidos que, guiados por una lógica cortoplacista, irresponsable y ciega (ya que esa polarización cierra cada vez más las puertas a los cambios de opinión y, por tanto, al cambio electoral de los votantes). Esta circunstancia propicia una percepción al alza del conflicto partidista, lo que genera una confrontación entre españoles en torno a megaidentidades partidistas. Por tanto, los conflictos y peleas entre las élites tienen consecuencias que traspasan los límites de las instituciones formales de gobierno y representación política; es decir, no solo afecta a la gobernabilidad. Unas élites más polarizadas con posiciones marcadamente partidistas parecen animar a sus partidarios a adoptar actitudes de enfrentamiento político que van más allá del contenido de sus diferencias ideológicas. Por último, este efecto es, además, homogéneo entre toda la ciudadanía, con independencia de la atención que prestan al debate y de la intensidad de sus preferencias ideológicas preexistentes. En esto radica su fuerza.

Es cierto que esta confrontación y la percepción que genera entre las y los ciudadanos no es el único factor que explica la creciente polarización afectiva. Además, esa creciente polarización ideológica o de percepción de la oferta da lugar a un proceso dinámico y complejo de retroalimentación entre élites y ciudadanía que todavía no hemos sido capaces de comprender plenamente, pero que puede tener devastadoras consecuencias en la democracia[142].

Capítulo 6

Polarización y partidos radicales de derecha:

el caso de Vox*

Existen ya algunas aportaciones sobre la relación que puede darse entre el surgimiento de los partidos radicales de derecha (PRD) y la polarización política en general. Por ejemplo, Daniel Bischof y Markus Wagner han mostrado que el aumento de la polarización ideológica entre los votantes en Austria se ha dado como consecuencia de la llegada de dichos partidos a las instituciones de representación[143]. Sin embargo, desconocemos en un grado importante la relación que existe entre la aparición y crecimiento electoral de estos partidos y la polarización afectiva. Ya sabemos que las y los partidarios de los partidos mayoritarios y de los PRD se oponen fuertemente entre sí[144], y que una gran parte del electorado de Europa occidental muestra los niveles más fuertes de partidismo negativo hacia estos últimos[145]. También se conoce de la existencia en Europa occidental de un cierto estigma social asociado a los PRD debido a su ideología radical y excluyente y, en algunos casos, a sus vínculos históricos en el fascismo o los movimientos extremistas y racistas. Sin embargo, sigue sin estar claro si la polarización afectiva precede a su éxito inicial o si es solo una consecuencia de su aparición en la escena electoral y la notoriedad que adquieren con ello. ¿Puede observarse un aumento de la polarización afectiva antes del crecimiento electoral de los PRD que faciliten su llegada? ¿A qué grupo de partidarios de los principales partidos del sistema está afectando este tipo de polarización inicial y por qué? Tampoco está claro si la llegada de los PRD alimenta la polarización afectiva. En este sentido cabría preguntarse si la irrupción de estos PRD en la escena electoral incrementa la polarización entre sus partidarios solamente o si también afecta a todos los simpatizantes del resto de los partidos. Por último, si esto es así, tampoco se sabe si su éxito electoral incide en las y los partidarios del resto de partidos por igual.

Este capítulo explora estas cuestiones mostrando cómo la polarización afectiva podría relacionarse con la emergencia de los PRD distinguiendo si sus efectos son antes o después de la llegada

electoral de estos partidos. Voy a tratar de argumentar y exponer que, en una primera etapa, el surgimiento inicial de dichos partidos va precedido de un cambio en los niveles de polarización afectiva entre los simpatizantes de los partidos de la derecha moderada. Esto se refleja en dos procesos paralelos: el aumento de sus sentimientos negativos hacia los seguidores de los partidos de izquierdas y la disminución de sus niveles de sentimientos positivos hacia los seguidores del grupo de votantes de la derecha moderada al que inicialmente pertenecen. Posteriormente, en una segunda etapa, la irrupción electoral del PRD alimenta la polarización afectiva entre la mayoría de la ciudadanía, pero por diferentes motivos y con distintas intensidades que claramente varían según el grupo partidista. Por un lado, los individuos que cambiaron su apoyo al PRD pueden experimentar un fortalecimiento de sentimientos positivos hacia el grupo de sus propios votantes, como consecuencia del propio aumento de su éxito electoral. Por el otro, como consecuencia de su irrupción, aumentan los sentimientos negativos hacia los simpatizantes de los otros partidos, aunque la intensidad de dicha reacción está en función de los niveles de distancia ideológica percibida con respecto del emergente PRD. En consecuencia, los niveles globales de polarización afectiva se incrementan una vez que los PRD irrumpen en el espacio público, a pesar de que, al principio, un aumento de la polarización facilitó su irrupción.

Con el fin de apoyar estos argumentos para España, voy a analizar el proceso de irrupción de Vox, un partido radical de extrema derecha. Para ello cuento con los datos de la encuesta de panel E-DEM que yo mismo he dirigido. Estos datos son únicos para poder estudiar esta relación, dado que se han efectuado varias mediciones de las actitudes y opiniones de las y los mismos entrevistados durante la irrupción electoral de dicho partido, que tuvo lugar a partir del otoño de 2018 y que culmina con sus primeros resultados electorales significativos, a nivel nacional, en las elecciones del 28 de abril de 2019.

Las raíces afectivas de la emergencia electoral de la derecha radical

Con independencia de los retos a los que se enfrentan las democracias actuales, producto de la transformación económica y social que está generando la globalización[146], el auge de los PRD, al igual que ocurre con otros partidos nuevos "desafiantes" (challengers), también es el resultado del comportamiento estratégico de los partidos políticos y su lucha por fijar la atención del debate en los temas y las posiciones relacionadas con este proceso. Este objetivo se consigue aumentando la notoriedad de ciertos temas en el espacio público (issue entrepreneurship) de los que se apropian y que hasta su aparición habían sido ignorados por los partidos mayoritarios. Estos asuntos son principalmente de naturaleza sociocultural y giran en torno a la inmigración, la identidad/soberanía nacional o la seguridad[147] y que, como han mostrado recientes estudios[148], claramente les beneficia en la arena electoral.

Además, el aumento de la competencia entre las élites políticas de los partidos dominantes (mainstream en inglés) puede propiciar que los partidos de centro-derecha caigan en la tentación de debatir en torno a temas relacionados con los conflictos culturales, que hasta entonces habían ignorado y que son "propiedad" de la derecha radical. Esta estrategia puede favorecer el éxito electoral de los PRD al ayudar a fijar la atención de la ciudadanía y de los medios en temas que les benefician[149], lo cual propicia, como ya discutí en un trabajo anterior para España[150], el incremento de la polarización afectiva en general. Pero lo más importante de este proceso es que esto vaya acompañado del cambio en los niveles de polarización afectiva de los, hasta entonces, partidarios y partidarias de la derecha moderada a través de dos procesos paralelos: el aumento de los sentimientos negativos de sus partidarios hacia sus oponentes políticos de la izquierda (en el caso de España, PSOE y Unidas Podemos), y el descenso de los sentimientos de afecto hacia las y los

partidarios del partido moderado conservador más próximo (PP y Cs). De este modo, el auge electoral de la derecha radical podría ser, en parte, el resultado de las estrategias de polarización en temas socioculturales (identidad nacional, tradiciones culturales, inmigración, integración europea, y familia, etc.), que son cuestiones de una naturaleza altamente simbólica, llevadas a cabo por las élites conservadoras que alimentan el resentimiento de una parte de los sectores de las y los simpatizantes socialmente más conservadores de su electorado hacia aquellos que adoptan posiciones más moderadas o progresistas en estas materias. Esta reacción negativa adquiere más notoriedad con respecto a las y los partidarios de la izquierda, aunque también les aleja de los simpatizantes más moderados de su partido, que adoptan posturas más templadas al respecto. Esta dinámica se debe a que, como ya ha sido discutido en la literatura comparada, se trata de temas con un gran efecto polarizador al incidir directamente en rasgos de personalidad y en sus valores fundamentales, generando fuertes reacciones emocionales[151]. Existe, de hecho, una clara evidencia de que mayores niveles de polarización de las élites en torno a la inmigración y el multiculturalismo tienden a estar fuertemente relacionados con el incremento de la polarización afectiva[152].

Pero, además, los partidos desafiantes adoptan una retórica antisistema (populista) para deteriorar la ventaja de la que disfrutan los partidos dominantes respecto de su mayor competencia y experiencia de gobierno[153]. Es por ello que los PRD eligen una retórica populista que busca desacreditar a los partidos dominantes tratando de poner en duda la capacidad de los partidos de centro-derecha de cumplir sus promesas, debilitando los vínculos con sus votantes[154]. Este discurso adquiere mayor credibilidad cuando los PRD están en la oposición y comienzan a adquirir protagonismo en la escena electoral[155]. Además, es más probable que esta estrategia tenga éxito en contextos de recesión económica o cuando los partidos mayoritarios se enfrentan a escándalos de corrupción.

Es evidente que dicha estrategia resulta claramente exitosa respaldada por el hecho, como argumentan Bart Bonikowski y Daniel Ziblatt[156], de que algunos partidos de derecha moderada exhiben, para movilizar y crear un electorado socialmente heterogéneo, una retórica nacionalista que, posteriormente, no

suele ser congruente con las políticas aplicadas cuando llegan al gobierno o forman parte de este. Tal falta de coherencia entre discursos y acción de los partidos tradicionales respecto de estos temas tiende a frustrar a sectores del electorado de la derecha moderada que pueden ser aprovechados electoralmente por la derecha radical. Un ejemplo de esta dinámica se observa, por ejemplo, en España, cuando los dirigentes de Vox se refieren al PP como “la derechita cobarde”, cuyos dirigentes no se han atrevido a combatir ciertos postulados de la izquierda que sí combatieron en la oposición, pero que en el gobierno han mantenido inmaculados. Esta lógica puede ocurrir también en contextos de gobierno multinivel, cuando los partidos moderados de la oposición nacional llegan a los gobiernos regionales.

Los antecedentes afectivos a la llegada de Vox

Formado en diciembre de 2013, Vox obtuvo por primera vez representación política en las elecciones regionales celebradas en diciembre de 2018 en Andalucía; concretamente, el partido radical obtuvo casi el 11% de los votos regionales y 12 de los 109 escaños. Estos comicios dieron visibilidad a Vox a nivel nacional y lo situó en el centro de la campaña electoral para las elecciones generales españolas celebradas en abril de 2019, en las que el partido obtuvo el 10,3% de los votos y 24 escaños.

Todos los argumentos presentados en la sección anterior nos llevarían a pensar que, en la etapa previa a la irrupción electoral de Vox en la esfera nacional (que se produce entre octubre de 2018 y sus exitosos resultados electorales en abril de 2019), aquellos votantes de Cs y del PP que optaron por votar a este partido de la derecha radical en estas últimas elecciones generales se caracterizaron, en una primera etapa, por un aumento de los sentimientos negativos respecto de los otros votantes del PP y Cs y, en mucha mayor medida, respecto de los votantes de UP y PSOE.

Para comprobarlo, voy a utilizar de nuevo los datos del estudio de panel E-DEM que nos permite observar este proceso para un mismo grupo de entrevistados. Según estos datos, de los 114 partidarios de Vox en la tercera ola, 99 eran partidarios del PP o de Cs en la primera ola (87%). Solo 15 eran partidarios del PSOE o de UP (13%). Estos datos, por tanto, confirman que la gran mayoría de las y los partidarios de Vox proceden de antiguos simpatizantes de la derecha moderada. De este modo, y para cerciorarse de la importancia de este proceso, reproduzco los resultados de una regresión binaria (logística)[157]. Esta sirve para observar la probabilidad de cambiar el voto del PP o de Cs a Vox entre la primera y la tercera ola, en función de los diferentes sentimientos hacia las y los partidarios de los distintos partidos. De este modo, nuestra variable dependiente está compuesta, por un lado, por ese

grupo de 99 votantes del PP y Cs que acabaron votando por Vox en abril de 2019, frente al resto de votantes de esos partidos que permanecieron apoyando a los de la derecha más moderada.

Metemos como variables independientes, en primer lugar, los sentimientos positivos hacia los propios grupos partidistas (PP o Cs); en segundo lugar, los sentimientos negativos hacia los simpatizantes de los partidos de izquierda (esto mide la media de los sentimientos hacia los votantes del PSOE y UP, ponderados por el tamaño del partido); y, finalmente, se han incluido también los sentimientos negativos hacia los simpatizantes del otro partido de derecha moderada. Además, como variables de control, se introdujeron las variables actitudinales y sociodemográficas que normalmente explicarían este cambio en las preferencias partidistas.

El gráfico 6.1 reproduce los resultados de este modelo en el que se aprecia la relación de las variables con la probabilidad de cambiarse a ser votante de Vox entre las y los partidarios del PP y de Cs en la primera ola. Los resultados muestran que, en consonancia con lo planteado, los sentimientos negativos de los simpatizantes de los partidos de la derecha hacia los de la izquierda, antes de la aparición de Vox, aumentan la probabilidad de cambiar a Vox entre las olas 1 y 3, manteniendo todas las demás variables constantes. En concreto, un incremento de una unidad en la antipatía hacia los votantes de partidos de izquierda (medida en una escala de 0 a 10) conduce a un ascenso de la probabilidad de cambiar el voto a Vox en 3,4 puntos porcentuales entre los simpatizantes del PP, y de 2,8 puntos entre los de Cs. Igualmente, respecto a los sentimientos de las y los partidarios de Cs, se observa en este mismo gráfico que un incremento de una unidad en los sentimientos negativos hacia su propio grupo partidario lleva a un ascenso de la probabilidad de cambiar su voto en favor del partido de la derecha radical de 1,8 puntos porcentuales.

Por otro lado, y como esperábamos, el tránsito hacia Vox se debió a la disminución de los sentimientos positivos hacia los votantes de las y los partidarios del partido del que procedían; es decir, el PP y Cs. Esto es especialmente notable entre los que transitaron desde Cs y, en mucha menor medida, entre los que procedían del PP. Tal hecho podría deberse a que, para cuando este estudio se inicia

(octubre de 2018), los sentimientos entre las y los partidarios del PP ya habían sido objeto de disminución como consecuencia de los precedentes escándalos de corrupción y el deterioro en la opinión pública de la imagen de este partido.

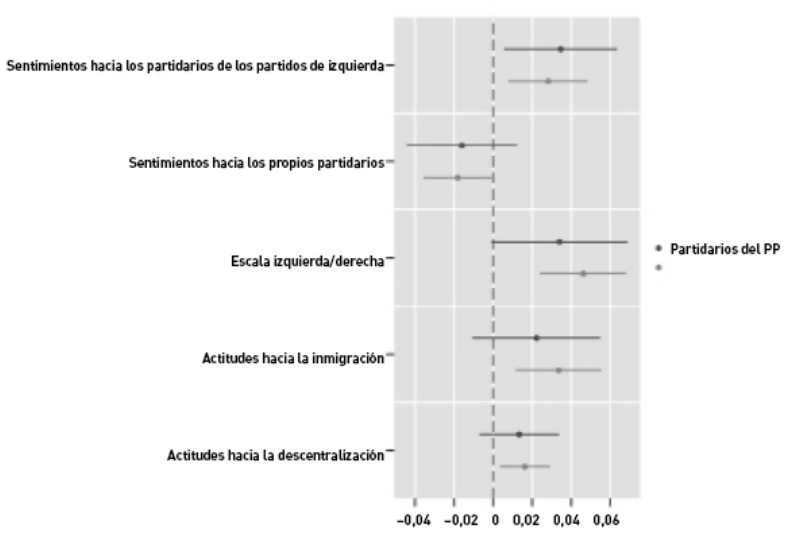
Finalmente, aunque no aparecen en el gráfico, merece la pena hacer un comentario respecto de las relaciones con el resto de las variables incluidas en el análisis. En este sentido, los resultados evidencian aspectos ya discutidos en trabajos sobre el crecimiento electoral de Vox[158], como que las mujeres simpatizantes del PP fueron menos propensas a convertirse en partidarias de Vox. También manifiestan que los simpatizantes del PP más jóvenes y los que eran ideológicamente más de derechas tendieron a cambiar su apoyo a Vox en mayor medida. Por último, estos resultados proclaman que los simpatizantes de Cs que decidieron irse a Vox se caracterizaban por ser más derechistas y contrarios a la inmigración y a la descentralización.

Gráfico 6.1

Efectos de los sentimientos hacia los distintos votantes

en la probabilidad de cambiar de voto en favor de Vox entre

los votantes de Cs y PP (octubre 2018 y abril 2019)



Nota: Intervalos de confianza al 95%. No se representan en el gráfico los efectos de las variables de control.

Fuente: E-DEM, olas 1 y 3.

Consecuencias afectivas de la emergencia electoral de la derecha radical

Entre las y los partidarios del partido

de derecha radical

Parece que la irrupción electoral de la derecha radical tiene su origen parcial en los sentimientos previos de las y los partidarios de los partidos de la derecha moderada respecto de los que albergaban hacia los de los partidos de izquierda, y en un descenso de los sentimientos positivos respecto de las y los partidarios de su partido de procedencia. Ahora bien, ¿qué efectos tiene en la polarización afectiva la llegada y visualización de los PRD en la esfera política nacional?

Parece claro que la llegada de un partido radical (desafiante) puede propiciar un cambio respecto de los sentimientos hacia este y, por tanto, un cambio en los niveles de polarización afectiva. Ahora bien, el tipo de sentimientos (positivos o negativos) y su intensidad pueden variar según los distintos grupos partidistas. En primer lugar, cabe esperar que los electores que cambien su apoyo a la derecha radical aumenten sus niveles de polarización afectiva, impulsados por el fortalecimiento de los sentimientos positivos hacia su propio grupo partidista. Como se ha argumentado, los individuos que apoyan a la derecha radical emergente se caracterizan por tener bajos niveles de simpatía hacia las y los partidarios de su propio partido. De este modo, y en consecuencia, el surgimiento de un PRD que exprese mensajes populistas y adopte posiciones claras sobre los nuevos temas que desafían el predominio de los partidos de derecha moderada debería dar una respuesta satisfactoria al descontento y a las preferencias políticas de estos electores, elevando sus niveles de agrado hacia su nuevo grupo de votantes. Como explica la teoría de la identidad social[159], cualquier

grupo de individuos, por definición, genera entre sus miembros un sentimiento de identificación grupal y una tendencia a la predisposición de autorrefuerzo hacia su propio grupo[160]. Así, parece razonable esperar que aquellas y aquellos partidarios de centro-derecha descontentos, que abrazan al emergente partido radical, desarrollen rápidamente un sentimiento de pertenencia al nuevo grupo y catapulten sus sentimientos positivos hacia sus partidarios, algo que ya se he observado en trabajos anteriores entre los votantes de Vox[161].

Entre las y los partidarios del resto de partidos

De nuevo, según la teoría de la identidad social, los individuos identificados con un grupo son propensos, al mismo tiempo, a reforzar sus propias identidades de grupo y a reaccionar con ira y a vilipendiar al grupo contrario cuando perciben una amenaza para su propio grupo[162]. Aplicado al ámbito partidista, los estudios realizados en Estados Unidos han descubierto que los partidistas reaccionan con ira y con mayores niveles de implicación en la campaña electoral a favor de su partido ante las crecientes amenazas electorales que plantea el otro partido[163]. En este sentido, la intimidación que supone entre un grupo de partidistas un partido diferente en un sistema multipartidista parece depender, en parte, de la distancia ideológica que hay entre ellos. De hecho, existen ya diferentes estudios que muestran que los individuos revelan los sentimientos más hostiles hacia un partido ajeno cuanto más alejado esté este último de ellos en términos ideológicos[164], algo que ocurre incluso en el sistema bipartidista de los Estados Unidos[165]. Esto se manifestaría, respecto a los partidos radicales de derecha, en un aumento considerable del recelo hacia sus partidarios entre las y los partidarios de los partidos de la izquierda. Esto se debe a que el nativismo y el autoritarismo defendidos por la derecha radical representan un desafío directo a los valores políticos centrales asociados a la izquierda en las sociedades occidentales, cuyos partidarios creen principalmente en la igualdad, la aceptación de los inmigrantes y las libertades cívicas[166]. Por lo tanto, una expectativa congruente con los argumentos precedentes

es esperar que las y los partidarios de los partidos de la izquierda reaccionen ante el auge de los PRD y aumenten sus niveles de polarización afectiva en dos sentidos. Primero, desarrollando fuertes niveles de antipatía hacia las y los partidarios del partido radical y, segundo, y simultáneamente, reforzando los sentimientos positivos hacia su propio grupo de partidarios en una reacción defensiva.

La derecha radical, por el contrario, representa un desafío menor para las y los partidarios de la derecha moderada: aunque son reacios a apoyar el radicalismo, el autoritarismo y el populismo de los PRD, pueden sentirse relativamente cercanos a algunas posiciones defendidas por estos partidos que conectan con los valores centrales, en general, asociados a la derecha, especialmente su defensa de la ley y el orden, su discurso sobre el patriotismo, su defensa de valores tradicionales de moral y familia, y su postura común respecto al multiculturalismo[167].

Además, la ideología no es solo un sistema de creencias, sino también, como ya he discutido en capítulos anteriores, un elemento simbólico/afectivo[168] que constituye parte de la identidad política y social individual. La ideología en este sentido propicia que los individuos consideren a las y los partidarios de los partidos políticos de su propio bando ideológico como parte del suyo propio, haciendo lo opuesto respecto de los partidarios del bando ideológico contrario[169]. Esta lógica y manera de entender la política favorece la denominada "clasificación ideológica" o ideological sorting[170], que ya he discutido en capítulos anteriores. En ese sentido, las y los partidarios de los partidos de derecha moderada que tienen una identidad de derecha pueden percibir a los de los partidos radicales de derecha como más cercanos o, incluso, parte de su propio grupo y, por lo tanto, como actores menos amenazantes que aquellos individuos identificados con partidos que se clasifican de izquierda. En definitiva, las y los partidarios de la derecha moderada pueden experimentar un cambio menor en sus niveles de polarización afectiva como consecuencia de la irrupción de un PRD, algo muy distinto de lo que puede ocurrir, como se ha argumentado, entre las y los partidarios de los partidos de izquierda, quienes pueden sentirse amenazados por su irrupción.

Los sentimientos hacia el propio grupo

con la irrupción de Vox

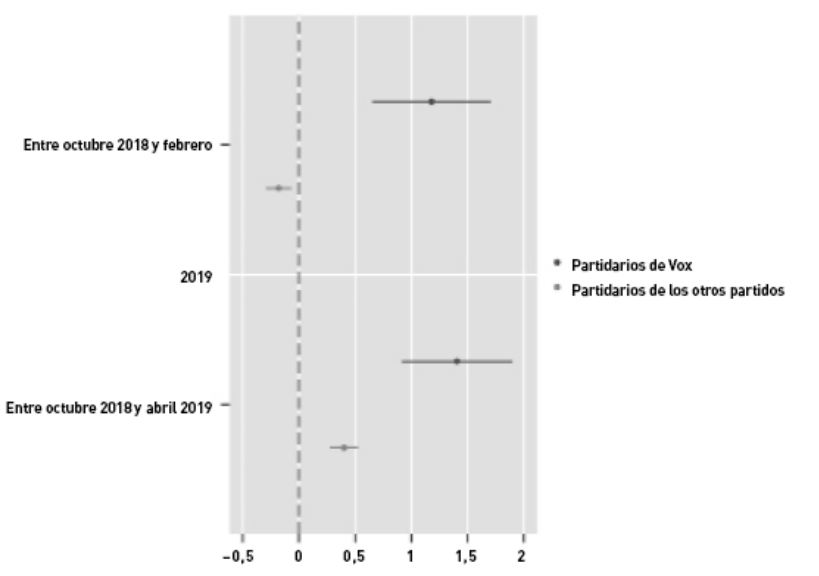
Conforme a lo discutido, la polarización afectiva de los que cambiaron su apoyo a Vox debería experimentar un fortalecimiento de los sentimientos positivos hacia su nuevo grupo de votantes. Para mostrarlo, he estimado un modelo lineal[171] (de efectos fijos individuales) que tratan de exponer cómo variaron los sentimientos positivos hacia las y los partidarios de los distintos partidos, cuando los individuos cambiaron su voto hacia Vox, frente a aquellos que no lo hicieron. Además, este cambio se estima en dos periodos distintos: el primero va de octubre de 2018 a febrero de 2019, y, el segundo, desde octubre de 2018 hasta abril de 2019, cuando se acabó consumando el crecimiento electoral de Vox en las elecciones celebradas ese año.

Gráfico 6.2

Cambios entre las distintas olas (tiempo) de los sentimientos hacia

los partidos propios entre las y los partidarios de Vox, y entre las

y los partidarios de los otros partidos de derecha y de izquierda



Nota: Efectos fijos individuales. No se representan en el gráfico los efectos de las variables de control.

Intervalos de confianza al 95%.

Fuente: E-DEM, olas 1, 2 y 3.

En el gráfico 6.2 se aprecia que el aumento de los sentimientos positivos hacia el grupo propio es siempre significativamente mayor entre los que se convirtieron a partidarios de Vox que entre aquellos que permanecieron votando por los mismos partidos. En concreto, el incremento de los sentimientos hacia su propio grupo de partidarios entre aquellos que optaron por cambiarse a Vox es de 1,18 puntos entre octubre de 2018 y febrero de 2019, y de 1,41 puntos en el segundo y más amplio periodo, que va desde esa primera ola de finales de 2018 a abril de 2019, cuando se celebraron las elecciones generales. Sin embargo, los sentimientos hacia su propio grupo de partidarios de aquellos que decidieron permanecer con sus partidos disminuyen entre las dos primeras olas, y solo registra un aumento de 0,40 puntos durante el segundo periodo estudiado, algo esperable como consecuencia de la

campaña electoral que se celebró para las elecciones de abril de 2019.

Los sentimientos de los otros partidarios

con la irrupción de Vox

Pero ¿qué supone la irrupción de Vox entre las y los partidarios del resto de partidos? Ahora voy a tratar de mostrar que la irrupción de Vox es la causante de un mayor aumento de la polarización afectiva entre las y los partidarios de los partidos de izquierda (PSOE y UP) frente a lo que ocurre con los de los partidos de derecha moderada (PP y Cs). Para ello voy a mostrar los resultados de dos modelos[172] con dos variables dependientes distintas. La primera son los sentimientos de afinidad hacia los propios partidarios y partidarias, y la segunda, los sentimientos de hostilidad de todos ellos respecto de Vox. En ambos modelos, la variable explicativa es la que distingue la pertenencia de cada entrevistado a los diferentes grupos partidistas (PP, Cs, PSOE y UP). Además, se vuelve a analizar este cambio en los dos periodos estudiados: octubre 2018-febero 2019 y octubre 2018-abril 2019.

La parte superior de este gráfico 6.3 (modelo M1) muestra los principales resultados del primer modelo que tiene como variable dependiente de afinidad hacia el grupo de partidistas respectivo. Como puede visualizarse en este gráfico, en el primer periodo que va hasta febrero de 2019, ninguno de los grupos partidistas analizados aumentó sus sentimientos positivos hacia su propio grupo de partidarios y partidarias, dado que todavía no se había producido esa reacción como consecuencia de la incipiente irrupción de Vox. Ahora bien, en el segundo periodo, que engloba la campaña electoral y durante la cual se propicia la creciente visibilidad de Vox, los sentimientos de afinidad positivos hacia su propio grupo de partidarios aumentan de manera significativa entre las y los partidarios de UP y PSOE (0,56 y 0,45 puntos, respectivamente).

Pero lo que es más importante, los resultados del modelo con la otra

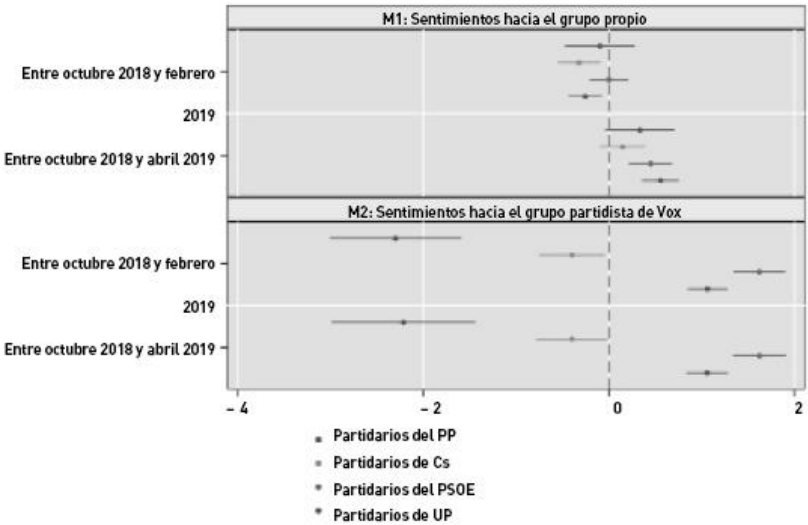
variable dependiente, hostilidad hacia Vox, que aparecen en la parte inferior de este mismo gráfico (M2) muestran que las y los partidarios de UP y, especialmente, los del PSOE comenzaron a tener sentimientos muy negativos hacia Vox, algo que no se aprecia entre las y los partidarios de la derecha. En concreto, los sentimientos negativos de los del PSOE hacia los de Vox en las olas 2 y 3 fueron alrededor de 1,62 puntos más altos que los sentimientos negativos hacia los votantes de la derecha moderada antes de la aparición del partido radical. Esta diferencia fue de alrededor de 1,06 puntos entre las y los partidarios de UP. Por el contrario, las y los partidarios de la derecha moderada, principalmente los del PP, sentían menos antipatía hacia las y los partidarios de Vox que hacia los de los partidos de izquierda del PSOE y UP en la primera ola. Concretamente, los simpatizantes del PP evaluaron a los votantes de Vox en las olas 2 y 3 alrededor de 2,25 puntos mejor que los votantes de izquierda en la ola 1, mientras que esta diferencia fue de solo 0,40 puntos entre las y los partidarios de Cs.

Gráfico 6.3

Cambios en los sentimientos hacia las y los partidarios

de los distintos grupos de votantes por grupos de partidarios

(PP, Cs, PSOE y UP) en el tiempo



Nota: Efectos fijos individuales. No se representan en el gráfico los efectos de las variables de control.

Intervalos de confianza al 95%.

Fuente: E-DEM, olas 1, 2 y 3.

En resumen, los resultados sugieren que las y los partidarios del PSOE reaccionaron a la irrupción de Vox reforzando, en una reacción defensiva, los sentimientos positivos hacia su propio grupo de partidarios y, simultáneamente, generando fuertes sentimientos de rechazo hacia los de la derecha radical, lo que se traduce en mayores niveles de polarización afectiva. Este proceso puede que ya estuviese en marcha durante el ascenso de Vox tras las elecciones autonómicas andaluzas, pero, posteriormente, se reforzó de manera considerable con las elecciones nacionales en donde Vox adquiere una gran visibilidad, especialmente durante la campaña electoral. Los simpatizantes de UP también parece que reaccionaron aumentando considerablemente sus niveles de polarización afectiva, aunque en una medida un poco más débil. Esto puede deberse a que, como ya hemos mostrado en otro lugar[173], los partidarios de la izquierda radical ya estaban fuertemente polarizados afectivamente

antes de la aparición de Vox en Andalucía. En cambio, hay que volver a reseñar que los simpatizantes de los partidos de la derecha moderada no experimentan ningún aumento sustantivo en sus niveles de polarización.

Conclusión

He tratado de mostrar en este capítulo que el surgimiento de la derecha radical está relacionado con la polarización afectiva que se produce entre diferentes grupos de partidistas en dos etapas distintas, marcadas por la irrupción de aquella en la arena electoral. Por un lado, la primera fase anterior a la irrupción electoral de Vox se caracteriza por que las y los partidarios de la derecha moderada mostraban unos niveles crecientes de sentimientos negativos hacia los y las simpatizantes de la izquierda y, al mismo tiempo, un descenso de los niveles de sentimientos positivos hacia su propio grupo de partidarios.

La creciente irrupción de Vox hace, en cambio, que aumenten los sentimientos positivos entre sus nuevos partidarios y partidarias, una vez han transitado. Además, en esta segunda fase, la visualización electoral de este partido radical alimentó la polarización afectiva entre los y las simpatizantes de los partidos de izquierda (PSOE y UP), debido al reforzamiento de los sentimientos positivos hacia sus propios partidarios y, sobre todo, a una reacción negativa en contra de Vox ante el éxito de la derecha radical.

En suma, la llegada de un partido de extrema derecha, y en general de un "partido desafiante", propicia el aumento de la polarización afectiva, pero esto no se debe, como se presupone, a que sus partidarios son los causantes de dicho aumento, sino que también se produce como reacción a las y los partidarios de los otros partidos que se encuentran en el otro lado del espectro ideológico.

Estas conclusiones respecto del efecto polarizador debido a la aparición de los PRD no deben limitarse solo al efecto de este tipo de partidos, sino que es extensible a otros partidos desafiantes de signo ideológico contrario. De hecho, como ya hemos visto, la polarización afectiva en España también creció, aunque en menor medida, como consecuencia de la irrupción de Podemos en la primavera de 2014. Sin embargo, no cuento, desafortunadamente,

con datos suficientes para evidenciar este mismo efecto durante esos años.

Capítulo 7

El uso de redes sociales y la polarización afectiva*

Desde la publicación del trabajo seminal de Cass Sunstein[174], se ha generado un extenso cuerpo en la literatura que se ha centrado principalmente en resaltar la responsabilidad de las redes sociales en el aumento de los niveles individuales y agregados de "política afectiva". En este sentido, varios estudios sostienen que las redes sociales tienden a producir "cámaras de eco" que autorrefuerzan a los radicales más extremos, y sobrerrepresentan los niveles de desacuerdo que existen en la sociedad y activando, como consecuencia, las emociones básicas en torno a las identidades sociales[175]. Esto, además, se acentúa con las llamadas "burbujas filtro" que se generan por la presencia de algoritmos de clasificación que preseleccionan la información a la que las y los ciudadanos están expuestos en estas redes[176]. De este modo, las redes sociales, en un entorno informativo ideológicamente polarizado, hacen que la ciudadanía no tenga contacto e intercambio de opiniones e información con otros grupos de partidistas cuando interactúa en redes sociales, lo que hace que estas sean crecientemente homogéneas desde el punto de vista ideológico y partidista[177]. Algunos autores incluso afirman que esto se acrecienta debido a que las redes sociales son percibidas como un instrumento de expresión de opiniones libres (y en muchos casos ocultas en el anonimato) que alzan la autoestima de aquellos que participan en ellas y contribuye a su reafirmación, y, en consecuencia, a la polarización[178].

Sin embargo, los estudiosos de este tema han rebatido el efecto negativo de las redes sociales en la polarización explicando cómo las interacciones que se producen entre las y los ciudadanos con preferencias ideológicas y partidistas opuestas son más frecuentes de lo que se cree[179], lo que incrementa el nivel de exposición a informaciones mucho más diversas de lo que normalmente ocurre en otros medios de comunicación[180]. Si bien, dicha mayor exposición a opiniones transversales, como se ha argumentado[181], también podría ser la razón que subyace a dichos efectos polarizadores al generar un rechazo emocional mayor a esas opiniones. En cualquier caso, y como se afirma en estudios recientes sobre este tema[182], a pesar de la prolífica cantidad de literatura que

se ha vertido sobre esta cuestión en los últimos años, los estudiosos aún no han encontrado evidencias claras y concluyentes sobre las consecuencias directas de las redes sociales partidistas en la polarización afectiva.

En un estudio reciente que he desarrollado con Javier Lorenzo[183], se aborda este tema para España mediante la realización de un cuasi experimento integrado en el ya mencionado estudio de E-DEM. En él, se invitó a los participantes de dicha encuesta a seguir las cuentas de Twitter de nueve candidatos de los principales partidos políticos durante la campaña electoral al Parlamento Europeo de 2019 en España. Siguiendo la estela de algunos estudios innovadores[184], en este empleamos una estrategia de datos integral que combina un experimento de encuesta en el que se invitaba a los entrevistados a seguir una cuenta de Twitter con datos de seguimiento de su "actividad real" en internet. De este modo, los datos individuales recogidos con lo que se conoce como "un medidor pasivo o rastreador de comportamiento" y algunas otras preguntas incluidas en el cuestionario nos han permitido confirmar el nivel de exposición y el grado de activismo de cada encuestado en Twitter. Pero, además, para completar este estudio, se ha analizado el contenido de las cuentas de los candidatos en Twitter a las que se invitó a los encuestados a seguir por unos días. Esto nos ha facilitado detectar los diferentes niveles de contenidos "polarizantes" en cada una de dichas cuentas de esta red social, a través de la detección y medida de mensajes contra los distintos partidos y sus votantes.

Sin embargo, y pese al avance que supone todo este diseño, no puede hablarse de un experimento en sentido estricto, sino de un cuasi experimento. Ello es porque las y los entrevistados no fueron expuestos a los contenidos de esta red social de forma aleatoria, sino que se les daba la opción de participar o no, y la de elegir la cuenta de Twitter con la que querían hacerlo. Esto añade un problema, ya que la misma elección de hacer el experimento, de seguir una cuenta de Twitter y de cuál de ellas se quería seguir dependen de otras variables relacionadas con el nivel de educación, edad, grado de implicación política y las propias preferencias partidistas e ideológicas, entre las más obvias. Ahora bien, pese este problema, dicho experimento tiene una gran ventaja, se acerca más

a lo que ocurre en el mundo real con las redes sociales: las y los ciudadanos eligen y deciden si usar Twitter, y seguir a un determinado líder o no. De este modo, este experimento se acerca más a lo que ocurre en la realidad, pero, por otro lado, hace más complicado estimar qué efecto tiene Twitter en la polarización de cada entrevistado al no poder controlar la incidencia que puedan tener en esta relación causal las preferencias partidistas, ideología, y educación de cada entrevistado y entrevistada. Esto último, conocido técnicamente como endogeneidad, podría anular la validez de este tipo de experimentos: por ejemplo, no sabemos si la polarización se da porque el entrevistado ya estaba identificado con dicho partido, y por eso decide seguirlo durante el experimento, o si es consecuencia de la exposición a dichos discursos durante los días del experimento. Este problema tiene alguna solución que se tuvo en cuenta en dicho estudio a la hora de analizar los datos con una estrategia de análisis un poco más compleja que descuente los efectos o antecedentes de tal decisión. Pero de esto hablaré de nuevo hacia el final de este capítulo. Por mor de la simplicidad, la mayoría del capítulo reportará solamente la relación que existe entre el uso de redes sociales y la polarización, sin establecer una clara relación causal.

Por último, una gran ventaja de este estudio es que nos permite ver el efecto del contenido "polarizador concreto" de los mensajes en las redes, y no tanto basarnos en el simple análisis de la exposición de cada individuo a dichas redes, o el grado en el que las y los ciudadanos intercambian información cuando están en ellas. En otras palabras, no es lo mismo estar en Twitter intercambiando opiniones sin contenido polarizante, que hacerlo con una cuenta en donde proliferan mensajes de esta naturaleza. Finalmente, otra ventaja adicional de este estudio es que está basado en el análisis de cuentas de Twitter de los candidatos de los partidos a las elecciones europeas de 2019, que eran apenas conocidos por el gran público, lo que limita el efecto de polarización que se deba a la visibilidad y notoriedad de esos líderes en la esfera pública fuera de las redes sociales.

Apoyándome en los resultados de este estudio y de otros datos adicionales que voy a mostrar, argumentaré en las siguientes secciones de este capítulo que la exposición y contenido de Twitter

a determinadas cuentas partidistas no ejerce ningún efecto sobre la polarización afectiva, incluso cuando la autoselección individual basada en las preferencias políticas existentes produce una red homogénea de seguidores. Esta conclusión es cierta incluso cuando los entrevistados y entrevistadas siguen a los líderes radicales que muestran un mayor contenido polarizante. También lo es con independencia de lo activo que haya sido cada uno de las y los entrevistados en Twitter.

Las implicaciones de las conclusiones de este estudio son importantes, ya que España es un país que crecientemente utiliza las redes sociales para discutir o transmitir información, siendo uno de los 10 primeros países del mundo (35%) en el uso de este tipo de medios de intercambio de información[185]. Además, en los últimos años, todos los partidos políticos han utilizado las redes sociales como un importante mecanismo de comunicación, lo que ha sido especialmente notable con el auge de la derecha populista y radical (Vox) y de la izquierda (UP). Este tipo de partidos, con presencia en ascenso en España, son conocidos en las democracias contemporáneas por utilizar las redes sociales para atraer la atención y crear vías alternativas de difusión de sus presupuestos y mensajes[186].

Medios sociales, exposición selectiva

y polarización afectiva

Los medios de comunicación digitales se han convertido en la principal fuente de información en todo el mundo, mientras que la televisión y los periódicos convencionales siguen siendo los más fiables. Sin embargo, las redes sociales, como Facebook, Twitter y —más recientemente— WhatsApp, se han consolidado cada vez más como mecanismo de comunicación política principal, especialmente entre los jóvenes[187]. Por lo tanto, la posibilidad de interacciones directas con representantes, partidos y celebridades[188], y las discusiones sobre política entre compañeros, amigos, y familiares[189] han reducido el clásico papel de gatekeeping de los medios de comunicación convencionales.

En este sentido, la mayor parte de la literatura ha identificado las redes sociales como un mecanismo de discusión e intercambio de opiniones que genera polarización y difusión de la retórica populista[190], ensalza la ira y la ansiedad[191], postula opiniones antiliberales contra las instituciones y los principios democráticos[192], apoya los ataques personales a los oponentes políticos basados en información falsa[193] y potencia el discurso radical, como la incivilidad o el discurso de odio[194]. Además, investigaciones recientes en escenarios con sistemas multipartidistas muestran una alta polarización en los medios entre quienes apoyan a los partidos extremos o radicales[195]. Esto se atribuye a que los partidos populistas y radicales de derecha (PRD)[196] son más propensos a emplear mensajes negativos con una mayor carga emocional, aumentando así la polarización afectiva a través de las redes sociales[197]. Este hecho refleja las estrategias comunicativas de estos nuevos partidos, que adoptan comunicaciones más agresivas y desafiantes en un intento de nivelar el campo de la competencia atrayendo la atención hacia sus perfiles en las redes sociales, dado que inicialmente son menos conocidos o tienen una menor

notoriedad[198].

Ahora bien, en España, aunque el comportamiento homófilo parece ser el resultado modal cuando se trata de buscar información, esa homogeneidad no parece tener el mismo efecto polarizador, al menos en lo que hace referencia a los medios digitales[199]. Como han manifestado estudios recientes, este efecto, incluso en las redes sociales, es mucho más difuso entre quienes son ideológicamente afines o tienen preferencias moderadas[200].

En general, los resultados contradictorios y no concluyentes en torno a este tema podrían ser la consecuencia de que la mayor parte de esta literatura tiende a pasar por alto la motivación que subyace a la necesidad de buscar y consumir información tanto en favor como en contra de las opiniones de cada ciudadano. En concreto, se obvia la motivación individual por la que los individuos deciden acudir a dichas redes para buscar foros de información o discusión, siendo la identificación con un grupo partidista específico el factor fundamental de dicha motivación[201]. Esta es ciertamente responsable de la creación de comunidades de discutidores afines ("cámaras de eco") y de la exposición selectiva partidista que genera entre aquellos que las usan[202]; sin embargo, es cuestionable que todo ello resulte en un caldo de cultivo para el extremismo que fomente una mayor polarización a nivel individual[203]. Por ello, dejando a un lado el problema de la "burbuja de filtros" que se genera con los algoritmos, los efectos de las redes sociales en la polarización individual también podrían estar muy condicionados por los mismos factores que dan lugar a la decisión individual de exponerse a comunidades de discutidores afines. A este respecto, destacarían lazos sociales y el sentido de pertenencia que las y los ciudadanos comparten con determinados grupos que se alinean o desafían sus creencias. De este modo, la mayoría de los individuos que siguen a los discutidores afines o a los foros afines en redes sociales podrían limitarse a mantener sus creencias existentes en lugar de acrecentar o reafirmar (polarizar) sus opiniones políticas[204]. Esta noción es particularmente cierta para los individuos con altos niveles de motivación para buscar más información, lo que, por tanto, aumenta su necesidad de validación y su mayor grado de motivación a la hora de buscar argumentos en defensa de sus preferencias partidistas, limitando el efecto de dicha

exposición en la polarización, especialmente para las opciones partidistas más radicales o extremistas[205].

Esto significa que los mensajes partidistas dentro del grupo afín a los contenidos de determinados medios sociales —es decir, los mensajes de los candidatos de los partidos cuyas plataformas se alinean con las preferencias de un individuo— podrían no influir en la polarización afectiva. Algo que incluso pasa entre una minoría de individuos partidistas más activos en Twitter[206]. En otras palabras, a pesar de la presencia de algunas pruebas (no concluyentes) sobre el vínculo entre el consumo de medios de comunicación afines y la polarización, el efecto real de la exposición a redes sociales partidistas podría tener un efecto más limitado del esperado.

Por último, aunque los estudiosos han argumentado que los discursos de las élites generan una política con un alto componente afectivo[207], la investigación sobre la conceptualización y la medición del tipo de contenido que produce dicha polarización en las redes sociales es escasa[208]. Los partidos y las élites no solo comparten ideas y formas de hablar sobre ellas (es decir, discursos) en las redes sociales, sino que también promueven formas particulares de sentir las diferentes identidades partidistas y los votantes[209]. Los políticos que pueden encarnar y expresar sentimientos que resuenan en amplios sectores del electorado o que saben cómo influir en los votantes a nivel afectivo suelen tener mucho éxito. Pero, en el fondo, se desconoce si esas "prácticas afectivo-discursivas" de los portavoces de un partido en las redes sociales reflejan las prácticas de sus simpatizantes, y viceversa, ya que una podría reforzar a la otra, conduciendo a una creciente escalada verbal[210].

Efectos del uso declarado de Twitter

en la polarización

En esta sección voy a detallar algunos datos básicos sobre la relación existente a nivel individual entre el uso declarado de Twitter y la polarización afectiva usando algunas de las preguntas que al respecto se incluyeron en diversas olas del citado estudio E-DEM. La tabla 7.1 muestra la relación de tener una cuenta de Twitter y si esta se utilizó durante la campaña electoral de abril de 2019 con los diversos indicadores de polarización afectiva que he venido utilizando. Como puede apreciarse nítidamente, los niveles de polarización entre los que usan Twitter y los que no lo hacen es claramente semejante. Solamente puede observarse un leve aumento de los sentimientos hacia los otros partidarios cuando se utiliza esta red social durante la campaña, pero este incremento es muy menor y no es estadísticamente significativo.

Tabla 7.1

Polarización afectiva según el uso declarado de Twitter

	Utiliza Twitter		Utiliza Twitter durante la campaña*	
	No	Sí	No	Sí
Polarización afectiva	4,3	4,5	4,3	4,9
Sentimientos hacia otros grupos	6,3	6,2	6,2	6,3
Sentimientos hacia el grupo propio	7,6	7,8	7,6	8,1
N	527	840	498	342

*Esta pregunta solo se efectuó en la tercera ola, durante el desarrollo de la c

Podría pensarse que esta relación sea más clara entre aquellos que utilizan su cuenta de Twitter con una mayor frecuencia o incluso entre aquellos que son realmente activos en esa red social. Sin embargo, las tablas 7.2 y 7.3 muestran que este no es el caso. En la primera puede apreciarse la nula variación que se produce en todos los indicadores de polarización y las diferentes categorías que miden la frecuencia de su uso. En la segunda, que enseña la relación de estos mismos indicadores de polarización con la ejecución de diversas actividades en Twitter, también puede observarse que esta relación es mínima y solamente se da con los sentimientos negativos hacia los otros partidarios, y, además, no es estadísticamente significativa. Esta conexión no se produce ni siquiera cuando el entrevistado declara ser especialmente activo, o bien difundiendo mensajes o noticias en su cuenta o, incluso, cuando afirma haber formado parte activa de una campaña viral con mensajes irónicos o difusión de memes en Twitter.

Tabla 7.2

Polarización afectiva y frecuencia del uso en Twitter

	Frecuencia del uso de Twitter			
	Nunca	Una vez al mes o menos	Varias veces al mes	Semanalmente o más
Polarización afectiva	3,8	3,9	3,8	3,9
Sentimientos hacia otros grupos	6,4	6,4	6,4	6,5
Sentimientos hacia el grupo propio	7,0	7,2	7,1	7,1
N	91	251	210	707

Fuente: E-DEM, ola 1.

Ahora bien, puede ser que estos efectos no sean visibles al no tener en cuenta el grado de afinidad que existe en la percepción del contenido de las cuentas que se siguen en dicha red. En este aspecto, sí que los datos muestran algo de relación. En concreto, puede observarse que, cuanto más se percibe que existe una discrepancia de contenidos de dichas redes, menos negativos son los sentimientos hacia los otros (polarización interpartidista), como evidencia una correlación negativa de –0,11. Esto se traslada a una disminución general de la polarización afectiva, con una correlación semejante de –0,12 (ambas significativas). Ahora bien, esta relación parece no estar presente con los sentimientos hacia las y los partidarios del propio grupo (polarización intrapartidista).

Tabla 7.3

Polarización afectiva y tipo de activismo en Twitter

	Retuitear		Difundir		Participar en campañas virales	
	No	Si	No	Si	No	Si
Polarización afectiva	3,8	4,7	3,6	4,8	3,6	4,7
Sentimientos hacia otros grupos	6,3	6,8	6,2	6,8	6,3	6,8
Sentimientos hacia el grupo propio	7,0	7,5	6,9	7,5	7,0	7,4
N	1886	207	1518	548	1612	428

Fuente: E-DEM, ola 3.

Por tanto, y en un análisis inicial, parece ser que la actividad en una de las redes sociales más importantes, Twitter, no parece tener relación con el grado de polarización entre los individuos. A lo sumo, parece que podría generar una mínima disminución de los sentimientos negativos hacia las y los partidarios de los otros grupos cuando el entrevistado ha estado expuesto a una mayor discrepancia de contenidos en ella. Aun así, ni siquiera sabemos en qué dirección causal puede ir dicha relación (los menos polarizados podrían buscar una mayor diversidad de contenidos en Twitter. Además no sabes si dicha relación se debe a la conjunción de otros factores que podrán influir en la relación entre ambos, como el nivel de educación, por ejemplo. Para abordar este asunto con la profundidad y complejidad que requiere, en las siguientes secciones presento y discuto el diseño y resultados del experimento de encuesta del que he hablado al inicio de este capítulo.

El diseño del experimento de encuesta

En la sección anterior he expuesto que el efecto de las redes sociales es escaso y, además, no se conoce con exactitud cuál es la causa y el efecto de esta relación: los individuos polarizados pueden ser los que buscan estas redes para reafirmar sus propias opiniones. Asimismo, existen dos problemas con lo mostrado en el apartado anterior. Primero, estos datos se basan en preguntas retrospectivas respecto de comportamientos en la red. Esas preguntas son problemáticas, ya que es difícil para el entrevistado recordar su actividad diaria en Twitter y hacer un resumen mental de dicha actividad. Pero, adicionalmente, desconocemos si el efecto que pueda apreciarse se deba no tanto al uso activo de las redes sociales, sino a la exposición directa al contenido polarizante que los líderes de los partidos puedan verter en dichas redes, especialmente entre los partidos más radicales y populistas.

Para desentrañar este asunto, desarrollé y analicé con Javier Lorenzo los resultados de un cuasi experimento con los participantes de esta misma encuesta[211]. En él se distribuyó a los participantes de la encuesta E-DEM ya mencionada en dos grupos: a) un grupo de control, que indicó su negativa a exponerse a algunas cuentas de Twitter (porque, en muchos casos, no eran usuarios de Twitter); b) un segundo grupo que siguió algunas cuentas de Twitter durante al menos tres días, dentro de un periodo total de siete días (del 17 al 24 de mayo de 2019). Todos los participantes, tanto si aceptaron como si rechazaron seguir a alguna cuenta de Twitter, completaron el cuestionario de la encuesta incluyendo las preguntas sobre sentimientos hacia los distintos votantes que utilizamos para medir la polarización afectiva. Los controles posteriores nos permitieron identificar a los entrevistados que inicialmente aceptaron participar, pero no cumplieron con el experimento (seguir alguna cuenta de Twitter), siendo asignados al primer grupo de control.

Además, capturamos la actividad en internet de cada encuestado 15 días antes de la jornada electoral con, como ya he explicado, un medidor pasivo o rastreador de comportamiento, que cada panelista de nuestra muestra instaló en respuesta a nuestra invitación. Esta tecnología nos permitió capturar y medir la actividad de cada encuestado en internet, cubriendo el periodo durante el cual los encuestados fueron invitados a participar en una de las diferentes cuentas de Twitter; de este modo, creamos dos variables adicionales para cada encuestado. La primera variable representa el tiempo total (en segundos) que cada encuestado pasó en Twitter durante los 15 días anteriores a las elecciones, y también abarca los días del trabajo de campo y el periodo de 7 días que se concedió a los participantes para seguir una cuenta de Twitter para el experimento. La segunda variable mide la media diaria, en segundos, que cada participante empleó en Twitter, pero solo durante los días en que fueron invitados a participar. Estas variables son indicadores únicos y fiables para medir el tiempo que los encuestados pasaron en Twitter, aportando una buena información para conocer el cumplimiento real del experimento y la exposición de cada entrevistado a una determinada cuenta de Twitter.

Tabla 7.4

Información sobre comportamiento real de los entrevistados en Twitter

	Grupo de control (no participantes)	Aceptaron y declararon	Aceptaron y declararon
Tiempo total en Twitter durante los 15 días en los que realizó el estudio (en	232,9	1.082,1	1.588,4
Tiempo medio por día en Twitter (en segundos)	37,5	129,2	160,6
N	913	240	906

Fuente: E-DEM. Elaboración propia basada en los datos recogidos mediante

La tabla 7.4 muestra todos estos datos para todos los encuestados. Los que no aceptaron nuestra invitación a participar en el experimento revelan un tiempo de exposición a cualquier cuenta de Twitter considerablemente bajo en promedio. Además, las diferencias en el tiempo dedicado a Twitter entre los que cumplieron el experimento y los que no lo hicieron son notables (casi un 47% más en el tiempo total y un 24% más en la media diaria, respectivamente), lo que demuestra la validez interna del experimento.

Evidentemente, esta tecnología presenta varias limitaciones metodológicas a la hora de captar las actividades de todos los encuestados en Twitter[212]. Sin embargo, puede afirmarse que la submuestra de usuarios de Twitter captada por el medidor de la actividad en internet constituye una buena estimación del tiempo de exposición de los encuestados para toda la muestra. Como muestra esa misma tabla 7.4, el 79,1% de los encuestados que declararon en la encuesta tener una cuenta en Twitter registraron, mediante este medidor de actividad en internet, un tiempo total dedicado a la red social de 1.485,2 segundos durante el trabajo de campo (cerca de unos 25 minutos). Los encuestados que respondieron lo mismo en esta pregunta, pero que también declararon cumplir el experimento en las comprobaciones posteriores al tratamiento, registraron un total de 1.588,4 segundos. Estos datos validan esta medida como un buen indicador global del grado de exposición real de los distintos entrevistados a las cuentas de Twitter a las que decidieron seguir tras nuestra invitación.

Por último, los participantes en el experimento fueron asignados aleatoriamente a seguir uno de los dos tipos de cuentas de Twitter. A un grupo de 457 entrevistados se le invitó a seguir una cuenta de Twitter que pertenecía a los principales candidatos y candidatas de cinco partidos nacionales y cuatro partidos regionales/nacionalistas (coaliciones), que se presentaban al Parlamento Europeo en 2019. Como placebo, a otro grupo de 448 entrevistadas y entrevistados seleccionados, de manera aleatoria, se les invitaba a escoger una de una lista de cuatro cuentas institucionales que contaban con contenidos e información sobre la Unión Europea. Este grupo

constituye la base para evaluar entre los entrevistados los efectos medios del tratamiento (ATT) a las cuentas de los políticos con contenidos más o menos polarizantes. La lista de cuentas de Twitter y el número de entrevistados que siguieron las distintas cuentas se proporcionan en la tabla 7.5.

Tabla 7.5

Composición de los grupos del tratamiento

Los que siguieron las cuentas de políticos	Número total de entrevistados
Vox (Buxadé)	42
Partido Popular-PP (Montserrat)	51
Ciudadanos-Cs (Garicano)	60
Unidas Podemos-UP (Rodríguez Palop)	94
Partido Socialista Obrero Español-PSOE (Borrell)	133
Esquerra Republicana de Catalunya-ERC (Junqueras)	24
Junts per Catalunya-JxCat (Puigdemont)	29
Compromís (Sebastiá)	23
Partido Nacionalista Vasco-PNV (Izaskun Bilbao)	
Número total	457
Oficina Española del Parlamento Europeo	201
Cuenta del Parlamento Europeo (en español)	87
Comisión Europea en Madrid	36
Euronews en español	124
Número total	448

Fuente: Base de datos E-DEM.

La actividad en Twitter de las cuentas de los candidatos políticos y de las instituciones de la UE se recopiló a través de la interfaz de programación de aplicaciones de transferencia de estado representativa (REST API) de Twitter. Los resultados que se presentan en esta tabla reflejan la actividad de las cuentas de los candidatos y de las instituciones entre el 17 y el 24 de mayo de 2019, contabilizando la última semana de la campaña. En total, los políticos y las instituciones publicaron 2.211 tuits y retuits (RT) (1.774 y 437, respectivamente). Candidatos nuevos y menos conocidos, como los líderes del Partido Nacionalista Vasco (PNV) y de Compromís, tuitearon o retuitearon 45,3 y 97,7 veces al día, respectivamente (la mayoría de ellos RT), mientras que el líder del partido independentista catalán Esquerra Republicana de Catalunya (ERC) fue el menos activo con 4,7 tuits o retuits al día.

Análisis del contenido

de las cuentas de Twitter

Con toda esta información procedimos en este trabajo a clasificar los tuits que expresan sentimientos contra otros partidos, y también sentimientos pro o anticatalanes o españoles. En este apartado simplemente voy a hablar y reproducir la información que se publicó con respecto a los sentimientos acerca de los otros partidos. De este modo, creamos una variable binaria que contabiliza las expresiones polarizantes, codificando como 1 cualquier mención explícita o implícitamente negativa de otro partido político o de sus miembros. Las dos primeras columnas de la tabla 7.6 contienen el número total de sentimientos polarizantes contra los otros partidos y su porcentaje sobre el total de tuits.

Tabla 7.6

Análisis de sentimientos respecto de otros partidos contenidos

en los tuits de los líderes políticos e institucionales en mayo de 2019

Cuentas de Twitter	Número total de Tuits antipartidistas	
	Total	%
Cuentas institucionales		
Euronews en español	0	0,0
Comisión Europea en Madrid	0	0,0
Parlamento Europeo (en español)	0	0,0
Oficina Española del Parlamento Europeo	0	0,0
Cuentas de líderes		
Oriol Junqueras (ERC)	16	42
Carles Puigdemont (JxCat)	27	34,6

Dolors Montserrat (PP)	80	26	32,5
Jorge Buxadé (Vox)	80	31	28,4
Luis Garicano (Cs)	62	17	27,4
María Eugenia Rodríguez Palop (Unidas Podemos)	48	23	15,5
Jordi Sebastià (Compromís)	78	93	11,9
Josep Borrell (PSOE)	114	12	10,5
Izaskun Bilbao (PNV)	36	37	10,2

*Datos recogidos a través de la API REST de Twitter de las cuentas de Twitt

Como puede apreciarse en dicha tabla, los líderes cuyas cuentas de Twitter contenían los mayores porcentajes de mensajes en contra de otros grupos partidistas y sus partidos fueron los de ERC, JxCat, PP, Vox y Cs. Teniendo en cuenta esta información, cabría esperar que los participantes expuestos a estas cuentas de Twitter mostraran mayores niveles de polarización afectiva partidista.

Los efectos directos de la exposición

a Twitter

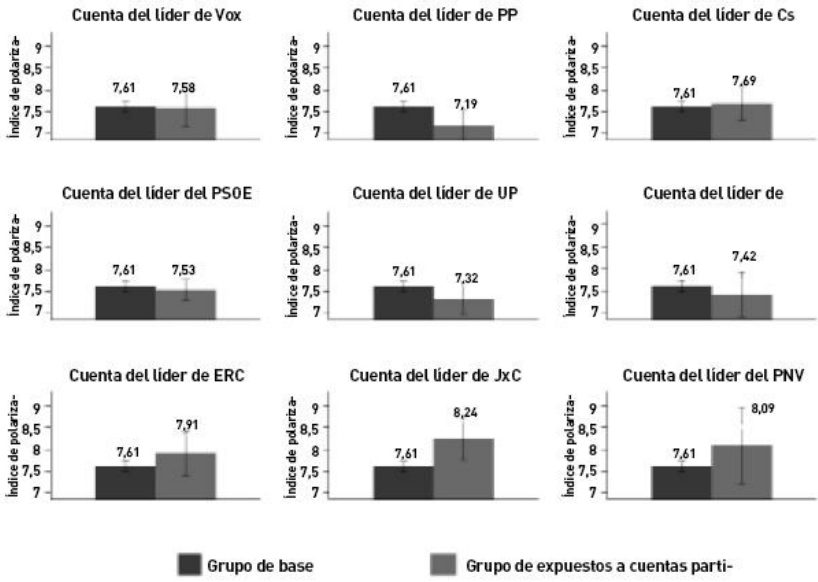
El gráfico 7.1 reproduce los sentimientos hacia los otros partidos (polarización intergrupo) por dos grupos de entrevistados: aquellos que siguieron la cuenta de un determinado líder político y el grupo de control, constituido por todos aquellos que estuvieron expuestos a cuentas de Twitter de naturaleza institucional (placebo). Esta diferencia en la media entre los dos grupos es conocida en la literatura experimental como los efectos medios del tratamiento (Average Treatment effect of the Treated, ATT) entre los dos grupos de individuos que han sido sometidos al experimento. Este gráfico parece confirmar que el contenido negativo hacia otros grupos de partidarios y partidarias entre los seguidores de los distintos candidatos y candidatas en Twitter no supuso un grado de polarización afectiva mayor que aquellos que simplemente fueron expuestos a una de las cuatro cuentas de Twitter institucionales. Esto se observa en varios hechos. Primero, en la ausencia de diferencias significativas entre los tratados y el grupo de control (las líneas verticales representan los intervalos de confianza y, como puede observarse, siempre cruzan las medias de los otros grupos). Segundo, los ATT para las cuentas de JxCat (8,24), PNV (8,09) y ERC (7,91), que tienen los mensajes más polarizantes, son un poco mayores, pero la diferencia con respecto al grupo de control en el grado de polarización tampoco es estadísticamente significativa. Estos resultados parecen cuestionar la incidencia en la polarización afectiva de la exposición individual a contenidos antipartidistas que se observan en las cuentas de Twitter de los distintos líderes políticos.

El tipo de diseño de experimento de encuesta presentado aquí refuerza la validez ecológica del experimento, ya que captura de forma más realista los efectos de la comunicación política[213], especialmente los del uso de Twitter, sobre la polarización afectiva:

la exposición a estos medios no es aleatoria ni pasiva, sino un acto deliberado de ser expuesto a dicha información. Sin embargo, este diseño plantea algunas cuestiones metodológicas importantes que ya he comentado. Para empezar, la aceptación de los participantes de colaborar en el experimento, cumplirlo y exponerse a diferentes cuentas de Twitter depende de muchos factores que son anteriores y preceden a la decisión de participar en el experimento y de seleccionar una cuenta partidista determinada. Como puede verse en la primera columna de la tabla 7.7, existe una relación muy marcada en el posicionamiento ideológico medio del entrevistado y la cuenta de Twitter que cada entrevistado decide seguir en el experimento. Esto se confirma en la segunda columna, en donde se muestra el porcentaje de la identificación partidista de cada entrevistado con el líder al que siguen en Twitter. En suma, el llamado efecto de "cámara de eco" es claramente marcado entre los españoles y es producto de sus preferencias partidistas e ideológicas. Algo que contrasta claramente cuando se trata de seleccionar solamente cuentas institucionales (parte superior del gráfico 7.1).

Gráfico 7.1

Efectos medios del tratamiento (ATT) en los sentimientos hacia los grupos de partidarios contrarios (polarización afectiva intergrupo)



Fuente: Base de datos E-DEM.

Ahora bien, eso significa que los ATT que se han presentado en el anterior gráfico 7.1 podrían ser el producto de otros factores que condicionan la misma decisión de someterse a un experimento e incluso de seleccionar un determinado candidato frente a otro. Evidentemente, y como consecuencia, estos ATT se encuentran alejados de los estándares requeridos para considerarlos iguales a los efectos de tratamiento promedio del muestreo (SATE)[214]; es decir, lejos de considerar que esos valores representan el efecto real de Twitter en la polarización afectiva para toda la población general. Sin embargo, en este mismo estudio que hicimos, y del que he ido reproduciendo alguno de sus resultados, analizamos un modelo más complejo que tiene en cuenta este problema y que, además, utiliza el grupo de no expuestos a las cuentas de Twitter como grupo de control. Este no es el lugar de discutir y mostrar los resultados de este modelo por su complejidad, pero sus resultados confirman de nuevo el nulo efecto en el grado de polarización afectiva manifestado por los españoles debido a la exposición de los entrevistados/as a la información contenida en cuentas de Twitter

partidistas con contenidos polarizantes.

Tabla 7.7

Preferencias ideológicas e identificación partidista entre los usuarios de Twitter

Cuentas	Posición media en la escala ideológica	Identificación partidista (%)
Euronews	3,60	20(UP)
Comisión Europea en Madrid	3,91	26(PSOE)
Parlamento Europeo (en castellano)	3,57	26(UP)
Oficina Española del Parlamento Europeo	4,20	24(PSOE)
Oriol Junqueras (ERC)	3,12	71(ERC)
Carles Puigdemont (JxCat)	3	53(JxCat)
Dolors Monserrat (PP)	6	60(PP)
Jorge Buxadé (Vox)	5,8	74(Vox)
Luis Garicano (Cs)	5,31	83(Cs)
María Eugenia Rodríguez Palop (UP)	2,37	50(UP)
Jordi Sebastiá (Compromís)	3,38	41(UP)
Josep Borrell (PSOE)	3,77	71(PSOE)
Izaskun Bilbao (PNV)	3,54	n.i.
Grupo de control (no participantes)	4,20	

Fuente: Base de datos E-DEM.

Conclusión

Este capítulo surge de la ambición de contribuir al debate sobre el efecto de las redes sociales en la polarización afectiva. Más concretamente, pretende arrojar algo de luz sobre los efectos de la exposición a los discursos antipartidistas vertidos por las élites políticas sobre los usuarios de Twitter. Los resultados que se presentan, y que proceden en su mayoría de un estudio efectuado con anterioridad[215], se alinean con los de investigaciones anteriores[216] que apuntan a un impacto menor o inexistente en la polarización afectiva para los individuos expuestos a discursos polarizadores provenientes de las cuentas de los distintos candidatos de los partidos. Algo que parece ser así incluso entre los participantes más polarizados y activos en esta red social. Por lo tanto, aunque el patrón modal de los individuos, al menos como primera opción, es confiar en foros de información o de intercambio de opiniones afines que existen en las redes sociales, los resultados confirman la "teoría del efecto limitado de los medios"[217] para las redes sociales, ya que parece que principalmente actúan como "reforzadores" o "sostenedores" de las creencias preexistentes de los individuos, pero no como desencadenantes o potenciadores de la polarización afectiva.

Así, este estudio contribuye a este debate en diversas direcciones. El estudio evalúa el efecto muy limitado o nulo de los contenidos polarizadores que se encuentran en las cuentas de Twitter de las élites políticas sobre los niveles de polarización de la ciudadanía expuesta a estos mensajes[218]. Además, razono que este efecto nulo observado de los contenidos potencialmente polarizantes que se dan en las redes partidistas se debe al hecho de que las motivaciones individuales que explican la necesidad de consumir y buscar dicha información[219] están relacionadas ya de antemano con las preferencias partidistas e ideológicas y el mismo grado de polarización de cada individuo, un patrón también observado para la exposición a otros medios de comunicación partidistas[220]. Por

todo ello, tal vez me gustaría concluir diciendo que sobre este tema la mayoría de los investigadores nos formulamos la pregunta equivocadamente. Tal vez, en lugar de cuestionarnos el efecto de las redes sociales en la polarización, la pregunta sería, más bien, qué es lo que hace que todos los polarizados acaben acudiendo a las redes sociales para exponer sus puntos de vista y sus argumentos.

Capítulo 8

La discusión política y la polarización afectiva

Este capítulo se centra en el estudio de la posible relación entre la polarización afectiva y la discusión política interpersonal en redes informales. En concreto, trata de mostrarse si la discusión política entre interlocutores con puntos de vista distintos o semejantes favorece o no la polarización afectiva. En las páginas siguientes trato de evaluar la relación entre las conversaciones interpersonales y la polarización afectiva en entornos no virtuales, y compararla con la que se observa con las que tienen lugar en las redes sociales, en donde crecientemente tienen lugar estas discusiones, al menos entre los más activos políticamente[221]. A diferencia de lo estudiado en el capítulo 6, en el que indagué si estar expuesto o no a mensajes de polarización en redes sociales partidistas generaba o no polarización, en el presente discuto y muestro si la discusión política en dichas redes genera una relación peculiar con la polarización que no se observe cuando se discute de política cara a cara con las personas más allegadas.

La discusión política y la polarización

Las preocupaciones sobre cómo las redes de discusión personales afectan las opiniones políticas individuales son anteriores al surgimiento de las redes sociales virtuales[222]. El hecho de que las y los ciudadanos en democracia tiendan a aproximarse a individuos o grupos de discutidores o a buscar fuentes de información próximas semejantes a sus puntos de vista ideológicos o partidistas es un problema ya señalado entre los expertos con mucha anterioridad a la llegada de las redes sociales virtuales[223]. Así, ya es muy conocido que las redes de discusión personal tienden a la homogeneidad política, especialmente para las personas para quienes la política es importante[224], lo que resulta en la presencia de "cámaras de eco" de discutidores homogéneos desde el punto de vista ideológico o partidista. Sin embargo, pese a la proliferación de estudios que demuestran que las personas tienen una propensión a preseleccionar a los discutidores de su misma ideología o con preferencias próximas, en una búsqueda del refuerzo o en un intento de evitar el desafío que supone tener que estar expuesto a puntos de vista diferentes[225], lo cierto es que las redes personales en donde las y los ciudadanos se mueven a menudo albergan desacuerdos sustanciales[226], especialmente cuando el alcance de la red se amplía para incluir a personas menos próximas con vínculos personales más débiles[227].

Entonces, ¿cuál es el efecto sobre la polarización afectiva de los intercambios interpersonales con ciudadanos y ciudadanas con diferentes puntos de vista o preferencias partidistas? Existe una escuela en favor del efecto positivo de la deliberación[228] que, en línea con la tradición intelectual propiciada por los trabajos de Hannah Arendt[229] y Jürgen Habermas[230], argumenta que el intercambio de puntos de vista disímiles tiene una importante función social y democrática[231]. De acuerdo con este argumento, mientras que las personas de ideas afines reforzaban las propias opiniones de los individuos como resultado de estos intercambios,

la discusión de ideas sobre problemas concretos desde diferentes puntos ideológicos podría ayudar a crear un terreno común de entendimiento razonable/racional y a propiciar el acercamiento de los distintos puntos de vista[232]. Con base en esta lógica, algunos académicos incluso han razonado que la mera exposición a opiniones opuestas (desacuerdo) modera las actitudes políticas al promover el "razonamiento reflexivo" (definido como una cuidadosa consideración e integración de perspectivas múltiples y opuestas) mitigando la polarización política[233].

Sin embargo, este argumento podría ser completamente diferente cuando se trata de la polarización afectiva. Este tipo de polarización, que, como se ha venido discutiendo, se considera un subproducto de la formación de la identidad social partidista, implica la clasificación de las y los ciudadanos conforme a los sentimientos generados en torno a esas identidades que podría extenderse a las interacciones políticas diarias. En estas circunstancias, las personas tienden a confiar en heurísticas intuitivas o de fácil acceso, hasta llegar a decisiones más acordes con los valores subyacentes del grupo y las emociones básicas vinculadas a ellos, y descuidar la posibilidad de un razonamiento que induzca a la reflexión durante los intercambios de comunicación[234].

Siguiendo la misma lógica, el intercambio de información entre grupos políticamente homogéneos puede hacer que las actitudes se desplacen hacia el extremo debido a la comparación social y el sesgo de confirmación que pueden provocar. Cuando las personas de ideas afines son parte del mismo grupo tienden a alterar su comportamiento de tal manera que incitan a otros miembros del grupo a verlos bajo una luz más favorable y, en consecuencia, tienden a ajustar las actitudes que tenían previo al intercambio. Ello se debe a que lo perciben como la posición dominante del grupo, lo que refuerza sus propias identidades sociales partidistas y contribuye al crecimiento de los sentimientos favorables hacia los integrantes del propio grupo partidista[235].

Pero esto también podría ocurrir con aquellas actitudes más antagónicas expresadas hacia los miembros de otros grupos. La exposición a tales opiniones negativas hacia "los otros" puede llevar

a los miembros del grupo a converger hacia opiniones que son más extremas de lo que eran inicialmente y muy en desacuerdo con las sostenidas por los grupos externos. En consecuencia, la comunicación entre grupos homogéneos tiende a reforzar creencias preestablecidas, lo que se traduce en una mayor polarización.

Por otro lado, y al contrario de lo que sucede con la polarización ideológica, es posible que cualquier tipo de discusión interpersonal con miembros de otros partidos tenga una relación positiva con los sentimientos negativos hacia los otros grupos de partidistas. Como han señalado los psicólogos sociales[236], el procesamiento de información contraria a las preferencias preexistentes puede ser un desafío cognitivo y emocional que activa las emociones y el mecanismo de razonamiento motivado subyacente. De este modo, la información consonante generalmente se percibe como tranquilizadora y "segura", mientras que la información disonante tiende a provocar sentimientos de incomodidad, como frustración, ira o inseguridad[237]. Las respuestas afectivas asociadas con los intercambios transversales pueden generar una necesidad inadvertida de racionalizar el rechazo de las fuentes de información describiéndolas como antipáticas, hipócritas o poco confiables[238]. Por lo tanto, podría argumentarse que cualquier intercambio transversal con discutidores externos al propio grupo partidista podría haber contribuido tanto al crecimiento de relaciones afectivas hacia el propio grupo partidista como al de las relaciones negativas hacia el resto de ellos, propiciando un aumento de la polarización afectiva en general.

La discusión en Twitter

y la polarización afectiva

Se ha argumentado de manera creciente que la llegada de las redes sociales e internet ha aumentado la tendencia a crear redes "homofílicas de discutidores" que podrían estar reforzando cada vez más la polarización afectiva[239]. Esto se supone que ocurre, por un lado, por el desarrollo de algoritmos que, de manera creciente, personalizan nuestro entorno de noticias e información mediante la creación de "burbujas filtradas", favoreciendo todavía más la proximidad social y personal con los integrantes de nuestro propio grupo partidista[240]. Además, esto podría ser nuevamente el resultado de una preselección de las y los ciudadanos basada en la proximidad ideológica o partidaria que las nuevas tecnologías facilitan, lo que permite, en mayor medida, evitar la incomodidad de exponernos a ideas u opiniones opuestas o a brindar la posibilidad de elegir qué personas e información queremos recibir.

Por otro lado, las discusiones políticas en línea ocurren en entornos que difieren notablemente del que se da en las discusiones personales cara a cara. Como ha argumentado Matthew Barnidge, "las redes sociales mejoran la percepción de la diferencia, y los contactos interpersonales en estos entornos generalmente se califican menos positivamente que los contactos interpersonales en la comunicación cara a cara"[241], lo que podría distorsionar el procesamiento cognitivo de la información, "inflando" los "afectos" hacia los integrantes de nuestro grupo partidista y los "odios" hacia el resto de las y los partidarios de los otros partidos[242]. Adicionalmente, las redes sociales facilitan el contacto fortuito con personas menos próximas y cuyas preferencias desconocemos en mayor grado (los llamados "contactos con lazos débiles"), lo que probablemente exponga a los individuos a diferentes puntos de vista políticos, propiciando unos efectos previsiblemente mayores en los niveles de polarización.

Finalmente, como ha señalado Pablo Barberá[243], existen algunas características centrales de las plataformas de redes sociales, como "la fusión de contenido social y político, la ubicuidad de la retroalimentación social, la capacidad de inferir fácilmente las opiniones de otros usuarios y su identidad política, los incentivos para usar contenidos incendiarios para captar la atención de la gente", que podrían exacerbar el tipo de procesos psicológicos que subyacen a la relación existente entre intercambios comunicativos y polarización afectiva. De hecho, hay ya estudios experimentales que muestran que la exposición al desacuerdo político en redes sociales aumenta la polarización política[244]. Entonces, ¿es posible que el efecto de los intercambios interpersonales a través de las redes sociales exacerbe por sí solo la relación que pueda darse entre la discusión política y la polarización afectiva?

La discusión política interpersonal

y la polarización afectiva

En esta sección, voy a hacer una estimación de la relación existente entre discutir de política con otras personas (incluidas familia y amistades) y el nivel individual de polarización afectiva. Inicialmente, voy a utilizar los datos de una pregunta del estudio E-DEM, ya citado, en la que se examinaba la frecuencia con la que el entrevistado discute de política con otras personas. En este caso, voy a fijarme en los datos de la tercera ola (abril de 2019), momento en el cual la polarización generada por la aparición de Vox había ya cristalizado. Según estos datos, los españoles discutimos de política con una cierta frecuencia, ya que el 38% dice que nunca lo hace o, como mucho, una vez al mes. En cambio, el porcentaje que lo hace varias o más veces al mes supone el 44,5%.

Pero ¿qué relación existe entre la frecuencia de discutir de política y la polarización afectiva? En la tabla 8.1, muestro la media de varios indicadores de polarización según la frecuencia de discusión política. Los datos de esa tabla muestran que apenas existe un pequeño aumento de la polarización entre aquellos que discuten con más frecuencia, tanto respecto de los sentimientos positivos y de afinidad hacia los integrantes de propio grupo de partidistas como respecto de aquellos de hostilidad que se albergan hacia los grupos partidistas contrarios. Estos incrementos no solo son pequeños y de escasa significación, sino que, y lo que es más importante, no sabemos si se deben a que los que discuten más se polarizan o a que los polarizados tienen una mayor propensión a discutir.

Tabla 8.1

Polarización afectiva según la frecuencia de discusión política

	Frecuencia de discusión política		
	Nunca o menos de una vez al mes	Una o varias veces al mes	Una o varias veces a la semana
Polarización afectiva	4,1	4,2	4,8
Sentimientos hacia otros grupos (polarización intergrupo)	6,2	6,2	6,3
Sentimientos hacia el grupo propio (polarización intragrupo)	7,4	7,6	8,0
N	458	417	490

Fuente: E-DEM, ola 3.

De todos modos, resulta interesante poder explorar si la coincidencia de opiniones con los otros individuos genera o no polarización. En la literatura comparada, esta cuestión se aborda preguntando a los entrevistados sobre el grado de acuerdo o desacuerdo con aquellos con quien se discute[245]. Siguiendo esta línea de investigación, este estudio incluye dos preguntas en las que se pide al entrevistado la medida en que está de acuerdo o en desacuerdo con las opiniones vertidas durante dichas discusiones.

Los resultados de la tabla 8.2 muestran la relación entre estas variables y el grado de polarización. Estos resultados invitan claramente a cuestionar que exista una relación entre ambas. Por un lado, parece claro que las "cámaras de eco" (resultado de una mayor tendencia a elegir como interlocutor aquellos que opinan de un modo parecido) tienen una relación positiva con la polarización afectiva entre los españoles. A lo sumo, estas hacen aumentar, y de manera muy leve, los sentimientos de afinidad hacia el propio grupo de partidarios. Por el otro, la relación del desacuerdo (relacionado con el grado de exposición a redes políticamente más heterogéneas) con la polarización es incluso nula, tal como puede apreciarse en los datos de la segunda parte de esta misma tabla.

Tabla 8.2

Polarización afectiva por grado de acuerdo en las discusiones políticas

	Frecuencia con la que se está de acuerdo en las discu	
	Nunca y algunas veces	Todo el tiempo y a menudo
Polarización afectiva	4,4	4,9
Sentimientos hacia otros grupos	6,2	6,2
Sentimientos hacia el grupo propio	7,6	8,1
N	865	294
	Frecuencia con la que se está en desacuerdo en las d	
	Nunca y algunas veces	Todo el tiempo y a menudo
Polarización afectiva	4,4	4,1

Sentimientos hacia otros grupos	6,2	6,4
Sentimientos hacia el grupo propio	7,7	7,3
N	870	209

Fuente: E-DEM, ola 3.

Finalmente, en la tabla 8.3 presento la relación entre el grado de polarización y el hecho de que esas discusiones se den entre individuos de diferentes partidos al propio o entre individuos del mismo partido. Como puede apreciarse, el efecto de discutir con ciudadanos y ciudadanas con preferencias partidistas semejantes parece tener efecto solamente en los sentimientos positivos hacia los propios partidarios, aunque en este caso su relación es algo más fuerte, con un aumento medio de 1 punto en la escala de polarización intragrupo. El efecto es estadísticamente significativo y de una cierta magnitud. Ahora bien, el efecto sobre el grado de polarización sobre la mayoría de los españoles es muy limitado, ya que, según estos datos, la tendencia a elegir un interlocutor del mismo partido que el nuestro en España no es tan elevada como supone la literatura comparada (solo un pequeño porcentaje declara discutir con partidarios de su mismo partido).

Por último, es de destacar que la relación que existe entre la polarización y la deliberación no partidista (primera columna), por un lado, y la interpartidista (columnas segunda y tercera), por el otro, es exactamente la misma, contraviniendo los supuestos efectos beneficiosos de deliberación: deliberar o no con un grupo partidista opuesto tiene el mismo efecto en el grado de polarización.

Tabla 8.3

Polarización afectiva según concordancia de preferencias partidistas en las discusiones interpersonales

	Concordancia de las preferencias partidistas de quien se discu			
	Sin partido	Partido diferente	Una mezcla de ambos	Mismo partido
Polarización afectiva	4,1	4,2	4,6	6,0
Sentimientos hacia otros grupos	6,3	6,1	6,2	6,9
Sentimientos hacia el grupo propio	7,5	7,6	7,8	8,5
N	32	325	632	92

Fuente: E-DEM, ola 3.

Estos datos evidencian varias cosas. Primero, la discusión de asuntos políticos con otros interlocutores tiene en España una relación muy limitada con la polarización afectiva. Segundo, esta escasa relación, como es esperable cuando hablamos de polarización afectiva, se da en mayor medida entre los interlocutores que pertenecen al mismo grupo partidista; es decir, los que hablan con partidarios del mismo grupo partidista tienden a mostrar unos sentimientos más positivos hacia los integrantes de su propio grupo de partidistas. Finalmente, la relación entre la discusión política y la polarización, además de escasa, solo se da por la semejanza de las preferencias partidistas y no tanto debido a la percepción de que haya similitud respecto de las opiniones expresadas por los interlocutores.

La discusión política en Twitter

y la polarización afectiva

Pero ¿qué puede decirse respecto de la discusión política en redes sociales? Para empezar, y según los datos de esta misma encuesta, la frecuencia de la discusión política en redes sociales es muy baja, ya que el 79,3% dice que, como mucho, la realiza una vez al mes, frente a solo un 10,7% que afirma que lo hace una vez a la semana o más.

¿Hay, entonces, una relación entre el grado de acuerdo o desacuerdo en las discusiones en las redes sociales y la polarización afectiva? Las tablas 8.4 a 8.6 reproducen la misma información respecto de la relación que existe entre la polarización y la discusión política, pero en Twitter. Estas tablas vienen de nuevo a mostrar unas pautas prácticamente semejantes a las observadas en las discusiones personales, evidenciando dos cosas. Primero, la discusión de asuntos políticos en Twitter es todavía escasa y con efectos poco visibles en la polarización afectiva. Segundo, este efecto, como veíamos en la discusión interpersonal, se debe al reconocimiento de que los distintos interlocutores con los que se ha entablado la discusión pertenecen al mismo grupo partidista, y no tanto al grado de acuerdo con los argumentos presentados. En definitiva, puede afirmarse que, en línea con cierta literatura sobre este tema[246], las pautas que se observan en las redes sociales respecto de la discusión y la polarización no se diferencian en lo observado respecto de los efectos de la discusión personal.

Tabla 8.4

Polarización afectiva según la frecuencia de discusión en Twitter

	Frecuencia de discusión en Twitter		
	Nunca o menos de una vez al mes	Una o varias veces al mes	Una o varias veces a la semana
Polarización afectiva	4,3	4,8	5,2
Sentimientos hacia otros grupos	6,2	6,0	6,6
Sentimientos hacia el grupo propio	7,6	8,1	8,0
N	1.058	139	162

Fuente: E-DEM, ola 3.

Tabla 8.5

Polarización afectiva por grado de acuerdo en las discusiones en Twitter

	Frecuencia con la que se está de acuerdo en las discu	
	Nunca y algunas veces	Todo el tiempo y a menudo
Polarización afectiva	4,8	5,2
Sentimientos hacia otros grupos	6,3	6,3
Sentimientos hacia el grupo propio	7,9	8,3
N	338	95
	Frecuencia con la que se está en desacuerdo en las di	
	Nunca y algunas veces	Todo el tiempo y a menudo
Polarización afectiva	4,8	5,0
Sentimientos hacia otros grupos	6,5	6,2
Sentimientos hacia el grupo propio	7,9	7,6
N	328	106

Fuente: E-DEM, ola 3.

Tabla 8.6

Polarización afectiva según concordancia de preferencias partidistas en Twitter

	Concordancia de las preferencias partidistas de quien se di		
Partido diferente	Una mezcla de ambos	Ebanismo partido	
Polarización afectiva	4,4	5,0	6,1
Sentimientos hacia otros grupos	5,3	6,2	6,6
Sentimientos hacia el grupo propio	7,7	8,2	8,9
N	96	268	26

Fuente: E-DEM, ola 3.

Conclusión

En las páginas anteriores se han comenzado a discutir las razones que en la literatura se atribuyen a las discusiones políticas para justificar su relación con la creciente polarización afectiva. Sin embargo, los datos aquí presentados evidencian que la discusión de asuntos políticos con otros interlocutores tiene en España una relación muy limitada con la polarización afectiva. Además, esta escasa conexión se da en mayor medida entre los interlocutores que pertenecen al mismo grupo partidista; es decir, los que hablan con partidarios del mismo grupo partidista tienden a mostrar unos sentimientos más positivos hacia los integrantes de su propio grupo de partidistas. Ahora bien, podría argumentarse que esta relación simplemente refleja que una alta polarización favorece este tipo de discusión, y no a la inversa. Esto claramente cuestiona la extendida tesis, muy al uso entre los comentaristas políticos, de que el aumento de la polarización se debe a las dinámicas que generan las discusiones políticas entre las y los ciudadanos españoles de un mismo grupo partidista. Las pequeñas "cámaras de eco" que existen en España en la interacción diaria no son las causantes de la polarización, sino que estas podrían simplemente reflejar la polarización ya existente.

Todo este argumento es además extensible a las discusiones políticas que se dan en las redes sociales. Como ha discutido Chris Bail[247] para los Estados Unidos, este vínculo se debe a la presencia de una alta polarización, siendo esta la causante de que los individuos busquen redes sociales partidistas semejantes en donde expresar sus opiniones sin cortapisas. Esto claramente cuestiona que el aumento de la polarización se deba a las dinámicas que generan las redes sociales mismas. En suma, las "cámaras de eco" en las redes sociales no son las causantes de la polarización, sino que estas podrían simplemente reflejar la polarización que ya existe, al menos entre aquellos y aquellas ciudadanas que acuden a ellas para discutir con las y los partidarios de sus propios partidos.

Parte III

Consecuencias de la polarización afectiva

Capítulo 9

Polarización afectiva y confianza social*

Una potencial consecuencia de la polarización afectiva es su capacidad para erosionar la confianza que los individuos tienen en otros miembros de la sociedad que no conocen fuera de sus redes sociales o círculos familiares. Definida como la confianza social, este aspecto es considerado como un elemento fundamental de la cohesión social indispensable para garantizar la colaboración entre los miembros de una sociedad, algo fundamental para que las sociedades actuales funcionen y prosperen en democracia[248]. Este capítulo tratará de explorar los efectos de la polarización afectiva en la confianza social en España.

Para ello, emplearé dos conjuntos de datos de encuesta de tipo panel, que, como ya he explicado, permiten que un grupo de españoles y españolas hayan sido entrevistados varias veces facilitando el análisis de la relación de estas dos variables en el transcurso del tiempo. Estos datos son las encuestas de panel CIUPANEL y E-DEM, mencionadas anteriormente. En las siguientes páginas, voy a tratar de mostrar, basándome en un estudio ya publicado[249], cómo el aumento de sentimientos negativos o de hostilidad hacia las y los partidarios de otros partidos afecta negativamente a la confianza que cada ciudadano muestra hacia el resto de sus conciudadanos y conciudadanas. Este resultado contrasta claramente con el hecho de que este tipo de sentimientos apenas afecta a la confianza en los individuos más próximos que forman parte las redes familiares o de amistades conocidas. En cambio, la confianza hacia las redes de ciudadanos y ciudadanas más próximas se ve reforzada por la afinidad con el grupo partidista propio. Esto significa que un aumento de la polarización afectiva puede resultar en un deterioro en la confianza en nuestros conciudadanos y conciudadanas, al tiempo que nos invita a cerrar y reforzar nuestros círculos de confianza en torno a la familia y amistades más próximas. Esto, además, parece ser consistente en el tiempo, con independencia de las preferencias ideológicas de las y los partidarios en torno a los que se concentra el aumento de la polarización.

Para mostrar todo lo anterior cuento, como he dicho, con dos bases de datos de panel que cubren dos periodos distintos. El primero, entre 2014 y 2015, que coincidió con un periodo de creciente polarización en España y la aparición de Podemos, un partido que, al menos entonces, se caracterizaba por ser un partido con un discurso populista radical de izquierda. El segundo periodo de estudio es entre octubre de 2018 y mayo de 2019 que, como ya se ha discutido sobradamente, coincide con la irrupción de un partido de radical de derecha, Vox, que generó un aumento de la polarización. Este aspecto es especialmente importante teniendo en cuenta que en el primer periodo dicha polarización fue unida con la aparición y crecimiento de un partido en favor de medidas de cohesión social, mientras que el segundo se encuentra vinculado a la irrupción electoral de Vox, caracterizado por un discurso de confrontación social. Esto permite observar el paralelismo del efecto de la polarización en dos contextos distintos marcados por una polarización generada por presupuestos ideológicos claramente contrarios y que contienen elementos discursivos diferenciados en aspectos importantes.

La confianza social y la confianza personalizada

La confianza social se refiere a la confianza que existe entre los individuos y grupos que componen una sociedad respecto del resto de sus integrantes, en caso de que su propio bienestar y devenir estuviese en sus manos[250]. La confianza social es un concepto que ha sido objeto de un amplio debate y que ha eludido durante mucho tiempo el consenso entre los académicos, especialmente en lo que respecta a algunos de sus aspectos más fundamentales. En este sentido, algunos estudiosos la han considerado como una propiedad de los individuos asociada a sus rasgos de personalidad fundamentales o a sus características sociales y demográficas[251]; mientras que otros la consideran una propiedad de los sistemas sociales que emerge de la propia sociedad y de sus instituciones[252].

Aunque existen múltiples formas de clasificar la confianza social, hay dos grandes tipos de confianza social. Primero, está la confianza social personalizada (es decir, la confianza en las personas que los individuos conocen personalmente) y, segundo, la confianza social general (es decir, la confianza en otras personas desconocidas con las que los individuos comparten una sociedad), y que muchas veces se equipara a la confianza en individuos desconocidos o extraños[253]. Este criterio se ve reforzado por la observación de que, en la mayoría de los lugares, la confianza en "los otros" se asocia con la confianza en individuos desconocidos pertenecientes al grupo externo y, por lo tanto, se opone intrínsecamente al concepto de confianza personalizada o hacia el grupo propio o círculos próximos. Además, según esta misma teoría, un descenso en los niveles de confianza social general puede ir perfectamente acompañado de un aumento de la confianza personalizada, ya que rara vez dejamos de confiar completamente en las personas, especialmente en aquellas que conocemos[254].

Dado que las personas tienden a considerarse a sí mismas como dignas de confianza, independientemente de cuánto confíen en los

demás en general[255], las personas de las sociedades muy polarizadas pueden acabar compensando la falta de confianza general en los otros en favor de un mayor grado de confianza personalizada, aumentando así el nivel de vinculación entre los individuos del círculo próximo[256]. Esta forma de entender la confianza social se ha definido como el "radio de la confianza", que describe la capacidad de un individuo para confiar en personas dependiendo de los diferentes niveles de cercanía y conocimiento. La mayor parte de la opinión académica parece estar de acuerdo en que la confianza en individuos conocidos (es decir, la confianza personalizada en el círculo cercano) puede variar sustancialmente como resultado de la dinámica de las relaciones personales, mientras que la confianza general hacia los otros se refiere al círculo más amplio que engloba a toda la sociedad y se considera bastante estable a lo largo del tiempo[257].

Al comparar estos tipos de confianza, varios autores afirman que la confianza general en los otros es el indicador más importante del comportamiento cívico de una sociedad[258]; y aunque los altos niveles de confianza personalizada no son problemáticos por sí mismos, pueden convertirse en una amenaza cuando se combinan con una confianza general decreciente[259]. De hecho, la confianza social general se ha considerado como uno de los principales pilares en la teoría del capital social, crucial para garantizar que los individuos desconocidos entre sí sean capaces de superar los problemas de acción colectiva de manera satisfactoria[260], y constituye "la base de la reciprocidad, la conectividad social, la acción colectiva pacífica, la inclusión, la tolerancia, la igualdad de género, la confianza en las instituciones y la propia democracia"[261].

La confianza social y la polarización afectiva

La polarización afectiva se caracteriza, como se ha visto, por la clara segmentación de una sociedad en dos o más grupos principales sobre la base de una identificación emocional asociada a los políticos y a los partidos de un sistema[262], que suele estar vinculada a las posiciones sobre cuestiones destacadas en política[263]. Como ya se ha discutido, una característica clave de la polarización afectiva es una simplificación de "la complejidad normal de la política y las relaciones sociales"[264]. Por lo tanto, la polarización afectiva propicia un sesgo basado en el grupo, formado, como ha descrito Marilynn Brewer, por dos fenómenos separados[265]: la hostilidad (o discriminación) contra los grupos partidistas externos, y la afinidad partidista hacia el grupo propio. Estas circunstancias tienden a socavar el valor de aquellas y aquellos ciudadanos que normalmente conformarían el término medio en dichos conflictos grupales, atrayéndolos hacia cada uno de los extremos. En la medida en que este fenómeno se produce a nivel social y puede (y a menudo lo hace) llevar a los individuos a modificar sus actitudes en función del entorno, la polarización afectiva puede ser una condición política individual que tiene el potencial de desestabilizar los niveles de confianza general hacia los otros[266].

En el marco de un proceso creciente de polarización afectiva, los individuos tienden a categorizar y caracterizar a los demás de forma más estricta en función de su pertenencia a un grupo partidista. La oposición de los grupos sociales involucrados en este proceso tiene un "poderoso efecto en las actitudes y el comportamiento [de los individuos]"[267], y, por lo tanto, tiene el potencial de reforzar los conflictos sociales, los prejuicios y los sesgos cuando las relaciones intergrupales entre los distintos partidos son tensas[268]. Ahora bien, los sesgos basados en el grupo —a saber, el favoritismo hacia el grupo interno y la animadversión hacia el grupo externo— se han descrito como dos fenómenos separados que pueden presentarse

juntos o no[269]. Incluso pueden llegar a ser asimétricos[270], en la medida en que impulsan a los individuos a oponerse a los grupos externos con más fuerza que a situarse del lado de su respectivo grupo interno y de sus líderes[271]. En apoyo de esta teoría de la asimetría, se ha observado que el mayor aumento de los sentimientos negativos hacia los otros grupos de partidistas es el mayor causante de la polarización afectiva en los Estados Unidos desde 1980[272]. Esta asimetría también se produce, como se ha discutido en capítulos anteriores, en determinados momentos y para ciertos partidos en España. Los sesgos de grupo podrían constituirse, por tanto, en el nexo que conecta la polarización afectiva con el grado individual de confianza social, reflejándose tanto en un aumento de la confianza personalizada, como en una disminución de la confianza social general.

Además, como señala cierta literatura, la fuerza de este efecto puede ser especialmente significativa cuando se trata del sesgo que se genera hacia los "otros" grupos partidistas, ya que, a diferencia de las identidades raciales, religiosas y de género, "la discriminación partidista no tiene normas que la regulen, lo que permite que impregne los vínculos sociales"[273]. Se extiende así a una serie de actitudes no políticas, incluidas las relaciones profesionales y personales, e "impulsando a las y los ciudadanos de a pie a premiar a los copartidarios y copartidarias, y a penalizar a las y los partidarios contrarios"[274]. Así, las tensas relaciones intergrupales hacen que cada facción partidista vea a los otros como una amenaza (real o imaginaria) para su modo de vida[275]. Esto sugiere que la polarización afectiva basada en las identidades partidistas puede reforzar el sesgo basado en el grupo con más fuerza que cualquier otra identidad que esté moderada por normas sociales[276].

Adicionalmente, en una sociedad crecientemente polarizada, caracterizada, como es el caso español, por la inexistencia clara de un centro político debido a la ausencia de un partido significativo que se perciba como tal y que ejerza como tal, pueden propiciarse fenómenos políticos que desborden las circunstancias individuales, generando la impresión de estar en una sociedad marcada por la presencia de fuertes conflictos intergrupales, de prejuicios hacia el resto de grupos partidistas, y una destacada percepción de amenaza

al propio grupo. Cuando esto ocurre son esperables unos niveles de confianza social general a la baja[277], que refleja la opinión de los individuos sobre que los "otros en general" son en esencia lo mismo que los "miembros de los otros grupos partidistas". Esto puede ir acompañado de un aumento de la confianza personalizada hacia los miembros del grupo propio, lo que favorece la lógica excluyente de "nosotros" y "ellos", que es el elemento definidor de la polarización afectiva[278].

Por otro lado, la estricta preferencia de los individuos por interactuar con individuos conocidos y miembros del propio grupo partidista (equiparada a una mayor confianza personalizada), junto con sus prejuicios hacia los miembros del resto de grupos partidistas (equiparados a la animadversión hacia el resto de sus conciudadanos y conciudadanas en general), puede obstaculizar importantes interacciones sociales, como la creación de puentes (es decir, interacciones que conectan tipos de individuos y grupos "disímiles"), que se consideran muy deseables para las sociedades democráticas pluralistas[279]. Y lo que es más importante, estos prejuicios pueden llevar a los grupos a "ver al otro como una amenaza existencial para [...] su forma de vida"[280]. Estas tensas dinámicas sociales incrementan los niveles de polarización afectiva, y confirman la predicción de Murat Somer de que la polarización puede producirse en cascada y autorreforzarse[281], ya que los individuos polarizados dan su apoyo a los actores políticos que desprecian el valor del compromiso bipartidista y protegen los intereses del grupo interno por encima (y, a veces, incluso en contra) de los del resto de la sociedad[282]. En tales circunstancias, "la perniciosa" polarización afectiva puede también llevar a las y los ciudadanos a adoptar valores e ideales contrarios a los principios de la democracia[283], algo que va a ser objeto de estudio en el capítulo 11.

Medir la confianza social

Para medir la confianza social, utilizamos un conjunto de preguntas individuales como variables dependientes. Más concretamente, para los datos de 2014-15 y los de 2018-19 contamos con un conjunto muy completo de indicadores. En primer lugar, utilizamos tres que miden, en una escala de 0 a 10, la confianza generalizada: "confianza en las personas", "considera que la mayoría de la gente intentaría aprovecharse" y la "confianza en los vecinos", a un nivel más concéntrico. Para medir la confianza personalizada en el grupo empleamos dos indicadores utilizando la misma escala: "confianza en los miembros de la familia" y "confianza en la gente que conozco". Lamentablemente, estos últimos indicadores de confianza personalizada no fueron incluidos en el panel de 2014-15, limitando el análisis del efecto de la polarización en este tipo de confianza más personalizada solamente a los datos de 2018-2019.

La tabla 9.1 contiene los cambios que se produjeron como media en cada individuo por cada una de olas de las que se componen estas dos encuestas de panel. Para el primer periodo, que abarcó algo más de un año (diciembre de 2014 a diciembre de 2015), observamos incrementos en la confianza social general, con un aumento medio significativo de 0,48 en el indicador "confianza en las personas", y un incremento mucho más reducido (de 0,19) en el que se afirma: "considera que la mayoría de la gente intentaría aprovecharse". En general, esta es una pauta que también se observa en el total del periodo de 2018 a 2019.

Tabla 9.1

Cambio medio en confianza social en España

	Confianza en la gente	La gente se aprovecha	Familia	La gente que cono

Encuesta panel CIUPANEL				
Por olas				
Diciembre 2014 - Diciembre 2015	0,19	No incluido	No incluido	No incluido
Encuesta panel E-DEM Panel				
Media total de las tres olas	0,073	0,083	–0,017	–0,043
Por olas				
Octubre 2018 - Febrero 2019	0,279	0,390	0,143	0,194
Febrero 2019 - Abril 2019	0,034	–0,036	–0,035	–0,151
Abril 2019 - Mayo 2019	–0,017	–0,106	–0,159	–0,175

Fuente: Base de datos de CIUPANEL y E-DEM.

Ahora bien, el mayor descenso se dio entre febrero de 2019 (segunda ola) y abril de ese mismo año (tercera ola), que fue el periodo en el que adquirió mayor visibilidad, a nivel nacional, el partido de derecha radical Vox, y el de mayor incremento agregado de los niveles de polarización afectiva partidista[284]. Esta tendencia al descenso se mantiene entre la tercera y la cuarta ola, cuando el crecimiento electoral de Vox era una realidad y coincidente con el desarrollo de la campaña electoral de las subsiguientes elecciones al Parlamento Europeo, celebradas en mayo de ese mismo año. Aunque este descenso de la confianza social a nivel individual parece pequeño en conjunto, hay que sopesar su magnitud en un periodo de tiempo tan corto y teniendo en cuenta la naturaleza poco cambiante de esta, que tiende a ser notablemente estable.

Polarización afectiva y confianza social

Para probar el argumento sobre la incidencia de la polarización en la confianza social general y en la particularizada, he estimado un modelo longitudinal con efectos fijos individuales y temporales para cada una de las dos encuestas de panel. Este tipo de estimación, como ya he discutido en otros capítulos anteriores, nos permite comprobar el efecto medio de la variación individual de la polarización afectiva partidista sobre la variación individual en la confianza social. En este caso, vuelvo a distinguir el efecto de la polarización generada por el incremento de los sentimientos positivos y de afinidad hacia el grupo de partidistas propio (polarización intragrupo) de la que resulta de los sentimientos de hostilidad generados en torno al resto de las y los partidarios de los otros grupos partidistas (polarización intergrupo).

Además, he añadido un conjunto de variables independientes de control. Las dos primeras son medidas de polarización ideológica (extremismo individual y polarización política percibida), que como ya he discutido se pueden relacionar con la polarización afectiva. También trato de observar el efecto de la variación individual de otras cuatro variables de control: el interés en la política, la evaluación de la situación económica del país, la percepción de la corrupción y la escala izquierda/derecha. Para comprobar los posibles efectos de los cambios en los contextos económicos y sociales de cada individuo, he incluido en el modelo la variación individual de un índice de bienestar personal subjetivo y un índice de bienestar familiar (solo disponible para el panel de 2018-19). Por último, he añadido otras variables que miden las posiciones sobre algunos de los temas políticos y sociales destacados en España (esto no estaba disponible para el panel de 2014-15; por lo que, en su lugar, he utilizado la evaluación general de los encuestados de la labor del gobierno).

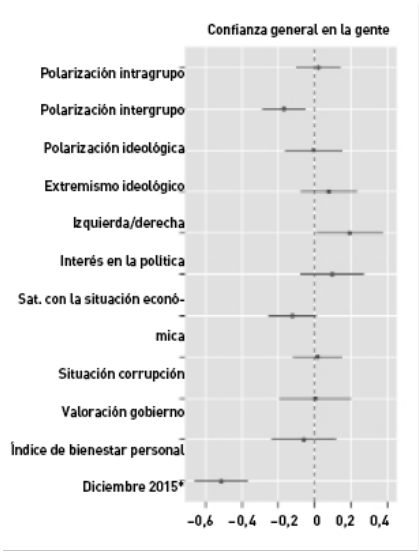
Los gráficos 9.1 y 9.2 contienen los resultados de la estimación con

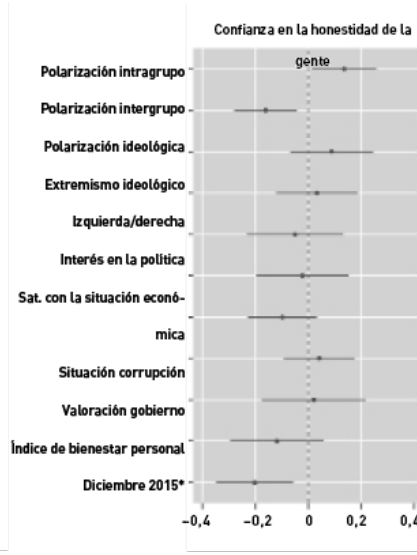
los dos indicadores de confianza social general como variables dependientes para cada periodo objeto de estudio. Como puede observarse en ellos, la polarización partidista intergrupo (la hostilidad) tiende a disminuir de manera significativa los niveles de confianza general de forma consistente para ambos periodos, y para los dos indicadores de confianza general utilizados (obsérvese que para todos los modelos esos coeficientes quedan a la izquierda de la línea discontinua que parte del cero sin cruzarla). Esta relación negativa, además, se mantiene con independencia de la evolución de la media de la confianza social en la muestra (disminuyó entre 2014 y 2015 y aumentó durante 2019). Estos resultados son relevantes no solo estadísticamente, sino cuantitativamente, ya que se trata de una actitud que cambia lentamente en el tiempo. Estos coeficientes significan que una unidad de aumento de los sentimientos negativos hacia fuera del propio grupo partidista se traduce en una disminución de la "confianza en las personas". Excepto algún efecto negativo del índice de bienestar personal, y el hecho de que entre 2018 y 2019 los más interesados y la izquierda tendieron a disminuir la confianza social, ningún otro indicador tiene una incidencia tan negativamente significativa y sistemática en la confianza social como los sentimientos de hostilidad hacia los otros grupos partidistas (polarización intergrupo). Además, por otro lado, la polarización partidista intragrupo o afinidad hacia el propio grupo partidista no tiene ningún efecto sobre esta (a excepción de una mínima incidencia en 2014-15 en el indicador que mide la "honestidad de la gente"). Tampoco lo tienen ni la polarización ideológica ni el extremismo ideológico.

Gráfico 9.1

Confianza social general y polarización afectiva

para el periodo 2014-2015





Nota: Intervalos de confianza al 95%.

****Referencia ola 3: diciembre de 2014-enero de 2015.**

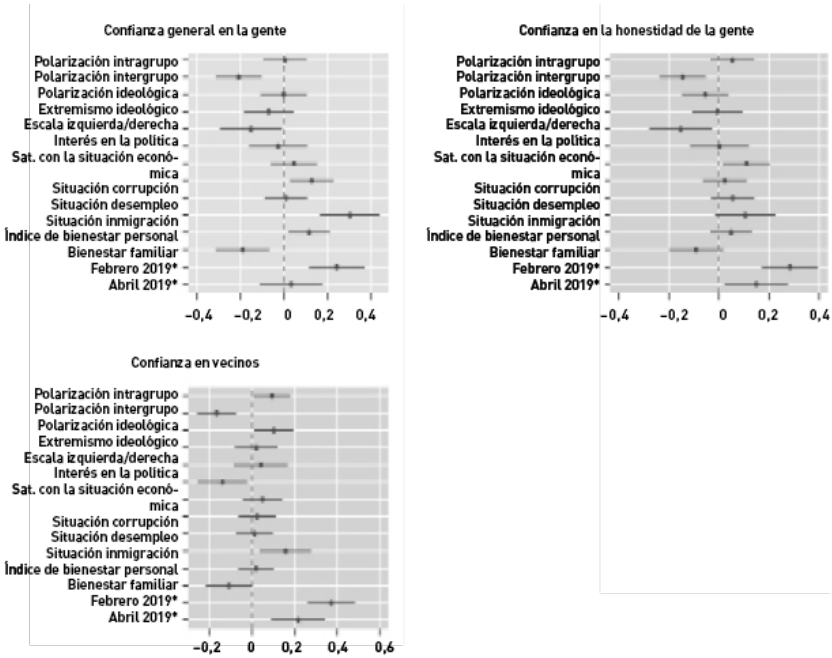
Fuente: Base de datos CIUPANEL, ola 3 y 5.

Algo a destacar respecto de los resultados de los datos de 2018-19, representados en el gráfico 9.2, es que esta relación negativa no se reduce solo a indicadores de confianza social generalizada, sino también al indicador de confianza en las y los vecinos (desafortunadamente este indicador no estaba para los datos de 2014-15), lo que muestra que la polarización fomenta también el deterioro de círculos sociales más próximos, igualmente esenciales para vida comunitaria. Por tanto, la dinámica negativa que genera la polarización entre los diversos grupos partidistas no solo puede afectar a las grandes pautas de comportamiento para la democracia en general, sino que también lo hace para los integrantes de nuestros entornos sociales y económicos más reducidos, esenciales para la convivencia diaria, y que son el fundamento sobre el que se sustentan las bases de la convivencia social y política en los contextos más reducidos e inmediatos.

Gráfico 9.2

Confianza social general y polarización afectiva

para el periodo 2018-2019



Nota: Intervalos de confianza al 95%.

***Referencia: octubre 2018.**

Fuente: Base de datos E-DEM, olas 1, 2 y 3.

Así que estos datos evidencian la relación negativa que existe entre polarización afectiva intergrupo u hostilidad y la confianza social general en dos periodos distintos, en donde dicha polarización aumentó, primero, con la llegada de un partido populista de

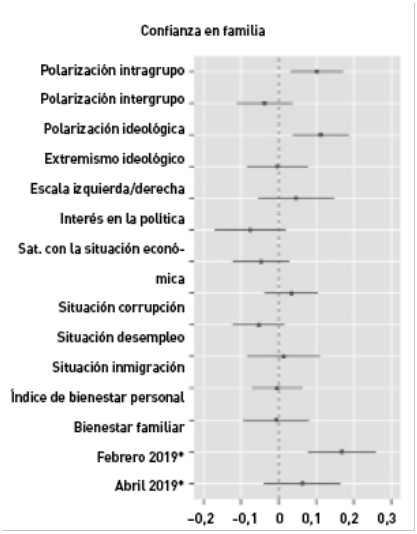
izquierda, y una segunda, en donde esta se generó en torno a la llegada y crecimiento de un partido radical de extrema derecha. Esto sugiere que la percepción y confianza de los individuos sobre el resto de la sociedad y su deseo de cooperar con otros miembros están negativamente relacionados con el aumento de los conflictos intergrupales partidistas, los prejuicios partidistas del grupo externo, o la marcada por un sentimiento de amenaza partidista del grupo externo.

El gráfico 9.3, por último, presenta los resultados de la relación entre polarización dentro y fuera del propio grupo partidista sobre la confianza social personalizada (solo para el periodo de 2018-19, ya que estos indicadores no se incluyeron en el anterior estudio de 2014-15). Como puede verse, los resultados de este gráfico confirman que la polarización generada alrededor de los sentimientos positivos de afinidad hacia el propio grupo solo contribuye a aumentar la confianza entre los miembros de los círculos más próximos de ámbito familiar y de amistad, algo ausente para la polarización intergrupo. Esta figura también muestra que la polarización ideológica percibida sí amplía la confianza social personalizada entre los círculos internos más cercanos (familia y personas conocidas), a diferencia de sus efectos sobre la confianza social general y la confianza en los vecinos.

Gráfico 9.3

Confianza particularizada y polarización afectiva

para el periodo 2018-2019



Nota: Intervalos de confianza al 95%.

***Referencia: octubre 2018.**

Fuente: Base de datos E-DEM, olas 1, 2 y 3.

La combinación de los efectos de la polarización afectiva en la confianza social general y en la personalizada podría constituir uno de los efectos más devastadores de la polarización afectiva sobre la convivencia social y democrática. Ahora bien, esto podría interpretarse en un doble sentido. El deterioro de la confianza social podría también ser el causante del aumento de la polarización, generando un proceso de retroalimentación que produzca un equilibrio pernicioso para las democracias. En realidad, en el estudio que ya he mencionado[285], muestro con un modelo de una mayor complejidad cómo esa relación va en las dos direcciones, es decir, el descenso de la confianza social también favorece el aumento de la polarización hacia los otros grupos partidistas, propiciando un círculo pernicioso para el marco de la convivencia democrática.

Conclusión

Aunque sigue existiendo un gran debate en torno a la naturaleza de la confianza entre grupos sociales, también hay un consenso entre la mayoría de los estudiosos de que la confianza social general se caracteriza por su estabilidad en el tiempo. Independientemente de la lentitud con la que evoluciona la confianza social general en circunstancias normales o de lo propensa que es a cambiar a corto plazo, el estudio en el que se basa este capítulo sugiere que la polarización propiciada por la hostilidad y el conflicto entre los distintos grupos partidistas en España conducen a una disminución de la confianza social entre sus ciudadanos y ciudadanas, es decir, entre los individuos entre los que no existe una relación previa y significativa, incluidos nuestros vecinos y vecinas. Estos hallazgos sugieren que la disminución de la confianza entre miembros de diferentes grupos, resultante de la creciente polarización afectiva (desconfianza hacia fuera del grupo) en España, podría estar dando lugar a una disminución de la confianza social individual hacia todos los miembros de la comunidad política y social (desconfianza social general), algo que, como se conoce, desempeña un papel esencial para cimentar y sostener el buen funcionamiento de nuestros sistemas políticos, e incluso económicos. Al mismo tiempo, la autoafirmación en torno de los grupos partidistas con los que los españoles se identifican solamente da lugar a un aumento de la vinculación intragrupal para los miembros de los círculos sociales y familiares más cercanos, sin tener efectos beneficiosos visibles para el resto de la sociedad, incluso para las comunidades sociales y políticas más pequeñas (por ejemplo, las y los vecinos). Esta combinación en los efectos de la polarización afectiva podría estar causando el creciente deterioro de la confianza social y de la convivencia entre españoles en general.

Capítulo 10

Polarización y apoyo a la democracia liberal

En las democracias actuales, la lealtad de la ciudadanía a los principios de la democracia liberal parece más débil de lo que se pensaba. Aunque un número significativo de las encuestas transnacionales todavía muestra una preferencia generalizada por la "democracia" por parte de la mayoría de ellos, un segmento considerable de los que expresan dicha preferencia parece sentirse simultáneamente cómodo con la aprobación de alternativas no democráticas[286]. Incluso se ha argumentado que las democracias establecidas en Norteamérica y Europa occidental han experimentado una "desconsolidación", al menos en lo que se refiere al apoyo de la ciudadanía, algo que se da en mayor medida entre las generaciones más jóvenes[287]. Aunque tal diagnóstico ha sido cuestionado y matizado[288], el hecho es que la noción de un apoyo casi universal a los regímenes democráticos es difícil de sostener hoy en día.

En los últimos años, las preocupaciones sobre esta posible erosión del apoyo democrático se han asociado a la creciente polarización ideológica[289]. Esta conexión entre ambos fenómenos está en consonancia con el trabajo seminal de Giovanni Sartori sobre los sistemas de partidos, en el que se sugería que la polarización ideológica probablemente llevaría a una situación en la que "la legitimidad democrática del sistema político es ampliamente cuestionada"[290]. Sin embargo, y pese a la creciente preocupación por los efectos de la polarización afectiva y su demostrada relación con el aumento del número de democracias que han sufrido un importante deterioro en su calidad[291], todavía sabemos relativamente poco respecto de su vínculo con el apoyo ciudadano a la democracia y sus normas. El número de trabajos que abordan este tema es muy limitado y están predominantemente centrados en estudios realizados en los Estados Unidos[292]. Este capítulo trata también de tocar este tema en España con un cierto detalle. En concreto, voy a discutir y analizar esta relación de la polarización afectiva con el apoyo ciudadano a los valores y principios fundamentales de las actuales democracias liberales y el apoyo incondicional que otorgan a la democracia.

Polarización afectiva y apoyo a la democracia

La idea de que el extremismo ideológico es antitético a la democracia liberal tiene un largo pedigrí histórico.

Conectando con esta tradición, muchos estudios empíricos muestran que la medida en que los votantes se sitúan en posiciones ideológicas, temáticas y políticas extremas estos tienden a mostrar actitudes poco favorables a la aceptación de las normas y prácticas democráticas, como la alternancia en el gobierno, los controles al poder ejecutivo o el respeto a los derechos de las minorías. Por ejemplo, los extremistas ideológicos parecen menos propensos que los moderados a mostrar el "consentimiento del perdedor", es decir, a aceptar la derrota electoral como un resultado legítimo[293], y, en cambio, son más propensos a adherirse a teorías conspirativas sobre la integridad electoral[294]. Los extremistas ideológicos también tienden a rechazar el statu quo de la democracia representativa en favor de otras formas de gobierno[295], a tener opiniones intolerantes sobre las minorías étnicas, religiosas o ideológicas[296] y a sentir una mayor animosidad hacia los partidos distintos al suyo[297]. De forma más reciente, en un trabajo que he coautorado con Pedro Magalhaes, he tratado de mostrar la fuerte relación negativa que existe entre el extremismo ideológico y el apoyo a los principios liberales democráticos[298].

Pero ¿qué efecto puede tener la polarización afectiva en el apoyo a la democracia y a los principios en la que se sustenta? La idea inicial que se defiende en la poca literatura que existe al respecto es que este tipo de polarización genera entre la ciudadanía prejuicios contra los "otros partidos", lo que anima a sus distintos partidarios a oponerse a normas que exigen el tratamiento justo de esos partidos (por ejemplo, normas de tolerancia política)[299] o a aquellas que pueden limitar el poder o ventajas del partido propio. Como afirman los investigadores McCoy y Somer, la polarización afectiva fomenta el iliberalismo; es decir, la adopción y la popularidad de

medidas y políticas, valores y actitudes iliberales, que propicia un proceso pernicioso contra la democracia, basado más en emociones que en una respuesta a un conjunto de principios ideológicos coherentes[300]. Esto explicaría que este efecto de la polarización afectiva no tuviese que influir en el apoyo general a la democracia que las y los ciudadanos otorgan a esta, generando lo que Simonovits et al.[301] han denominado: "hipocresía democrática", caracterizada por combinar un apoyo a la democracia en general con un deterioro del apoyo a los principios democráticos básicos, siendo lo segundo una consecuencia clara de los afectos y odios surgidos en torno a la polarización afectiva. Ahora bien, la evidencia respecto de dicha consecuencia es bastante limitada e incluso contradictoria con trabajos que, por un lado, muestran la presencia de tal relación[302], frente a otros que claramente la cuestionan[303].

Estos resultados contradictorios puede que se deban a la suposición de que la polarización afectiva tiene que generar la misma reacción entre las y los partidarios de todos los partidos. Sin embargo, como han discutido Kingzette et al., la era actual de polarización se caracteriza por que las normas del juego democrático han sido politizadas. De este modo, puede esperarse que, por ejemplo, el ataque, defensa o aceptación de las normas democráticas por parte de los actores políticos y sus seguidores estén condicionados por el hecho de que el partido propio esté en el poder o en la oposición. Además, claro está, estas limitaciones deben ser solo aplicables al otro partido, nunca al propio que, al contrario, ha de gozar de escasas limitaciones tanto cuando gobierna como cuando pasa a la oposición[304]. En este sentido, y como muestra otro reciente estudio[305], la erosión de los principios democráticos no depende de los ideales democráticos abstractos de la ciudadanía, sino que están fuertemente condicionados por dos aspectos básicos: las preferencias partidistas y la presencia en el gobierno del partido con el que se identifican. En esta misma línea, Graham y Svolik muestran, en su ya conocido estudio experimental, que cuando los votantes tienen que elegir entre opciones muy distantes ideológicamente, acaban descontando las credenciales democráticas de dichas opciones traduciéndose "[…] en una mayor proporción de votantes dispuestos a tolerar comportamientos antidemocráticos [...]"[306]. En suma, el apoyo a la democracia en general puede que

no cambie, pero su politización lleva a que el apoyo a las normas de la democracia liberal se encuentre ligado al apoyo e identidad con determinados partidos, lo que le hace mucho más inestable y contingente[307].

Además, a la hora de estudiar el efecto de la polarización afectiva conviene distinguir, como sugieren Kingzette et al.[308], dos tipos de normas democráticas. Por un lado, estarían aquellas que regulan la concentración del poder en manos del ejecutivo y que ya han sido objeto de estudio para entender el progresivo deterioro democrático[309]; es decir, aquellas que aluden a aspectos tan básicos como la garantía de la separación de poderes del Estado y el control político del ejecutivo. El segundo grupo de normas, también esenciales para el devenir de la democracia, tiene que ver con la tolerancia y la creencia de que las y los ciudadanos, incluidos los adversarios, merecen derechos políticos iguales a la hora de expresar sus opiniones, movilizarse políticamente e incluso poder organizarse[310]. Esto incluye, lógicamente, el derecho al voto, libertad de expresión, libertad para manifestarse e igualdad de acceso a los medios de comunicación[311]. En definitiva, en toda democracia estos dos tipos de normas deberían prevalecer para la gran mayoría de la ciudadanía, por encima de consideraciones partidistas, coordinando los mecanismos que gobiernan la competición partidista y la gobernabilidad[312]. Ahora bien, como afirman de nuevo estos mismos estudiosos[313], los miembros afectivamente polarizados de los distintos partidos querrán limitar la capacidad de los "otros" para votar, hablar libremente y protestar. De este modo, podría ser factible que, a medida que aumente la polarización afectiva, sea menos probable que las y los partidarios apoyen las normas relacionadas con la extensión de la igualdad de derechos hacia los "otros" partidos u organizaciones políticas.

Por tanto, ¿en qué medida la creciente identidad social con un partido afecta a estos dos tipos de normas democráticas o el apoyo general a la democracia en España? ¿Cuál es el efecto del recelo u odio a los otros partidos en la probabilidad de respaldar o no esos principios básicos de la democracia liberal y el apoyo general a este sistema de gobierno entre los españoles? Incluso, ¿en qué medida ambos tipos de polarización afectan al grado de satisfacción

individual con el apoyo a la democracia?

Medir el apoyo a la democracia

y a los principios de la democracia liberal

El propósito de este capítulo es, por tanto, mostrar la incidencia de la polarización afectiva en tres aspectos básicos de las opiniones de la ciudadanía con respecto a las democracias liberales: primero, el grado de rechazo que estos expresan en cuanto a los principios democráticos y constitucionales que favorecen la concentración del poder; segundo, el grado de tolerancia política y social; y, por último, el apoyo abstracto a la democracia.

Como ha discutido la reciente literatura sobre este tema[314], resulta muy complicado capturar con un solo indicador las implicaciones y distintas dimensiones que configuran las diversas actitudes y opiniones respecto de la democracia liberal. Las medidas establecidas con una sola pregunta y referida al simple apoyo a esta nos muestran que las y los ciudadanos no han renunciado a la idea de democracia. Sin embargo, analizar el apoyo a la democracia liberal desde múltiples perspectivas puede ayudar a idear medidas y diseños analíticos que vayan más allá de una concepción unidimensional del apoyo democrático. En este sentido, la utilización de diversos indicadores, que midan el apoyo a diferentes aspectos relacionados con los principios y valores en los que se sustenta, puede resultar útil para comprender las complejidades de cómo cambian las preferencias de la ciudadanía respecto de la democracia a raíz de las transformaciones sociales y los conflictos políticos actuales.

Los datos recogidos con la base del proyecto TRI-POL, ya mencionado, permiten abordar este problema con un mayor detalle para España partiendo de la necesidad de capturar su efecto en distintas dimensiones que reflejan las diversas vertientes en que se puede expresar el apoyo a la democracia liberal. Primero, me da la oportunidad de construir una escala que mide el grado de apoyo de

cada entrevistado a las medidas anticonstitucionales que son contrarias a los principios básicos de la democracia liberal. Esta escala se ha construido con cuatro indicadores, incluidos en dicho estudio y que miden el grado de rechazo de las siguientes afirmaciones:

Solo un partido político debe poder presentarse a las elecciones y ocupar el cargo.

El Congreso de la nación debe ser abolido para que podamos tener un líder fuerte dirigiendo el país.

Las fuerzas armadas deben gobernar el país.

En tiempos de crisis nacional, está bien prohibir que un partido político participe en las elecciones nacionales.

Estos indicadores se han normalizado con valores de 0 a 1, y se ha creado una escala a partir de los resultados de un análisis dimensional (un análisis factorial confirmatorio). Esta escala significa que los valores más elevados suponen un rechazo explícito de medidas anticonstitucionalistas encaminadas a la concentración del poder sin los necesarios equilibrios con otros poderes del Estado. La utilización de varios indicadores permite captar, de este modo, los principios que rigen en todo régimen democrático, o su contrario, el apoyo a aquellos sobre los que se fundamentan los autocráticos[315].

Por otro lado, se ha podido construir, utilizando el mismo procedimiento, otra escala que mide la tolerancia política y social, primero con un indicador sobre tolerancia a las manifestaciones públicas (“En tiempos de crisis nacional, aprobaría una ley que prohibiera las manifestaciones públicas”), cuya utilización ha sido sugerida por otros autores[316], combinándolo con varios indicadores que miden el grado de confianza en determinados grupos sociales y políticos minoritarios u objeto de conflicto: vascos, catalanes, los refugiados políticos y sociales, homosexuales y musulmanes. Su

valor más elevado en esta escala representa un grado de tolerancia política y social importante.

Finalmente, y con el fin de calcular el apoyo explícito a la democracia, se ha utilizado una pregunta frecuentemente empleada en España, así como en multitud de sistemas comparados:

¿Cuál de las siguientes frases refleja más fielmente tu propia opinión?:

La democracia es preferible a cualquier otra forma de gobierno.

En algunas circunstancias, un régimen autoritario es preferible a un sistema democrático.

Para gente como yo, un régimen es igual que otro.

En esta pregunta se han unido la segunda y tercera opción de respuesta, dejando la primera como la opción clara de apoyo a la democracia. Esta transformación la convierte en una variable con dos valores: (0) no apoyo a la democracia y (1) apoyo explícito a esta.

Para mostrar el efecto de la polarización afectiva en las diferencias entre individuos con respecto al apoyo a la democracia y sus principios, he estimado modelos distintos teniendo estas tres variables (escalas) como variables dependientes. En este caso, se han estimado modelos de regresión lineales, y no longitudinales, como se ha venido haciendo en los anteriores capítulos. Esto se ha hecho así dado que muchas de estas actitudes respecto de la democracia no cambian a nivel individual en lapsos cortos. En cambio, con una regresión lineal común, sí que podemos mostrar cuáles son las variables relevantes a la hora de explicar las diferencias entre individuos cuando expresan su apoyo a dichos principios democráticos.

Como variables independientes, se han añadido, además de las distintas medidas de polarización que he venido utilizando, un

conjunto de variables individuales. Primero, la escala izquierda/derecha, con el fin de controlar la incidencia de ciertas predisposiciones ideológicas a la hora de expresar el apoyo a la democracia y sus principios. A estas se han unido algunas variables de control que sirven para observar, desde un cálculo instrumental colectivo (situación de la economía) o individual (índice de bienestar personal), el contrastado efecto que pueden tener en las diversas opiniones respecto de la democracia[317]. A estas se han sumado, por último, la educación y la edad del entrevistado[318].

Tolerancia, rechazo del anticonstitucionalismo y apoyo a la democracia

Antes de observar el efecto que la polarización afectiva tiene en todas estas actitudes, conviene observar el grado de rechazo de medidas de tipo anticonstitucionalista, la tolerancia social y política y el apoyo a la democracia que existía entre los españoles en 2021. Para ello reproduzco en la tabla 10.1 varios de estos datos para toda la muestra y para los simpatizantes de los principales cuatro partidos del sistema.

En esta tabla puede observarse que en general en la población española el nivel de rechazo de medidas anticonstitucionalistas es muy alto, aunque depende de algunos de los indicadores. Ahora bien, dentro de esta tónica general la cosa cambia por partidos. Dicho rechazo es sustancialmente más bajo entre las y los partidarios de Vox, seguido de los del PP, que se mueven en torno a la media del país, siendo los simpatizantes de izquierda, y especialmente los simpatizantes de UP, en donde se concentra el mayor rechazo de esta lista de cuatro medidas anticonstitucionales.

Respecto de la tolerancia, la cosa no es tan positiva en general, y llama la atención los escasos sentimientos favorables hacia los catalanes y los musulmanes. Pero, de nuevo, la variación por partidarios es sustancialmente alta, siendo las y los partidarios de los partidos de izquierda especialmente tolerantes frente a lo que ocurre, por ejemplo, con los de Vox. Finalmente, esto no se traduce en un cuestionamiento del apoyo explícito a la democracia. Esto se da incluso entre las y los partidarios de Vox, que, aunque presentan claramente niveles de apoyo mucho menor, nunca bajan de un 60% de apoyo explícito a la democracia.

Tabla 10.1

Rechazo de medidas anticonstitucionales, tolerancia

y apoyo a la democracia en España 2021

	General	Vox	PP	PSOE	Unidas Podemos
Rechazo medidas anticonstitucionalistas (% en desacuerdo o muy en desacu					
Solo un partido político debe poder presentarse a las elecciones y ocupar el	80	64	75	83	89
El Congreso de la nación debe ser abolido para que podamos tener un líder	63	38	65	67	84
Las fuerzas armadas deben gobernar el país	79	50	78	85	92
En tiempos de crisis nacional, estaría en prohibir que un partido político par	67	60	65	70	75
Tolerancia					
En tiempos de crisis nacional, aprobaría una ley que prohibiera las manifes	77	72	72	78	88
Tolerancia (porcentaje con opinión favorable)					
Vascos	50	34	42	55	71
Catalanes	39	17	22	41	58
Refugiados políticos y sociales	46	22	38	51	70
Homosexuales	55	40	46	70	75
Musulmanes	21	6	15	28	35
Apoyo incondicional a la democracia	77	60	72	84	92

Fuente: Base de datos TRI-POL, ola 1.

Polarización afectiva y apoyo a los principios de la democracia liberal y a la democracia

en general

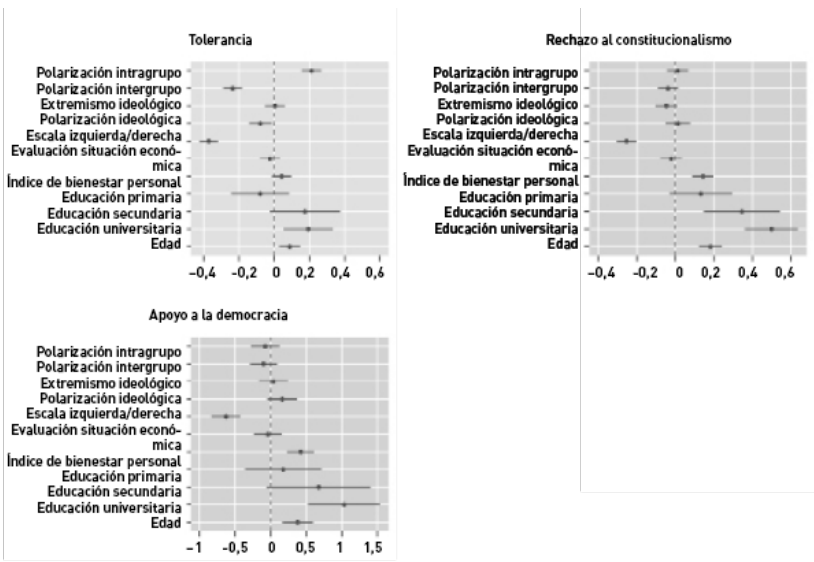
Pero ¿cómo son estas actitudes entre los más polarizados? ¿Está la polarización más relacionada con las medidas anticonstitucionalistas o unos niveles de tolerancia menores? La figura 10.1 representa los resultados de tres modelos con las correspondientes variables dependientes de interés: rechazo de las medidas anticonstitucionales, tolerancia social y política, y apoyo explícito a la democracia. Como ya he venido discutiendo, estos gráficos muestran el valor de los coeficientes de regresión[319] y sus intervalos de confianza representados por las líneas paralelas a ambos lados de los puntos. Cuando alguna de esas líneas cruza el valor cero, es decir, la línea discontinua vertical, puede afirmarse que dicha relación no es significativa para la población de estudio.

Como puede verse en este gráfico, la polarización afectiva es un importante factor a la hora de explicar las diferencias individuales respecto del grado de tolerancia, ahora bien, con unos efectos contradictorios. Los sentimientos hostiles hacia los otros grupos partidistas (intergrupo) claramente disminuyen el grado de tolerancia, mientras que las afinidades intragrupo la aumentan, compensando de este modo sus efectos. Es, por tanto, difícil afirmar que la polarización afectiva (resultado de estos dos efectos) tenga una relación clara con la tolerancia. Esto dependerá de que unos sentimientos hacia los distintos partidarios sean más elevados que otros; es decir, si existen individuos con menores sentimientos positivos hacia su propio grupo partidista que negativos hacia el resto, estos tenderán a exhibir un grado de tolerancia menor. Pero esta ausencia de relación entre polarización afectiva y apoyo a los principios democráticos es todavía más evidente si se observa en el mismo gráfico la que existe entre la polarización, por un lado, y el grado de rechazo de las medidas anticonstitucionalistas o incluso en

el apoyo manifiesto a la democracia, por el otro. En este sentido, y contrariamente a lo que dicen algunos de los presupuestos teóricos sobre este tema, la polarización afectiva per se no parece tener unos efectos claros sobre el apoyo a los diversos principios democráticos e incluso sobre su apoyo explícito.

GRÁFICO 10.1

Polarización afectiva, tolerancia política y social, rechazo de medidas anticonstitucionalistas y apoyo a la democracia en España, 2021



Nota: Intervalos de confianza al 95%.

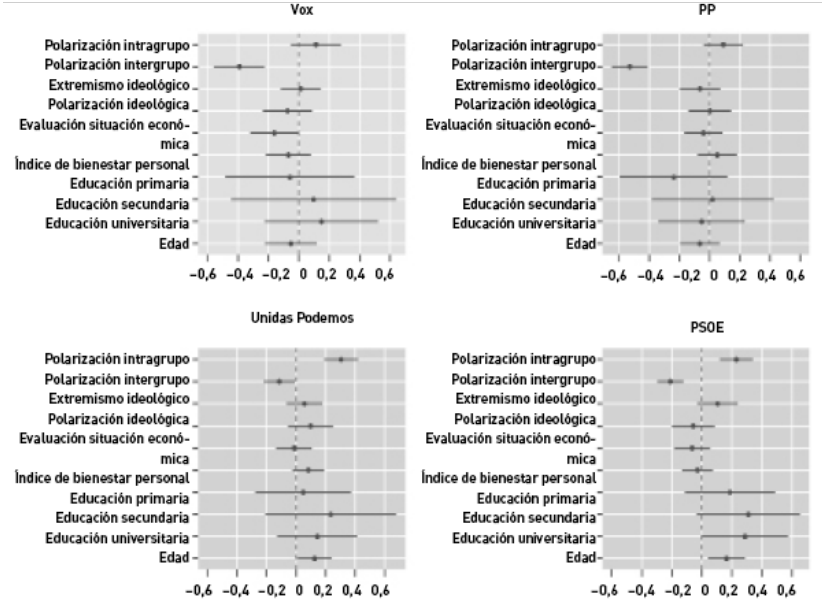
Fuente: Base de datos TRI-POL, ola 1.

Ahora bien, esta fotografía general cambia de manera significativa si se observan estas relaciones por cada uno de las y los partidarios de los distintos partidos. El gráfico 10.2 representa los resultados de

estos mismos modelos para la tolerancia política, pero por cada uno de ellos (es decir, aquellos que muestran el mayor grado de simpatía por alguno de estos partidos). La única diferencia con los anteriores modelos que acabo de mostrar es que no se ha incluido en la estimación la escala izquierda/derecha, cuya distribución es muy similar entre las y los partidarios de un mismo partido. En este gráfico, puede observarse que, para los dos partidos mayoritarios de la derecha, Vox y PP, los sentimientos positivos de afinidad hacia sus propios votantes no aumentan la tolerancia, mientras que la hostilidad hacia los otros grupos de votantes sí tiene una relación negativa con ella. En cambio, para las y los partidarios de los dos partidos más importantes de la izquierda, PSOE y UP, ocurre casi lo contrario: los sentimientos positivos hacia sus propios votantes muestran una relación positiva fuerte con la tolerancia, mientras que los sentimientos de hostilidad hacia otros o no son significativos (UP) o lo son en menor grado (PSOE).

GRÁFICO 10.2

Polarización y tolerancia política por partidos



Nota: Intervalos de confianza al 95%.

Fuente: Base de datos TRI-POL, ola 1.

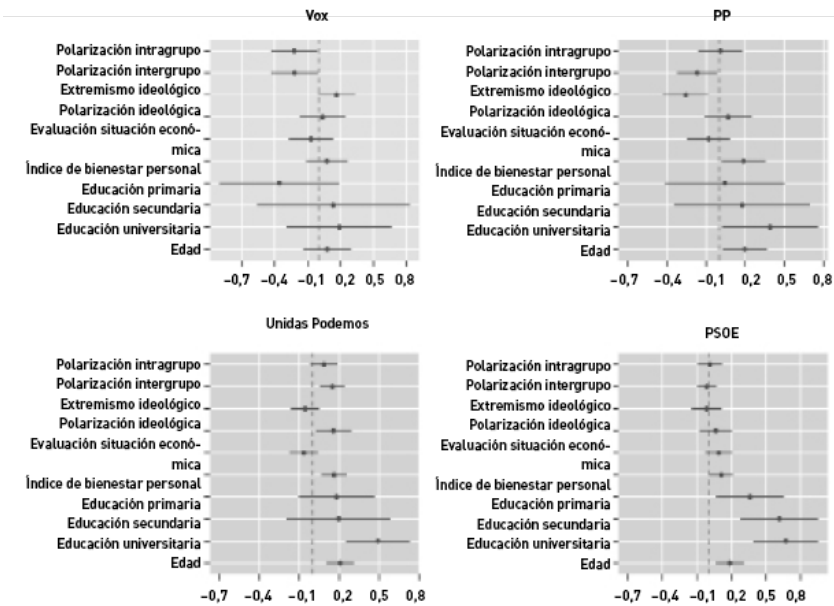
Esta representación de los efectos de la polarización según los distintos partidarios se complementa en una gran proporción con lo que se observa en la relación entre el rechazo individual de las medidas anticonstitucionalistas y los indicadores de la polarización afectiva que aparece en el gráfico 10.3. Para las y los partidarios del PP y de Vox, los sentimientos de hostilidad hacia los otros grupos disminuyen dicho rechazo. Además, en el caso de las y los partidarios de Vox, y contrariamente a lo que ocurre con los de los otros partidos, esa disminución también se da con los sentimientos positivos hacia los propios partidarios. Entre las y los partidarios de la izquierda, esta conexión o no existe o, en el caso de las y los partidarios de UP, incluso aumenta el rechazo de esas medidas anticonstitucionalistas; es decir, la polarización generada en torno a los seguidores de ambos partidos de izquierda no va acompañada del apoyo a acciones y normas autoritarias. En el caso de los partidarios de UP incluso van unidas a un rechazo explícito de

estas.

GRÁFICO 10.3

Polarización afectiva y rechazo de principios constitucionalistas

por partidos



Nota: Intervalos de confianza al 95%.

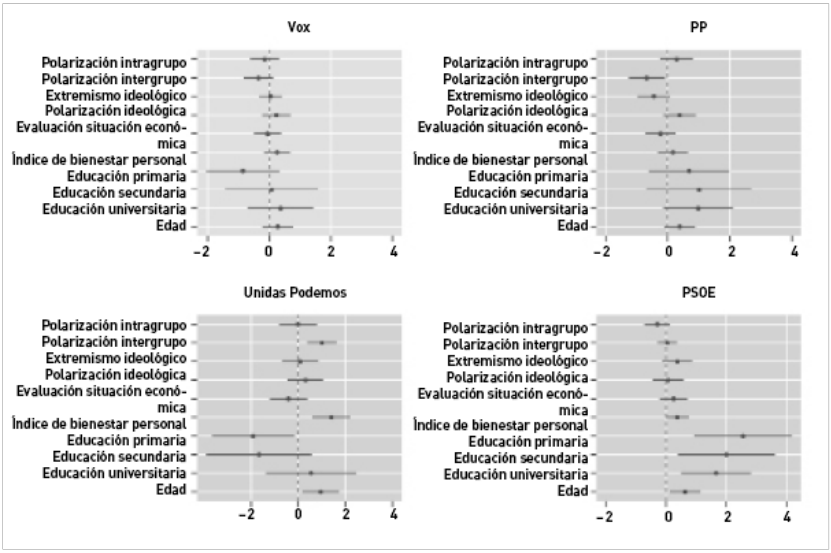
Fuente: Base de datos TRI-POL, ola 1.

Lo curioso, sin embargo, es que esta falta de tolerancia y aceptación de medidas anticonstitucionalistas que observamos entre las y los partidarios más polarizados de los partidos de derecha no van acompañados de un cuestionamiento general de la democracia. Como puede verse en el gráfico 10.4, la polarización no lleva a las y

los partidarios de Vox a rechazar la democracia en general (solo ocurre, y en pequeña proporción, con las y los del PP). En este sentido, dichos partidarios constituyen un perfil perfecto de lo que se ha denominado "hipocresía democrática"[320], caracterizada por combinar un apoyo a la democracia, en general, con un rechazo a los principios democráticos básicos que la sustentan.

GRÁFICO 10.4

Polarización afectiva y apoyo a la democracia por partidos



Nota: Intervalos de confianza al 95%.

Fuente: Base de datos TRI-POL, ola 1.

Conclusión

La creciente literatura sobre polarización afectiva afirma que esta favorece un cuestionamiento de los principios de la democracia en un afán de proteger los intereses y poder de su partido y partidarios, y suprimir los del adversario. Sin embargo, contrariamente a esta visión normativa, y en línea con otros estudios[321], he mostrado que en España la polarización afectiva no propicia el cuestionamiento general de los principios de tolerancia y control político, sino que va acompañada de una politización de este asunto; es decir, depende de los partidos políticos y de sus estrategias polarizadoras[322]. En este sentido, y como muestra otro reciente estudio[323], la erosión de los principios democráticos no depende de los ideales democráticos abstractos de la ciudadanía, sino que están fuertemente condicionados por las preferencias partidistas. Puede, además, que también dependa, como dicen estos mismos estudios, de la presencia del partido en el gobierno o en la oposición, pero esto requiere de unos datos que cubran un periodo en el que se produzca una llegada al poder de los partidos de la derecha en detrimento de los de la izquierda.

En este sentido, y actualmente, las y los partidarios de los partidos de derecha (Vox y PP) más polarizados muestran un alto grado de "hipocresía democrática" que combina baja tolerancia social y política y aceptación de medidas anticonstitucionales, pero apoyo mayoritario a la democracia como sistema de gobierno. Esto, como se verá en el siguiente capítulo, va acompañado de una escasa confianza en las instituciones de representación democrática. Todo ello constituye un perfil de "hooligans partidistas" de derechas que discrepa sustancialmente de los del resto de partidos del otro lado del espectro ideológico, los cuales se caracterizan, en cambio, por una mayor tolerancia, defensa de los principios constitucionales y un claro apoyo a la democracia.

Capítulo 11

Polarización afectiva y confianza

en las instituciones*

En el anterior capítulo se ha visto el efecto de la polarización afectiva en el apoyo a la democracia y a los principios democráticos. Pero, además, es también importante conocer el efecto de este tipo de polarización en la confianza en las instituciones políticas de la democracia.

La confianza en las instituciones de representación, el sistema jurídico y los principales actores políticos, algo conocido como "confianza política", parece estar disminuyendo en muchas democracias contemporáneas[324]. A la hora de explicar este fenómeno, los trabajos académicos recientes han hecho hincapié a menudo en el efecto de las evaluaciones ciudadanas del "rendimiento" de estas, adoptando un enfoque que entiende que dicha confianza es fundamentalmente el resultado de "la evaluación ciudadana". En suma, prima la idea de que los individuos confían más o menos en las instituciones basándose principalmente en cálculos racionales que efectúan a partir de la percepción de la fiabilidad de cada institución en relación con sus respectivas expectativas iniciales[325].

Sin embargo, un aspecto importante que no se ha abordado respecto de este fenómeno es la responsabilidad que pudiese tener la creciente presencia de la política afectiva —y el conflicto grupal interpartidista que genera—. El intento más significativo de tratar sobre este tema se ha producido entre expertos en los Estados Unidos, dando lugar a la conocida hipótesis de la "polarización de la confianza política"[326]. Según esta teoría, la confianza política en el gobierno, como institución, varía en función del partidismo individual condicionando la forma en que las personas miran y evalúan el desempeño de la labor del gobierno. Esto propicia una disminución general en la confianza en dicha institución, como consecuencia de los niveles crecientes de confrontación afectiva entre los dos partidos principales.

Aunque esclarecedora para el caso estadounidense, esta contribución presenta algunas limitaciones importantes en su capacidad de trasladarse a otros contextos, en particular a los sistemas multipartidistas. La polarización afectiva en los Estados Unidos está moldeada por la dinámica de un sistema bipartidista, lo que hace muy difícil desentrañar los efectos de la polarización dentro del grupo y la polarización consecuencia de los sentimientos negativos hacia los otros grupos de partidarios y partidarias, ya que son, en este caso, casi el reverso de la moneda[327]. En este país, la identificación partidista produce rivalidad entre los dos grupos[328], lo que refuerza la relación inversa entre los sentimientos hacia el grupo interno y los que se dan hacia el otro grupo de partidarios y partidarias. Pero este no es necesariamente el caso en los sistemas multipartidistas. En estos entornos, la identificación con un único partido suele ser menor si existen múltiples partidos ideológicamente cercanos, lo que afecta al nivel de polarización afectiva partidista[329] y, como consecuencia, a su potencial impacto en la confianza política.

Además, la mayoría de los trabajos que han defendido esta hipótesis se han centrado en el gobierno como objeto de confianza[330], sin embargo, la evaluación de "el gobierno" como institución está fuertemente vinculada con las opiniones relativas al titular que la ocupa en un momento concreto y al apoyo concedido a este[331], algo que se agrava en un sistema bipartidista. Así, es probable que dichos estudios estén sobreestimando la importancia de la consecuencia de los "afectos partidistas" sobre la confianza política.

Finalmente, como se ha visto en el anterior capítulo respecto al apoyo a los principios de la democracia liberal, la confianza política puede estar politizada; es decir, que su relación con la polarización puede depender del partido con el que se identifican las y los ciudadanos e incluso de si ese partido está en el poder o en la oposición.

Por lo tanto, todavía hay muchas preguntas sobre este tema que requieren de una investigación comparativa más detallada. ¿Se produce este fenómeno respecto de la confianza política en entornos multipartidistas como en España? ¿Tiene la polarización afectiva el mismo efecto en otros objetos de la confianza política (parlamento,

partidos políticos, políticos, justicia, etc.)? ¿Tiene la afinidad dentro del grupo el mismo efecto que la hostilidad a los otros en la confianza política? ¿Son estos efectos dependientes de las y los partidarios de los distintos partidos?

Confianza política y polarización afectiva

Conceptualmente, la confianza política es un indicador de apoyo al sistema que está relacionado "con las instituciones políticas que vinculan los principios democráticos generales con los actores y las políticas públicas"[332]. La confianza política se define por un "conjunto específico de objetos (instituciones y actores políticos) y es a la vez relacional (tiene un sujeto y un objeto) y situacional (se caracteriza por un grado de incertidumbre sobre las acciones futuras del objeto)"[333]. El estudio de este concepto ha cobrado impulso durante la última década debido a que la confianza en estas instituciones básicas de representación democrática y agregación de intereses parece estar disminuyendo en muchas democracias contemporáneas[334]. Recientemente, estudiosos y expertos han hecho hincapié en el papel de las evaluaciones del desempeño de dichas instituciones para explicar la evolución de la confianza política, en lo que se conoce como el enfoque de la "confianza como evaluación"[335].

Sin embargo, un aspecto importante que no se ha abordado plenamente es la posibilidad de que la creciente polarización partidista y las dinámicas de competición que genera puedan también estar afectando negativamente a la confianza política en las instituciones. Como se ha señalado[336], una parte importante de las tácticas de los actores radicales y populistas consiste en atacar a las instituciones representativas, lo que, a su vez, afecta a las actitudes de sus partidarios con respecto a estas instituciones[337]. De hecho, estos discursos incívicos han sido claramente atribuidos a los partidos ideológicamente radicales y a aquellos con discursos y estrategias populistas[338] Estos se caracterizan por su tendencia a unir las críticas a los procedimientos e instituciones democráticas establecidas con las efectuadas a las élites políticas[339], acusándolas de no preocuparse por el pueblo llano, de no responder ni rendir cuentas a las demandas de la gente corriente y de ser incompetentes[340]. Los mensajes populistas e iliberales de estos

partidos están, por tanto, destinados a socavar la confianza de la ciudadanía en el sistema político y sus representantes, criticando la capacidad de responder a las demandas ciudadanas. En definitiva, critican el desempeño de estas instituciones a la hora de evaluar la rendición de cuentas y la competencia, que son componentes fundamentales de la confianza en las instituciones de representación[341], constituyéndose, de este modo, en un elemento básico que acompaña a la polarización auspiciada por estos partidos[342].

No obstante, hay razones para creer que las tácticas relacionadas con la polarización afectiva partidista no deben atribuirse únicamente a los partidos populistas o extremistas. Estas tácticas, que convierten la polarización en perniciosa, no solo son difíciles de controlar por los propios actores políticos que las inician, sino, lo que es más importante, no siempre está claro cómo pueden obtener respuesta "de forma constructiva" por parte de los otros actores políticos[343]. Esta indefinición táctica frente a estos partidos puede invitarles a poner en práctica sus propias estrategias polarizadoras y difamatorias, lo que contribuye a una mayor percepción de la polarización de lo que las diferencias políticas entre los partidos realmente justifican[344]. Esto, además, es un proceso que adquiere más relevancia en las redes sociales[345]. Como se ha demostrado, un alto porcentaje de tuits de los líderes políticos contienen mensajes contra las instituciones democráticas[346]. En consecuencia, esta dinámica generada por la competencia partidista puede producir evaluaciones decrecientes de las instituciones políticas, lo que lleva al deterioro de la confianza en las instituciones representativas y en sus principales actores (partidos y políticos).

Esta erosión de la confianza de la ciudadanía en sus instituciones y actores de representación podría atribuirse a más factores que los mensajes incívicos adoptados por los partidos políticos. La polarización afectiva aumenta la percepción de que la disputa de intereses en el espacio público se rige por una lógica de suma cero, anulando la voluntad de cooperación y compromiso en la búsqueda de soluciones a los predicamentos compartidos. Esto produce problemas de gobernabilidad, ya sea por el bloqueo que generan —la incapacidad de tomar y aplicar decisiones políticas eficaces— o por la imposición unilateral de políticas por parte de la mayoría a la

minoría[347]. Además, estas situaciones podrían verse exacerbadas por los discursos y comportamientos agresivos adoptados por la mayoría de los partidos en un intento de deslegitimar a sus oponentes, lo que lleva a los votantes a descartar la información sustantiva, y a desarrollar más confianza en "opiniones menos fundamentadas"[348] haciendo que elijan las posiciones de su propio partido por encima de los principios democráticos liberales[349]. Por lo tanto, estas dinámicas disminuyen las evaluaciones ciudadanas de las instituciones políticas, y deterioran la confianza en ellas y en los principales actores de representación (partidos y políticos).

Sin embargo, en este contexto debemos tener en cuenta cómo la polarización generada por los sentimientos de afinidad hacia el grupo partidista propio y la que se genera como consecuencia de los sentimientos de hostilidad negativos hacia los otros grupos pueden tener efectos diferentes sobre la confianza. Esto es especialmente relevante en los sistemas multipartidistas, en donde la polarización debida a los sentimientos hacia el grupo de partidarios de los otros partidos no es el espejo exacto de los sentimientos ocasionados respecto del propio grupo de partidarios. Los sentimientos crecientemente positivos del grupo propio (polarización intragrupo) podrían contribuir al aumento de la confianza política entre quienes tienen sentimientos afines hacia ese grupo partidista en particular, especialmente si su partido está ganando más apoyo y más poder en esas instituciones. Esta es precisamente la lógica utilizada por los estudiosos que sostienen que los efectos negativos sobre la confianza política desaparecen o se invierten cuando los partidos populistas o antiliberales están en el gobierno[350]. Cuando esos partidos obtienen un número importante de escaños en el parlamento o incluso controlan las instituciones, sus partidarios pueden llegar a confiar más en las instituciones y dejar de cuestionar las decisiones y los resultados que producen, lo que interviene positivamente a la confianza política general[351]. Sin embargo, la polarización afectiva como resultado de los sentimientos hostiles hacia las y los partidarios de los otros partidos también puede conducir a un mayor cuestionamiento de la legitimidad moral de los líderes políticos y de sus votantes. Como señalan Shanto Iyengar et al.[352], quienes impugnan los motivos y el carácter de los oponentes políticos son menos propensos a considerar legítimas las decisiones y las políticas promulgadas

cuando esos oponentes controlan el gobierno, propiciando una mayor insatisfacción e incluso desconfianza en los actores y las instituciones representativas.

Medir la confianza política

Las dos encuestas de panel que he venido utilizando en este libro, CIUPANEL (2014-5) y E-DEM (2018-9), contienen información repetida a nivel individual sobre un conjunto de indicadores de confianza en diferentes instituciones y actores políticos en España, en el ámbito nacional y regional. Para la primera, se utilizó una escala del 1 a 10 para medir confianza en las instituciones, y para la segunda, una escala del 1 a 7[353].

La tabla 11.1 contiene los cambios medios individuales en la confianza política para varias instituciones a lo largo de las diferentes oleadas de las dos encuestas de panel durante los dos diferentes periodos de tiempo estudiados. Aunque las cifras no son directamente comparables entre los paneles de la encuesta debido a los rangos diferentes de los indicadores, en esta puede observarse que durante el primer periodo, entre 2014-2015, hay como media una disminución de la confianza política, pero durante el segundo (2018-2019) hay un pequeño aumento de la confianza política para todas las instituciones. Ahora, desgranando los cambios que tuvieron lugar entre cada ola durante este segundo periodo, el mayor incremento se produjo entre la primera y la segunda ola (octubre de 2018 a febrero de 2019), que coincide, como ya se ha discutido en el capítulo 3, con el periodo de mayor incremento agregado de los niveles de polarización afectiva.

Tabla 11.1

Cambio individual medio en confianza política en España

(2014-2015 y 2018-2019)

Panel CIUPANEL (1-10 scale)						
Diciembre 2015 – Diciembre 2015	–0,045	0,308	NS	–0,120	–0,100	0,234
Panel E-DEM (1-7 scale)						
Media total	0,160	0,165	0,128	0,167	0,163	0,167
Por olas						
Octubre 2018 – Febrero 2019	0,185	0,197	0,227	0,184	0,206	0,206
Febrero 2019 – Abril 2019	0,137	0,084	0,051	0,170	0,165	0,129
Abril 2019 – Mayo 2019	0,128	0,214	0,088	0,142	0,108	0,095

Fuente: Bases de datos CIUPANEL y E-DEM.

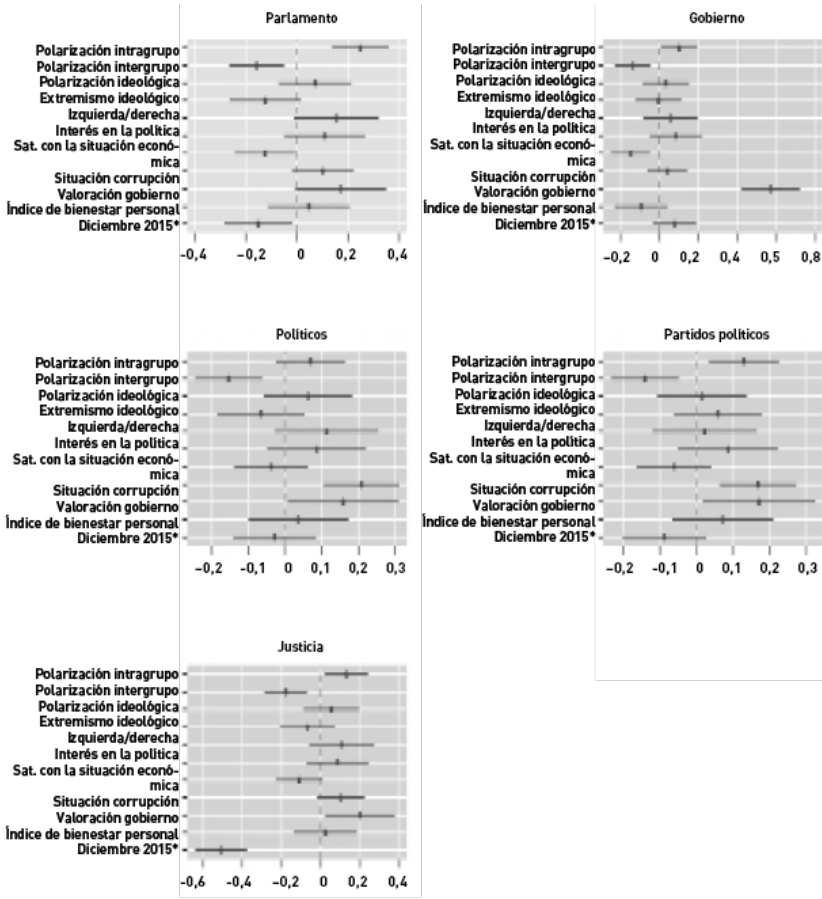
Polarización afectiva y confianza

en instituciones

Para comprobar el efecto de la polarización afectiva en la confianza política he estimado un modelo longitudinal con dobles efectos fijos (individuo y tiempo), como ya he venido haciendo en los capítulos anteriores. Este análisis nos permitirá comprobar los efectos de la variación individual de la polarización afectiva partidista, consecuencia del crecimiento de los sentimientos positivos hacia el grupo partidista propio (polarización intragrupo) y de aquellos negativos de hostilidad que van surgiendo respecto de los otros grupos partidistas (polarización intergrupo). Para su estimación se han incluido las mismas variables de control que en el capítulo 9. Para empezar, he añadido las dos medidas de polarización ideológica ya discutidas. Además, he incluido otras variables que se han utilizado de forma recurrente para explicar la confianza política como la evaluación de la situación económica del país y la percepción de la corrupción, así como la variable que mide el grado de bienestar subjetivo. Por último, y al igual que hasta ahora, he incluido otras variables de control, como el interés político, el posicionamiento en la escala izquierda/derecha y las posiciones sobre algunos temas políticos y sociales destacados en España. Al respecto, en la base de 2014-2105, he podido añadir la valoración sobre la situación de la corrupción y de la labor del gobierno. Para la base de 2018-2019, además, como hice en el capítulo 10, he metido las variables que miden la valoración de la situación en temas como la inmigración, la corrupción y el desempleo, además del índice de bienestar personal y familiar. La única variable nueva para este modelo con respecto a lo estimado en dicho capítulo es la que mide la polarización generada en torno al conflicto territorial que ha sido considerada una parte fuertemente ligada al aumento de la polarización afectiva en España[354] y que podría ser responsable de la falta de confianza en algunas instituciones nacionales[355].

GRÁFICO 11.1

Polarización afectiva y confianza política, 2014-2015



Nota: Intervalos de confianza al 95%.

***Referencia ola 3: diciembre de 2014-enero de 2015**

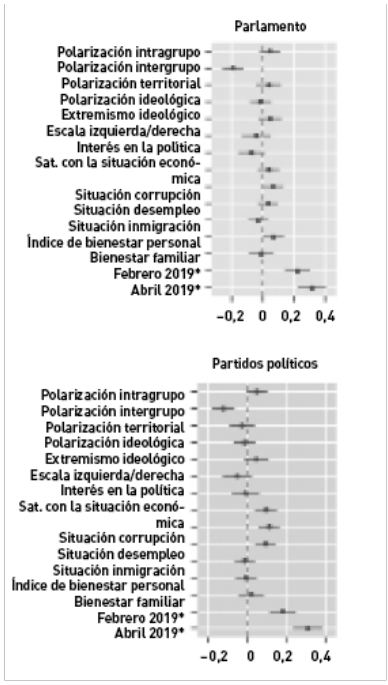
Fuente: Base de datos CIUPANEL, ola 3 y 5.

El gráfico 11.1 muestra los resultados de este análisis basado en los datos de panel de la encuesta para el periodo 2014-2015 (dos olas). En esta figura puede observarse la consistente significación de la relación negativa para todas las instituciones entre la variación individual de la confianza política y los sentimientos negativos para los otros grupos partidistas. Sin embargo, el efecto positivo de los sentimientos afines hacia el grupo propio sobre la confianza política no solo es sustancialmente más débil, sino que también es inconsistente dependiendo del tipo de instituciones (no es significativo, por ejemplo, para la confianza en los políticos). Del resto de variables incluidas, la única significativa es la valoración de la situación respecto de la corrupción que cuanto más positiva es, más confianza aumenta, lo que confirma resultados que ya he presentado en otros trabajos[356]. Basándonos en estos resultados, podemos plantear inicialmente que la polarización sustentada en la antipatía u hostilidad hacia el grupo de partidistas externo parece deteriorar sistemáticamente la confianza política en las instituciones democráticas, un proceso que apenas se ve compensado por los beneficios que generan los sentimientos positivos hacia el propio grupo de partidarios y partidarias, al menos para el periodo de 2014-2015, cuando la creciente polarización iba de la mano del surgimiento y aparición de Podemos en un contexto de crisis política y social.

Para confirmar el efecto perjudicial que tiene el aumento de los sentimientos negativos hacia los otros partidistas en la confianza política, he repetido el mismo análisis para el panel de encuestas que cubre el periodo 2018-2019 (tres olas), durante el cual la polarización se generó por la aparición de un partido radical de derechas (Vox) en un contexto en donde la confianza política estaba ya muy deteriorada[357]. Para la estimación de estos modelos, cuento con una variable dependiente adicional: la confianza en el gobierno regional. El gráfico 11.2 muestra los resultados de dicho análisis.

GRÁFICO 11.2

Polarización afectiva y confianza política, 2018-2019



Nota: Intervalos de confianza al 95%.

***Referencia: octubre 2018.**

Fuente: Base de datos E-DEM, olas 1, 2 y 3.

Estos resultados confirman de forma clara una vez más que los sentimientos de hostilidad hacia los otros grupos partidistas están negativamente relacionados con la confianza política en todas las

instituciones. De nuevo, la magnitud y consistencia de estos resultados resaltan el escaso o nulo efecto de los sentimientos positivos generados en torno al propio grupo partidista. Los datos de este periodo permiten también observar que la polarización territorial no es la causante del deterioro de la confianza en las instituciones. Su efecto es nulo, con una excepción: la polarización territorial lo que hace es incrementar la confianza en el gobierno regional de manera significativa. Sin embargo, en ningún caso afecta negativamente al resto de las instituciones democráticas del Estado, ni siquiera a la confianza en la justicia.

Por último, no puedo dejar de señalar que existen otros tres factores que, de manera sistemática, pueden favorecer (y compensar) una confianza mayor en las instituciones. El primero, de nuevo, es la evaluación positiva de corrupción, cuyo efecto es también positivo y significativo para el segundo periodo de tiempo (2018-2019), evidenciando que cuanto más positiva se muestra la percepción respecto de los niveles de corrupción, más crecen los niveles individuales de la confianza política. Este efecto de la corrupción en el segundo periodo es notable y probablemente se debe a la mayor visibilidad en la esfera pública durante ese periodo de los escándalos de corrupción; y confirma, una vez más, la importancia de la percepción de la corrupción cuando se trata de explicar los cambios en los niveles individuales de la confianza política[358].

Por otro lado, están también la evaluación de la situación económica y la del desempleo. La relación de estas dos últimas variables con la confianza política no es consistente para todas las instituciones y tienen un efecto mucho más limitado, confirmando los resultados de estudios previos que subrayan la existencia de una relación positiva pero limitada entre los resultados económicos y la confianza política[359]. Además, hay que señalar que esta consecuencia se produce principalmente con las evaluaciones generales de la economía, y no tanto con el cambio en las condiciones económicas y sociales particulares de cada ciudadano.

Por último, cabe señalar que la polarización ideológica no tiene un efecto consistente en la variación individual de la confianza política en las diferentes instituciones. Este es también el caso del extremismo ideológico, cuyo efecto solo se observa para la

confianza en los políticos y en el gobierno regional durante el segundo periodo de tiempo estudiado. En la misma línea, también es importante destacar que las variaciones en las posiciones de un individuo sobre los temas más destacados del momento no tienen casi ninguna repercusión sobre la confianza política. Finalmente, en estos resultados encontramos que la polarización afectiva territorial (solo incluida en los modelos del periodo 2018-2019) tiene efectos limitados (positivos para los gobiernos regionales y pequeños efectos negativos sobre la confianza en los políticos) en la confianza política. Así, de todas las medidas de polarización, solo la polarización afectiva partidista generada en torno a los sentimientos de hostilidad respecto de los otros grupos partidistas parece tener un efecto negativo significativo y consistente sobre la confianza política. El ligero aumento debido a la mayor presencia de afinidades hacia el propio grupo partidista apenas compensa su disminución, un hallazgo muy en línea con los resultados de estudios anteriores que señalaban que los efectos negativos de la polarización afectiva se deben principalmente a la aversión generada en torno a los "otros"[360].

El efecto de los partidos radicales

y populistas

Como ya se ha discutido en este mismo capítulo, una parte importante de las tácticas de los actores radicales y populistas consiste en atacar a las instituciones representativas, lo que, a su vez, afecta a las actitudes de sus partidarios[361]. Para comprobar si este es el caso, he vuelto a estimar el mismo modelo para los que muestran sentimientos más positivos hacia las y los partidarios de los distintos partidos. El gráfico 11.3 recoge los resultados de las y los de UP en comparación con los del PSOE. En concreto, debe ponerse atención a la diferencia en relación con la polarización intergrupo. Como puede apreciarse, el efecto negativo de la hostilidad hacia los grupos de votantes de los otros partidos entre las y los partidarios de UP parece estar negativamente relacionada con la confianza política en todas las instituciones (véase que ninguno de los intervalos de confianza representados en la línea horizontal cruza la línea que parte del cero). En cambio, no ocurre lo mismo con los del PSOE, cuyos sentimientos de hostilidad hacia los otros partidarios y partidarias no parece tener relación con la confianza política en las distintas instituciones (todos los intervalos de confianza cruzan el cero mostrando su no significación).

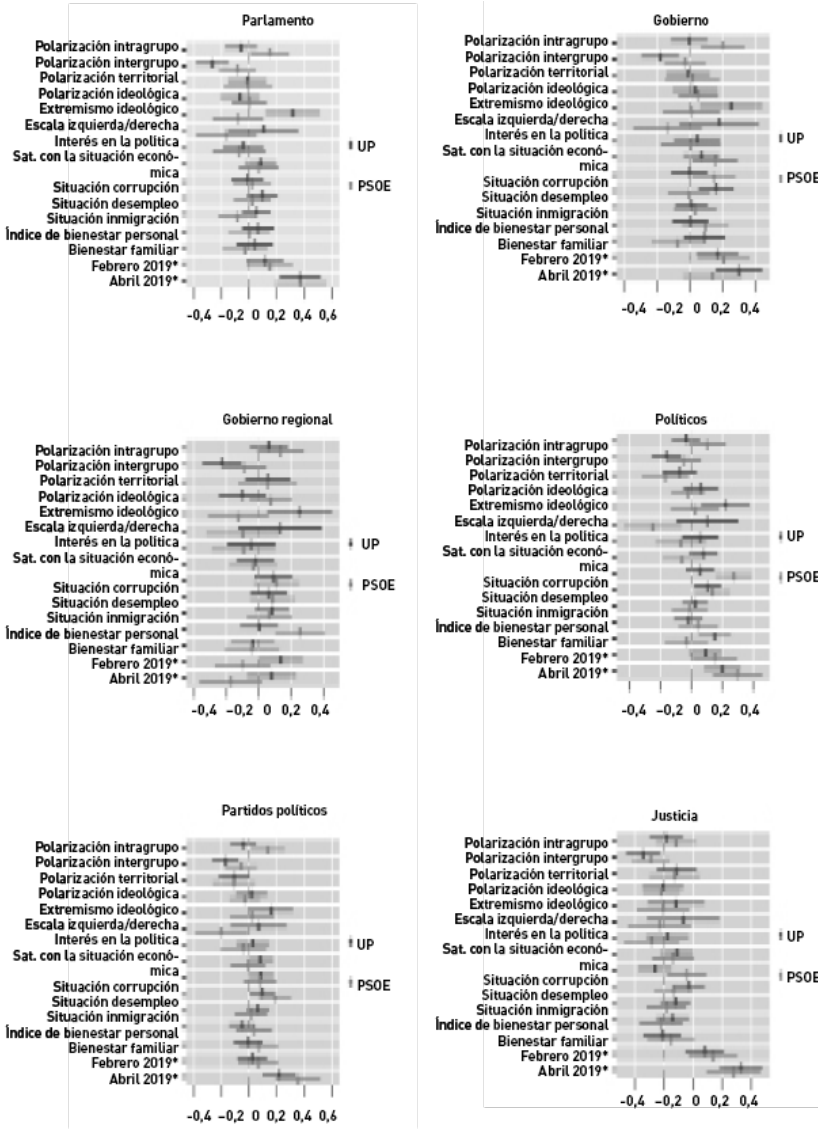
Por otro lado, si repetimos este modelo entre los simpatizantes de Vox, esta relación no se da, algo que contrasta con lo esperado (no se muestran los resultados). Sin embargo, no conviene sacar conclusiones anticipadas al respecto, pues esto podría ser consecuencia de que estos simpatizantes ya contaban para entonces con unos niveles de confianza política notablemente bajos, lo que generaría muy poca variación temporal; es decir, los individuos cambiaron poco al respecto en el transcurso de los meses en estudio. De hecho, si este mismo modelo se estima con efectos aleatorios (fijando solo los efectos fijos al tiempo/olas), el resultado revela que, para el Congreso, gobierno y justicia, la hostilidad

generada en torno a los otros grupos de votantes entre los simpatizantes de Vox tiene una fuerte relación negativa con sus distintos niveles de la confianza en las instituciones (véase el grafico 11.4). Sin entrar en más detalles técnicos, estos resultados confirman que las diferencias entre los votantes de Vox en términos de hostilidad hacia los otros grupos de partidarios (intergrupo) están negativamente relacionadas con sus diferencias respecto al grado de confianza en las instituciones de representación, el ejecutivo y el poder judicial.

Gráfico 11.3

Polarización afectiva y confianza política para los votantes

de UP y PSOE



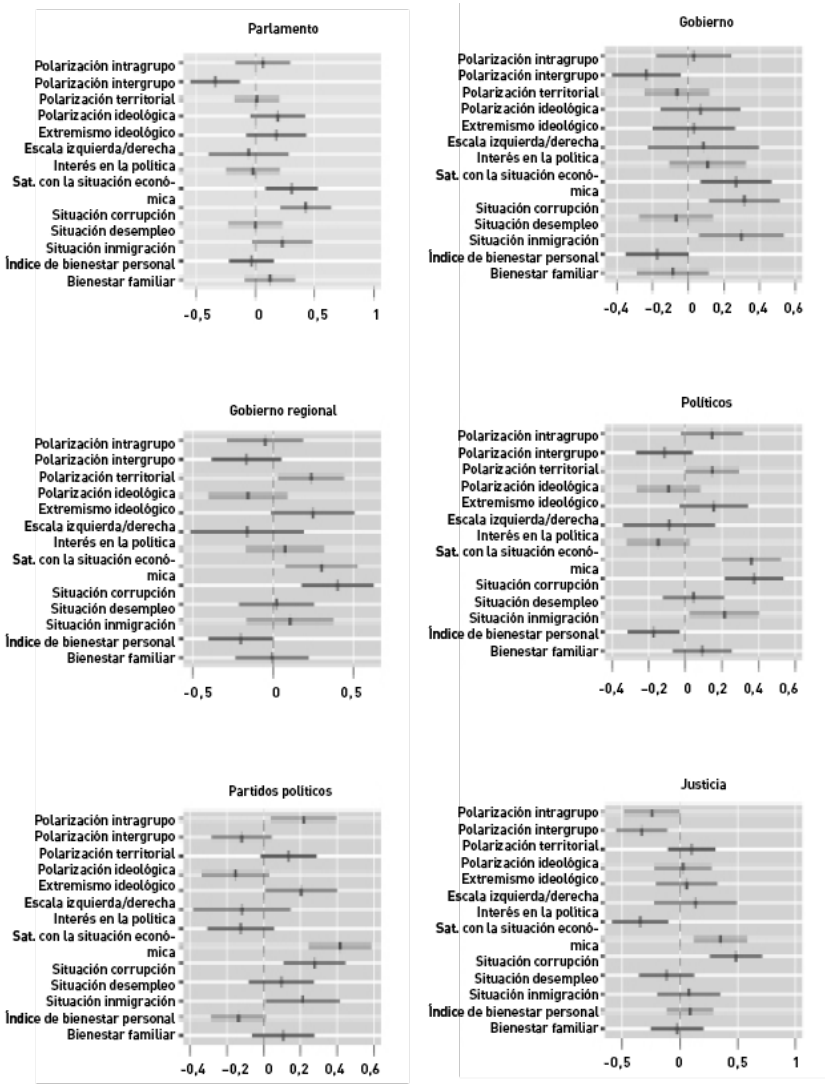
Nota: Intervalos de confianza al 95%.

***Referencia: octubre 2018.**

Fuente: Base de datos E-DEM, olas 1, 2 y 3.

Gráfico 11.4

Polarización afectiva y confianza política para los votantes de Vox



Nota: Intervalos de confianza al 95%.

***Se han mantenido los efectos fijos de cada ola usando como**

referencia octubre 2018, sin embargo, para simplificar no se muestran las variables de las olas.

Fuente: Base de datos E-DEM, olas 1, 2 y 3.

Conclusión

En el presente capítulo se ha discutido la posibilidad de que la polarización afectiva hacia los otros grupos partidistas pueda propiciar una disminución de la confianza política en las principales instituciones y actores de representación política. Como se ha visto con los datos presentados, dicha posibilidad se confirma para España en dos periodos distintos que coinciden con la irrupción de Podemos y de Vox. Esta evidencia puede deberse tanto al colapso que dicha polarización genera en el funcionamiento normalizado de dichas instituciones como al discurso antiliberal que predominaba en la irrupción de estos partidos populistas. En este sentido, el contraste de la repercusión de dicho efecto entre los simpatizantes de UP y del PSOE es bastante ilustrativo, y eso a pesar de que, como ya se ha visto en el capítulo 6, los simpatizantes de este último partido también se polarizaron como consecuencia de la aparición en escena de Vox. La evidencia entre los simpatizantes de Vox a la hora de explicar el deterioro en la confianza en las instituciones es menos evidente, especialmente cuando se trata de ver el cambio individual en el tiempo (efectos fijos), pero aparece con fuerza de nuevo si trata de analizarse las diferencias entre los entrevistados; lo que quiere decir que los votantes más polarizados de Vox tienden a una notable menor confianza en las instituciones de representación, el gobierno y la justicia. Estos resultados son una primera aproximación a este tema y requieren de un estudio más detallado, pero todo lo anterior parece indicar que esta relación puede propiciar un equilibrio de creciente polarización y deterioro de la confianza en las instituciones básicas de la democracia española de muy negativas consecuencias.

Conclusión

Capítulo 12

El endiablado círculo vicioso en donde estamos

y sus potenciales soluciones

En los anteriores capítulos ha tratado de mostrarse de la manera más amena de la que he sido capaz los resultados de un profundo y riguroso estudio de la polarización política en España, un tema que, aunque muy presente en el debate público, es objeto de debates superfluos y lugares comunes que he tratado sortear y ordenar a través de una detallada discusión del estado de la cuestión y de frecuentes y rigurosas evidencias empíricas.

¿Qué he mostrado?

Ciertamente, como se afirma sin una clara evidencia en todos los foros y tertulias, la polarización política en España ha aumentado desde 2008 de una manera significada, si bien no nos sitúa todavía entre los países más polarizados de las democracias contemporáneas. Ahora bien, como ocurre en muchas de ellas, lo importante no es que haya aumentado la polarización política, sino que lo ha hecho la polarización afectiva; es decir, aquella que gira en torno a los sentimientos que nos despiertan los partidos políticos, sus líderes y, sobre todo, sus respectivos partidarios y partidarias. Las líneas divisorias que genera este tipo de polarización fragmentan la esfera pública en dos grupos, "los nuestros" y "ellos"[362]. Esta manera de organizar y entender el mundo político entre los españoles ha propiciado la aparición de megaidentidades partidistas, consecuencia de la convergencia de los distintos conflictos políticos y sociales de carácter identitario que se han aglutinado en torno a las propias identidades con los partidos y sus partidarios y partidarias. Hace tiempo que "ser del PP" o del "PSOE" presumía algo distinto de ser miembro o militante de alguno de esos partidos. Pero, en la actualidad, y como consecuencia de la polarización afectiva, ya no solo significa ser una o un votante más o menos leal a estos partidos, o estar de acuerdo con sus líneas programáticas. "Ser de" implica ahora la presencia de una identidad personal que transciende a los partidos que apoyamos e influye en nuestra percepción del mundo político y social, lo que condiciona cómo y dónde obtenemos información o discutimos de política, enmarcando y limitando nuestras interacciones sociales, y definiendo nuestros propios estilos de vida.

Lo malo de dicha polarización, además, es que genera un espacio público adornado de prejuicios y percepciones sesgadas del adversario político que supera con creces los efectos de las divisiones basadas en las preferencias sobre ciertas políticas públicas o posicionamientos sobre grandes temas, lo que puede

tener unas consecuencias más devastadoras sobre el devenir del conflicto en una democracia. En democracia, los partidos pueden ayudar a la ciudadanía a construir y mantener un gobierno que funcione, pero "si las y los ciudadanos utilizan los partidos como línea divisoria social, esos mismos partidos pueden impedir que estos accedan al compromiso y la cooperación que necesariamente definen el buen funcionamiento de la democracia" [363].
Teóricamente, una democracia debería representar la voluntad de su ciudadanía. En el entendimiento más común de la democracia representativa, las opiniones de la ciudadanía, con respecto a las políticas y los grandes temas objeto de debate y conflicto, deberían estar relacionadas con sus propios intereses o valores y principios ideológicos subyacentes. Estos ciudadanos y ciudadanas, consecuentemente, evalúan qué partido se acerca más a su propia posición conforme a estas preferencias y deciden apoyarlo. Ahora bien, las megaidentidades han transformado a una parte importante de la ciudadanía española en "hooligans partidistas", algo que se percibe en el hecho de que, a medida que la identificación con un partido aumenta, los ciudadanos y ciudadanas van perdiendo la perspectiva de lo que realmente creen y defienden, sin cortapisas ni filtros, las posiciones que adopta cada uno de sus partidos respectivos. Es un mecanismo de autodefensa que se afianza cuando nuestros partidos asumen una parte cada vez mayor de quienes creemos que somos. Además, cuantas más partes de las identidades que nos conforman individualmente estén vinculadas con esos partidos, y lo que representan socialmente, el éxito que adquieran en términos electorales y políticos será más importante que la evaluación que se haga de cualquiera de sus resultados o propuestas políticas, sociales y económicas.

¿Cómo hemos llegado hasta aquí? Existe una tendencia generalizada en los círculos mediáticos a atribuirlo al discurso de las élites y, en concreto, a los de la extrema derecha, que, ayudados por las redes sociales, han propiciado el aumento de estas megaidentidades partidistas y constituido el embrión sobre el que se sustenta el crecimiento de la polarización afectiva. Sin embargo, aunque el diagnóstico inicial no es totalmente erróneo, la respuesta es más compleja. Lo cierto es que, en general, la polarización afectiva encuentra su caldo de cultivo en contextos de gran conflicto social que son aprovechados por los partidos "desafiantes"

para retar a los dominantes. En este sentido, la aparición de los dos partidos más extremos del actual sistema a nivel nacional (Podemos en 2014 y Vox en 2019) conjuntamente con estrategias desafiantes de algunos nacionalistas han propiciado el aumento de la polarización, pero esta ya era alta antes de su llegada, lo que posiblemente ha favorecido la propia llegada de esos partidos polarizadores. Pero, además, su irrupción generó una creciente polarización entre los partidarios y partidarias del resto de partidos que observaron su llegada con miedo, ansiedad e incluso enfado. Las redes sociales colaboraron a esta polarización, pero solamente reafirmando a aquellos polarizados que buscaron con intensidad argumentos en favor de sus nuevas posiciones partidistas. En este sentido, las redes sociales no trajeron nada nuevo (excepto la rapidez e inmediatez) a las dinámicas existentes que se daban ya en los círculos de discusión política de la democracia española.

Ahora bien, aunque la desigualdad, el creciente conflicto social, la corrupción y la irrupción de partidos desafiantes son los marcos en donde se desarrolla la polarización afectiva, su impulsor último son las élites. Como se ha visto en este libro, el efecto de la percepción de la polarización de la oferta partidista es el principal causante de la polarización afectiva, seguido de un crecimiento del extremismo ideológico. Este resultado muestra que esta percepción, producto de la proyección del conflicto entre las élites, es, por tanto, el principal camino por el que la polarización afectiva crece. En suma, la polarización afectiva crece en un contexto adecuado para ello, pero como consecuencia de la disputa constante entre los políticos y sus discursos llenos de descalificaciones y "demonizaciones" del oponente político que propicia la percepción de un enfrentamiento irreconciliable entre los intereses de todos ellos. En este proceso pernicioso, la visibilidad de un "bien común" desaparece del espacio público, reduciendo la batalla a una percepción de una dinámica de "suma cero" en donde la "pérdida de los míos" siempre se traduce en "una ganancia correspondiente de los otros", y viceversa[364].

Pero ¿cuáles son las consecuencias de la polarización afectiva en España? Para empezar, elimina de manera sustancial lo que se denomina la "elasticidad de las preferencias electorales". Esto quiere decir que las y los votantes ya no ejercen un control

responsable e informado del poder político y de sus alternativas, sino que se comportan como “hooligans partidistas” justificando y votando sistemáticamente las mismas opciones y eliminando cualquier capacidad de juicio retrospectivo respecto del ejercicio del poder o de la credibilidad y consistencia de las propuestas alternativas. Se trata de ganar por encima de todo.

Además, la polarización afectiva destruye la confianza social de la ciudadanía española en los “otros”, el tejido sobre el que se sustenta la convivencia ciudadana y el progreso democrático e incluso el económico y social. La creciente desconfianza hacia los otros grupos partidistas alimenta la que se expresa hacia “los otros” en general, es decir, hacia aquellas personas que no forman parte de nuestros círculos más inmediatos de amistad y familiares. Incluso promueve la desconfianza hacia nuestros vecinos y vecinas. Además, la creciente afinidad “con los nuestros”, los que apoyan a mi partido, no compensa este fenómeno, ya que su efecto se limita a aumentar la confianza en nuestros círculos más próximos de familia y amistades.

En este sentido, esta creciente clasificación social/partidista de las y los ciudadanos españoles podría estar respaldando de nuevo la aparición de las dos Españas entre los partidarios y partidarias de la derecha y de la izquierda, de tan dramáticas consecuencias en nuestra historia política. A diferencia de lo ocurrido entonces, este conflicto probablemente no acabe en una confrontación tan sangrienta, dadas las circunstancias tan diferentes que existen en el país y en Europa, pero puede constituir una enorme disfuncionalidad y riesgo para la gobernabilidad democrática en España que, como afirman Josep Maria Colomer y Ashey Beale en su reciente libro[365], claramente impida abordar con la necesaria calma y reflexión los enormes retos a los que las democracias y el mundo se enfrentan durante los próximos años. Finalmente, la polarización afectiva está conduciendo a la gente a considerar a los votantes de los otros partidos como poco fiables o menos merecedores de oportunidades y servicios públicos. Esta polarización también puede motivar a las y los partidarios de los distintos partidos a entrar en conflicto con las y los contrarios en sus entornos sociales más inmediatos o incluso a tratar de evitar el contacto con miembros de diferentes partidos, generando la

conocida “distancia social”.

Ahora bien, dicho esto, y admitiendo que la llegada de Vox y de sus votantes más polarizados no son los únicos responsables del aumento de la polarización afectiva, lo cierto es que sus efectos sobre el apoyo a la democracia liberal no son iguales. Las partidarias y partidarios más polarizados de Vox, e incluso algunos de los del PP, se caracterizan por mostrar unos niveles de tolerancia política y social mucho más bajos y un apoyo explícito a las decisiones encaminadas a concentrar el poder en unas pocas manos que no siempre emanan de la voluntad popular, mostrando predisposición clara a apoyar las medidas que favorecen políticas iliberales y el deterioro democrático en favor de sus intereses.[366] En cambio, los más polarizados de Podemos, y pese a su inicial posición crítica contra el “sistema político del 78” y el discurso populista e iliberal de sus primeros tiempos, se caracterizan por mostrar unos niveles de tolerancia social y política mayor, y, lo que es más importante, por un rechazo explícito a dichas medidas y razonamientos en contra de los principios de la democracia constitucional y “la división de poderes”. En este sentido, la polarización propiciada por la aparición de partidos desafiantes puede deberse a una misma lógica, sean las que sean sus posiciones ideológicas, pero ciertamente sus consecuencias en el devenir de la democracia española no son las mismas.

Algunas propuestas para mitigar

la polarización afectiva

No puedo acabar este libro sin hacer un intento de formular algunas propuestas para tratar de paliar la polarización afectiva y sus potenciales efectos perniciosos, recogiendo lo que crecientemente se va discutiendo en algunos trabajos iniciales al respecto. En este sentido, hay que destacar la presencia de dos grandes grupos de propuestas. Por un lado, están aquellas que, a partir de enfatizar la naturaleza emocional de las nuevas megaidentidades partidistas, centran sus propuestas en respaldar políticas que favorezcan una mayor heterogeneidad social entre los partidarios y partidarias de los distintos partidos con el de fin de generar un contrapeso a las emociones[367] y reducir la lógica impuesta por situaciones de suma cero[368]. Existe, sin embargo, una segunda tradición encaminada a mitigar este proceso a través de generar situaciones de intercambio de información e interacción entre la ciudadanía de los distintos grupos partidistas[369].

De este primer grupo, hay que destacar los trabajos que se centran en mitigar la desigualdad y segregación social y económica, dado que estas constituyen indudablemente el caldo de cultivo para la aparición de tácticas y discursos polarizadores[370]. Cuando la desigualdad y la segregación sociales disminuyen, se propicia una mayor heterogeneidad social y de intereses entre los distintos partidarios y partidarias de los partidos, haciendo mucho más difícil la alineación entre determinados grupos sociales, intereses e identidades partidistas. Por tanto, como han afirmado estudios recientes, mayores niveles de distribución de la riqueza, provisión de bienes públicos y de servicios sociales van a favorecer la mitigación de la polarización afectiva[371]. La provisión elevada de bienes públicos, además, ayuda a resaltar la centralidad de este tema, lo que favorece la convergencia del conflicto generado en torno a ella con el tradicional conflicto económico izquierda/

derecha. Esto, a su vez, relega a un segundo lugar los conflictos meramente culturales que tanto favorecen a los partidos desafiantes de tipo populista[372].

Este argumento está muy unido al que defienden los estudiosos en favor de propiciar un espacio multidimensional de temas de relevancia en debate público con el fin de mitigar la polarización. A mayor variedad de temas y a un abordaje más racional de estos, menor es la posibilidad de que se produzca un realineamiento entre temas y posturas partidistas en una dimensión única y convergente[373]. Por tanto, parece claro que, partiendo desde ciertas evidencias recientes[374], aumentar la dimensionalidad del espacio político podría reducir la polarización, ya que, si la polarización se produce en una dimensión, las otras, al no converger, mitigan de manera notable la polarización. De esta forma, introducir en la discusión, sobre los diversos temas, consideraciones sobre el interés propio (y suponiendo que esto se distribuye normalmente, con muchas personas a favor de posiciones políticas moderadas) tiene un efecto valioso en la contención de polarización.

Finalmente, otro factor contextual que ayuda a mitigar la polarización es la corrupción. La connivencia entre partidos en la corrupción endémica en sistemas débilmente institucionalizados o con una alta volatilidad también puede generar insatisfacción popular con los líderes políticos de los partidos tradicionales o dominantes y abrir la puerta para que surjan líderes populistas de partidos desafiantes con discursos iliberales polarizadores[375].

Ahora bien, todos estos argumentos no solo hacen referencia a la necesidad de fomentar la heterogeneidad social y de intereses o propiciar mecanismos institucionales para propiciarlos, sino que también destacan la importancia que debe jugar la agencia política, es decir, la acción de los líderes políticos. Por ejemplo, los partidos políticos no populistas ni extremistas deben asumir la necesidad de centrar el debate público en asuntos de diversa índole que se alejen de los conflictos simplistas de tipo cultural que tanto favorecen a los partidos más polarizantes. Sin embargo, llegados a este punto, debo expresar mi escepticismo. Como he venido discutiendo, la lógica de la competencia política, y los cálculos a corto plazo que en ella dominan, dejan poco espacio para el optimismo, mucho más cuando

esta lógica predomina incluso cuando los líderes de los partidos tradicionales tratan de dar respuesta a las estrategias de competición fijadas por los partidos desafiantes.

Un segundo grupo de propuestas, como se ha dicho, van encaminadas a mitigar este proceso a través de generar situaciones de intercambio de información e interacción entre los ciudadanos y ciudadanas de los distintos grupos partidistas, especialmente durante los procesos electorales[376]. A partir de diversas evidencias sustentadas en distintos experimentos, algunos investigadores han tratado de mostrar cómo el intercambio de opiniones distintas en contextos de diálogo reduce la polarización afectiva[377]. Este argumento y su evidencia han cobrado especial atención en aspectos relacionados con los mecanismos de movilización del voto durante las campañas electorales. Según algunos autores, es necesario procurar durante dichas campañas actividades que propicien el diálogo y el encuentro y que favorezcan el intercambio de la variedad de experiencias y razones que justifiquen las preferencias partidistas de cada uno de los y las partidarias[378]. Además, estos experimentos no se han reducido a inducir la interacción personal en contextos más amables. En otros muchos casos, este argumento se ha mostrado al generar experimentos en los que los entrevistados eran invitados a leer noticias simuladas con contenidos informativos favorables o contrarios a los argumentos partidistas[379].

Sin embargo, en este sentido, y dejando de lado, como ya se ha mostrado (véanse capítulos 7 y 8), la escasa significación de la evidencia empírica de dichos argumentos, se me antojan soluciones de difícil implementación en el mundo político actual y de limitada aplicación para el sector mayoritario de las sociedades actuales. En cambio, sí que me parece más productivo, asumiendo que los argumentos empíricos son válidos, ir en la línea de generar redes de intercambio y de exposición a la información que estén compuestas por nodos diversos y divergentes. Esta media buscaría que la ciudadanía que reaccione de manera diferente a los contactos del grupo partidista externo, ya sea convergentes o polarizantes, puesto que, como se ha expuesto, la conexión de nodos de intercambio estructuralmente diferentes mejora las opiniones moderadas[380]. Controlar y regular la generación de dichos nodos despolarizadores

deviene en una necesidad que requiere de una reflexión para el uso de una tecnología que claramente sí que existe.

Por último, no puedo finalizar sin reseñar que es necesario tomar conciencia, con una cierta premura, de este problema en el colectivo de los españoles que defendemos los principios de la democracia constitucional. Conviene hacerlo sin excesivo retardo, ya que, como algunos académicos han explicado[381], existen puntos de inflexión y dinámicas de autorrefuerzo que conducen a cambios de fase y hacen que la polarización se convierta en un proceso irreversible.

Agradecimientos

Hay dos académicos a los que tengo que agradecer la realización de este libro. Primero, a la excelente académica, y, por otro lado, maravillosa compañera, Emily B. Carty. Nuestras estimulantes conversaciones sobre polarización y conflicto en los Estados Unidos y sus magníficas referencias a la literatura sobre psicología política, de la que es buena conocedora, han sido decisivas en el devenir de este trabajo. A esto tengo que añadir su interminable paciencia con mi obsesión por el trabajo. Su apoyo y cariño constante han sido encomiables. Segundo, a Josep María Comellas, excelente académico e investigador posdoctoral en el Research and Expertise Centre for Survey Methodology (RECSM) y en la Universitat Autónoma de Barcelona. Nuestras interminables discusiones teóricas y metodológicas han sido también decisivas. A esto tengo que añadir su extenso trabajo para construir y reproducir las distintas variantes de las mediciones de polarización, algunas de las cuales he utilizado en este libro. Quiero agradecer también a los dos, junto a la candidata a doctora por el RECSM, Zoe Thomson, y al profesor Javier Lorenzo de la Universidad Carlos III de Madrid, por sus aportaciones en diversos artículos publicados conjuntamente que han servido de base para algunos de los capítulos de este libro. También quiero hacer lo propio con mis colegas y amigos Xavier Coller y Manuel Alcántara por revisar versiones anteriores y darme útiles sugerencias. Quisiera también dar las gracias a Andrea A. Steinhäuser por ayudarme con la revisión inicial del manuscrito. Finalmente, gracias a todos los colegas y compañeros que me han invitado a hablar de este proyecto, permitiendo el intercambio productivo de opiniones y comentarios que en muchos casos han resultado decisivos para el desarrollo de esta investigación.

En otro apartado de agradecimientos, más institucional, tengo que mencionar la financiación otorgada de forma generosa para obtener unos datos únicos sobre este tema desde 2014, además de proporcionarme recursos para financiar algunas de mis actividades

académicas relacionadas con este proyecto. Primero debo agradecer a la Agencia Estatal de Investigación del Ministerio de Ciencia e Innovación por la concesión de los siguientes proyectos de investigación: 1) CSO2013-47071-R; 2) CSO2016-79772-P; 3) PID2019-106867RB-I00/AEI/10.13039/501100011033 (2020-2024). Además, también quiero dar las gracias a la Fundación BBVA al concederme una de sus magníficas "Ayudas a equipos de investigación científica en economía y sociedad digital 2019". Esta última ayuda fue decisiva para la realización del proyecto TRI-POL, algunos de cuyos datos he utilizado en este libro. Por último, no puedo dejar de mencionar la generosa financiación concedida por el programa de excelencia ICREA-ACADEMIA, financiada por la Generalitat de Cataluña, que me ha permitido tener una situación profesional privilegiada para centrarme en el desarrollo de todos estos proyectos y en la escritura de este libro.

Por último, quiero agradecer a mis suegros, Jim Carty y Catharine Carty, por dejarme usar su magnífica biblioteca en Huddleston (Virginia) en donde inicié la escritura de este libro durante las Navidades de 2021.

Barcelona, 2 de noviembre de 2022

NOTAS

1 . Chris Bail (2021): Breaking the social media prism, Princeton, Princeton University Press.

2 . Morris Fiorina y Samuel J. Abrams (2008): “Political Polarization in the American Public”, Annual Review of Political Science 11, pp. 563-588.

3 . Ezra Klein (2020): Why we’re polarized, Nueva York, Avid Reader Press.

4 . Lilliana Mason (2018): Uncivil agreement: How politics became our identity, Chicago y Londres, University of Chicago Press, p. 45.

5 . Shanto Iyengar, Gaurav Sood y Yphtach Lelkes (2012): “Affect, Not Ideology”, Public Opinion Quarterly, 76(3), pp. 405-431.

6 . Delia Baldassarri y Scott E. Page (2021): “The emergence and perils of polarization”, Proceedings of the National Academy of Sciences, 118(50), p. 3.

7 . Lilliana Mason (2018): Uncivil agreement: How politics became our identity, Chicago, University of Chicago Press, pp. 27-8.

8 . Federico Vegetti y Daniela Širinić (2018): “Left–Right Categorization and Perceptions of Party Ideologies”, Political Behavior, 41(1), pp. 257-280.

9 . Jennifer McCoy y Murat Somer (2018): “Toward a Theory of Pernicious Polarization and How It Harms Democracies: Comparative Evidence and Possible Remedies”, The ANNALS of the American Academy of Political and Social Science, 681(1), pp. 234-271.

10 . Véanse Lucia Medina (2013): “Partisan supply and voters positioning on the left–right scale in Europe”, Party Politics, 21(5), pp. 775-790; y Mónica Méndez Lago (2020): “Parties and Party Systems”, en Diego Muro e Ignacio Lago (eds.), The Oxford Handbook of Spanish Politics, Oxford, Oxford University Press, pp. 330-348.

11 . Murat Somer, Jennifer L. McCoy y Russell E. Luke (2021): “Pernicious polarization, autocratization and opposition strategies”, Democratization, pp. 930-1.

12 . Catherine E. De Vries y Sara B. Hobolt (2020): Political entrepreneurs. The rise of challengers parties in Europe, Princeton, Princeton University Press.

13 . Matthew Levendusky (2009): The Partisan Sort: How Liberals Became Democrats and Conservatives Became Republicans, Chicago, University of Chicago Press, pp. 81-90.

14 . Yphtach Lelkes (2021): “Policy over party: comparing the effects of candidate ideology and party on affective polarization”, Political Science Research and Methods, 9(1), p. 194.

15 . Lilliana Mason y Julie Wronski, J. (2018): “One Tribe to Bind Them All: How Our Social Group Attachments Strengthen Partisanship”, Political Psychology 39, pp. 257-277; Eelco Haterveld (2021): “Ticking all the boxes? A comparative study of social sorting and affective polarization”, Electoral Studies, 72, 102337.

16 . James N. Druckman, Erik Peterson y Rune Slothuus (2013): “How elite partisan polarization affects public opinion formation”, American Political Science Review, 107(1), pp. 74-5.

17 . Bail (2021): Breaking the social media prism.

18 . Gabor Simonovits, Jennifer McCoy y Levente Littvay (2022): “Democratic hypocrisy and out-group threat: Explaining citizen support for democratic erosion”, The Journal of Politics, p. 5.

19 . McCoy y Somer: “Toward a Theory of Pernicious Polarization and How It Harms Democracies: Comparative Evidence and Possible Remedies”, p. 271.

20 . Mason (2018): Uncivil agreement: How politics became our identity, pp. 27-8.

21 . Disponibles en https://cses.org.

22 . Disponibles en https://u.osu.edu/cnep.

23 . Véase en https://www.upf.edu/web/tri-pol.

24 . Ministerio de Innovación y Ciencia, código: PID2019-106867RB-I00 /AEI/10.13 039/501100011033 (2020-2024).

25 . Ayudas Fundación BBVA a Equipos de Investigación Científica en Economía y Sociedad Digital 2019.

26 . Esta base de datos está a disposición pública con toda su información en Mariano Torcal, Andrés Santana, Emily Carty y Josep Maria Comellas (2020): "Political and affective polarisation in a democracy in crisis: The E-Dem panel survey dataset (Spain, 2018–2019)", Data in brief, 32, 106059.

27 . Chistopher J. Anderson et al. (2005): "Winning isn't everything: Loser's consent and democratic legitimacy", en Christopher J. Anderson et al. (eds.), Loser's Consent: elections and democratic legitimacy, Nueva York, Oxford University Press.

28 . Pippa Norris, Garnett, Holly A. y Max Grömping (2020): "The paranoid style of American elections: explaining perceptions of electoral integrity in an age of populism", Journal of Elections, Public Opinion and Parties, 30(1), pp. 105-125.

29 . Matthew H. Graham y Milan W. Svolik (2020): “Democracy in America? Partisanship, polarization, and the robustness of support for democracy in the United States”, American Political Science Review, 114(2), pp. 392-409.

30 . Philip E. Converse (2006): “The nature of belief systems in mass publics (1964)”, Critical review, 18(1-3), p. 3.

31 . Elizabeth Popp y Thomas J. Rudolph (2011): “A tale of two ideologies: Explaining public support for economic interventions”, The Journal of Politics, 73(3), pp. 808-820.

32 . Mason (2018): Uncivil agreement: How politics became our identity, p. 45.

33 . Noam Lupu (2015): “Party polarization and mass partisanship: A comparative perspective, Political Behavior, 37, pp. 331-356.

34 . Oddbjørn Knutsen, y Staffan Kumlin (2005): “Value orientations and party choice”, en Jacques Thomassen (eds.), The European voter: A comparative study of modern democracies, Oxford, Oxford University Press, pp. 125-166.

35 . Adam M. Enders y Miles T. Armaly (2018): “The differential effects of actual and perceived polarization”, Political Behavior, 41(3), pp. 815-839.

36 . Somer et al. (2021): “Pernicious polarization, autocratization

and opposition strategies", pp. 929-30.

37 . Mason (2018): Uncivil agreement: How politics became our identity, p. 12.

38 . Valdimer O. Key (1966): The responsible electorate, Cambridge, Belknap Press of Harvard University Press.

39 . Pamela J. Conover (1984): "The influence of group identifications on political perception and evaluation", The Journal of Politics, 46(3), p. 761.

40 . Pieter G. Klandermans (2014): "Identity politics and politicized identities: Identity processes and the dynamics of protest", Political Psychology, 35(1), p. 11.

41 . Henri Tajfel y John C. Turner (1979): "The social identity theory of intergroup behavior", en J. T. Jost y J. Sidanius (eds.), Reedited in political psychology. Key readings in Social Psychology, Nueva York, Psychology Press, pp. 276-293.

42 . Emily A. West y Shanto Iyengar (2020): "Partisanship as a social identity: Implications for polarization", Political Behavior, 1-32.

43 . Tajfel y Turner (1979): "The social identity theory of intergroup behavior", p. 283.

44 . Conover (1984): “The influence of group identifications on political perception and evaluation”, p. 762.

45 . Leonie Huddy (2003): “Group identity and political cohesion”, en Leonie Huddy, David O. Sears y Jack S. Jervis (eds.), Oxford Handbook of Political Psychology, Oxford, Oxford University Press, pp. 511-558.

46 . Klein (2020): Why we’re polarized.

47 . Mason (2018): Uncivil agreement: How politics became our identity, p. 45.

48 . Achen, Christopher H. y Larry M. Bartels (2016): Democracy for realists: Why elections do not produce responsive government, Princeton, Princeton University Press.

49 . Mason (2018): Uncivil agreement: How politics became our identity, p. 27.

50 . Diane M Mackie, Thierry Devos y Eliot R. Smith (2000): “Intergroup emotions: Explaining offensive action tendencies in an intergroup context”, Journal of personality and social psychology, 79(4), p. 602.

51 . Kevin Arceneaux y Martin Johnson (2013): Changing minds or

changing channels?: Partisan news in an age of choice, Chicago, University of Chicago Press.

52 . Enrique Hernández, Eva Anduiza y Guillem Rico (2021): "Affective polarization and the salience of elections", Electoral Studies, 69, 102203.

53 . Sonia Roccas y Marilynn Brewer (2002): "Social identity complexity", Personality and Social Psychology Review, 6(2), pp. 88-106.

54 . Mason (2018): Uncivil agreement: How politics became our identity, p. 82.

55 . Noam Gidron, James Adams y Will Horne (2020): American affective polarization in comparative perspective, Cambridge, Cambridge University Press.

56 . Noam Gidron, Lior Sheffer y Guy Mor (2022): "Validating the feeling thermometer as a measure of partisan affect in multi-party systems", Electoral Studies, 80 (102542), pp. 1-9.

57 . Markus Wagner (2020): "Affective polarization in multiparty systems", pp. 4-5.

58 . Para un documento detallado de las fórmulas y su aplicación, véase Mariano Torcal y Josep M. Comellas (2022): "Affective polarisation in times of political instability and conflict. Spain from

a comparative perspective", South European Society and Politics, pp. 1-26. Véase también el siguiente archivo: https://acortar.link/X6FUXf.

59 . En concreto se utiliza la pregunta: "¿Cuáles son tus sentimientos respecto de estos líderes (votantes/partidos)?", donde 0 representa sentimientos muy desfavorables; 5, ni desfavorables ni favorables, y 10, muy favorables.

60 . Eelco Harteveld (2021): "Fragmented foes: Affective polarization in the multiparty context of the Netherlands", Electoral Studies, 71, 102332, p. 9.

61 . Jon Kingzette (2021): "Who do you loathe? Feelings toward politicians vs. ordinary people in the opposing party", Journal of Experimental Political Science, 8(1), pp. 75-84.

62 . Mariano Torcal y Josep M. Comellas (2022): "Affective polarization as a product of partisan social identity: a proposal for a new comparative indicator". Trabajo presentado en la Annual Conference of the European Political Science Association (EPSA), Praga, junio 23-25.

63 . Gidron et al. (2020): American affective polarization in comparative perspective.

64 . Andrés Reiljan (2020): "Fear and loathing across party lines (also) in Europe: Affective polarisation in European party systems", European Journal of Political Research, 59, pp. 376-396.

65 . Méndez Lago (2020): “Parties and party systems”, pp. 343-4.

66 . José Ramón Montero y Andrés Santana (2020): “Elections in Spain”, en Diego Muro e Ignacio Lago (eds), The Oxford Handbook of Spanish Politics, Oxford, Oxford University Press, pp. 348-371.

67 . Murat Somer (2019): “Turkey: the slippery slope from reformist to revolutionary polarization and democratic breakdown”, The ANNALS of the American Academy of Political and Social Science, 681(1), pp. 42-61.

68 . Toni Rodón y Maria José Hierro (2016): “Podemos and Ciudadanos shake up the Spanish party system: The 2015 local and regional elections”, South European Society and Politics, 21(3), pp. 339-357.

69 . Rama et al. (2021): The rise of the Spanish populist radical right.

70 . Bonnie N. Field (2009): “A second transition in Spain? Policy, institutions and interparty politics under Zapatero (2004–8)”, South European Society and Politics, 14(4), pp. 379-397.

71 . Lluis Orriols y Sandra León (2020): “Looking for affective polarisation in Spain: PSOE and Podemos from conflict to coalition”, South European Society and Politics, 25(3-4), p. 373.

72 . Yphtach Lelkes (2016): “Mass polarization: Manifestations and measurements”, Public Opinion Quarterly, 80(S1), pp. 392-410.

73 . Toby Bolsen y Judd R. Thornton (2021): “Candidate and party affective polarization in U.S. presidential elections: The person-negativity bias?”, Electoral Studies, 71, pp. 1-8.

74 . En este panel-caso solo se disponían de datos de sentimientos hacia líderes y, por tanto, no hay polarización afectiva a partir de datos hacia los votantes.

75 . Véase Daniel Bischof y Markus Wagner (2019): “Do voters polarize when radical parties enter parliament?”, American Journal of Political Science, 63, pp. 888-904.

76 . Juan Rodríguez-Teruel (2021): “Polarisation and electoral realignment: The case of the right-wing parties in Spain”, South European Society and Politics.

77 . Hernández et al. (2021): “Affective polarization and the salience of elections”.

78 . Huddy (2003): “Group identity and political cohesion”, pp. 527-8.

79 . Mason (2018): Uncivil agreement: How politics became our identity.

80 . Harteveld (2021): “Ticking all the boxes? A comparative study of social sorting and affective polarization”, pp. 1-11.

81 . Lilliam Mason, (2018): “Ideologues without issues: The polarizing consequences of ideological identities”, Public Opinion Quarterly, 82(S1), pp. 866-887.

82 . Baldassarri y Page (2021): “The emergence and perils of polarization”, p. 2.

83 . Mason (2018): Uncivil agreement: How politics became our identity, pp. 27-8.

84 . Christopher Ellis y James A. Stimson (2012): Ideology in America, Nueva York, Cambridge University Press.

85 . Vegetti y Širinić (2018): “Left–right categorization and perceptions of party ideologies”, pp. 268-75.

86 . Morris Fiorina; Samuel Abrams y Jeremy Pope (2008): “Polarization in the american public: Misconceptions and misreadings”, The Journal of Politics, 70(2), pp. 556-560.

87 . Alan I. Abramowitz y Kyle L. Saunders (2008): “Is polarization a myth?”, The Journal of Politics, 70(2), pp. 542-555.

88 . Harteveld (2021): “Fragmented foes: Affective polarization in the multiparty context of the Netherlands”, p. 10.

89 . Kingzette (2021). “Who Do You Loathe? Feelings toward Politicians vs. Ordinary People in the Opposing Party”, pp. 75-84.

90 . Tajfel y Turner (1979): “The social identity theory of intergroup behavior”.

91 . Conover (1984): “The influence of group identifications on political perception and evaluation”, p. 762.

92 . West y Iyengar (2020): “Partisanship as a social identity: Implications for polarization”, pp. 1-32.

93 . Leonie Huddy; Lilliana Mason y Lene Aarøe (2015): “Expressive partisanship: Campaign involvement, political emotion, and partisan identity”, American Political Science Review, 109(1), pp. 1-17.

94 . Leonie Huddy, Alexa Bankert y Caitlin Davies (2018): “Expressive versus instrumental partisanship in multiparty European systems”, Political Psychology, 39, pp. 173-199.

95 . Fred A. Mael y Lois E. Tetrick (1992): “Identifying organizational identification”. Educational and Psychological Measurement, 52(4), pp. 813-824.

96 . Colin Wayne Leach et al. (2008): “Group-level self-definition and self-investment: A hierarchical (multicomponent) model of in-group identification”, Journal of Personality and Social Psychology, 95(1), pp. 144-165.

97 . En este modelo se ha especificado un solo factor latente, y estimadores de error de medida (con un total de 18 estimadores que incluye varianzas y covarianzas de errores), que ha obtenido unas medidas de bondad de ajuste notables: RMSEA 0,07, con un chi-cuadrado de 71,97 con un $p < 0{,}000$ de la diferencia entre el modelo saturado y el modelo propuesto. Estos resultados se ajustan enormemente a un análisis factorial que genera solo un valor propio (eigenvalue) superior a 1 con un valor de 4,33.

98 . Con un valor de factor de fiabilidad de Raykov de 0,85, es decir, muy próximo a 1, que es su mayor valor posible, y muy superior a 0,7 considerado como óptimo.

99 . Lelkes (2016), “Mass polarization: manifestations and measurements”, p. 402. Además, se ha visto que, entre 1960 y 2010, la proporción de estadounidenses que estarían “disgustados si su hijo se casara con alguien del otro partido” aumentó del 5 % a aproximadamente el 50 %, lo que confirma los crecientes niveles de polarización afectiva reportados por muchos estudios realizados en ese país; véase Iyengar et al. (2012), “Affect, not Ideology”, p. 412.

100 . Más concretamente y conforme a un estudio reciente, 15 estudios (37%) de una lista de 41 realizados en los últimos años parecen estar usando esta medida; véase Esteban Freidin, Rodrigo Moro y Maria Inés Silenzi (2022), “El estudio de la polarización afectiva: una mirada metodológica”, Revista Saap 16(1), p. 45.

101 . Harteveld (2021): “Fragmented foes: Affective polarization in the multiparty context of the Netherlands”, p. 10.

102 . Todas las variables continuas u ordinales incluidas en este modelo han sido normalizadas (es decir, se encuentran entre los valores 0 y 1).

103 . Toni Rodón (2022): “Affective and territorial polarisation: The impact on vote choice in Spain”, South European Society and Politics, 37(1); Amuitz Garmendia Madariaga y Pedro Riera (2022): “Territorial polarisation after radical parties’ breakthrough in Spain”, South European Society and Politics, 37(1).

104 . Converse (2006): “The nature of belief systems in mass publics (1964)”, pp. 1-74; Donald R. Kinder y Nathan P. Kalmoe (2017): Neither liberal nor conservative, Chicago, University of Chicago Press.

105 . Abramowitz y Kyle (2008): “Is polarization a myth?”, p. 554.

106 . Diana C. Mutz (2002): “Cross-cutting social networks: Testing democratic theory in practice”, American Political Science Review, 96(1), pp. 111-126; Samara Klar (2014): “Partisanship in a social setting”, American Journal of Political Science, 58(3), pp. 687-704.

107 . Dennis Chong y James N. Druckman (2010): “Dynamic public opinion: Communication effects over time, American Political

Science Review, 104(4), pp. 663-680.

108 . James N. Druckman, Jordan Fein y Thomas J. Leeper (2012): “A source of bias in public opinion stability”, American Political Science Review, 106(2), pp. 430-454.

109 . Matthew S. Levendusky (2010): “Clearer cues, more consistent voters: A benefit of elite polarization”, Political Behavior, 32(1), pp. 111-131.

110 . Druckman et al. (2013): “How elite partisan polarization affects public opinion formation”, pp. 57-79.

111 . Cees Van der Eijk, Wouter van der Brug y Mark Franklin (2006): “Rethinking the dependent variable in voting behavior: On the measurement and analysis of electoral utilities”, Electoral Studies, 25(3), pp. 424-447.

112 . Graham y Svolik (2020): “Democracy in America? Partisanship, Polarization, and the Robustness of Support for Democracy in the United States”, pp. 392-409.

113 . Somer et al. (2021): “Pernicious polarization, autocratization and opposition strategies”, pp. 930-1.

114 . Hernández et al. (2021): “Affective polarization and the salience of elections”.

115 . Banda y Cluverius, (2018): “Elite polarization, party extremity, and affective polarization”, p. 92.

116 . Jon C. Rogowski y Joseph L. Sutherlan (2016): “How ideology fuels affective polarization”, Political Behavior, 38(2), pp. 485-508.

117 . Dalston G. Ward y Margit Tavits (2019): “How partisan affect shapes citizens perception of the political world”, Electoral Studies, 60, pp. 6-7.

118 . Fiorina et al. (2008): “Polarization in the American public: Misconceptions and misreadings”, pp. 556-560.

119 . Levendusky (2009): The partisan sort: How liberals became democrats and conservatives became republicans, pp. 81-90.

120 . Lelkes (2021): “Policy over party: comparing the effects of candidate ideology and party on affective polarization”, pp. 192-195.

121 . Nicholas Dias y Yphtach Lelkes (2021): “The nature of affective polarization: Disentangling policy disagreement from partisan identity”, American Journal of Political Science.

122 . Wagner (2020): “Affective polarization in multiparty systems”, pp. 7-8.

123 . Jon C. Rogowski y Joseph L. Sutherland (2016): “How ideology fuels affective polarization”, Political Behavior, 38(2), pp. 485-508; Steven W. Webster y Alan I Abramowitz (2017): “The ideological foundations of affective polarization in the US electorate”, American Politics Research, 45(4), pp. 621-647.

124 . Rodríguez-Teruel (2021): “Polarisation and electoral realignment: The case of the right-wing parties in Spain”.

125 . Orriols y León (2020): “Looking for affective polarisation in Spain: PSOE and Podemos from conflict to coalition”, p. 373.

126 . Kevin K. Banda y John Cluverius (2018): “Elite polarization, party extremity, and affective polarization”, Electoral Studies, 56, p. 91.

127 . Rogowski y Sutherland (2016): “How ideology fuels affective polarization”, pp. 485-508; Webster y Abramowitz (2017): “The ideological foundations of affective polarization in the US electorate”, pp. 621-647.

128 . Ted Brader et al. (2020): “Where you lead, I will follow: Partisan cueing on high-salience issues in a turbulent multiparty system”, Political Psychology, 41(4), pp. 795-812; Ted Brader, Joshua A. Tucker y Dominik Duell (2012): “Which parties can lead opinion? Experimental evidence on partisan cue taking in multiparty democracies”, Comparative Political Studies, 46(11), pp. 1485-1517.

129 . David Samuels y Cesar Zucco (2013): “The power of partisanship in Brazil: Evidence from survey experiments”, American Political Science Review, 58(1), pp. 212-225.

130 . Dias y Lelkes (2021): “The Nature of affective polarization: Disentangling policy disagreement from partisan identity”.

131 . Levendusky (2009): The partisan sort: How liberals became democrats and conservatives became republicans, pp. 81-90.

132 . Converse (2006): “The nature of belief systems in mass publics (1964)”, Critical review, 18(1-3), pp. 1-74; Donald R. Kinder y Nathan P. Kalmoe (2017): Neither liberal nor conservative, Chicago: University of Chicago Press.

133 . Druckman, et al. (2013): “How elite partisan polarization affects public opinion formation”, pp. 57-79; Mason y Wronski (2018): “One tribe to bind them all: How our social group attachments strengthen partisanship”, pp. 257-277.

134 . Rogowski y Sutherland (2016): “How ideology fuels affective polarization”, pp. 485-508.

135 . Kevin K. Banda y John Cluverius, (2018): “Elite polarization, party extremity, and affective polarization”, Electoral Studies, 56, p. 91.

136 . Converse (2006): “The nature of belief systems in mass

publics (1964)", pp. 1-74; Kinder y Kalmoe, Neither liberal nor conservative.

137 . Banda y Cluverius, (2018): "Elite polarization, party extremity, and affective polarization", pp. 90-101.

138 . Estas escalas de polarización se han construido a partir de la distancia del posicionamiento medio respecto de:

Opinión sobre asuntos socioeconómicos: una escala que consta de tres ítems: opinión sobre el nivel de equidad de la distribución actual de la renta y la riqueza en España, que va de 0 (la riqueza se distribuye de manera justa) a 10 (la riqueza debe distribuirse de manera más justa); opinión sobre la prestación de servicios públicos, que va desde 0 (deben ser realizados por empresas privadas) a 10 (deben ser realizados por instituciones públicas); y opinión sobre la intervención estatal en la economía, que va de 0 (la iniciativa privada es la mejor forma) a 10 (la intervención estatal es la mejor forma). Se han sumado los elementos y la escala resultante se ha dividido por tres.

Opinión sobre temas socioculturales: una escala que comprende tres ítems: opinión sobre el derecho al aborto de las mujeres, que va de 0 (las mujeres no deben tener derecho al aborto) a 10 (las mujeres deben tener derecho al aborto); opinión sobre las mujeres que trabajan, que va de 0 (debería estar dispuesta a dejar su trabajo por el bien de su familia) a 10 (debería poder trabajar); y opinión sobre los matrimonios entre personas del mismo sexo, que va de 0 (deberían estar prohibidos por ley) a 10 (deberían estar permitidos por ley). Se han sumado los elementos y la escala resultante se ha dividido por tres.

Opinión sobre inmigración: escala compuesta por dos ítems: opinión sobre el número deseable de inmigrantes en España, que va desde 0 (la inmigración debe mantenerse al mínimo) a 10 (se debe permitir la llegada del mayor número de inmigrantes), y opinión sobre asimilación cultural de los inmigrantes, que va de 0 (tienen que adaptarse a las costumbres de España) a 10 (deben poder mantener sus costumbres). Se sumaron los ítems y la escala resultante se dividió por dos.

Opinión sobre descentralización del Estado: escala que va de 0 (el Gobierno español debería recuperar sus competencias) a 10 (las comunidades autónomas deberían poder legislar sobre los grandes temas de la vida diaria de las y los ciudadanos).

139 . Este tipo de modelos y sus parámetros no eliminan del todo el problema de la endogeneidad, pero al menos permite, bajo unos determinados supuestos, estimar el efecto medio de la variación temporal de la polarización ideológica y el extremismo político en la evolución temporal de la polarización afectiva a nivel individual.

140 . Todas estas variables se encuentran normalizadas entre los valores 0 y 1 para una mejor comparación de su impacto relativo en la polarización afectiva.

141 . Banda y Cluverius, (2018): "Elite polarization, party extremity, and affective polarization", p. 99.

142 . Baldassarri y Page (2021): "The emergence and perils of polarization", p. 5.

143 * Este capítulo contiene parte del trabajo coautorado con Josep Comellas, investigador de RECSM-UPF, Josep Maria Comellas y MarianoTorcal (2021): "Capítulo 3. Affective roots and consequences of the radical right emergence: the case of VOX in Spain", en Josep Maria Comellas, Causes and Consequences of Affective Polarisation in Comparative Perspective [Tesis Doctoral], Barcelona, Universitat Pompeu Fabra, 79-134. Disponible en https://acortar.link/XugKhu.

. Bischof y Wagner (2019): "Do voters polarize when radical parties enter parliament?", pp. 888-904.

144 . Harteveld (2021): “Fragmented foes: Affective polarization in the multiparty context of the Netherlands”, p. 8; Eelco Harteveld, Philipp Mendoza y Matthijs Rooduijn (2021): “Affective polarization and the populist radical right: Creating the hating?”, Government and Opposition, online.

145 . Carlos Meléndez y Cristobal R. Kaltwasser (2021): “Negative partisanship towards the populist radical right and democratic resilience in Western Europe”, Democratization, 28(5), pp. 949-969.

146 . Hanspeter Kriesi et al. (2008): West European politics in the age of globalization, Cambridge, Cambridge University Press; Colomer y Beale (2020): Democracy and globalization. Anger, fear, and hope.

147 . De Vries y Hobolt, (2020): Political entrepreneurs. The rise of challengers parties in Europe, pp. 114-117.

148 . Kai Arzheimer (2009): “Contextual factors and the extreme right vote in western Europe, 1980-2002”, American Journal of Political Science, 53(2), pp. 259-275.

149 . Swen Hutter y Hanspeter Kriesi (2021): “Politicising immigration in times of crisis”, Journal of Ethnic and Migration Studies, online.

150 . Mariano Torcal (2021): “La polarización política en España”, en Alberto Penades de la Cruz y Amuitz Garmendia (eds.), Informe

sobre la democracia en España, 2020. El año de la pandemia, Madrid, Fundación Alternativas, pp. 49-76.

151 . Christophe D. Johnston y Julie Wronski (2015): “Personality dispositions and political preferences across hard and easy issues”, Political Psychology, 36(1), pp. 35-53.

152 . Gidron et al. (2020): American affective polarization in comparative perspective; Harteveld (2021): “Fragmented foes: Affective polarization in the multiparty context of the Netherlands”.

153 . De Vries y Hobolt (2020): Political entrepreneurs. The rise of challengers parties in Europe, pp. 145-9.

154 . Julia Schulte-Closs y Arndt Leininger (2021): “Electoral participation, political disaffection, and the rise of the populist radical right”, Party Politics, online.

155 . Hanspeter Kriesi y Julia Schulte-Cloos (2020): “Support for radical parties in Western Europe: Structural conflicts and political dynamics”, Electoral Studies, 65, article 102138.

156 . Bart Bonikowski y Daniel Ziblatt: “Mainstream conservative parties paved the way for far-right nationalism”, The Washington Post, Disponible en https://acortar.link/XLuwq7.

157 . Este análisis procede del estudio Comellas y Torcal (2021) “Affective roots and consequences of the radical right emergence:

The case of VOX in Spain".

158 . Rama et al. (2021). The Rise of the Spanish Populist Radical Right.

159 . Tajfel y Turner (1979): "The social identity theory of intergroup behavior".

160 . Mason (2018): Uncivil agreement: How politics became our identity, pp. 27-9.

161 . Torcal (2021): "La polarización política en España", pp. 45-50.

162 . Diane M. Mackie, Thierry Devos y Eliot R. Smith: "Intergroup emotion: Explaining offensive action tendencies in an intergroup context", Journal of Personality and Social Psychology, 79(4), pp. 602-616.

163 . Huddy et al. (2018): "Expressive versus instrumental partisanship in multiparty European systems", pp. 173-199.

164 . Eelco Harteveld, Philipp Mendoza y Matthijs Rooduijn (2021): "Affective polarization and the populist radical right: Creating the hating?".

165 . Webster y Abramowitz (2017): "The ideological foundations

of affective polarization in the US electorate", pp. 621-647.

166 . Gian Vittorio Caprara y Michele Vecchione (2018): "On the left and right ideological divide: Historical accounts and contemporary perspectives", Advances in Political Psychology, 39(S1), pp. 49-83.

167 . Ibídem.

168 . Pamela J. Conover y Stanley Feldman (1981): "The origins and meaning of liberal/conservative self-identifications", American Journal of Political Science, 25(4), pp. 617-645.

169 . Vegetti y Širinić (2018): "Left–right categorization and perceptions of party ideologies", pp. 268-75.

170 . Mason (2018): Uncivil agreement: How politics became our identity, pp. 27-8.

171 . Este modelo procede de mi trabajo con Josep Comellas; véase Comellas y Torcal (2021), "Affective roots and consequences of the radical right emergence: The case of VOX in Spain".

172 . Comellas y Torcal (2021): "Affective roots and consequences of the radical right emergence: The case of Vox in Spain".

173 . Comellas y Torcal (2021): "Affective roots and consequences

of the radical right emergence: The case of VOX in Spain".

174 * Este capítulo contiene parte de un artículo coautorado con Javier Lorenzo, profesor de Comunicación Política de la Universidad Carlos III de Madrid: Javier Lorenzo y Mariano Torcal (2022): "Twitter and Affective Polarisation: Following Political Leaders in Spain", South European Society and Politics. Quiero agradecer a Javier su detallado análisis del contenido de los tuits utilizados en este cuasi experimento.

. Cass R. Sunstein (2001): Republic.com, Princeton, Princeton University Press.

175 . Cass R. Sunstein (2018): #Republic: divided democracy in the age of social media, Princeton, Princeton University Press.

176 . Eytan Bakshy, Solomon Messing y Lada A. Adamic (2015): "Exposure to ideologically diverse news and opinion on facebook", Science, 348(6239), pp.1130-32.

177 . Christopher K. Tokita, Andrew M. Guess y Corina E. Tarnita (2021): "Polarized information ecosystems can reorganize social networks via information cascades", Proc Natl Acad Sci, 118.

178 . Myiah J. Hutchens, Jay D. Hmielowski y Michael A. Beam (2019): "Reinforcing spirals of political discussion and affective polarization", Communication Monographs, 86(3), pp. 357-376; Bail (2021): Breaking the Social Media Prism.

179 . Pablo Barberá et al. (2015): "The critical periphery in the

growth of social protests", PLoS ONE, 10(11), pp.1-15; Matthew Barnidge, Alberto Ardèvol-Abreu y Homero Gil de Zúñiga (2016): "Content-expressive behavior and ideological extremity: An examination of the roles of emotional intelligence and information network heterogeneity", New Media & Society, 20(2), pp. 815-834.

180 . Matthew Barnidge (2016): "Exposure to political disagreement in social media versus face-to-face and anonymous online settings", Political Communication, 34(2), pp. 302-321; Richard Fletcher y Rasmus K. Nielsen (2017): "Are news audiences increasingly fragmented? A cross-national comparative analysis of cross-platform news audience fragmentation and duplication", Journal of Communication, 67(4), pp. 476-498.

181 . Andrew M. Guess et al. (2021): "The consequences of online partisan media", Proc Natl Acad Sci, 118(4), pp. 1-8; Elizabeth Suhay, Emily Bello-Pardo y Brianna Maurer (2018): "The polarizing effects of online partisan criticism: evidence from two experiments", International Journal of Press/Politics, 23(1), pp. 95-115.

182 . Pablo Barberá (2020): "Social media, echo chambers and political polarization", en Nathaniel Persily y Joshua A. Tucker (eds.), Social media and democracy. The state of the field and prospects for reform, Cambridge, Cambridge University Press, p. 35; Shanto Iyengar et al. (2019): "The origins and consequences of affective polarization in the United States", Annual Review of Political Science, 22, p. 135.

183 . Lorenzo y Torcal (2022): "Twitter and affective polarisation: Following political leaders in Spain".

184 . Matthew Gentzkow y Jesse M. Shapiro (2011): "Ideological

segregation online and offline", The Quarterly Journal of Economics, 126(4), pp. 1799-1839; Seth Flaxman, Sharad Goel y Justin M. Rao (2016): "Filter bubbles, echo chambers, and online news consumption", Public Opinion Quarterly, 80(S1), pp. 298-320.

185 . Nic Newman et al. (2020): "Reuters Institute Digital News Report 2020", Oxford Internet Institute, Oxford, Universidad de Oxford.

186 . Gunn Enli y Linda T. Rosenberg (2018): "Trust in the age of social media: populist politicians seem more authentic", Social Media + Society, 4(1), pp. 1-11.

187 . Richard Fletcher y Rasmus K. Nielsen (2017): "Are News Audiences Increasingly Fragmented? A Cross-National Comparative Analysis of Cross-Platform News Audience Fragmentation and Duplication", Journal of Communication, 67(4), pp. 476-498; Newman et al. (2020): "Reuters Institute Digital News Report 2020".

188 . Pablo Barberá y Gonzalo Rivero (2015): "Understanding the political representativeness of Twitter users", Social Science Computer Review, 33(6), pp. 712-729.

189 . Keith Hampton, Inyoung Shin y Weixu Lu (2017): "Social media and political discussion: when online presence silences offline conversation", Information Communication & Society, 20(7), pp. 1090-1107.

190 . Jacques Gerstlé y Alessandro Nai (2019): "Negativity,

emotionality and populist rhetoric in election campaigns worldwide, and their effects on media attention and electoral success", European Journal of Communication, 34(4), pp. 410-444.

191 . Thomas J. Rudolph, Amy Gangl y Dan Stevens (2000): "The effects of efficacy and emotions on campaign involvement", Journal of Politics, 62(4), pp. 1189-1197.

192 . Bail (2021): Breaking the social media prism.

193 . Samantha Bradshaw et al. (2020): "Sourcing and automation of political news and information over social media in the United States, 2016-2018", Political Communication, 37(2), pp. 173-93; Soroush Vosoughi, Deb Roy y Sinan Aral (2018): "The spread of true and false news online", Science, 359(6380), pp. 1146-51.

194 . Yannis Theocharis et al. (2016): "A bad workman blames his tweets: the consequences of citizens' uncivil Twitter use when interacting with party candidates", Journal of Communication, 66(6), pp. 1007-1031; Joshua A. Tucker et al. (2017): "From liberation to turmoil: Social media and democracy", Journal of democracy, 28(4), pp. 46-59.

195 . Jonathan Bright (2018): "Explaining the emergence of political fragmentation on social media: The role of ideology and extremism", Journal of Computer-Mediated Communication, 23(1), pp. 17-33.

196 . Shelley Boulianne, Karolina Koc-Michalska y Bruce Bimber (2020): "Right-wing populism, social media and echo chambers in

Western democracies", New media & society, 22(4), pp. 683-699.

197 . Martin Haselmayer, Thomas M. Meyer y Markus Wagner (2019): "Fighting for attention: Media coverage of negative campaign messages", Party Politics, 25(3), pp. 412-423.

198 . De Vries y Hobolt (2020): Political entrepreneurs. The rise of challengers parties in Europe.

199 . Ana Sofía Cardenal et al. (2019): "Echo-chambers in online news consumption: Evidence from survey and navigation data in Spain", European Journal of Communication, 34(4), pp. 360-376.

200 . Pablo Aragón et al. (2013): "Communication dynamics in Twitter during political campaigns: The case of the 2011 Spanish national election", Policy & internet, 5(2), pp. 183-206.

201 . Nicholas A. Valentino et al. (2008): "Is a worried citizen a good citizen? Emotions, political information seeking, and learning via the internet", Political Psychology, 29(2), pp. 247-273.

202 . Barberá (2020): "Social media, echo chambers and political polarization", p. 37.

203 . Sunstein (2018): #Republic: divided democracy in the age of social media, p. 71.

204 . Kyle A. Heatherly, Yanqin Lu y Jae Kook Lee (2017): "Filtering out the other side? Cross-cutting and like-minded discussions on social networking sites", New Media & Society, 19(8), pp. 1271-1289.

205 . Bail (2021): Breaking the social media prism.

206 . Barberá y Rivero (2015): "Understanding the political representativeness of Twitter users"; Moran Yarchi, Christian Baden y Neta Kligler-Vilenchik (2021): "Political polarization on the digital sphere: A cross-platform, over-time analysis of interactional, positional, and affective polarization on social media", Political Communication, 38(1-2), pp. 98-139.

207 . Yphtach Lelkes (2021): "Policy over party: comparing the effects of candidate ideology and party on affective polarization", Political Science Research and Methods, 9(1), pp. 189-196.

208 . Cardenal et al. (2019): "Echo-chambers in online news consumption: Evidence from survey and navigation data in Spain", p. 372.

209 . Wetherell et al. (2015): "Settling space and covering the nation: Some conceptual considerations in analysing affect and discourse", p. 59.

210 . Breeze (2019): "Emotion in politics: Affective-discursive practices in UKIP and Labour", Discourse & Society, 30(1), p. 28.

211 . Para las particularidades técnicas y ver los resultados más detallados de este estudio, véase Lorenzo y Torcal (2022): “Twitter and Affective Polarisation: Following Political Leaders in Spain”.

212 . Una discusión detallada sobre este asunto puede verse en Oriol J. Bosch y Melanie Revilla (2021): “When survey science met online tracking: presenting an error framework for metered data”, Barcelona, RECSM Working paper 62.

213 . W. Lance Bennett y Shanto Iyengar (2008), “A new era of minimal effects? The changing foundations of political communication”, Journal of communication 58(4), p. 724.

214 . Thomas J. Leeper (2017): “How does treatment self-selection affect inferences about political communication?”, Journal of Experimental Political Science, 4(1), p. 27.

215 . Al respecto, véase Lorenzo y Torcal (2022): “Twitter and affective polarisation: Following political leaders in Spain”.

216 . Barnidge et al. (2016): “Content-expressive behavior and ideological extremity: An examination of the roles of emotional intelligence and information network heterogeneity”; Homero Gil de Zúñiga, Matthew Barnidge y Trevor Diehl (2018): “Political persuasion on social media: A moderated moderation model of political discussion disagreement and civil reasoning”, The Information Society, 34(5), pp. 302-315.

217 . Joseph T. Klapper (1960): The effects of mass communication, Glencoe, Free Press.

218 . Christopher K. Tokita, Andrew M. Guess y Corina E. Tarnita (2021): “Polarized information ecosystems can reorganize social networks via information cascades”, Proceedings of the National Academy of Sciences, 118(50), pp. 1-9.

219 . Valentino et al. (2008): “Is a worried citizen a good citizen? Emotions, political information seeking, and learning via the internet”.

220 . Cardenal et al. (2019): “Echo-chambers in online news consumption: Evidence from survey and navigation data in Spain”.

221 . Bail (2021): Breaking the social media prism.

222 . Paul F. Lazarsfeld, Bernard Berelson y William N. McPhee (1966): Voting: a study of opinion formation in a presidential campaign, Chicago, University of Chicago Press.

223 . Key (1966): The responsible electorate.

224 . Robert R. Huckfeldt y John Sprague (1995): Citizens, politics and social communication: Information and influence in an election campaign, Cambridge, Cambridge University Press; Lauren Ratliff Santoro y Paul A. Beck (2017): “Social networks and vote choice”, en The Oxford Handbook of Political Networks, Oxford, Oxford

University Press, pp. 383-406.

225 . Kelly R. Garrett (2009): “Politically motivated reinforcement seeking: Reframing the selective exposure debate”, Journal of communication, 59(4), pp. 676-699; Kelly R. Garrett y Natalie Jomini Stroud (2014): “Partisan paths to exposure diversity: Differences in pro-and counterattitudinal news consumption”, Journal of Communication, 64(4), pp. 680-701.

226 . Robert Huckfeldt, Paul E. Johnson y John Sprague (2004): Political disagreement: The survival of diverse opinions within communication networks, Cambridge, Cambridge University Press.

227 . Mark S. Granovetter (1973): “The strength of weak ties”, American Journal of Sociology, 78(6), pp. 1360-1380.

228 . James S. Fishkin (1991), Democracy and deliberation: New directions for democratic reform, New Haven, Yale University Press; Amy Gutmann y Dennis F. Thompson (1998): Democracy and disagreement, Harvard University Press; Magdalena Wojcieszak y Benjamin R. Warner (2020): “Can interparty contact reduce affective polarization? A systematic test of different forms of intergroup contact”, Political Communication, 37(6), pp. 789-811.

229 . Hannah Arendt (1968): Imperialism: Part two of the origins of totalitarianism, Houghton Mifflin Harcourt.

230 . Jürgen Habermas (1984): The theory of communicative action (vol. 1), Boston, Beacon Press.

231 . Diana C. Mutz (2002): “The consequences of cross-cutting networks for political participation”, American Journal of Political Science, 46(4), pp. 838-855.

232 . William P. Jr. Eveland (2004): “The effect of political discussion in producing informed citizens: The roles of information, motivation, and elaboration”, Political Communication, 21(2), pp. 177-193.

233 . Lala Muradova y Kevin Arceneaux (2022): “Reflective political reasoning: Political disagreement and empathy”, European Journal of Political Research, 61(3), pp. 740-761.

234 . Milton Lodge y Charles S. Taber (2013): The rationalizing voter, Cambridge, Cambridge University Press; Samara Klar (2014): “Partisanship in a social setting”, American Journal of Political Science, 58(3), pp. 687-704.

235 . John Jost, Delia S. Baldassarri, y James N. Druckman (2022): “Cognitive–motivational mechanisms of political polarization in social-communicative contexts”, Nature Reviews Psychology, 1(10), pp. 560-576; Min-Hsin Su, Jiyoun Suk y Hernando Rojas (2022): “Social Media Expression, Political Extremity, and Reduced Network Interaction: An Imagined Audience Approach”, Social Media + Society, 8(1), pp. 12-13.

236 . James N. Druckman y Mary C. McGrath (2019): “The evidence for motivated reasoning in climate change preference formation”, Nature Climate Change, 9(2), pp. 111-119.

237 . Magdalena Wojcieszak (2010): “Don’t talk to me’: effects of ideologically homogeneous online groups and politically dissimilar offline ties on extremism”, New Media & Society, 12(4), pp. 637-655.

238 . Maria Nordbrandt (2022): “Affective polarization in crosscutting communication networks: Offline and online evidence from Spain”, Frontiers in Political Science, p. 7.

239 . Gonzalo Rivero (2019): “Preaching to the choir: Ideology and following behaviour in social media”, Contemporary Social Science, 14(1), pp. 54-70; Bail (2021): Breaking the social media prism.

240 . Eli Pariser (2011): The Filter Bubble: How the new personalized web is changing what we read and how we think, Londres, Penguin; Sunstein (2018): #Republic: divided democracy in the age of social media.

241 . Barnidge (2018): “Social affect and political disagreement on social media”, pp.7-8.

242 . Susan Sprecher y Adam J. Hampton (2017): “Liking and other reactions after a get-acquainted interaction: A comparison of continuous face-to-face interaction versus interaction that progresses from text messages to face-to-face”, Communication Quarterly, 65(3), pp. 346-347.

243 . Barberá (2020): “Social media, echo chambers and political polarization”, p. 46.

244 . Elizabeth Suhay, Emily Bello-Pardo y Brianna Maurer (2018): “The polarizing effects of online partisan criticism: Evidence from two experiments”, The International Journal of Press/ Politics, 23(1), pp. 95-115.

245 . Magdalena E. Wojcieszak y Diana C. Mutz (2009): “Online groups and political discourse: Do online discussion spaces facilitate exposure to political disagreement?”, Journal of communication, 59(1), pp. 40-56; Matthew Barnidge (2018): “Social affect and political disagreement on social media”, Social Media + Society, 4(3), pp. 1-12.

246 . Nordbrandt (2022): “Affective polarization in crosscutting communication networks: Offline and online evidence from Spain”.

247 . Bail (2021): Breaking the social media prism.

248 * Este capítulo contiene parte de un trabajo coautorado con Zoe Thomson, investigadora predoctoral de RECSM-UPF, véase Mariano Torcal y Zoe Thomson (2023): “Social trust and affective polarization in Spain (2015-19)”, Electoral Studies, de próxima publicación. Quiero agradecer a Zoe sus contribuciones teóricas respecto del argumento.

. Kenneth Newton, Dietlind Stolle y Sonja Zmerli (2018): “Social and political trust”, en Eric M. Uslaner (ed.), The Oxford handbook of social and political trust, Oxford, Oxford University Press, pp. 37-56.

249 . Torcal y Thomson (2023): “Social trust and affective polarization in Spain (2015-19)”, Electoral Studies.

250 . Jack Knight (2001): “Social norms and the rule of law: Fostering trust in a socially diverse society”, en Karen S. Cook (ed.), Trust in Society, Nueva York, Russell Sage Foundation, p 354.

251 . Eric M. Uslaner (2008): “Where you stand depends upon where your grandparents sat: The inheritability of generalized trust”, Public Opinion Quarterly, 72(4), p. 726; Paul C. Bauer y Markus Freitag (2018): “Measuring trust”, en Eric M. Uslaner (ed.), The Oxford handbook of social and political trust, Oxford, Oxford University Press, p. 16.

252 . Jan Delhey y Kenneth Newton (2003): “Who trusts?: The origins of social trust in seven societies”, European Societies, 5(2), p. 94.

253 . Jan Delhey, Kenneth Newton y Christian Welzel (2011): “How general is trust in “most people”? Solving the radius of trust problem”, American Sociological Review, 76(5), p. 792.

254 . David M. Messick y Roderick M. Kramer (2001): “Trust as a form of shallow morality”, en Karen S. Cook (ed.), Trust in society, Nueva York, Russell Sage Foundation, p. 98.

255 . David Kipnis (1996): “Trust and technology”, en Roderick Kramer y Tom R. Tyler (eds.), Trust in organizations: Frontiers of

theory and research, Londres, Sage Publications, p. 40.

256 . Robert D. Putnam (2000): Bowling alone: The collapse and revival of American community, Nueva York, Simon and Schuster, p. 22.

257 . Eric M. Uslaner (2018): “The study of trust”, en Eric M. Uslaner (ed.), The Oxford handbook of social and political trust, Oxford, Oxford University Press, p.4.

258 . Peter Nannestad (2008): “What have we learned about generalized trust, if anything?”, Annual Review of Political Science, 11(1), p. 415.

259 . Mark E. Warren (2018): “Trust and democracy”, en Eric M. Uslaner (ed.), The Oxford handbook of social and political trust, Oxford, Oxford University Press, p. 85.

260 . Bo Rothstein y Dietlind Stolle (2008): “The state and social capital: An institutional theory of generalized trust”, Comparative Politics, 40(4), p. 441; Nannestad (2008): “What have we learned about generalized trust, if anything?”, p. 415.

261 . Delhey et al. (2011): “How general is trust in ‘most people’? Solving the radius of trust problem”, p. 787.

262 . Stephen P. Nicholson (2012): “Polarizing cues”, American Journal of Political Science, 56(1), p. 61.

263 . Lori D. Bougher (2017): “The correlates of discord: Identity, issue alignment, and political hostility in polarized America”, Political Behavior, 39(3), p. 737.

264 . Murat Somer y Jennifer McCoy (2018): “Déjà vu? Polarization and Endangered Democracies in the 21st Century”, American Behavioral Scientist, 62(1), p.5.

265 . Marilynn B. Brewer (1999): “The psychology of prejudice: Ingroup love or outgroup hate?”, Journal of Social Issues, 55(3), p. 430.

266 . Newton et al. (2018): “Social and political trust”, p. 41.

267 . Nicholson (2012): “Polarizing cues”, p. 54.

268 . Piort Sztompka (1998): “Trust, distrust and two paradoxes of democracy”, European Journal of Social Theory, 1(1), p. 22.

269 . Brewer (1999): “The psychology of prejudice: Ingroup love or outgroup hate?”, p. 430.

270 . Bougher (2017): “The correlates of discord: Identity, issue alignment, and political hostility in polarized America”, p. 732.

271 . Henri Tajfel (1982): “Social psychology of intergroup relations”, Annual Review of Psychology, 33(1), p. 25.

272 . Iyengar et al. (2019): “The origins and consequences of affective polarization in the United States”, p. 131.

273 . Bougher (2017): “The correlates of discord: Identity, issue alignment, and political hostility in polarized America”, pp. 731-732.

274 . Iyengar et al. (2019): “The origins and consequences of affective polarization in the United States”, Annual Review of Political Science, 22, pp. 133-134.

275 . Marc J. Hetherington y Thomas J. Rudolph (2018): “Political trust and polarization”, en Eric M. Uslaner (eds.), The Oxford handbook of social and political trust, Oxford University Press, p. 580; Murat Somer y Jennifer McCoy (2018): “Transformations through polarizations and global threats to democracy”, The ANNALS of the American Academy of Political and Social Science, 681(1), p. 9; Julian M. Hoerner y Sara B. Hobolt (2020): “Unity in diversity? Polarization, issue diversity and satisfaction with democracy”, Journal of European Public Policy, 27(12), pp. 1843-1844.

276 . West y Iyengar (2020): “Partisanship as a social identity: Implications for polarization”, p. 4.

277 . Sztompka (1998): “Trust, distrust and two paradoxes of democracy”, p. 22-23.

278 . Teun A. Van Dijk (2013): “Ideology and discourse”, en Michael Freeden, Lyman Tower Sargent y Marc Stears (eds.), The Oxford handbook of political ideologies, Oxford, Oxford University Press, p. 178.

279 . Putnam (2000): Bowling alone: The collapse and revival of American community, pp. 22-23; Rothstein y Stolle (2008): “The state and social capital: an institutional theory of generalized trust”, p. 442.

280 . Somer y McCoy (2018): “Transformations through polarizations and global threats to democracy”, p. 9.

281 . Murat Somer (2001): “Cascades of ethnic polarization: Lessons from Yugoslavia”, The ANNALS of the American Academy of Political and Social Science, 573(1), p. 129.

282 . Ryan E. Carlin y Greg Love (2018): “Political competition, partisanship and interpersonal trust in electoral democracies”, British Journal of Political Science, 48(1), p. 118.

283 . Iyengar et al. (2012): “Affect, Not Ideology”, pp. 428; Milan W. Svolik (2020): “When Polarization Trumps Civic Virtue: Partisan Conflict and the Subversion of Democracy by Incumbents”, Quarterly Journal of Political Science, 15(1), p. 27.

284 . Torcal (2021): “La polarización política en España”, p. 45.

285 . Torcal y Thomson: “Social trust and affective polarization in Spain (2015-19)”.

286 . Andreas Schedler y Rodolfo Sarsfield (2007), “Democrats with adjectives: Linking direct and indirect measures of democratic support”, European Journal of Political Research 46(5), pp. 637-659; Ryan Carlin y Matthew M. Singer (2011), “Support for polyarchy in the Americas”, Comparative Political Studies, 44(11), pp. 1500-1526; Christian Welzel (2013), Freedom rising, Cambridge, Cambridge University Press.

287 . Roberto Stefan Foa y Yascha Mounk (2017), “The signs of deconsolidation”, Journal of Democracy 28(1), pp. 5-15.

288 . Christopher Claassen (2020), “In the mood for democracy? Democratic support as thermostatic opinion”, American Political Science Review 114(1), pp. 36-53; Alexander Wuttke, Konstantin Gavras, y Harald Schoen (2022), “Have Europeans grown tired of democracy? New evidence from eighteen consolidated democracies, 1981–2018”, British Journal of Political Science 52(1), pp. 416-428.

289 . Thomas Carothers y Andrew O’Donohue (Eds.) (2019), Democracies divided: The global challenge of political polarization. Washington, Brookings Institution Press; Milan W. Svolik (2019), “Polarization versus Democracy”, Journal of Democracy 30 (3), pp. 20–32.

290 . Giovanni Sartori (1976). Parties and Party Systems. A Framework for Analysis. Volume I, Nueva York, Cambridge University Press, p. 135.

291 . Yunus Emre Orhan (2022): “The relationship between affective polarization and democratic backsliding: comparative evidence”, Democratization, 29(4), pp. 714-735; Somer et al. (2021): “Pernicious polarization, autocratization and opposition strategies”, pp. 930-1.

292 . Svolik (2020): “When polarization trumps civic virtue: Partisan conflict and the subversion of democracy by incumbents”; Kingzette (2021): “Who do you loathe? Feelings toward politicians vs. ordinary people in the opposing party”, pp. 75-84; Graham y Svolik (2020): “Democracy in America? Partisanship, polarization, and the robustness of support for democracy in the United States”, pp. 392-409; Jon Kingzette et al. (2021): “How affective polarization undermines support for democratic norms”, Public Opinion Quarterly, 85(2), pp. 663-677.

293 . Chistopher J. Anderson et al. (2005): “Winning Isn’t Everything: Loser’s Consent and democratic legitimacy”, en Chistopher J. Anderson et al. (eds.), Loser’s Consent: elections and democratic legitimacy, Nueva York, Oxford University Press.

294 . Joanne M. Miller, Kyle L. Saunders y Christina E. Farhart (2016): “Conspiracy endorsement as motivated reasoning: The moderating roles of political knowledge and trust”, American Journal of Political Science, 60(4), pp. 824-844; Pippa Norris, Holly Ann Garnett y Max Grömping (2020): “The paranoid style of American elections: explaining perceptions of electoral integrity in an age of populism”, Journal of elections, public opinion and parties, 30(1), pp. 105-125.

295 . Magdalena Wojcieszak (2014): “Preferences for political

decision-making processes and issue publics", Public Opinion Quarterly, 78(4), pp. 917-939.

296 . Manus I. Midlarsky (2011): Origins of political extremism: Mass violence in the twentieth century and beyond, Cambridge University Press.

297 . Frode Berglund et al. Thomassen (2005): "Party identification and party choice", en Jacques Thomassen (ed.), The European Voter: A Comparative Study of Modern Democracies, Oxford, Oxford University Press, pp. 106-124.

298 . Mariano Torcal y Pedro C. Magalhães (2022): "Ideological extremism, perceived party system polarization, and support for democracy", European Political Science Review, pp. 1-18.

299 . Kingzette et al. (2021): "How affective polarization undermines support for democratic norms", pp. 663-677.

300 . Jennifer L. McCoy y Murat Somer (2021): "Political parties, elections, and pernicious polarization in the rise of illiberalism", en András Sajó, Renáta Uitz y Stephen Holmes (eds.), Routledge Handbook of Illiberalism, Londres, Routledge, p. 486.

301 . Simonovits et al. (2022): "Democratic hypocrisy and out-group threat: Explaining citizen support for democratic erosion", p. 5.

302 . Kingzette et al. (2021): “How affective polarization undermines support for democratic norms”, p. 667.

303 . David E. Broockman, Joshua L. Kalla, y Sean J. Westwood (2022): “Does affective polarization undermine democratic norms or accountability? Maybe not”, American Journal of Political Science.

304 . Kingzette et al. (2021): “How affective polarization undermines support for democratic norms”, p. 666.

305 . Simonovits et al. (2022): “Democratic hypocrisy and out-group threat: Explaining citizen support for democratic erosion”, p. 5.

306 . Graham y Svolik (2020): “Democracy in America? Partisanship, Polarization, and the Robustness of Support for Democracy in the United States”, p. 401.

307 . Jessica Pykett, Michael Saward y Anja Schaefer (2010): “Framing the good citizen”, The British Journal of Politics and International Relations, 12(4), pp. 523-538.

308 . Kingzette et al. (2021): “How affective polarization undermines support for democratic norms”, p. 667.

309 . Steven Levitsky y Daniel Ziblatt (2018): How democracies die, Nueva York, Broadway Books.

310 . Amy Gutmann y Dennis F. Thompson (2014): The Spirit of Compromise, Princeton, Princeton University Press.

311 . Andreas Schedler y Rodolfo Sarsfield (2007): “Democrats with adjectives: Linking direct and indirect measures of democratic support”, European Journal of Political Research, 46(5), p. 640.

312 . Barry Weingast (1997): “The political foundations of democracy and the rule of the law”, American Political Science Review, 91(2), pp. 245-263.

313 . Kingzette et al. (2021): “How affective polarization undermines support for democratic norms”, p. 666.

314 . Wuttke et al. (2022): “Have Europeans grown tired of democracy? New evidence from eighteen consolidated democracies, 1981-2018”, p. 420.

315 . Gal Ariely y Eldad Davidov (2011): “Can we rate public support for democracy in a comparable way? Cross-national equivalence of democratic attitudes in the World Value Survey”, Social Indicators Research, 104(2), pp. 271-286.

316 . Kingzette et al. (2021): “How affective polarization undermines support for democratic norms”, p. 667.

317 . Richard Wike y Janell Fetterolf (2018): “Liberal democracy’s crisis of confidence”, Journal of Democracy, 29(4), pp. 144-146.

318 . Todas estas variables se han normalizado entre los valores 0 y 1.

319 . En el caso del apoyo a la democracia, se tratan de coeficientes logísticos, dado que la variable dependiente es dicotómica.

320 . Simonovits et al. (2022): “Democratic hypocrisy and out-group threat: Explaining citizen support for democratic erosion.”, p. 5.

321 . Kingzette et al. (2021): “How affective polarization undermines support for democratic norms”, p. 674.

322 . Somer et al. (2021): “Pernicious polarization, autocratization and opposition strategies”, p. 930.

323 . Simonovits et al. (2022): “Democratic Hypocrisy and Out-Group Threat: Explaining Citizen Support for Democratic Erosion”, p. 5.

324 * Este capítulo contiene parte de un artículo coautorado con Emily Carty, profesora de Ciencia Política en la Universidad de Salamanca; véase Mariano Torcal y Emily Carty (2022): “Partisan sentiments and political trust: a longitudinal study of Spain”, South European Society and Politics, 37(1), pp. 1-26. Quiero agradecer a

Emily Carty sus contribuciones teóricas y empíricas respecto del argumento.

. Tom W. G. Van der Meer y Sonja Zmerli (2017): “The deeply rooted concern with political trust”, en Sonja Zmerli y Tom W. G Van der Meer (eds.), Handbook of Political Trust, Cheltenham, Edward Elgar, pp. 1-15.

325 . Van der Meer y Zmerli (2017): “The deeply rooted concern with political trust”, pp. 8-10.

326 . Marc Hetherington y Thomas J. Rudolph (2015): Why Washington won’t work. Polarization, political trust and the governing crisis, Chicago, Chicago University Press.

327 . Elisabeth Theiss-Morse, Dona-Gene Barton y Michael W. Wagner (2015): “Political trust in polarized times”, en Brian H. Bornstein y Alan J. Tomkins (eds.), Motivating cooperation and compliance with authority, Heildelberg, Springer, pp. 175-177.

328 . Patrick R. Miller y Pamela J. Conover (2015): “Red and blue states of mind”, Political Research Quarterly, 68(2), pp. 225-239.

329 . Harteveld (2021): “Fragmented foes: Affective polarization in the multiparty context of the Netherlands”, p. 8

330 . Para una excepción, véase Theiss-Morse et al. (2015): “Political trust in polarized times”, pp. 174-175.

331 . Kursat Cinar y Meral Ugur-Cinar (2018): “The effects of executive constraints on political trust”, Democratization, 25(8), pp. 1519-1538.

332 . Van der Meer y Zmerli, S. (2017): “The deeply rooted concern with political trust”, p. 4.

333 . Ibídem.

334 . Mariano Torcal (2017): “Political trust in Western and Southern Europe”, en Sonja Zmerli y Tom W. G Van der Meer (eds.), Handbook of Political Trust, Cheltenham, Edward Elgar, pp. 418-439.

335 . Tom W. G. Van der Meer y Armen Hakhverdian, (2017): “Political trust as the evaluation of process and performance: A cross-national study of 42 European countries”, Political Studies, 65(1), pp. 81-102.

336 . McCoy y Somer (2021): “Political parties, elections, and pernicious polarization in the rise of illiberalism”, p. 486.

337 . Skytte (2021): “Dimensions of elite partisan polarization: Disentangling the effects of incivility and issue polarization”, British Journal of Political Science, 51(4), pp. 1457-1475.

338 . Marlene Mauk (2020): “Rebuilding trust in broken systems? Populist party success and citizens’ trust in democratic institutions”,

Politics and Governance, 8(3), pp. 45-58.

339 . William A. Galston (2018): “The populist challenge to liberal democracy”, Journal of Democracy, 29(2), pp. 5-19; McCoy y Somer (2021): “Political parties, elections, and pernicious polarization in the rise of illiberalism”, p. 487.

340 . Penelope Sheets, Linda Bos y Hajo G. Boomgaarden (2016): “Media cues and citizen support for right-wing populist parties”, International Journal of Public Opinion Research, 28(3), pp. 307-330; Murat Somer (2019): “Turkey: the slippery slope from reformist to revolutionary polarization and democratic breakdown”, The ANNALS of the American Academy of Political and Social Science, 681(1), pp. 42-61.

341 . Jasper Muis, Tobias Brils y Teodora Gaidytė (2021): “Arrived in power, and yet still disgruntled? How government inclusion moderates ‘protest voting’ for far-right populist parties in Europe”, Government and Opposition, pp. 1-30.

342 . Skytte (2021): “Dimensions of elite partisan polarization: Disentangling the effects of incivility and issue polarization”, pp. 1457-1475.

343 . Jennifer McCoy y Murat Somer (2019): “Toward a theory of pernicious polarization and how it harms democracies: comparative evidence and possible remedies”, The ANNALS of the American Academy of Political and Social Science, 681(1), p. 257; McCoy y Somer (2021): “Political parties, elections, and pernicious polarization in the rise of illiberalism”, p. 487-491.

344 . Somer (2019): “Turkey: the slippery slope from reformist to revolutionary polarization and democratic breakdown”, p. 57; Federico Vegetti (2019): “The political nature of ideological polarization: The case of Hungary”, The ANNALS of the American Academy of Political and Social Science, 681(1), pp.88-89; McCoy y Somer (2021): “Political parties, elections, and pernicious polarization in the rise of illiberalism”, p. 486.

345 . Klein (2020): Why we’re polarized, pp. 158 y ss.

346 . Yannis Theocharis et al. (2020): “The dynamics of political incivility on Twitter”, SAGE Open, 10(2), pp. 1-15.

347 . Klein (2020): Why we’re polarized, pp. 131-132; McCoy y Somer (2019): “Toward a theory of pernicious polarization and how it harms democracies: comparative evidence and possible remedies”, pp. 257-258.

348 . James N. Druckman, Erik Peterson y Rune Slothuss (2013): “How elite partisan polarization affects public opinion formation”, American Political Science Review, 107(1), p. 73.

349 . Graham y Svolik (2020): “Democracy in America? Partisanship, polarization, and the robustness of support for democracy in the United States”, pp. 392-409; Mauk (2020): “Rebuilding trust in broken systems? Populist party success and citizens’ trust in democratic institutions”, pp. 45-58; Kingzette et al. (2019): “How affective polarization undermines support for democratic norms”, pp. 663-677.

350. Chong-Min Park (2017): “Political trust in the Asian-Pacific region”, en Sonja Zmerli y Tom W. G. Van der Meer (eds.), Handbook of Political Trust, Cheltenham, Edward Elgar, pp. 488-508; Paloma Rivetti y Francesco Cavatorta (2017): “Functions of political trust in authoritarian settings”, en Sonja Zmerli y Tom W. G. Van der Meer (eds.), Handbook of Political Trust, Cheltenham, Edward Elgar, pp. 53-68.

351 . Para un argumento contrario reciente, véase Muis, Brils y Gaidytė (2021): “Arrived in power, and yet still disgruntled? How government inclusion moderates ‘protest voting’ for far-right populist parties in Europe”, pp. 1-30

352 . Iyengar et al. (2012): “Affect, not ideology”, p. 428.

353 . El motivo por el que se utilizó una escala más reducida en este panel fue debido a la necesidad de probar cómo funcionaban ambas escalas en móviles (verticales) y en tabletas (horizontales).

354 . Rodón (2022): “Affective and territorial polarisation: The Impact on vote choice in Spain”; Garmendia Madariaga y Riera (2022): “Territorial Polarisation after Radical Parties’ Breakthrough in Spain”; Amuitz Garmendia y Sandra León (2022): “Polarización y convivencia en España 2022. El papel de lo territorial”, Barcelona, Center for Economic Policy (ESADE) e Instituto Catalán Internacional para La Paz.

355 . Todas estas variables se han normalizado de nuevo entre los valores 0 y 1.

356 . Mariano Torcal y Pablo Christmann (2021): “Responsiveness, performance and corruption: Reasons for the decline of political trust”, Frontiers in Political Science, 87, p. 4 y p. 7.

357 . Torcal (2021): “La polarización política en España”, pp. 45-50.

358 . Eric M. Uslaner (2017): “Political trust, corruption, and inequality”, en Sonja Zmerli y Tom W. G. Van der Meer (eds.), Handbook of Political Trust, Cheltenham, Edward Elgar, pp. 302-315.

359 . Giulia M. Dotti Sani y Beatrice Magistro (2016): “Increasingly unequal? The economic crisis, social inequalities and trust in the European Parliament in 20 European countries”, European Journal of Political Research, 55(2), pp. 246-264; Patrick F. A. Van Erkel y Tom W. G. Van der Meer (2016): “Macroeconomic performance, political trust and the Great Recession: A multilevel analysis of the effects of within-country fluctuations in macroeconomic performance on political trust in 15 EU countries, 1999-2011”, European Journal of Political Research, 55(1), pp. 177-197.

360 . Steven A. Lehr, Meghan L. Ferreira y Mahzarin R. Banaji (2019): “When outgroup negativity trumps ingroup positivity: Fans of the Boston Red Sox and New York Yankees place greater value on rival losses than own-team gains”, Group Processes & Intergroup Relations, 22(1), p. 26-42.

361 . Mauk (2020): “Rebuilding trust in broken systems? Populist party success and citizens’ trust in democratic institutions”, pp. 45-58.

362 . Somer et al. (2021): “Pernicious polarization, autocratization and opposition strategies”, pp. 929-30.

363 . Mason (2018): Uncivil agreement: How politics became our identity, p. 12.

364 . McCoy y Murat Somer (2021): “Political parties, elections, and pernicious polarization in the rise of illiberalism”, p. 487.

365 . Colomer y Beale (2020): Democracy and globalization: Anger, fear, and hope.

366 . McCoy y Somer (2021): “Political parties, elections, and pernicious polarization in the rise of illiberalism”, pp. 487-488.

367 . Baldassarri y Page (2021): “The emergence and perils of polarization”, pp. 1-7.

368 . McCoy y Somer (2021): “Political parties, elections, and pernicious polarization in the rise of illiberalism”, p. 494.

369 . Joshua L. Kalla y David E. Broockman (2022): “Voter outreach campaigns can reduce affective polarization among implementing political activists: Evidence from inside three campaigns”, American Political Science Review, 116(4), pp. 1516–1522.

370 . Vitor V. Vasconcelos et al. (2021): “Segregation and clustering of preferences erode socially beneficial coordination”, Proceedings of the National Academy of Sciences, 118(50), pp. 1-10.

371 . Alexander J. Stewart, Joshua B. Plotkin y Nolan McCarty (2021): “Inequality, identity, and partisanship: How redistribution can stem the tide of mass polarization”, Proceedings of the National Academy of Sciences, 118(50), p. 7.

372 . Stewart et al. (2021): “Inequality, identity, and partisanship: How redistribution can stem the tide of mass polarization”, p. 8.

373 . Mari Kawakatsu et al. (2021): “Interindividual cooperation mediated by partisanship complicates Madison’s cure for “mischiefs of faction”, Proceedings of the National Academy of Sciences, 118(50), p. 18.

374 . Delia Baldassarri y Peter Bearman (2007): “Dynamics of political polarization”, American Sociological Review, 72(5), pp. 784-811; Michael W. Macy et al. (2021), “Polarization and tipping points”, Proceedings of the National Academy of Sciences, 118(50), pp. 1-9.

375 . McCoy y Somer (2021): “Political parties, elections, and pernicious polarization in the rise of illiberalism”, p. 490. Véase también Thomas Carothers y Andrew O’Donohue (eds.) (2019): Democracies divided: The global challenge of political polarization, Nueva York, Brookings Institution Press.

376 . Joshua L. Kalla y David E. Broockman (2022): “Voter outreach campaigns can reduce affective polarization among implementing political activists: Evidence from inside three campaigns”, American Political Science Review, 116(4), pp. 1516-1522.

377 . Levendusky y Stecula (2021): We need to talk: How cross-party dialogue reduces affective polarization.

378 . Kalla y Broockman (2022): “Voter outreach campaigns can reduce affective polarization among implementing political activists: Evidence from inside three campaigns”, pp. 1516-1522.

379 . Matthew S. Levendusky (2018): “When efforts to depolarize the electorate fail”, Public Opinion Quarterly 82(3), pp. 583-592; Wojcieszak y Warner (2020): “Can interparty contact reduce affective polarization? A systematic test of different forms of intergroup contact”, pp. 789-811; Leonie Huddy y Omer Yair (2021): “Reducing affective polarization: Warm group relations or policy compromise?”, Political Psychology, 42(2), pp. 291-309.

380 . Fernando P. Santos, Yphtach Lelkes y Simon A. Levin (2021): “Link recommendation algorithms and dynamics of polarization in online social networks”, Proceedings of the National Academy of Sciences, 118(50), pp. 1-9.

381 . Naomi Ehrich Leonard et al. (2021): “The nonlinear feedback dynamics of asymmetric political polarization”, Proceedings of the National Academy of Sciences, 118(50), pp. 1-11; Michael W. Macy et al. (2021), “Polarization and tipping points”, Proceedings of the National Academy of Sciences, 118(50), pp. 1-9.